



Something About You

B

“Julie James rocks! You’ll laugh out loud and wish you had an FBI agent of your own.”
—*New York Times* bestselling author Sandra Hill

JULIE JAMES

Bestselling Author of *Practice Makes Perfect*

EL DESTINO HA VUELTO A PONER A DOS ENEMIGOS JURADOS...

De todas las habitaciones de hotel de Chicago ocupadas por políticos infieles, la ayudante del fiscal Cameron Lynde tenía que elegir para hospedarse justo la que estaba al lado de la 1308, donde un pasional interludio amoroso ha terminado en un baño de sangre. Y de todos los agentes del FBI de Illinois, tenían que encomendarle el caso justo a Jack Pallas. El mismo Jack Pallas que todavía culpa a Cameron por un incidente sucedido hace tres años, que casi termina con su carrera.

...CARA A CARA.

¿Trabajar con Cameron Lynde? ¿Estáis de coña? Jack cree que quizás se trate de una especie de broma. Pero nada más lejos de la realidad.

Ahora ambos deberán enterrar el pasado y centrarse en el caso que se traen entre manos... siempre y cuando consigan hacer caso omiso de las pullas que vuelan a diestro y siniestro y de la enorme tensión sexual que ha surgido entre ellos.

Uno

Treinta mil habitaciones de hotel en la ciudad de Chicago y Cameron Lynde había ido a parar a la contigua a una pareja que practicaba una maratón sexual.

–¡Sí! ¡Oh, sí! ¡SÍ!

Cameron se cubrió la cabeza con la almohada, pensando –como había venido haciendo la última media hora–que aquello tendría que acabar en algún momento. Eran más de las tres de la madrugada y, aunque no tenía nada en contra de una buena sesión de sexo ruidoso en un hotel, esta en concreto había pasado de ruidosa a ridícula, allá por el catorceavo “oh–Dios–Oh–Dios–oh–Dios”.

Y lo que era más importante, pese a los descuentos en las tarifas que disfrutaban los empleados federales, las noches en el Península no estaban incluidas, por lo general, en el presupuesto de los abogados de la oficina del fiscal de los EEUU y empezaba a tener la seria sospecha de que no iba a obtener un poco de paz y tranquilidad.

¡Bam! ¡Bam! ¡Bam! La pared situada tras la enorme cama se sacudió con la suficiente fuerza como para hacer vibrar el cabecero y Cameron maldijo el suelo de madera que la había conducido a esa situación.

A principios de semana, cuando el contratista le había dicho que tendría que permanecer fuera de casa veinticuatro horas, mientras renovaba el suelo, había decidido ofrecerse a sí misma los cuidados que tanto necesitaba. La semana anterior había terminado un agotador juicio de tres meses contra once acusados de diversas actividades relacionadas con el crimen organizado, entre ellas siete asesinatos y tres intentos de asesinato. El juicio había sido mentalmente extenuante para todo el mundo, y en especial para ella y para el otro ayudante del fiscal que había llevado a cabo el procedimiento. Así que, al enterarse de que tendría que estar fuera de casa, mientras el suelo se secaba, había aprovechado la ocasión para realizar una escapada de fin de semana.

Puede que mucha gente hubiese escogido un lugar más lejano y exótico que un hotel a cinco kilómetros de su casa pero todo lo que Cameron deseaba era un carísimo pero fantásticamente rejuvenecedor masaje, seguido de una tranquila noche de descanso y relajación, y luego, por la mañana, un buffet de desayuno (de nuevo increíblemente caro) con el que poder llenarse hasta el punto de recordar por qué solía mantenerse alejada de los buffets de desayuno. Y el lugar perfecto para eso era el Península.

O eso había creído.

–¡Un hombre grande y malo! ¡Ahí, oh sí –justo ahí, no pares!

La almohada sobre la cabeza no contribuyó gran cosa a ahogar los gritos de la mujer.

Cameron cerró los ojos en una silenciosa plegaria. Querido Señor Grande y Malo: Sea lo que sea que estás haciendo, no se te ocurra moverte de ahí hasta que hayas acabado el trabajo. Cameron no había suplicado de esa forma un orgasmo desde la primera –y última– vez que se había acostado con Jim, el artista/representante de vinos que no parecía tener la menor idea cómo comportarse en la proximidad de las partes clave de un cuerpo femenino.

El gemido, que había empezado entorno a la una y media de la madrugada, era lo que la había despertado. Medio grogui, su primer pensamiento había sido que alguien se encontraba enfermo en la habitación de al lado. Pero, rápidamente, lo habían seguido los gemidos de otra persona, y luego los jadeos, los golpes en la pared, los gritos y esa parte que sonaba sospechosamente como a cachete en las nalgas. Y aproximadamente en ese momento había sido consciente de las verdaderas idas y venidas de la habitación 1308.

Ñiki–ñiki–ñiki–ñiki–ñiki–ñiki...

La cama de la otra habitación incrementó el tempo contra la pared y el chirrido del colchón encontró un nuevo y enfebrecido ritmo. Pese a su enojo, Cameron tuvo que concederle cierto crédito a ese tipo, quienquiera que fuese, por su seria capacidad de resistencia. Puede que fuese efecto de la Viagra, murmuró. Había oído en alguna parte que una pastilla era suficiente para tener a un hombre listo y en funcionamiento durante horas.

Se quitó la almohada de la cabeza y, en la oscuridad, echó un vistazo al reloj que había en la mesita, junto a la cama: las 3:17. Si tenía que aguantar así otras dos horas y cuarto, acabaría por matar a alguien –empezando, en primer lugar, por el recepcionista que la había colocado en aquella habitación.

No se suponía que los hoteles dejaban libre la planta trece, ¿por cierto?

En ese momento desearía ser una persona más supersticiosa y haber pedido que le asignaran otra habitación.

De hecho, en ese momento desearía no haber ideado nunca la escapada de fin de semana y haberse limitado a pasar la noche en casa de Collin o de Amy. Al menos estaría durmiendo en lugar de escuchando la sinfonía cacofónica de gruñidos y chillidos –oh, sí. La chica estaba gritando muy en serio ahora–que componían la actual banda sonora de su vida.

Además, Collin hacía una especie de tortilla de queso cheddar y tomate que, aunque probablemente no fuera el equivalente a las exquisiteces que podrías encontrar en un buffet, le habría recordado por qué se habían habituado a dejarle cocinar, cuando vivían los tres

juntos durante su último año en la universidad.

¡Ñiikiñiki–BAM! ¡Ñiikiñiki–BAM!

Cameron se incorporó en la cama y observó el teléfono que había sobre la mesita de noche. No quería ser la clase de huésped que se queja de cada pequeño fallo en el servicio de habitaciones de un hotel de cinco estrellas. Pero el ruido procedente de la habitación contigua se prolongaba desde hacía rato y, llegado cierto punto, se sentía en su derecho de poder dormir en su habitación de cuatrocientos dólares la noche. El único motivo por el que el hotel no había recibido quejas todavía, supuso, era que la 1308 se encontraba en la esquina, sin ninguna otra habitación al otro lado.

Cameron estaba a punto que coger el teléfono para llamar a recepción cuando, de pronto, oyó al hombre de la habitación de al lado proferir los gloriosos sonidos de su liberación.

¡Golpe! ¡Golpe!

–Oh, mierda. ¡Me estoy corrieendo!

Un fuerte gemido. Y luego...

Bendito silencio. Por fin.

Cameron se dejó caer sobre la cama. Gracias, gracias, dioses del hotel Península, por haberme concedido este pequeño indulto. Nunca más volveré a decir que vuestros masajes son carísimos. Aunque todo el mundo sepa que no cuesta 195 dólares restregar loción por la espalda de alguien. Prometido.

Se arrastró bajo las sábanas y se cubrió con el edredón color crema hasta la barbilla. Hundió la cabeza en la almohada y se quedó allí tendida unos minutos hasta que empezó a adormecerse. Luego oyó otro ruido procedente de la habitación de al lado –el sonido de un portazo.

Cameron se tensó.

Y entonces...

Nada.

Todo permaneció benditamente silencioso y en calma, y su último pensamiento antes de dormirse fue para el significado de ese portazo.

Tuvo la sensación de que alguien acababa de presentar una queja.

¡Bam!

Cameron se incorporó en la cama de un salto, cuando el ruido procedente de la habitación contigua la arrancó del sueño. Oyó un chillido amortiguado y la cama se estrelló de nuevo contra la pared –más fuerte y más alto que nunca– como si sus ocupantes estuviesen acometiendo con verdaderas ganas esta vez.

Miró el reloj: las 04:08. Le había sido concedido un falso indulto de treinta minutos.

Sin perder un solo segundo –sinceramente, ya les había concedido demasiado de su valioso tiempo de sueño a esos juerguistas– tanteó con la mano para encender la lámpara que había junto a la cama. Parpadeó hasta acostumbrarse al repentino brillo de la luz. Luego agarró el teléfono de la mesita de noche y marcó.

Tras un tono de llamada, un hombre respondió amablemente al otro lado de la línea.

–Buenas noches, señorita Lynde. Gracias por llamar al servicio de habitaciones –¿en qué podemos ayudarla?

Cameron se aclaró la garganta aunque su voz sonó ronca al pronunciar las palabras.

–Mire, no quería comportarme como una idiota pero tienen que hacer algo con la gente de la habitación 1308. Siguen golpeando contra la pared; durante aproximadamente dos horas, ha habido toda clase de gemidos, gritos y golpes. Apenas he dormido en toda la noche y suena a que se están preparando para el veintavo intento, lo que es estupendo para ellos pero no tanto para mí. Así que llegados a este punto creo que ya es suficiente, ¿sabe?

La voz al otro extremo de la línea sonó totalmente imperturbable, como si el servicio de habitaciones del Península recibiese esa clase de quejas a todas horas.

–Por supuesto, señorita Lynde. Le pido disculpas por las molestias.

Mandaré a seguridad a encargarse del problema ahora mismo.

–Gracias –gruñó Cameron, poco dispuesta a dejarse apaciguar con tanta facilidad.

Tenía pensado hablar con el gerente por la mañana pero, de momento, lo único que deseaba era una habitación tranquila y un poco de sueño.

Colgó el teléfono y esperó. Transcurrieron unos segundos y entonces observó la pared que se encontraba detrás de la cama. Un extraño silencio se había adueñado de la habitación 1308. Se preguntó si sus ocupantes habrían oído la llamada de queja al servicio de habitaciones. Vale, las paredes eran delgadas (como había comprobado de primera mano) pero, ¿tanto?

Oyó abrirse la puerta de la habitación 1308.

Los bastardos estaban huyendo.

Cameron salió volando de la cama y corrió hacia la puerta, decidida a echarles al menos un vistazo a sus amigos del sexo. Se apretó contra la puerta y echó un vistazo por la mirilla, justo cuando se cerraba la puerta de la otra habitación. Por un breve instante no vio a nadie.

Luego...

Un hombre entró en su campo visual.

Se movió con rapidez, con un aspecto ligeramente distorsionado por la mirilla.

Estaba de espaldas a ella cuando pasó junto a su habitación, por lo que Cameron no pudo verlo bien. No tenía ni idea del aspecto que suelen tener los rollos de una noche pero este en concreto era alto y elegante con sus vaqueros, su chaqueta de pana negra y su camiseta gris con capucha. Mientras el hombre cruzaba el pasillo y abría la puerta de las escaleras, algo le resultó extrañamente familiar. Pero, entonces, él desapareció en las escaleras y no fue capaz de situarlo.

Cameron se apartó de la puerta. Algo muy raro había pasado en la habitación 1308... Puede que el hombre se hubiera esfumado porque la había oído llamar al servicio de habitaciones y hubiese abandonado a su compañera, dejando que se las arreglara con las consecuencias. ¿Tal vez un hombre casado? Pese a todo, la mujer de la 1308 iba a tener que dar muchas explicaciones cuando llegaran los de seguridad.

Cameron supuso –puesto que de todas formas ya estaba despierta– que podía quedarse junto a la mirilla y asistir al final de la actuación.

No es que estuviera espiando ni nada parecido pero... vale, estaba espiando.

No tuvo que esperar demasiado. Dos hombres vestidos de traje, presumiblemente del servicio de seguridad del hotel, llegaron un minuto después y llamaron a la puerta de la 1308.

Cameron observó por la mirilla mientras los guardias de seguridad miraban la puerta, expectantes, y luego se encogían de hombros al no obtener respuesta.

–¿Lo intentamos otra vez? –preguntó el guardia más bajo.

El segundo tipo asintió y golpeó la puerta.

–Seguridad del hotel –dijo.

Ninguna respuesta.

–¿Estás seguro de que es la habitación correcta? –preguntó el segundo tipo.

El primero comprobó el número de la habitación y luego asintió.

–Sí, la persona que se quejó dijo que el ruido procedía de la habitación 1308.

Echó un vistazo a la habitación de Cameron. Ella dio un paso atrás como si pudieran verla a través de la puerta. De pronto, fue muy consciente del hecho de que solo llevaba su vieja camiseta de la universidad de Michigan y la ropa interior.

Hubo una pausa.

–Bueno, yo no oigo nada ahora –oyó decir Cameron al primer tipo. Llamó a puerta por tercera vez, con más fuerza–. ¡Seguridad! ¡Abra!

Todavía nada.

Cameron regresó a la puerta y observó por la mirilla una vez más. Vio a los guardias de seguridad intercambiar miradas de enojo.

–Probablemente estén en la ducha –dijo el más bajo.

–Probablemente dándole otra vez –mostró su acuerdo el otro.

Los dos hombres apoyaron la oreja contra la puerta. Detrás de la suya, Cameron trató de identificar el sonido del agua de la ducha en la otra habitación pero no oyó nada.

El guardia de seguridad más alto suspiró.

–Ya conoces el protocolo –tenemos que entrar –sacó del bolsillo lo que presumiblemente era una especie de tarjeta maestra. La deslizó en la cerradura y abrió la puerta.

–¿Hola? Seguridad del hotel. ¿Hay alguien aquí? –gritó al interior de la habitación.

Miró a su compañero por encima del hombro y sacudió la cabeza.

Nada. Se adentró un paso en la habitación y le hizo señas al otro tipo para que lo siguiera.

Ambos hombres desaparecieron en el interior, fuera de la vista de Cameron, y la puerta se cerró tras ellos.

Hubo una pausa momentánea y luego Cameron oyó gritar a uno de los hombres de seguridad a través de la pared contigua.

–¡Mierda puta!

El estómago se le encogió. Supo que fuera lo que fuese lo que había ocurrido en la 1308 no era algo bueno. Sin saber muy bien qué hacer, apoyó el oído contra la pared y escuchó.

–¡Trata de hacerle la reanimación cardiopulmonar mientras llamo al 911! –gritó uno de los hombres.

Cameron saltó de la cama –ella sabía hacer la reanimación cardiopulmonar–y corrió hacia la puerta. La abrió justo cuando el tipo de seguridad más bajo salía disparado de la 1308.

Al verla, alzó las manos, indicándole que se detuviera donde estaba.

–Señora –por favor, regrese a su habitación.

–Pero oí... Pensé que podría ayudar. Yo...

–Lo tenemos controlado. Ahora, por favor, regrese a su habitación.

Luego salió corriendo.

Siguiendo órdenes del guardia de seguridad, Cameron permaneció en el umbral. Miró a su alrededor y vio que otros ocupantes de las habitaciones cercanas habían oído la conmoción y observaban desde el pasillo, con una mezcla de miedo y curiosidad.

Tras lo que pareció una eternidad pero probablemente solo fueran minutos, el tipo más bajó regresó con una pareja de paramédicos que empujaba una camilla.

Cuando el trío pasó a toda velocidad junto a Cameron, oyó al guardia de seguridad exponiendo la situación.

–La encontramos tendida sobre la cama... No respondía, así que comenzamos la reanimación cardiopulmonar, pero no tiene buena pinta...

Para entonces, más personal había llegado a la escena y una mujer con un traje gris se identificó como la gerente del hotel y le pidió a todo el mundo que permaneciese en su habitación. Cameron la oyó decir al resto del personal que mantuviesen despejados el pasillo y los ascensores. Los huéspedes de la planta trece hablaban entre ellos en susurros y Cameron captó fragmentos de conversaciones, en los que el huésped de una habitación le preguntaba al de otra si sabía lo que estaba pasando.

El silencio se hizo entre la congregación cuando los paramédicos reaparecieron en el umbral de la habitación 1308. Se movieron con rapidez, empujando la camilla a través del pasillo.

Esta vez, había una persona en la camilla.

Cuando pasaron junto a Cameron a toda prisa, tuvo un atisbo de esa persona –un fugaz vistazo, suficiente para ver que se trataba de una mujer y también suficiente para descubrir que tenía un largo pelo rojo que contrastaba, tanto con el blanco de la sábana de la camilla como con el del albornoz del hotel que llevaba. Y suficiente para observar que la mujer no se movía.

Mientras uno de los paramédicos empujaba la camilla, el otro corría junto a ella, administrando oxígeno a través de una mascarilla que cubría el rostro de la mujer. Los dos guardias de seguridad se adelantaron para asegurarse de que el pasillo estaba despejado.

Cameron –y por lo visto también varios otros de los huéspedes del hotel– oyeron al guardia más bajo decirle algo al otro acerca de que la policía estaba de camino.

Ante la mención de la policía estalló una leve conmoción. Los huéspedes del hotel exigieron saber lo que estaba pasando.

La gerente se hizo oír por encima del fragor.

–De verdad entiendo que todos estén preocupados y les presento mis más sinceras disculpas por las molestias –se dirigió a ellos en un tono calmado y gentil, considerablemente similar al del hombre del servicio de habitaciones con el que Cameron había hablado antes por teléfono.

Se preguntó si hablarían así los unos con los otros cuando no hubiera clientes cerca o si abandonarían esa encantadora rutina y ese vago acento casi–europeo–aunque–soy–de–Wisconsin, en el instante en que salieran del comedor–. Por desgracia, en este momento solo puedo decirles que la situación, obviamente, es muy seria y tal vez de naturaleza criminal –continuó la gerente–. Vamos a dejar el asunto en manos de la policía y les pedimos que permanezcan en sus habitaciones hasta que ellos lleguen y se hagan cargo de la situación. Es probable que la policía quiera hablar con algunos de ustedes.

La mirada de la gerente cayó directamente sobre Cameron. Mientras los huéspedes regresaban a sus murmullos y susurros, se aproximó.

–La señorita Lynde, ¿verdad?

Cameron asintió.

–Sí.

La gerente señaló la puerta.

–¿Le importa si la acompaño de regreso a su habitación, señorita Lynde? –eran los términos educados–del–hotel–Península para decir “será mejor que te pongas cómoda porque tu culo cotilla no va a irse a ninguna parte”.

–Claro –repuso Cameron, todavía un poco conmocionada por los acontecimientos que habían ocurrido durante los últimos minutos. Como ayudante de la oficina del fiscal, estaba bastante expuesta a elementos criminales, pero esto era distinto.

No se trataba de un caso que estuviera revisando a través de los objetivos ojos de un fiscal; no había archivos de pruebas cuidadosamente preparados por el FBI o fotos de la escena del crimen, tomadas después de los hechos. En realidad, esta vez había oído el crimen; había visto personalmente a la víctima y –recordando al hombre de la chaqueta y la camiseta con capucha–muy probablemente también a la persona que la había herido.

La idea hizo que un escalofrío le recorriera la columna.

O, supuso Cameron, puede que el escalofrío tuviera algo que ver con el hecho de que seguía bajo el aire acondicionado del pasillo, llevando únicamente una camiseta y la ropa interior.

Vaya clase.

Con toda la dignidad que fue capaz de mostrar, sin sujetador ni pantalones, tiró unos centímetros de su camiseta hacia abajo y siguió a la gerente hasta la habitación.

Dos

Algo no iba bien.

Cameron llevaba cerca de dos horas encerrada en el interior de su habitación del hotel mientras, supuestamente, el Departamento de Policía de Chicago conducía su investigación. Sabía lo suficiente sobre escenas del crimen e interrogatorios a testigos para darse cuenta de que aquel no era el protocolo habitual.

Para empezar, nadie le estaba diciendo nada. La policía había llegado poco después de que la gerente del hotel la escoltara hasta la habitación. El detective Slonsky, un hombre de mediana edad, ligeramente calvo y extremadamente irritable, se había presentado e instalado sobre el brazo de una silla, al otro extremo de la habitación, para empezar a tomarle declaración sobre lo que había oído esa noche. Aunque Cameron había dispuesto de unos dos segundos de privacidad para ponerse unos pantalones de yoga y un sujetador, seguía sintiéndose incómoda al ser interrogada por la policía, sentada en una cama de hotel, hecha a toda prisa.

Lo primero que el detective Slonsky percibió fue el vaso de vino medio vacío, que había pedido al servicio de habitaciones y seguía sobre la mesa, donde lo había dejado hacía horas. Eso, por supuesto, había suscitado varias preguntas preliminares relacionadas con su consumo de alcohol a lo largo de la noche.

Después de que por lo visto se las arreglara para convencer a Slonsky de que no, no era una alcohólica y de que sí, su declaración tenía un mínimo de credibilidad, dejaron atrás el tema de la bebida y ella comentó el detalle de que Slonsky se había presentado como “detective”, en lugar de cómo “oficial”. Le preguntó si eso significaba que formaba parte de la división de homicidios.

Principalmente, quería saber qué hacía sucedido con la chica de la *1308*.

La única respuesta de Slonsky fue una dura mirada de advertencia.

–El que hace las preguntas aquí soy yo, señorita Lynde.

Finalmente, Cameron había empezado a hacer su declaración, cuando otro detective de paisano asomó la cabeza en la habitación.

–Slonsky –será mejor que vengas aquí –señaló en dirección a la habitación de al lado.

Slonsky se puso en pie y le dirigió a Cameron otra mirada de advertencia. Ella se preguntó si practicaría la mirada frente al espejo del baño.

–Le agradecería que permaneciera en esta habitación hasta que regrese –dijo.

Cameron sonrió.

–Por supuesto, detective –estaba considerando la posibilidad de tirar de rango para empezar a obtener algunas respuestas pero, llegado el momento, no estuvo del todo segura. Aún. Había pasado toda la vida alrededor de policías y agentes y sentía mucho respeto por lo que hacían. Pero la sonrisa le hizo ver a Slonsky que no la impresionaba–.

Me alegraré cooperar en todo lo que pueda.

Slonsky la miró con suspicacia, probablemente tratando de decidir si había captado un rastro de sarcasmo en su voz. Ella usaba muy a menudo esa mirada.

–Solo quédese en la habitación –le dijo mientras se marchaba.

La siguiente vez que Cameron vio al detective Slonsky fue media hora después, cuando se dejó caer por su habitación para hacerle saber que debido a ciertos “acontecimientos inesperados”, no solo tendría que permanecer en la habitación más tiempo de lo previsto, sino que además iba a colocar un guardia ante la puerta. Añadió que “se había solicitado” que no efectuase llamadas, ni desde su teléfono móvil ni desde la línea del hotel, hasta que “ellos” hubiesen acabado de interrogarla.

Por primera vez, Cameron se preguntó si podría tener problemas.

–¿Se me considera sospechosa en esta investigación? –le preguntó a Slonsky.

–Yo no he dicho eso.

Se dio cuenta de que no le había dado una negativa oficial.

Cuando Slonsky se dio la vuelta para irse, le lanzó otra pregunta.

–¿Quiénes son ellos?

Él la miró por encima del hombro.

–¿Disculpe?

–Dijo que no podía hacer ninguna llamada hasta que “ellos” acabaran de interrogarme –repuso Cameron–. ¿A quién se refería?

La expresión del detective le dijo que no tenía ninguna intención de responder a esa pregunta.

–Agradeceríamos que continuase cooperando, señorita Lynde. Es todo lo que puedo decirle por ahora.

Unos cuantos minutos después de que Slonsky se marchara, Cameron se asomó por la mirilla y –efectivamente– encontró su visión obstaculizada por la parte trasera de la cabeza de un hombre, presumiblemente el guardia que había sido apostado al otro lado de la puerta. Se alejó de la puerta y volvió a tomar asiento sobre la cama.

Miró el reloj y vio que eran cerca de las siete de la mañana. Encendió la televisión –al fin y al cabo, Slonsky no había dicho nada sobre no ver la televisión– y esperó poder enterarse de algo sobre lo que estaba pasando por las noticias.

Aún estaba pulsando botones en el mando a distancia, tratando de descubrir cómo ir más allá de la dichosa pantalla de “Bienvenida” del hotel, cuando la puerta de la habitación se abrió una vez más.

Slonsky asomó la cabeza.

–Lo siento –nada de televisión tampoco.

Luego cerró la puerta.

–Estúpidas paredes de papel –murmuró Cameron entre dientes. No era que alguien estuviese escuchando. Aunque...

–¿Puedo por lo menos leer un libro, detective Slonsky? –le preguntó a la habitación vacía.

Una pausa.

Luego se oyó una voz al otro lado de la puerta, procedente del pasillo.

–Claro.

Las paredes eran tan finas, de hecho, que Cameron percibió el rastro de una sonrisa en su respuesta.

–Esto empieza a ser ridículo. Sabes que tengo derechos.

Cameron se enfrentó al policía que custodiaba la puerta de la habitación del hotel, decidida a obtener respuestas.

El joven oficial de policía asintió con simpatía.

–Lo sé, señora, y le pido disculpas. Pero solo estoy siguiendo órdenes.

Tal vez fuera culpa la frustración por estar confinada en la habitación del hotel durante lo que ya eran cinco –sí, cinco–horas, pero Cameron pensó que estrangularía al chico si la volvía a llamar señora. Tenía treinta y dos años, no sesenta. Aunque probablemente se hubiese ganado el derecho a ser llamada señora, en el momento en que había empezado a pensar en los jóvenes–oficiales–de–policía–de–veintidós–años como chicos.

Tras decidir que estrangular a un policía, cuando probablemente había otras docenas de ellos al otro lado de la puerta (no estaba segura; no le habían permitido echar un solo vistazo al pasillo, y ya no hablemos de poner un pie fuera de la habitación), no era el mejor modo de actuar, Cameron probó con otra táctica. El hombre–chico respondía claramente a la autoridad así que tal vez pudiera utilizarlo a su favor.

–Mira, seguramente debería haberlo mencionado antes pero soy ayudante del fiscal. Trabajo para la oficina de Chicago...

–Si vive en Chicago, ¿qué hace pasando la noche en un hotel? –la interrumpió el oficial.

–Me están restaurando el suelo de madera. El caso es...

–¿En serio? –él pareció muy interesado–. Porque yo estoy tratando de encontrar a alguien que me reforme el baño. Los anteriores propietarios colocaron todo ese mármol blanco y negro, con los accesorios dorados, y parece sacado de la mansión de Playboy. ¿Le importa si le pregunto cómo encontró a un contratista que se encargara de un trabajo tan pequeño?

Cameron alzó la cabeza.

–¿Estás tratando de distraerme con esas preguntas o solo sientes una extraña fascinación por las reformas caseras?

–Posiblemente lo primero. Tenía la clara impresión de que estaba a punto de ponerse difícil.

Cameron tuvo que ocultar una sonrisa. Puede que el oficial semi–adolescente no estuviera tan verde como había pensado.

–La cuestión es –le dijo–, que no podéis retenerme aquí contra mi voluntad, sobretodo cuando ya le he hecho mi declaración al detective Slonsky. Vosotros lo sabéis y, lo que es más importante, yo lo sé.

Obviamente, hay algo inusual en esta investigación y, aunque estoy dispuesta a cooperar y a daros un pequeño margen, como cortesía profesional, voy a necesitar algunas respuestas si pretendéis que siga esperando aquí. Y si tú no eres la persona que puede ofrecerme esas respuestas, lo entiendo, pero entonces me gustaría hablar con Slonsky o con quien sea que pueda hacerlo.

El oficial semi-adolescente no se mostró antipático.

–Mire –sé que lleva encerrada en esa habitación mucho tiempo pero los del FBI dijeron que hablarían con usted en cuando acabaran en la habitación de al lado.

–Entonces, ¿es el FBI quien se encarga de esto?

–Probablemente no debería haberlo mencionado.

–¿Cómo es que tienen jurisdicción? –presionó Cameron–. Esto es un caso por homicidio, ¿no?

El oficial semi-adolescente no volvió a morder el anzuelo.

–Lo siento, señora Lynde, pero tengo las manos atadas. El agente al cargo de la investigación dijo específicamente que no estoy autorizado a hablar con usted sobre eso.

–Entonces, creo que debería hablar con el agente al cargo. ¿Quién es?

Como fiscal del distrito norte de Illinois he trabajado con muchos de los agentes de Chicago.

–Un agente especial –no me quedé con su nombre –dijo el oficial semi-adolescente–. Aunque creo que él la conoce. Cuando me pidió que custodiara la habitación, dijo que lamentaba hacerme pasar tanto rato con usted.

Cameron trató de no mostrar ninguna reacción pero eso dolió. Vale, no era exactamente amiga de algunos los agentes del FBI con los que trabajaba –muchos de ellos aún la culpaban por ese incidente ocurrido hacía tres años–pero exceptuando a un agente en particular que, afortunadamente, estaba a kilómetros de distancia en Nevada, Nebraska o algo parecido, no había creído disgustarle lo suficiente a nadie del FBI como para que hablara abiertamente mal de ella.

El oficial semi-adolescente le dirigió una mirada de disculpa.

–Si sirve de algo, yo no pienso que sea tan mala.

–Gracias. ¿Y ese agente especial desconocido, que supuestamente me conoce, dijo algo más?

–Solo que lo avisara si empezaba a ponerse quisquillosa –la observó–.

Está empezando a ponerse quisquillosa, ¿verdad?

Cameron cruzó los brazos sobre el pecho.

–Sí, creo que sí –y no fingía–. Encuentra a ese agente, quien quiera que sea, y dile que la quisquillosa de la 1307 está empezando ponerse nerviosa. Y dile que agradecería mucho que acabara con su juegucito de poder y condescendiera a hablar conmigo en persona. Porque me gustaría saber cuánto tiempo pretende que siga aquí sentada, esperando.

–Tanto como te pida, señorita Lynde.

La voz llegó desde el umbral.

Cameron estaba de espaldas a la puerta pero la habría reconocido en cualquier parte –queda y suave como el terciopelo.

No podía ser.

Se volvió hacia el hombre que se encontraba frente a ella al otro lado de la habitación. Tenía el mismo aspecto que la última vez que lo había visto hacía tres años: alto, oscuro y ceñudo.

No se molestó en enmascarar la animosidad de su voz.

–Agente Pallas... No sabía que habías vuelto a la ciudad. ¿Qué tal Nevada?

–Nebraska.

Considerando su helada mirada, Cameron supo que su día, que ya había tenido el comienzo más desfavorable, acababa de volverse unas cincuenta veces peor.

Tres

Cameron lo observó con cautela, mientras Jack, también conocido como el agente Pallas, se volvía hacia el oficial semi-adolescente.

–Gracias, oficial. Yo me encargaré –dijo.

El oficial de policía se retiró apresuradamente, dejándola sola en la habitación del hotel con Jack. Su mirada era fría como la piedra.

–Parece que te has visto envuelta en un buen follón.

Cameron se enderezó. Habían pasado tres años y aún seguía arreglándose para ponerla automáticamente a la defensiva.

–No lo sé. Gracias a ti no tengo ni idea de en qué me he visto envuelta –se detuvo, odiando no estar al tanto de lo que ocurría–.

¿Qué le ha pasado a la mujer de la habitación de al lado?

–Está muerta.

Cameron asintió. La presencia de los detectives del DPC no dejaba mucho espacio para la duda, sin embargo, le sorprendió la confirmación de la muerte de la mujer. Repentinamente, experimentó una sobrecogedora necesidad de salir de esa habitación de hotel. Aunque se esforzó por no exteriorizar ninguna reacción ante Jack.

–Siento oír eso –dijo simplemente.

Él señaló la silla que se encontraba frente al escritorio.

–¿Por qué no te sientas? Tengo que hacerte algunas preguntas.

–¿Tienes intención de interrogarme, agente Pallas?

–¿Tienes intención de no cooperar, señorita Lynde?

Ella soltó una risa hueca.

–¿Por qué? ¿Vas a ponerte difícil conmigo?

Sus ojos permanecieron acerados y oscuros. Cameron tragó saliva y tomó nota mental de ser más cuidadosa respecto a provocar a un hombre armado que la culpaba de

prácticamente haberle arruinado la carrera.

Recordó el día en que se habían reunido por primera vez, hacía tres años, para discutir el caso Martino. Nunca había trabajado antes con Jack; en ese momento, solo llevaba un año trabajando como fiscal y él trabajaba de incógnito. Se había sorprendido —y entusiasmado a la vez— cuando su jefe le había asignado la investigación Martino, uno de los casos de perfil más alto del distrito. Rob Martin (también llamado Roberto Martino) era conocido, tanto por el Bureau como por la oficina del fiscal, por ser el dirigente de una de las mayores organizaciones de la mafia en Chicago. El problema siempre había sido reunir las suficientes pruebas como para demostrarlo.

Que era precisamente donde entraba el agente especial Pallas. Antes de la reunión, Cameron había descubierto por su jefe que Jack había trabajado dos años de incógnito, infiltrado en la organización de Martino, hasta que el FBI se había visto obligado a sacarlo, al ser descubierta su tapadera. Su jefe no le había contado gran cosa sobre la extracción, aparte de que Jack había sido acorralado en un almacén por diez de los hombres de Martino, había conseguido huir y le habían disparado en el proceso. Había descubierto una cosa más —para cuando habían llegado los refuerzos del FBI, Jack ya se las había arreglado para matar a ocho de los hombres de Martino.

La primera vez que él y su compañero entraron en su oficina le produjo una enorme impresión. Cameron sospechó que casi todo el mundo reaccionaba de la misma forma al conocer a Jack: con sus depredadores ojos castaños, su pelo casi negro y sus oscuras facciones hoscas, parecía la clase de tipo que las mujeres —y los hombres— evitan encontrarse en callejones oscuros. Llevaba una escayola en el antebrazo derecho, presumiblemente una herida inflingida por los hombres de Martino, y vestía camiseta azul marino y vaqueros, en lugar de traje con corbata habituales que se esperan en la mayoría de los agentes. Después de estudiarlo, no le sorprendió demasiado que el FBI lo hubiese escogido para ese trabajo encubierto.

Y tres años después —allí de pie, al otro lado de esa habitación de hotel, que de repente parecía demasiado pequeña, con los ojos brillando de ira hirviendo a fuego lento y, sí, incluso a pesar del traje habitual con corbata que llevaba esta vez— no parecía en absoluto menos peligroso.

—Quiero hablar con un abogado —dijo Cameron.

—Tú eres abogada —replicó él—. Y no se te considera sospechosa así que, de todos modos, no tienes derecho a tener uno.

—¿Qué se me considera, entonces?

—Una persona de interés.

Eso era una gilipollez.

–Este es el trato: estoy cansada y no me siento de humor para juegos.

Así que si no empiezas a contarme lo que está pasando, me largaré –dijo Cameron.

Jack estudió sus pantalones de yoga y la camiseta de Michigan, poco preocupado por las amenazas. Gracias a Dios que no seguía en ropa interior.

–No vas a irte a ninguna parte –empujó la silla y se la señaló–.

Siéntate.

–Gracias pero no. Creo que seguiré con el plan en el que me largaba –antes de que pudiera acusarla de marcarse un farol, Cameron cogió el bolso y se encaminó hacia la puerta. A la mierda el resto de sus cosas, las recogería más tarde–. Ha sido agradable haber charlado contigo, agente Pallas. Me alegra comprobar que estos tres años en Nebraska no te han vuelto menos gilipollas.

Abrió la puerta de un tirón y casi chocó contra el hombre que se encontraba en el umbral. Llevaba un traje de buen corte y corbata, parecía más joven que Jack y era Afroamericano.

Deslumbró a Cameron con una maravillosa sonrisa mientras sostenía precariamente tres tazas de Starbucks.

–Gracias por abrirme la puerta. ¿Qué me he perdido?

–Me largaba y acabo de llamar gilipollas al agente Pallas.

–Suenan como los viejos tiempos. ¿Café? –le ofreció una taza de Starbucks–. Soy el agente Wilkins.

Cameron echó una mirada por encima del hombro.

–¿Poli bueno, poli malo? ¿Es lo mejor que eres capaz de hacer, Jack?

Él atravesó la habitación y se detuvo junto a la puerta, irguiéndose ante Cameron.

–No tienes ni idea de lo que soy capaz –dijo sombrío.

Mientras lo veía hacerse con una de las tazas de café de Wilkins, tomó nota mental de ser más cuidadosa respecto a provocar a un hombre armado que la culpaba de prácticamente haberle arruinado la carrera y que era una cabeza más alto que ella. Soltó unas cuantas blasfemias internamente por haber tomado la decisión de ponerse zapatillas de deporte; necesitaba al menos ocho centímetros para enfrentarse a Jack Pallas. Aunque seguiría

llegándole solo a la altura de la barbilla.

Por no mencionar que tendría un aspecto totalmente estúpido con pantalones de yoga y Manolos.

Wilkins gesticuló con las tazas de café.

–¿Os conocíais?

–La señorita Lynde y yo casi tuvimos el placer de trabajar juntos en un caso –dijo Jack.

–¿Casi? ¿Qué significa eso? –Wilkins se volvió hacia Cameron con una mirada de comprensión–. Espera un segundo –¿Cameron Lynde? Sabía que el nombre me resultaba familiar. Claro, de la oficina del fiscal –sus brillantes ojos marrones se iluminaron mientras se reía–. Tú eres la que Jack dijo que...

–Creo que todos recordamos bastante bien lo que dijo el agente Pallas –lo interrumpió Cameron. Tres años atrás, sus infames palabras se habían transmitido en todos los telediarios nacionales durante una semana. No necesitaba volverlas a escuchar, especialmente con él allí delante. La experiencia ya había sido lo bastante humillante la primera vez.

Wilkins asintió.

–Claro, tranquila –los observó a ella y a Jack–. Vaya... qué incómodo.

Cambiando de tema, Cameron señaló el café.

–¿Es normal o descafeinado?

–Normal. Oí que has pasado una noche larga.

Ella aceptó una de las tazas de café. Llevaba veintitrés horas en pie y la adrenalina estaba dejando de ayudar. Tomó un sorbo, suspirando satisfecha.

–Gracias.

Wilkins tomó un sorbo del suyo.

–Mira, todo lo que somos es tres personas tomando un café y hablando.

Así que, ¿qué dices? –¿crees que te gustaría quedarte y charlar con nosotros sobre lo que pasó anoche?

Eso casi le arrancó a Cameron una sonrisa. Al menos, Wilkins daba la impresión de ser un

hombre amable y razonable. Lástima que hubiera escogido la pajita más corta durante la asignación de compañero.

–No está mal –le dijo.

Wilkins sonrió.

–¿El café o el papel de poli bueno?

–Ambos. Agente Wilkins, si quieres hacerme algunas preguntas, estaré encantada de cooperar –Cameron pasó junto al Jack, al volverse de regreso a la habitación. Él y Wilkins la siguieron mientras se sentaba ante el escritorio. Cruzó las piernas y se enfrentó a los dos agentes del FBI.

–Muy bien. Hablemos.

Si no se hubiera tratado de Cameron Lynde, probablemente Jack habría encontrado su actitud divertida.

Pero como era Cameron Lynde, no se rió. De hecho, no había nada en aquella situación que le pareciera remotamente gracioso.

Decidió dejar que Wilkins comenzara a interrogarla sobre lo ocurrido la noche anterior. No porque resultara evidente que no quería saber nada de él –no podrían importarle menos los deseos de Cameron Lynde–sino porque no resultaba sorprendente, dada su historia, que respondiera mejor ante su compañero que ante él. La investigación era su prioridad y no iba a permitir que los asuntos personales se interpusieran.

Cuando Wilkins y él habían llegado al Península y el detective Slonsky les había facilitado el nombre de la testigo de la habitación 1307, había pensado por un segundo que se trataba de una broma. De una especie de coña de bienvenida por su regreso a Chicago. Y había seguido considerándolo una posibilidad al llegar a la escena del crimen. Después de todo, no había cuerpo –Slonsky dijo que los paramédicos se habían llevado a la víctima al Northwestern Memorial, en un intento por reanimarla.

Luego vio la grabación.

Después de eso, Jack había tenido muy claro que la llamada que había recibido a las cinco de la mañana de su jefe, pidiéndole que le echara un vistazo a lo que el DPC aseguraba haber encontrado no formaba parte de ninguna broma. Y su prioridad a partir de entonces había sido determinar si el FBI tenía jurisdicción en el asunto.

Cameron Lynde era la clave para responder a esa pregunta. Si creía su historia, el FBI no tendría más remedio que llevar a cabo su propia investigación. Por eso, aunque nada le

habría gustado más que colocársela a Wilkins, como agente veterano de la escena, sabía que eso no era una opción.

Jack la estudió desde el rincón de la habitación donde se había instalado. No resultaba sorprendente que pareciera exhausta. Y por algún motivo, parecía más bajita de lo que recordaba. Probablemente porque cada vez que la había visto, hacía tres años, había sido en horas de trabajo y llevaba tacones.

Sí, recordaba a Cameron Lynde y sus tacones altos... De hecho, pese a que habían transcurrido tres años desde que la viera por última vez, Jack se sorprendió de lo exacto –de lo detallado–que era su recuerdo de ella: el largo pelo color avellana, los cristalinos ojos azul–verdoso, la actitud que una vez –muy brevemente–había admirado.

No debería sorprenderle recordar esas cosas.

Al fin y al cabo, era un agente del FBI y su trabajo consistía en recordar detalles.

Y, supuso, no resultaba un problema que Cameron Lynde fuese –como podrían confirmar otros hombres aparte de él–jodidamente hermosa.

Lo que para Jack, solo significaba que había sido más desagradable descubrir que era una auténtica bruja.

Por suerte, en ese momento llevaba el largo pelo color avellana recogido en una cola de caballo y los ojos azul–verdoso estaban un poco apagados por la falta de sueño.

Los pantalones de yoga y la camiseta que vestían eran realmente favorecedores pero los ignoró al recordar el mencionado factor bruja.

–Y entonces me despertaron por segunda vez –estaba diciendo Cameron–.

Y es cuando decidí llamar al servicio de habitaciones.

–Me gustaría que retrocedieras un momento –la interrupción de Jack desde el rincón de la habitación sobresaltó a Cameron; era la primera vez que hablaba desde que ella había empezado a prestar su declaración–. Dime lo que oíste justo antes de quedarte dormida; antes de que los ruidos de la otra habitación volvieran a despertarte –dijo.

Cameron vaciló. Sabía que no quería responder sus preguntas –de hecho, probablemente no quisiera cruzar una sola palabra con él–pero ahora que había empezado a cooperar, no tenía mucha elección.

–Oí cerrarse la puerta, como si alguien hubiese abandonado la habitación –dijo.

–¿Estás segura de que fue la puerta exterior la que oíste? –preguntó Jack.

–Sí.

–Pero no te acercaste a comprobar si alguien se marchaba esa vez.

Cameron sacudió la cabeza.

–No. Luego la habitación se quedó un rato en silencio. Alrededor de una media hora.

–Háblame sobre los sonidos que te despertaron.

Cameron se volvió hacia él, ahora que se había hecho cargo del interrogatorio.

–¿Qué te gustaría saber, agente Pallas? –preguntó con burlona amabilidad.

–Acabo de decírtelo. Me gustaría saber lo que oíste.

–Más o menos lo mismo que oí la primera vez –dijo con aire desafiante.

Jack ladeó la cabeza.

–¿En serio? Has dicho que la primera vez oíste a los ocupantes de la habitación de al lado practicando sexo.

–Sí, creo que la palmada en el culo y los gritos de “me estoy corriendo” apuntan en esa dirección.

Jack se apartó del rincón para aproximarse.

Así que, cuando te despertaste la segunda vez, ¿oíste palmadas en el culo?

–No.

Por su expresión, supo de no disfrutaba siendo la destinataria de un contrainterrogatorio.

–¿Qué hay de los gritos de “me estoy corriendo”? ¿Oíste más de esos?

–Oí chillidos.

–Pero no anuncios de orgasmos inminentes.

Ella lo estudió.

–¿A dónde quieres llegar, agente Pallas?

Él se acercó aún más y bajó la mirada.

–Quiero llegar, señorita Lynde, a que sé que estás cansada pero eso no es una excusa para ser poco rigurosa.

Los ojos de Cameron se llenaron de ira. Pero luego se detuvo un instante y asintió.

–Tienes razón.

Le echó un vistazo a la pared que colindaba con la habitación 1308.

–Cuando me desperté la segunda vez, oí la cama golpeando contra la pared, aún más fuerte que antes. Pero solo un par de veces. Luego, como he dicho, oí gritos.

–¿Una voz de hombre o de mujer? –preguntó Jack.

–De mujer. Sonaba ahogada, como si tuviera la cara cubierta por una manta o por la almohada –Cameron se giró de nuevo hacia él con una repentina mirada de comprensión–. Se estaba asfixiando, ¿verdad? –preguntó con suavidad.

Jack dudó a la hora de contestarle pero sabía que tendría que acabar informándola.

–Sí.

Cameron se mordió el labio.

–Solo pensé que estaban tratando de ser más silenciosos. No me di cuenta... –tomó una honda bocanada de aire y contuvo la respiración.

–No tenías forma de saberlo –le aseguró Wilkins.

Jack le lanzó una mirada –no más poli bueno. Ya era mayorcita, podía arreglárselas.

–¿Le dijiste al detective Slonsky que llamaste a seguridad y la habitación volvió a quedarse en silencio?

–Y luego oí abrirse la puerta así que corrí a asomarme por la mirilla –dijo Cameron.

–¿Cotilleando?

El sarcasmo pareció revigorizarla.

–Doy gracias a Dios por eso –dijo–. De lo contrario, no dispondrías de toda esa información que sé que aún no soy consciente de poseer –sonrió casi con dulzura–. Además, si no hubiera sido tan cotilla, agente Pallas, tú y yo nunca habríamos estado esta

encantadora oportunidad de reconectar.

Wilkins tosió mientras tomaba un sorbo de café, sonando sospechosamente como si se estuviese riendo.

Jack encontró cómica su ironía. Cuando estaba en las Fuerzas Especiales, antes de unirse al FBI, había interrogado a agentes extranjeros, sospechosos de terrorismo y a varios milicianos de las guerrillas. Ciertamente, podía arreglárselas con una ayudante del fiscal descarada.

–Me alegra comprobar que el café te ha vuelto a encender la chispa –dijo secamente–. Y ahora, ¿por qué no me explicas lo que viste mientras cumplías con tu labor cívica de espiar por la mirilla?

Wilkins alzó las manos.

–Um, tal vez debería volver a encargarme yo de esto.

Cameron y Jack respondieron simultáneamente.

–Estamos bien.

–Vi a un hombre abandonar la habitación, lo que estoy segura de que ya sabes –le expuso ella a Jack.

–Descríbelo.

–Ya se lo he descrito a Slonsky.

–Vuelve a hacerlo.

Jack vio centellear sus ojos. No le gustaba que le hablases de esa forma. Lástima.

–Un metro ochenta y dos, tal vez ochenta y tres –dijo–. Constitución media. Vestía vaqueros, una chaqueta negra y una camiseta gris con la capucha sobre la cabeza. Se mantuvo todo el rato de espaldas así no le vi la cara en ningún momento.

–¿No pensaste que la camiseta con capucha era un poco rara? –preguntó Jack.

–Oí palmadas en el culo y golpes tan fuertes en la pared que casi me traqueteaban los dientes. Sinceramente, encontré la noche entera un poco rara, agente Pallas.

Por el rabillo del ojo, Jack vio a Wilkins alzar la vista hacia el techo, tratando de contener otra sonrisa.

–¿Estás segura de la estatura del hombre? –continuó Jack.

Cameron hizo una pausa para pensarlo.

–Sí.

–¿Y qué me dices de su peso?

Ella suspiró.

–Soy realmente mala calculando esas cosas.

–Haz un esfuerzo. Finge que esto es algo importante.

Otra mirada.

Cameron se volvió hacia Wilkins.

–¿Cuánto pesas?

–Espera –¿por qué no le pides a Jack que te responda a eso?

–El hombre que vi parecía más de tu constitución.

–Oh, ¿entonces era un tipo más pequeño? –sugirió Jack amablemente.

Wilkins se giró.

–¿Un tipo más pequeño? Estoy dos centímetros por encima de la media nacional. Además, soy dinámico.

–Tratemos de centrarnos –se reorganizó Jack–. Yo peso ochenta y cuatro kilos, el agente Wilkins unos setenta y dos. Teniendo eso en cuenta, ¿qué le calculas a nuestro tipo?

Ella miró alternativamente a los dos hombres, considerándolo.

–Unos setenta y siete.

Jack y Wilkins intercambiaron una mirada.

–¿Qué? –preguntó Cameron–. ¿Qué os dice eso?

–Solo para asegurarnos de que está claro, el hombre que viste abandonar la habitación medía alrededor de un metro ochenta y dos, y pesaba unos setenta y siete kilos. ¿Es así?

–Así es –convino–. Y ya veo que habéis conseguido la información que queríais obtener de

mí. Así que me gustaría algo a cambio –Cameron miró primero a Wilkins, que se volvió hacia Jack.

Tras debatirse un momento, este se reclinó contra la pared.

–De acuerdo. Esto es todo lo que puedo decirte.

–Solo para que quede claro, todo lo que voy a contarte es confidencial –le dijo Jack–. De hecho, si no estuvieses en la oficina del fiscal no te estaría contando nada.

Cameron captó el mensaje: él no quería contarle una mierda pero su jefe le había ordenado compartiera información, como cortesía profesional.

–Claro como el cristal, agente Pallas –dijo.

–Obviamente, ya has sacado unas cuantas conclusiones así que me saltaré los preliminares –comenzó Jack–. Llamaste a seguridad, ellos encontraron muerta a la mujer de la habitación de al lado y avisaron a los paramédicos y a la policía. Los del DPC llegaron a la escena, vieron que había huellas de forcejeo y empezaron su investigación.

–¿Qué huellas de forcejeo? –preguntó Cameron.

–Para ahorrarnos tiempo, en el futuro puedes asumir que cualquier cosa de no te cuente es una decisión deliberada por mi parte.

Cameron alzó la mirada al techo, mordiéndose la lengua. De todas las escenas de asesinato y ~~no tenía idea de que más pero algo parecía haber involucrado al FBI~~, de todos los hoteles, de todo Chicago, Jack Pallas tenía que encargarse de esta.

–Mientras los del DPC estaban procesando la escena, se toparon con algo oculto detrás de la televisión que había frente a la cama. Una cámara de vídeo.

–¿Tenéis grabado el asesinato? –preguntó Cameron. Ojalá todos los crímenes llegaran a manos del fiscal tan bien documentados.

Jack sacudió la cabeza.

–No. Lo que hay en la cinta es todo lo que sucedió antes del asesinato.

–¿Antes del asesinato? –Cameron pensó en el ruidoso sexo que había oído desde el otro lado de la pared–. Debe ser una grabación interesante.

–Lo es –convino Jack–. Sobre todo, cuando el hombre que aparece en la grabación es un Senador casado de los EEUU.

Cameron abrió los ojos como platos. No se había esperado eso. Formuló la pregunta obvia.

–¿Qué Senador?

El agente Wilkins sacó una fotografía del bolsillo interior de la chaqueta de su traje y se la tendió.

Ella observó la fotografía y luego desvió la mirada de vuelta a Jack.

–Es el Senador Hodges.

–Así que lo reconoces.

–Claro que lo reconozco –dijo Cameron. Bill Hodges había representado al estado de Illinois en el Senado de los EEUU durante unos veinticinco años.

Y últimamente su rostro estaba saliendo más de lo habitual en las noticias – acababa de ser nombrado presidente de la Comisión del Senado sobre Banca, Vivienda y Asuntos Urbanos.

Cameron recordó a la pelirroja que había visto en la camilla de los paramédicos.

–La mujer que había en la habitación 1308 no era la esposa del Senador, ¿verdad?

–No –dijo Jack.

–¿Quién era?

–Digamos que el Senador Hodges pagó para algo más que para que le restauraran el suelo anoche.

Estupendo.

–¿Una prostituta?

–Creo que las mujeres de su nivel suelen preferir que las llamen acompañantes.

–¿Cómo sabéis eso ya?

–Tenemos las grabaciones del servicio de acompañantes. El Senador llevaba casi un año viéndola con regularidad.

Cameron se levantó y empezó a pasearse junto a la cama, tratando la escena como un nuevo caso que acabaran de pasarle.

–¿Y qué hay de la cámara? No me digas que el Senador era lo bastante estúpido para pensar que podría mantener una grabación sexual en secreto –se detuvo, pensando con rapidez–. No... Claro. Chantaje. Por eso os llamaron los del DPC.

–Habiendo revisado la cinta, es obvio que el Senador Hodges no tenía ni idea de que estaba siendo grabado –dijo Wilkins.

–¿Te tocó a ti revisar la cinta? Qué suerte –dijo Cameron.

–No exactamente. Jack estaba ocupado jugando al poli malo con el Senador Hodges.

–Vaya y yo que creía que era algo especial para mí.

Wilkins sonrió.

–Nah –le gusta practicarlo con todo el mundo. Normalmente funciona, con todo ese rollo de la mirada oscura y la hosquedad.

Cameron le echó un vistazo a Jack, que había regresado a su rincón de la habitación. “Hosco” –buena descripción. Ciertamente, más acertada que el “gilipollas” genérico que ella había estado usando durante los últimos tres años.

Se preguntó si Jack Pallas sonreía alguna vez.

Entonces, se acordó de que le importaba un pimiento si lo hacía o no.

–Dado el contenido de la cinta, habitualmente el Senador Hodges habría sido el principal sospechoso del DPC –le dijo Jack–. De hecho, probablemente la policía lo habría arrestado ya de no ser por ti.

–¿Y eso?

Jack se apartó de la pared y se aproximó. Le arrancó a Cameron la foto de las manos y la sostuvo ante su cara.

–Dejémonos de tonterías. ¿Hay alguna posibilidad de que el tipo que viste abandonar la habitación, cinco minutos antes de que los de seguridad encontrasen a esa chica muerta, fuera este hombre?

Cameron vaciló, pillada momentáneamente con la guardia baja por la rapidez con la que Jack había entrado en modo de ataque.

Él le acercó la foto todavía más.

–Vamos, Cameron –¿hay alguna posibilidad de que fuera este hombre?

Cameron sintió un ligero cosquilleo en el estómago al oírlo llamarla por su nombre. Se habían llamado antes por sus nombres una vez, muy brevemente. Apartó eso de su mente y se centró en la foto que él sostenía ante su cara. En realidad, ni siquiera necesitada mirarla. El Senador Hodges, no solo era un hombre más bajo, sino que si tenía que calcular –y por lo visto podía hacerlo–diría que pesaba, al menos, noventa y ocho kilos. Puede que no hubiera tenido la mejor perspectiva desde la mirilla pero tenía bastante clara una cosa.

–No es él –dijo.

–¿Estás segura? –preguntó Jack.

–Estoy segura.

Jack se alejó de ella.

–Entonces, el Senador Hodges tendrá que estarte jodidamente agradecido. Porque tu palabra es lo único que va a impedir que sea arrestado por asesinato.

El silencio cayó en la habitación.

–¿No tiene ninguna coartada? –preguntó Cameron.

Jack permaneció en silencio. Claramente, eso entraba en la categoría no–voy–a–responder–preguntas—de–mierda.

–Me lo tomaré como un no –dijo Cameron–. ¿Qué te parece si en vez de hacer preguntas trato de rellenar los espacios en blanco? Entonces, esa acompañante que se acostaba con el Senador Hodges, con el Senador casado más veterano de Illinois...

–Que acababa de ser nombrado presidente del Comité de Banca del Senado –dejó caer Wilkins. Se encogió de hombros al captar la mortífera mirada que le lanzó Jack–. ¿Qué? Yo no tengo problemas con ella.

Además, oí lo que dijo Davis –se supone que tenemos que compartir, ¿recuerdas?

Más hosquedad los envolvió.

–Entonces, la acompañante decide grabar al Senador y usar la cinta para chantajearlo –continuó Cameron–. Se encuentran esta noche, lo hacen –muchas veces–sigo manteniendo la teoría de la Viagra, por cierto–y el Senador se va. Veinte minutos después aparece nuestro hombre misterioso. Hay un forcejeo y él mata a la mujer. Y como no hay signos de que entrara por la fuerza, podemos deducir que la chica conocía al asesino y le dejó entrar en la habitación. ¿Cómo voy hasta ahora?

Wilkins asintió, impresionado.

–Nada mal.

–Lo que yo creo –le dijo Jack–, es que ha sido una noche larga y no queremos robarte más tiempo. El FBI agradece tu cooperación, señorita Lynde. Nos pondremos en contacto contigo si necesitamos algo más.

Cameron lo observó girarse y encaminarse hacia la puerta, por lo visto, con la errónea impresión de que no tenían nada más que discutir.

–En realidad, tengo otra pregunta, agente Pallas –dijo.

Él se volvió para mirarla.

–¿Y cuál podría ser?

–¿Puedo salir de una vez de esta habitación de hotel?

Cuatro

Cuando el agente Wilkins sugirió que él y Jack la acercaran a casa desde el hotel, Cameron aceptó reacia. Por deseosa que estuviese de poner cierta distancia entre ella y Jack, no quería que él pensara que su actitud la afectaba.

Sentada en el asiento trasero del coche de Wilkins –al menos, dedujo que se trataba del coche de Wilkins, puesto que era él quien conducía y además le costaba imaginarse a Jack con un Lexus–apoyó la cabeza contra el cuero frío del asiento y miró por la ventanilla. Había permanecido tanto tiempo encerrada en esa habitación de hotel, que la luz del día le había resultado desagradable e irreal al salir al exterior. Era casi mediodía, lo que significaba que llevaba unas treinta horas sin dormir. Dudaba que ni siquiera Starbucks tuviera un remedio para eso.

Luchando contra el adormecedor movimiento del coche, apartó la vista de la ventanilla.

Con la cabeza apoyada en el asiento, observó al hombre que estaba sentado delante de ella, entrecerrando los ojos.

Jack Pallas.

Se reiría de la ironía de la situación, de no encontrarse tan malditamente cansada. Aparte de que, como norma general, parecía prudente abstenerse de soltar extrañas carcajadas, aunque fuera para reírse de si misma, cuando una estaba sentada en un coche con dos agentes del FBI –uno de los cuales ya desconfiaba de ella con una intensidad palpable.

No es que le sorprendiera que Jack siguiese sintiéndose así. Recordaba demasiado bien su expresión cuando le había dicho que no iban a presentar cargos en el caso de Martino.

Había sido hacía tres años, un viernes a última hora de la tarde.

Antes de eso, había sido convocada para una reunión con su jefe, Silas Briggs, el fiscal del distrito norte de Illinois. Este, le había dicho que quería hablar sobre el caso Martino y ella había dado por supuesto que iban a discutir los cargos que pensaba presentar contra varios de los miembros de la organización de Martino. Lo que Silas le dijo, en cambio, la dejó anonadada.

–He decidido no presentar cargos –declaró. Se lo había soltado en cuanto ella había tomado asiento, como si pretendiera acabar la conversación cuando antes.

–¿Contra los hombres de Martino o contra el propio Martino? –preguntó Cameron, asumiendo inicialmente que Silas había llegado a un acuerdo para que alguien testificara, a

cambio de inmunidad.

–Contra nadie –dijo Silas con total naturalidad.

Cameron se recostó en su silla, concediéndose un instante para procesarlo.

–¿No quieres presentar cargos?

–Veo que te sorprende.

Eso era el eufemismo del año.

–El FBI ha estado trabajando en este caso dos años. Con toda la información que el agente Pallas obtuvo mientras estaba infiltrado, tenemos pruebas suficientes para encarcelar a Martino durante el resto de su vida. ¿Por qué no lo procesamos?

–Eres joven y entusiasta, Cameron, y me gustas por eso. Es uno de los motivos por los que te saqué de Hatcher and Thorn –dijo Silas, refiriéndose a la firma legal para la que ella había trabajado, antes de incorporarse a la oficina del fiscal.

Cameron alzó una mano. Ciertamente era nueva en el trabajo y definitivamente entusiasta. Pero tenía cuatro años de experiencia en juicios como abogada civil, antes de entrar en la fiscalía. De todas formas, si Silas pensaba que no estaba preparada, no iba a permitir que su orgullo se interpusiera.

–Vamos, Silas, si esto es porque crees que no tengo bastante experiencia para encargarme del caso, dáselo a alguien que la tenga.

Sí, estaré un poco irascible, probablemente vague melancólicamente por la oficina un día o dos, pero lo superaré. Mierda, incluso ayudaré a quien quiera que le reasignes el caso y...

Silas la interrumpió.

–Nadie en esta oficina va a presentar cargos. Punto. Llevo ejerciendo el tiempo suficiente como para saber que un juicio como ese pronto derivaría en dos cosas: un circo mediático y un jodido agujero negro para el gobierno de los EEUU. Crees tener bastantes pruebas ahora pero espera y verás: después de que le declaremos la guerra abiertamente a Martino, te encontrarás con testigos echándose atrás –o peor, desapareciendo misteriosamente o muriendo–y antes de que te des cuenta llevarás dos semanas de juicio, sin una prueba sólida con la que respaldar las promesas que le hiciste al jurado en tu declaración inicial.

Cameron sabía que probablemente tendría que haberse detenido al llegar a ese punto. Pero no pudo evitar protestar.

–Pero solo el testimonio del agente Pallas será prueba suficiente...

–El agente Pallas vio muchas cosas pero, por desgracia, descubrieron su tapadera demasiado pronto –la interrumpió Silas–. Y aunque agradezco de verdad los dos años que ha pasado investigando para este caso, si seguimos adelante, presentamos cargos y no resultamos convincentes, las consecuencias nos afectarán a nosotros –no al agente Pallas ni a nadie del FBI. No estoy dispuesto a hacerle correr ese riesgo a mi oficina.

Cameron guardó silencio. Roberto Martino y sus secuaces eran los responsables de casi un tercio del tráfico de drogas en la ciudad de Chicago; blanqueaban dinero con más de una veintena de falsas corporaciones; y extorsionaban, sobornaban y amenazaban a todo el que se interponía en su camino. Sin mencionar la gente que asesinaban.

Perseguir criminales como Roberto Martino era la razón principal por la que se había unido a la oficina del fiscal. En los momentos oscuros que rodeaban el asesinato de su padre, esa decisión había sido lo único –aparte del apoyo de Collin y Amy– que la había mantenido en pie y centrada.

En líneas generales, le había gustado trabajar para su antigua firma.

Con el empleo de policía de su padre y el de taquígrafa de la corte de su madre, hasta que se había divorciado del padre de Cameron para casarse con un piloto, que había conocido (haciendo la transcripción de su caso de divorcio, nada menos), su familia se las había apañado más o menos bien. Aunque, ciertamente no nadaban en la abundancia. Por eso, Cameron apreciaba la independencia y la seguridad que proporcionaba el salario de 250.000 dólares, que había estado ganando durante sus cuatro años ejerciendo en el ámbito privado.

Su padre se había sentido orgulloso de su éxito. Como había descubierto una y otra vez al recibir las condolencias de los oficiales que habían asistido al velatorio y al funeral de su padre, por lo visto, él se jactaba incesantemente ante su compañero y el resto de sus amigos policías de los logros de Cameron.

Ella había permanecido junto a su padre y su familia tras el divorcio –especialmente, después de que su madre se trasladara a Florida con su nuevo marido, que se había retirado de la compañía aérea poco después de que Cameron empezara en la facultad de Derecho.

Su muerte había sido un duro golpe.

Una tarde, durante el cuarto año de ejercicio de Cameron en la firma, el capitán al mando de la unidad de su padre la había llamado al trabajo y pronunciado esas terribles palabras que cualquier familiar de un miembro de la ley teme oír: tenía que acudir inmediatamente al hospital. Para cuando había cruzado frenética las puertas de la sala de urgencias, ya era

demasiado tarde. Se había quedado allí, aturdida, en una habitación privada, mientras el capitán le explicaba que su padre había sido asesinado a tiros por un traficante de drogas, al responder lo que había pensado que no era más que una llamada rutinaria correspondiente a una pelea doméstica.

El primer par de semanas tras el asesinato de su padre se había sentido... gris era la palabra que había empleado para describirlo cuando Collin le había preguntado cómo se encontraba. Pero luego se recompuso y regresó a la firma.

En cierto sentido, saber lo orgulloso que se había sentido su padre de su trabajo la había ayudado a hacerlo –sabía que él habría querido que siguiera adelante y que llegara tan lejos en su carrera como le fuera posible. Pero algo fallaba.

Cuatro semanas después, estaba en la sala del tribunal cuando descubrió lo que era. Había estado esperando para discutir una moción tangible, que antes le había parecido particularmente importante pero que tras la muerte de su padre resultaba desalentadoramente insignificante. Y entonces, el alguacil de la sala anunció un caso.

Los Estados Unidos contra Markovitz. El caso de un vulgar delincuente en posesión de un arma de fuego.

Se trataba de una sencilla comparecencia en la sala, nada llamativo, una moción para suprimir las pruebas presentadas por la parte demandada. Procesalmente, la moción era muy similar a la que Cameron tenía previsto defender ese día, así que prestó atención, evaluando el humor del juez. Tras una breve argumentación oral, el juez falló a favor del Estado y Cameron observó la expresión de satisfacción del asistente del fiscal.

Ella no había sentido esa satisfacción ni una sola vez desde que habían asesinado a su padre.

Pero esa mañana, mientras observaba cómo escoltaban al acusado fuera de la sala, esposado y con el traje de preso naranja, sintió que algo se había cumplido, sin importar que fuera a pequeña escala. Se había hecho justicia. El hombre que había disparado y matado a su padre también era un delincuente común. Tal si se hubiese hecho algo más, si ese arma no hubiera estado en la calle, si él no hubiera estado en la calle...

Se dio cuenta de que ella podía hacer algo al respecto.

Esa misma semana, solicitó un puesto en la oficina del fiscal.

Sin embargo, uno de los aspectos de ser fiscal que Cameron no había previsto era la política que, a menudo, entra en juego al trabajar para el gobierno.

Sentada ese día frente a Silas, mientras le explicaba sus motivos para no seguir adelante con el caso Martino, comprendió que la oficina del fiscal no era una excepción. Adivinó cuál era el auténtico problema de Silas: simplemente no quería jugarse el cuello, arriesgándose a perder un caso que sería cubierto por todos los periódicos nacionales, la televisión y las emisoras de radio.

Su decisión la sorprendió. Y la hizo sentirse frustrada. Y disgustada por la idea de que alguien como Roberto Martino pudiese seguir adelante, sin más, con sus actividades. Pero, por desgracia, a menos que pretendiese entregar su placa de ayudante del fiscal en ese preciso instante, estaba atada de manos. Solo llevaba un año en la oficina –desafiar abiertamente a su jefe en aquel asunto no sería lo más inteligente, si quería conservar su empleo en la lucha contra el crimen. Así que se guardó su opinión para si misma.

–De acuerdo. Nada de cargos –sintió un nudo en el estómago al pronunciar en voz alta las palabras.

–Me alegro de que lo entiendas –dijo Silas con un asentimiento de aprobación–. Y una última cosa: no he tenido ocasión de hablar con nadie del Bureau sobre esto. Alguien tiene que informar al agente Pallas y a los demás de que no vamos a seguir adelante con el caso Martino. He pensando que, ya que parece tener una buena relación con él, deberías ser tú.

Esa era una conversación en la que Cameron no quería participar.

–Creo que sería más apropiado que el agente Pallas lo oyera directamente de ti, Silas. Especialmente, dado lo implicado que está en esta investigación.

–Estaba haciendo su trabajo como agente del FBI. A veces, pasan estas cosas.

Percibiendo por su tono que el tema no estaría abierto a discusión durante mucho más tiempo, Cameron asintió. De todas formas, no estaba segura de poder confiar en si misma si hablaba en ese instante.

Silas le sostuvo la mirada.

–Y ya que nos entendemos, lo único que el FBI necesita saber es que no vamos a presentar cargos contra Martino y sus hombres. Esta oficina tiene una estricta política respecto a comentar el proceso que nos lleva a tomar decisiones internas.

Cuando Cameron siguió en silencio, Silasladeó la cabeza.

–Necesito que seamos un equipo, Cameron. ¿Lo entiendes?

Oh, lo entendía perfectamente. Silas estaba vendiéndola –dejando que ella cargara con su decisión de dejar libre a Martino. Pero así eran las cosas. Él era su jefe, por no mencionar

también un miembro extremadamente importante y bien relacionado de la comunidad legal de Chicago. Lo que significaba que solo había una cosa que podía decir.

–Considéralo hecho.

Jack observó a Wilkins echar un vistazo por el espejo retrovisor. La pasajera del asiento de atrás llevaba un buen rato callada.

–¿Está dormida? –le preguntó.

Wilkins asintió.

–Ha sido una noche larga.

–Cierto. Pasemos a por otra ronda de café antes de volver. Esa mierda que tienen en la oficina sabe asquerosa.

–Quería decir que ha sido una noche larga para ella.

Jack sabía exactamente lo que Wilkins había querido decir. Pero estaba tratando de evitar pensar en ella tanto como le resultaba posible.

–Ha sido raro, que os reencontrarais en estas circunstancias.

Por lo visto, Wilkins no había recibido su mensaje dejemos–correr–el–tema.

Jack echó un vistazo al espejo para comprobar que Cameron estaba durmiendo.

–Habría sido raro en cualquier circunstancia –dijo en voz baja.

Wilkins apartó la vista de la carretera.

–¿Te arrepientes?

–¿De lo que dije?

–Sí.

–Solo de que hubiese una cámara delante.

Wilkins sacudió la cabeza.

–Recuérdame que nunca provoque tu lado malo.

–Nunca provoques mi lado malo.

–Gracias.

A Jack le gustaba trabajar con Wilkins. Al principio, había dudado cuando su jefe había decidido emparejarlo con un tipo recién salido de la Academia. Había dudado incluso más al echarle un vistazo al caro traje que Wilkins llevaba el día que se conocieron. Pero bajo las sonrisas y las bromas, Wilkins era mucho más inteligente de lo que Jack había pensado y lo respetaba por eso –incluso aunque no pudieran ser más diferentes en su manera de enfocar la mayoría de las cosas.

Aparte de eso, Jack se alegraba de tener un compañero que, para variar, hablaba de verdad, teniendo en cuenta que su último compañero en Nebraska hablaba una media de unas seis coma tres palabras al día y tenía la personalidad de un picaporte. Las operaciones de vigilancia con él habían sido divertidísimas. Y no es que las operaciones de vigilancia en Nebraska fuesen demasiado interesantes, para empezar. Se había aburrido horrores de sí mismo a lo largo de los últimos tres años –lo que, por supuesto, era el objetivo de la acción disciplinaria que el Departamento de Justicia había emprendido contra él.

Jack volvió a echar un vistazo para asegurarse de que Cameron continuaba dormida en el asiento de atrás.

No había sido totalmente sincero al decirle a Wilkins que no se arrepentía de nada de lo que había ocurrido hacía tres años. Claro que lo hacía –lo que había dicho estaba fuera de lugar. Lo había sabido unos dos segundos después de que las palabras salieran de su boca.

Al enterarse de que iba a ser transferido de regreso a Chicago, se había jurado dejar todo eso atrás. Por desgracia, no había contado con tropezarse con Cameron Lynde durante su primera semana en la ciudad.

Estar cerca de ella le traía un montón de viejos recuerdos.

Para empezar, aún no había podido olvidar el modo en que había evitado mirarlo el día que le había dicho lo del caso Martino.

Tres años atrás, un viernes a última hora de la tarde, Cameron lo había llamado para decirle que iba a acercarse a su oficina para hablar con él y con su compañero, Joe Dobbs. Había sonreído al oírlo llamar a la puerta y verla en el umbral. Jack recordaba eso con claridad, probablemente por lo raro que era que sonriera en esa época –no había habido gran cosa por la que alegrarse durante los dos años que había pasado trabajando para Martino. Todavía se sentía, por decirlo sin rodeos, bastante jodido después de haber trabajado encubierto durante tanto tiempo y estaba teniendo problemas para regresar a la rutina de su vida normal. Tampoco podía dormir por las noches, lo que ciertamente no ayudaba mucho.

Pero por difícil que le estuviera resultando reincorporarse al trabajo de oficina, había un

aspecto de este que no le importaba: trabajar con Cameron Lynde. De hecho, había empezado a preocuparle la posibilidad de que le importase demasiado poco. Solo habían hablado de trabajo –del caso Martino–y, aún así, el par de veces que habían estado los dos solos, había sentido una especie de corriente subterránea entre ellos. No sabía cómo describirla pero, se debiese a lo que se debiese, era suficiente para hacerle desear no estar tan jodido.

–Pasa –le había dicho Jack.

Por una vez, Cameron no le devolvió la sonrisa cuando entró en su despacho ese viernes por la tarde.

–¿Se va a reunir con nosotros el agente Dobbs? –preguntó.

–Está de camino. ¿Por qué no te sientas mientras esperas? –Jack señaló las sillas que había ante su mesa.

Cameron sacudió la cabeza.

–Estoy bien, gracias.

Durante el transcurso del último mes, la había llegado a conocer lo suficiente como para saber que no se encontraba nada bien en aquel momento. Algo iba mal –se había saltado las bromas afiladas–pero–no–realmente–sarcásticas/medio–en–tono–de–flirteo que Jack se había habituado a esperar y disfrutaba como parte de su discurso habitual.

Sin mencionar que parecía nerviosa.

Tuvo un mal presentimiento.

–Dijiste que querías hablar sobre Martino –¿Hay algún problema con el caso? –la observó mientras vacilaba.

Bingo.

Cameron bajó la mirada hacia el suelo.

–Creo que deberíamos esperar a que llegue el agente Dobbs –se mordió el labio inferior, preocupada, y Jack no supo decir qué era más inquietante –si su repentina muestra de vulnerabilidad o el hecho de que él no pudiese apartar la vista de sus labios.

Se levantó de su mesa, se aproximó a la puerta del despacho y la cerró. Luego se situó ante ella.

–Hay algo que te preocupa.

–Agente Pallas, creo...

Él la interrumpió.

–Llámame Jack, ¿vale? Creo que ha llegado el momento de empezar a usar nuestros nombres –cuando ella volvió a desviar la mirada hacia la puerta del despacho, Jack hizo algo que los sorprendió a ambos –levantó la mano y le cogió la barbilla con suavidad.

Luego le hizo volver la cabeza.

–Cuéntamelo, Cameron. Dime qué pasa.

Cuando sus increíbles ojos aguamarina se encontraron con los de él, lo sintió –algo semejante a las descargas eléctricas que los hombres de Martino le habían aplicado durante sus dos días de cautiverio. Solo que mucho más agradable.

–Jack –susurró–. Lo siento tant...

Una llamada a la puerta los interrumpió.

Jack y Cameron se alejaron precipitadamente el uno del otro mientras la puerta se abría. Al entrar, Joe pareció sorprendido de encontrarlos allí de pie.

–Oh, hola –siento el retraso –tomó asiento en una de las sillas frente al escritorio de Jack – llevaban cuatro años siendo compañeros y se sentían cómodos el uno en el despacho del otro. Cruzó las piernas y alzó la mirada hacia Cameron–. Jack me ha dicho que querías hablarnos sobre Martino.

–Sí –dijo Cameron. Una vez más, sonó rígida y nerviosa y, extrañamente, centró su atención de Joe–. Quería que supierais que hemos tomado una decisión. No vamos a presentar cargos contra Roberto Martino. Ni contra nadie de su organización, para el caso.

El silencio se hizo en la habitación.

Jack lo rompió.

–No puedes hablar en serio.

Cameron siguió sin mirarlo.

–Me doy cuenta de que no es el resultado que vosotros esperabais.

–¿Qué quieres decir con que no vais a presentar cargos? –preguntó Joe.

Había sido el enlace entre Jack y el Bureau durante los dos años que Jack había trabajado encubierto y conocía toda la basura que habían sacado a la luz sobre Martino.

–Nuestra oficina ha decidido que no hay pruebas suficientes para llevar el caso a juicio – dijo Cameron.

Jack se esforzó –con todas sus fuerzas–por mantener la ira bajo control.

–Gilipolleces. ¿Quién ha tomado esa decisión? ¿Ha sido Briggs?

Joe se levantó de su silla y empezó a pasearse.

–Jodido idiota. Lo único que le importa es su reputación –dijo con desagrado.

–Quiero hablar con él –exigió Jack.

Cameron se volvió finalmente.

–No hay ninguna necesidad de eso. Este caso... es mío. Es mi decisión.

–¡Y una mierda! –No me lo trago.

Joe le lanzó una mirada, con una nota de cautela en la voz.

–Jack.

Cameron permaneció impasible.

–Entiendo lo frustrante que...

Jack dio un paso hacia ella.

–¿Frustrante? La frustración no se acerca siquiera a lo que siento ahora mismo. Has leído los informes –al menos, suponía que lo habías hecho hasta hace un minuto–ahora no estoy tan seguro de lo que tú o quien sea en la oficina del fiscal habéis estado haciendo. Sabéis quién es Martino y lo que ha estado haciendo. ¿En qué diablos estáis pensando?

–Lo siento –dijo ella inexpresivamente–. Sé cuánto has invertido en esta investigación. Por desgracia, no puedo decir nada más.

–Claro que puedes. Puedes decir a quién cojones le ha pagado Martino en la oficina del fiscal para conseguir que ocurra este milagro. Si Briggs no ha tomado la decisión, entonces... –Jack centró su escrutinio sobre Cameron una vez más–. ¿Qué te parece, Joe? ¿Deberíamos echarles un vistazo a las cuentas corrientes de la señorita Lynde y comprobar si han sido efectuados grandes depósitos, últimamente?

Cameron se acercó y le dirigió una fulminante mirada.

–Eso ha estado fuera de lugar, agente Pallas.

Joe se interpuso entre ellos.

–De acuerdo, creo que todos debemos dar un paso atrás y calmarnos un poco.

Jack lo ignoró.

–Quiero una explicación –le dijo nuevamente a Cameron.

Ella se mantuvo firme, sosteniéndole la mirada, furiosa.

–Bien. Descubriste tu tapadera demasiado pronto. Espero que esa explicación te satisfaga porque es la única que puedo darte.

Una oleada de ira lo recorrió. Y de culpabilidad. Sus palabras dieron en un punto sensible – aunque no había tenido elección, aún se culpaba a si mismo de que su tapadera hubiese sido descubierta.

La voz de Jack sonó helada.

–Lárgate de mi despacho.

–Estaba a punto de hacerlo –dijo Cameron–. Solo una cosa más –si alguna vez tienes dudas respecto a mis lealtades o sobre mi dedicación al trabajo, puedes preguntarme directamente, agente Pallas. Pero como empieces a hurgar en mis cuentas corrientes, será mejor que consigas una orden judicial o un abogado defensor estupendo –hizo un asentimiento, a modo de despedida a Joe–. Agente Dobbs –luego se giró y se fue sin pronunciar palabra.

Joe la observó marcharse.

–Sé que estás enfadado, Jack. Yo también estoy muy cabreado. Pero ten cuidado. Puede que Cameron Lynde sea nueva en la oficina pero sigue siendo una ayudante del fiscal. Probablemente no sea muy buena idea acusarla de corrupción.

Escuchando apenas, Jack no dijo nada. Solo podía pensar en una cosa.

Dos años de su vida por jodido desagüe.

Joe se puso en acción.

–Vale –voy a ir a hablar con Davis –dijo refiriéndose a su jefe, el agente especial al mando– . A ver si consigo descubrir lo que realmente está pasando –se aproximó y le puso a Jack

una mano sobre el hombro—.

Mientras tanto deberías calmarte. Vete a casa, toma un trago o lo que sea —simplemente, desaparece de la oficina antes de que digas algo que puedas lamentar.

Jack asintió.

Dos años.

Una vez en el ascensor, miró las puertas con aturdimiento, preguntándose si Cameron Lynde tenía la menor idea de lo que había tenido que pasar para conseguir esas pruebas a las que ella no daba importancia. Sí, habían descubierto su tapadera, pero solo porque —en un movimiento estúpido relacionado con la fastidiosa competencia por la jurisdicción—la DEA había enviado a su propio agente encubierto a contactar con Martino. Jack había descubierto quién era el tipo en unos cinco segundos. A Martino le había costado diez.

Y le había ordenado a Jack que lo matara.

Jack había hecho un montón de cosas desagradables para mantener su tapadera mientras trabajaba con Martino pero, hasta ese momento, siempre se las había arreglado para evitar asesinar a nadie. Pero esa vez, Martino quería que el cuerpo del agente le fuera devuelto — para enviarle un mensaje a la DEA—y Jack no tuvo forma, ni haciendo uso de todo su ingenio, de librarse. Así que se dio por vencido. Estaba a punto de reunirse con el agente de la DEA para avisarlo y salir pitando de allí los dos, cuando los atraparon los hombres de Martino.

Mataron al agente de la DEA de inmediato. Martino siguió con su plan y mandó a sus hombres depositar el cuerpo en la puerta de las oficinas de la DEA en Chicago, esa noche.

Con Jack fue menos indulgente.

Por decirlo de algún modo.

Sin embargo, durante el segundo día de cautividad de Jack, Martino cometió un error fatal.

En realidad, fue un hombre en concreto el que cometió el error: Vincent, uno de los interrogadores de Martino, quiso elevar el interrogatorio a un nivel superior y decidió desatarle las manos a Jack. Sí, inmediatamente le incapacitó una de las manos, clavándole el antebrazo a la silla con un cuchillo de veintitrés centímetros. Pero le dejó momentáneamente libre la otra.

Por semejante estupidez, era probable que Martino hubiese matado a Vincent personalmente, de no haber sido porque Jack había estrangulado al tipo con su mano libre, sacado el cuchillo de su antebrazo y apuñalado a Vincent con él.

Por suerte para Jack, Vincent llevaba una pistola además del cuchillo.

Y también por suerte para Jack, había sido entrenado en las Fuerzas Especiales para manejar una pistola con cualquiera de las dos manos, con idéntica destreza.

Los hombres de Martino, sin embargo, no tuvieron tanta suerte. Ciertamente que uno de ellos logró dispararle a Jack en mitad de tiroteo que se produjo. Pero no vivió lo suficiente para alardear de ello.

Pero, a diferencia de sus hombres, Martino parecía tener toda la suerte del mundo. No solo no se encontraba entre los ocho cuerpos que el FBI encontró, cuando finalmente apareció en el almacén, sino que, por lo visto, la fortuna le sonría de nuevo depositando su caso en las inexpertas manos de la asistente del fiscal, Cameron Lynde.

Dos años de su vida por el desague.

Jack no quería creerlo. Pero ella había dicho que la decisión de no procesar a Martino era suya. Y si eso era cierto... al diablo con ella.

El ascensor llegó a la planta baja y se abrieron las puertas. Jack salió e inmediatamente fue abordado por una multitud de reporteros.

Por desgracia, no era un hecho aislado: involuntariamente, se había convertido en el foco de los medios tras el tiroteo en el almacén —ocho gansters muertos tienden a llamar la atención de la gente—y, desde entonces, los periodistas aparecían cada vez que el nombre de Martino salía en las noticias.

—¡Agente Pallas! ¡Agente Pallas! —gritaron, tratando de llegar hasta él.

Jack los ignoró y se dirigió hacia la puerta principal. La reportera de una filial local de la NBC, cuyo interés por él parecía, últimamente, ir más allá de lo profesional, lo siguió a grandes zancadas con su cámara a cuestas.

—Agente Pallas —acabamos de enterarnos de lo del caso Martino. Como agente del FBI al cargo de la investigación, ¿qué le parece el hecho de que Roberto Martino vaya a seguir libre en las calles de Chicago?

Colocó un micrófono ante la cara de Jack.

Puede que fuera debido a la falta de sueño extrema. O puede que fuera por el hecho de que (según el psicólogo que le habían ordenado visitar una vez por semana) tenía “rabia” acumulada, en relación con su trabajo encubierto y su captura. O tal vez tuviera algo que ver el hecho de haber sido torturado durante dos días por ese tipo. Pero, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, Jack se encontró lanzando una réplica a la pregunta de la

reportera.

–Lo que me parece es que la ayudante del fiscal tiene la cabeza en el culo. Deberían haberle asignado el caso a alguien con un par de jodidas pelotas.

Todas las cadenas de televisión de Chicago abrieron el informativo de las seis con su diatriba.

Y luego lo retransmitieron de nuevo en las noticias de las diez. Por supuesto, para entonces, ya había corrido la voz hasta los corresponsales nacionales de que un agente especial del FBI de Chicago había vilipendiado a una ayudante del fiscal en directo, ante las cámaras, y sus comentarios salían en todas partes: la CNN, la MSNBC, el Today show, Nightline, Larry King Live y demás. Sin mencionar que las imágenes tuvieron el dudoso honor de convertirse en el vídeo más descargado en YouTube durante toda la semana.

Sobra decir que el jefe de Jack no estaba muy contento.

–¿Estás mal de la cabeza? –quiso saber Davis cuando atrapó en su despacho a Jack a la mañana siguiente–. Tú eres el que tenía la cabeza en el jodido culo al hacer un comentario como ese en la televisión nacional, Pallas.

Las cosas fueron cuesta abajo a partir del ahí. Varios grupos feministas empezaron a hacer ruido en la prensa, proclamando que el comentario de Jack sobre asignar el caso de alguien con “pelotas” era –tomado literalmente–era una declaración machista que implicaba que solo un fiscal hombre podía encargarse de un caso difícil.

Lo que hizo intervenir al Departamento de Justicia.

Pese a su arranque inicial al descubrir la situación, Davis trató a apaciguar durante dos días al DDJ. Enfatizó que Jack era el agente con más talento y dedicación de Chicago y sugirió, a modo de acción disciplinaria, que Jack presentara una disculpa formal a la señorita Lynde y la oficina del fiscal y fuera puesto a prueba durante seis meses. Los abogados del DDJ dijeron que tendrían en cuenta las recomendaciones de Davis.

Ese lunes por la mañana, Jack llegó pronto a su despacho para empezar a trabajar en la disculpa. Sabía que había estado fuera de lugar, tanto en los comentarios que le había hecho a la reportera, como cuando le había dicho a Cameron todas aquellas cosas antes.

Tenía que admitir que había manejado fatal la situación. Peor que eso.

En el punto álgido de la conmoción y la frustración que había sentido al oír la noticia, el hecho de haber llegado a confiar en Cameron aún había incrementado más su ira. Pero ahora, esperaba que, de algún modo, pudieran encontrar la forma de superarlo y seguir

adelante.

Había dejado abierta la puerta de su despacho mientras trabajaba y, tras unos minutos frente a la pantalla en blanco del ordenador –no se le daban demasiado bien las disculpas– se había sorprendido al escuchar voces, procedentes del despacho de Davis.

Creía que era el único que había llegado tan pronto.

Davis sonaba furioso. Desde el otro extremo del pasillo, Jack no logró captar gran cosa de la conversación, aparte de oír a su jefe decir “gilipollices” y “reacción exagerada”. Al no oír a nadie más, se preguntó si Davis estaría al teléfono. Pero, independientemente de con quien estuviera hablando, Jack tuvo una idea bastante aproximada de sobre quién estaba hablando. Se levantó de su mesa y fue hacia el pasillo cuando...

Se abrió la puerta del despacho de Davis y Cameron Lynde salió de él.

Al ver a Jack, se detuvo en seco. En su rostro se dibujó una expresión que Jack conocía muy bien. A lo largo de los años, había captado esa expresión muchas veces cuando alguien lo veía aproximarse.

Cautela.

Cameron disimuló la expresión rápidamente y le sostuvo la mirada con frialdad desde el otro lado del pasillo. Luego, se giró y se marchó sin decir nada.

Davis también vio a Jack al salir de su despacho. Sacudió sombríamente la cabeza.

Esa tarde, el Departamento de Justicia cursó una orden para que el agente especial Jack Pallas fuera transferido de Chicago inmediatamente.

Jack tuvo la sensación de que sabía a quién tenía que agradecerse.

–Sea lo que sea lo que piensas, creo que será mejor que lo dejes en el pasado.

Jack volvió la cabeza y se encontró a Wilkins observándolo.

–No estaba pensando nada.

–¿En serio? Porque detuve el coche hace tres minutos y hemos estado desde entonces aquí sentados sin más, frente a la casa.

Jack miró a su alrededor para orientarse –mierda, estaban allí sentados sin más. Estaba bien comprobar que sus excepcionalmente desarrolladas dotes de observación como agente especial permanecían intactas. Culpó a la testigo que se encontraba en el asiento de atrás.

Lo distraía. Había llegado la hora de acabar con eso.

–Eres libre de irte –dijo por encima del hombro.

Sin respuesta.

Se volvió.

–Está totalmente frita –le dijo Wilkins.

–Pues haz algo al respecto.

Wilkins echó un vistazo por el retrovisor.

–Yuju, Cameron...

–¿Yuju? Eso suena muy a FBI.

–Eh, yo soy el poli bueno. Funcionará –Wilkins regresó a la tarea en cuestión–. Cameron – estamos aquí –se volvió hacia Jack, suspirando–.

¿Crees que le molestará que la llame Cameron?

–En este momento, creo que podrías llamarla cualquier cosa sin consecuencias –él tenía unas cuantas sugerencias a mano.

–Vale, pasemos al plan B –decidió Wilkins–. Alguien tiene que ir ahí atrás y despertarla.

–De acuerdo. Espero que te vaya bien.

–Me refería a ti –Wilkins hizo un ademán inocente al ver la expresión de Jack–. Lo siento, yo tengo que quedarme aquí y conducir.

Gruñendo entre dientes, Jack abrió la puerta del coche y se apeó, para encontrarse con la panorámica de la casa de Cameron Lynde. O, al menos, del lugar que supuestamente era su hogar.

Volvió a meter la cabeza en el coche.

–¿Estás seguro de que es aquí?

–Dijo el 3309 de North Henderson. Este es el 3309 de North Henderson –repuso Wilkins.

–Sí pero es... –Jack se giró y trató en encontrar el mejor modo de describir lo que tenía delante.

–Una casa jodidamente bonita –dijo Wilkins en tono de aprobación.

Bastante exacto. Allí, en la calle frente a Jack, la casa de tres plantas se alzaba elegantemente. Tenía un pórtico abovedado, enmarcado por columnas que franqueaban la entrada. La hiedra adornaba la mayor parte de la fachada y un jardín se extendía hacia el lado derecho y se abría paso hacia el garaje. Supuso que ocupaba al menos una parcela y media.

La primera pregunta que le vino a la mente fue cómo podía permitirse una casa como esa una empleada de la oficina del fiscal, con su salario estatal.

Wilkins pareció tener algo parecido en mente. Se inclinó sobre el asiento para echar un vistazo a través de la ventanilla del acompañante.

–¿Qué opinas? ¿Un marido rico?

Jack lo consideró. Tenía que haber alguien rico de por medio, porque estaba claro que ella no podía permitírselo. O eso, o no había estado tan fuera de lugar hacía tres años cuando la había acusado de estar en nómina para Martino.

Wilkins se leyó la mente.

–Ni se te ocurra ir por ahí. Esa es exactamente la mierda que te metió en problemas la última vez.

Jack señaló a Cameron, todavía acurrucada en el asiento trasero.

–Al único sitio que voy a “ir” es de vuelta a la oficina, en cuanto logremos arreglar esto – cogió el tirador y abrió la puerta–. Vamos, señorita Lynde –dijo en tono dominante.

Sin respuesta.

–Sigue viva, ¿verdad? –preguntó Wilkins, girándose.

Jack se inclinó sobre el asiento. Se acercó a Cameron y la oyó respirar.

–Está viva –le sacudió un hombro–. Vamos, despierta.

Todavía sin respuesta.

–Tal vez deberías besarla –viendo la mirada de Jack, Wilkins sonrió maliciosamente–. Eh – funcionó con aquella chica.

Jack se volvió hacia Cameron y consideró sus opciones. Podía sacudirla unas cuantas veces. Tentador. Rociarla de agua helada. Muy tentador.

Pero luego, conociéndola, contraatacaría presentado un millón de cargos y él estaría de vuelta en Nebraska para el atardecer. Lo que solo le dejaba una opción.

Se estiró por encima de Cameron y alcanzó su bolso.

–Mira a ver si puedes encontrar las llaves –le dijo a Wilkins.

–¿Bromeas? ¿Y si se despierta y me pilla registrándole el bolso? Los bolsos no se tocan. Son sacrosantos.

–O buscas las llaves o vienes aquí y la llevas tú mismo.

Wilkins miró el bolso de reojo y luego lo cogió.

–Merece la pena verte intentarlo. Diez pavos a que se despierta y te pilla, antes de que llegues a las escaleras.

Jack también estimó que las posibilidades eran de un setenta/treinta.

Le dijo a Wilkins que abriera el maletero y luego sacó la maleta de Cameron y la llevó hasta la puerta principal. Cuando volvió al coche, cogió el bolso y lo depositó sobre el regazo de Cameron. Cogió las llaves que le tendía Wilkins y se las metió en el bolsillo. Sin más, la levantó en brazos y la sacó del coche.

Cameron se acomodó contra él, todavía dormida y apoyó la cabeza sobre su hombro. La llevó hasta su casa, pensando que, definitivamente, este no se encontraba entre todos los posibles escenarios en los que había podido pensar encontrarse con Cameron Lynde. Se preguntó que pensarían sus vecinos al verlo llevarla a casa en brazos a plena luz del día –es decir, si alguno tenía el maldito telescopio necesario para poder ver a través de su pequeña finca urbana.

Jack bajó la mirada. Parecía tan tranquila en ese instante que por una milésima de segundo simpatizó con la larga noche que debía haber pasado. Se las había arreglado sorprendentemente bien, considerando lo sucedido.

Abrió con una mano la verja forjada de hierro y la transportó hasta las escaleras. Dado el tamaño de la casa, pensó que era bastante probable que viviera con alguien y se preguntó si ese alguien estaría a punto de salir corriendo, preocupado, para alejarla de él.

No sucedió.

Jack buscó en el bolsillo, se hizo con la llave y abrió la puerta principal. Sin rastro del novio/marido/amante–medio–enloquecido–de–preocupación. Bajó la mirada hacia Cameron, que se encontraba acurrucada contra su pecho. No es que a él le importara pero,

fuera quien fuera el tipo, era un gilipollas al no haberse dado cuenta de que ella estaba ilocalizable durante las últimas diez horas.

–Cameron, despierta –su voz sonó extrañamente suave. Se aclaró la garganta–. Estás en casa.

Ella se movió esta vez y Jack la depositó sobre el porche, apresurándose a poner cierta distancia entre ellos. Cameron permaneció allí un momento, amodorrada e insegura y lo miró como si lo estuviese viendo por primera vez.

–Tú.

–Yo.

Parpadeó y luego agitó un brazo en el aire, arrastrando las palabras con voz cansada.

–Vale, ya puedes largarte.

Aunque Jack hubiera estado más que encantado de largarse, primero tenía que asegurarse de que estaba a salvo. Después de todo, era su testigo clave. Le tendió el bolso, que ella atrapó por los pelos y llevó la maleta hasta el otro lado de la puerta.

–Las llaves están en la cerradura, no te olvides de ellas. ¿Vives aquí sola? –su interés al formular la pregunta era estrictamente profesional–. Has pasado una noche difícil –quizá no quieras quedarte sola.

La observó sacar las llaves de la cerradura y volver a meterlas, y después empujar la puerta y mirarla confundida, cuando la encontró ya abierta.

–Sí... Ahora estoy seguro de que no debes quedarte aquí sola –dijo Jack.

Pese a estar fuera de sí, no tuvo ningún problema para lanzarle una mirada asesina.

–Llamaré a Collin –murmuró. A continuación entró en la casa y le cerró la puerta en las narices.

Bien.

Había un Collin.

Jack echó un rápido vistazo para asegurarse de que la casa estaba cerrada. Luego regresó al coche y entró en él.

Wilkins alzó las manos.

–¿Bien?

–Podemos irnos –dijo Jack.

–¿Estás seguro de que debemos dejarla sola?

–Va a llamar a Collin.

–Oh, qué alivio. ¿Quién es Collin?

Jack se encogió de hombros.

–Ni idea. Lo único que sé es que ahora ella es su problema, no el mío.

–Ay. Eso es algo duro.

–En realidad, iba a ser más duro, pero estoy en baja forma –dijo Jack–

. Ha sido una noche larga. No te olvides del café, camino de la oficina.

Wilkins sonrió mientras se incorporaba al tráfico.

–¿Sabes? Creo que voy a aprender mucho de ti, Jack.

Jack no estuvo muy seguro de a qué venía eso. Pero, por supuesto, era cierto.

–Gracias.

–Eres un hombre que dice lo que piensa –respeto eso. I apuesto a que tú también lo respetas en los demás.

Ah... Ahora empezaba a comprender a qué venía.

–Limítate a soltarlo, si hay algo que quieras decir, Wilkins.

Wilkins detuvo el coche en un cruce.

–Tus problemas con ella son cosa tuya. Solo quiero oírte decir que esos problemas no van a afectar al modo en que manejemos este caso.

–No lo harán.

–Estupendo. Y, a modo de información personal –¿piensas ponerte malhumorado y taciturno cada vez que surja su nombre?

Jack estudió a su compañero en silencio.

Wilkins sonrió.

–Me he pasado, ¿verdad?

–Un error de novato habitual. La cuestión es cuánto.

–Trataré de arreglarlo.

–Hazlo –Jack se giró para mirar por la ventanilla, disfrutando de las familiares vistas que no había contemplado desde que se fuera de Chicago tres años atrás. Tras unos segundos, rompió el silencio–. Y

otra cosa: se supone que no debes contarles a los testigos lo de la hosquedad. Arruina el efecto.

–¿Entonces es intencionada?

–Oh, llevo años perfeccionando la hosquedad.

Wilkins apartó la mirada de la calzada, sorprendido.

–¿De verdad acabas de hacer una broma?

–No, y mantén la vista en la carretera, novato. Me fastidiaría mucho que estrellaras el coche antes de conseguir un café.

Cinco

–Aún no puedo creerme que no nos llamas desde el hotel.

Cameron supo, por el tono de voz de Collin, que dudaba entre sentirse preocupado por ella, considerando lo ocurrido la noche anterior, y molesto, por no haberse enterado de nada hasta ese momento.

En su defensa, podía alegar que su intención, después de que Jack y Wilkins la dejaran en casa, había sido llamar a Collin y a Amy. Los tres eran amigos desde la universidad y normalmente se lo contaba todo. Pero entonces se había acordado de que era sábado, lo que significaba que Collin estaría trabajando y Amy inmersa en los preparativos para la boda, ya que solo faltaban dos semanas para el gran día. Así que, en lugar de eso, les había enviado un mensaje a cada uno, preguntándoles si les apetecía cenar esa noche en Frasca.

Luego se había arrastrado hasta la cama y permanecido inconsciente durante las siguientes seis horas.

Una vez en el restaurante, tan pronto como el maitre los había acomodado, Cameron comenzó a contarles a Collin y a Amy lo ocurrido la noche anterior –omitiendo cualquier mención al Senador Hodges, ya que el FBI mantenía eso en secreto. Desde el otro lado de la mesa, había visto incrementarse más y más la agitación de Collin, conforme progresaba su historia. Y hacía unos minutos, lo había visto pasarse los dedos por el pelo color arena y cruzar los brazos sobre el pecho –su gesto habitual cuando se enfrentaba a algo que le molestaba.

A la izquierda de Cameron se encontraba Amy, tan sofisticada como siempre, con su vestido marrón hecho a medida y el pelo rubio por los hombros, cortado en una melena angulosa. Ella se mostró más diplomática que Collin en su respuesta.

–Parece que tuviste una noche intensa, Cameron. No tendrías que haber pasado sola por todo eso.

–Habría llamado –dijo dirigiéndose a Collin–, si el FBI no me hubiera restringido las llamadas –se volvió hacia la izquierda–. Y, sí, fue una noche extremadamente intensa. Gracias por tu preocupación, Amy –se dispuso a hacerse con su vaso de vino pero Collin le cogió la mano por encima de la mesa.

–Espera –sabes que yo también estoy preocupado.

Cameron le lanzó una mirada pero no apartó la mano.

–Entonces deja de quejarte porque no te llamara.

Él le dirigió una de sus sonrisas, marca registrada, vamos–soy–inocente. Había visto esa sonrisa montones de veces en los últimos doce años y, aún así, seguía funcionando. Normalmente.

–Perdona –dijo Collin–. Me he asustado al escuchar tu historia y expresado incorrectamente mis emociones a través de la rabia. Cosas de tíos –le apretó la mano–. No me gusta que estuvieras en la habitación contigua a un asesino, Cam. Ruidos extraños, misteriosos hombres encapuchados por la mirilla –todo esto es demasiado Hitchcockniano para mí.

–Y aún no os he contado lo peor –dijo Cameron–. Jack Pallas es uno de los agentes que se encarga del caso para el FBI.

A Amy me llevó un momento ubicar el nombre.

–Espera –¿el agente Macizo?

–El agente Gilipollas –la corrigió Cameron. “Agente Macizo” había sido el antiguo apodo de Jack, en desuso hacía ya tiempo, desde que la había acusado de aceptar sobornos de Roberto Martino.

–Menuda suerte. ¿Y cómo le va al agente Gilipollas? –preguntó Collin secamente.

Como mejor amigo de Cameron, tenía la obligación de mostrar animosidad por Jack Pallas.

–Más importante. ¿Cómo fue verlo después de tanto tiempo? –preguntó Amy.

–Nos pasamos el rato intercambiando pullas e insultos sarcásticos.

Estuvo bien ponerse al día.

–Pero, ¿sigue tan sexy como siempre? –Amy intercambió una mirada con Collin–. Bueno, uno de los dos tenía que preguntarlo.

–Eso es irrelevante, ¿no crees? –Cameron se las arregló para parecer fríamente desdeñosa mientras tomaba un sorbo de vino. Luego, tragó demasiado rápido, casi se atragantó y tosió mientras trataba de tomar aire.

Amy sonrió.

–Me lo tomaré como un sí.

Cameron se secó los ojos llorosos con la servilleta y se volvió hacia Collin en busca de ayuda.

–A mí no me mires –yo paso de eso –dijo él.

–Me gustaría recordaros a los dos que ese capullo me avergonzó en la televisión nacional.

–No, el capullo se avergonzó a si mismo en la televisión nacional –repuso Amy.

Cameron resopló, parcialmente apaciguada.

–Y también me gustaría señalar que, por su culpa, prácticamente todos los agentes del FBI del área de Chicago me han guardado rencor durante tres años. Lo que es divertidísimo, teniendo en cuenta que trabajo con el FBI casi a diario.

–No tienes que volver a verlo, ¿no? –preguntó Collins.

–Si hay un Dios, no –Cameron lo pensó más seriamente–. No lo sé. Puede que sí, si surgen más preguntas que quieran hacerme. Pero os diré una cosa: si vuelvo a ver a Jack Pallas, será bajo mis condiciones. Puede que anoche me pillara con la guardia baja pero la próxima vez estaré preparada. Y, por lo menos, vestida adecuadamente para la ocasión.

–¿Qué había de malo en lo que llevabas? –preguntó Amy.

–Llevaba pantalones de yoga y zapatillas –bufó Cameron–. Ya puestos, podía haber estado desnuda.

–Ciertamente, habrías hecho más interesante el interrogatorio –Collin se recostó en la silla con gesto arrogante–. Tú y tus tacones. Tuviste suerte de no ir todavía en ropa interior. ¿Qué prefieres, eso o ser interrogada en zapatillas de deporte?

Cameron lo consideró.

–¿Seguiría llevando tacones en el supuesto de la ropa interior?

–Tú tienes un problema. Se suponía que era una pregunta retórica –dijo Collin.

Cameron sonrió.

–Me gusta reforzar la verticalidad... Soy una abogada de metro sesenta y dos. Voy muy justa.

Amy tuvo que disculparse e irse en cuanto acabaron de cenar, ya que tenía que madrugar al día siguiente para reunirse con el personal de la floristería.

Cameron y Collin se quedaron en el restaurante tomando otra ronda de copas y luego recorrieron, paseando, las cinco manzanas hasta su casa.

Era una noche de Octubre fresca. Cameron se cerró la chaqueta, atándose a la cintura.

–No estoy segura de que Amy llegue a la boda sin sufrir una crisis nerviosa. Sigo pidiéndole que me deje ayudar más.

–Ya sabes cómo es –lleva planeando esto desde que tenía cinco años –dijo Collin–. Hablando de planes, ¿cómo va la despedida de soltera?

–Sus primas creen que necesitamos un stripper –dijo Cameron, refiriéndose a las otras dos damas de honor–. Pero Amy casi me obligó a hacer un juramento de sangre: nada de strippers, nada de velos horteras y absolutamente ningún accesorio con forma de pene. Así que voy a organizar una cata de vino y de postres en mi casa y luego iremos a un bar. Espero que le guste. Si me despide como dama de honor, tendrás que ocuparte, ya lo sabes.

Collin le pasó un brazo por los hombros.

–Ni en un millón de años, nena.

Cameron sonrió y se inclinó contra él, acomodándose en la firme solidez de su pecho. A su vez, Collin la estrechó con más fuerza y se puso serio.

–Sabes que solo estábamos bromeando en el restaurante, ¿verdad?

–Claro.

–Porque estamos muy preocupados por ti.

–También lo sé.

Al llegar frente a su casa, se detuvieron. Collin se giró hacia ella y Cameron apreció la preocupación en sus ojos color avellana.

–En serio, Cam –fuiste testigo presencial, auditivo, o como se llame de un asesinato. Y viste marcharse al asesino. Odio tener que preguntarlo pero... ¿hay alguna posibilidad de que sepa que lo viste?

Cameron se había hecho esa misma pregunta varias veces a sí misma en el transcurso de las últimas doce horas.

–Estuve todo el tiempo detrás de la puerta. Y aunque me oyera o, de algún modo, llegara a sospechar que lo vi, no hay forma de que conozca mi identidad. El FBI y el DPC han mantenido mi nombre en el anonimato.

–No fue precisamente una buena noche para ti, ¿verdad?

–Eso es quedarse corto.

Collin inclinó la cabeza, señalando la casa.

–Vale, entonces... ¿te gustaría tener compañía esta noche?

Cameron lo consideró. Tras los terribles sucesos de la noche anterior, la idea de estar sola en esa enorme casa no era especialmente apetecible. Pero sabía que si Collin se quedaba, habría problemas.

–Gracias por la oferta pero Richard ya piensa que pasas demasiado tiempo conmigo. Estaré bien sola.

Hubo un destello de emoción en los ojos de Collin.

–En realidad, Richard y yo hemos decidido dejarlo.

Cameron se quedó conmocionada. Sabía que estaban teniendo problemas –personalmente, ella culpaba a Richard: siempre había sido un poco arrogante y no apreciaba a Collin, al que la mitad de la población masculina de Chicago prácticamente adoraba, lo que se merecía –pero llevaban juntos tres años y había dado por sentado que las cosas funcionaban.

–¿Cuándo? –preguntó.

–Anoche. Cambió de opinión sobre ir a la boda de Amy. Usó la vieja excusa pero–será–muy–incómodo, pero lo cierto es que no quería sacrificar todo un fin de semana en Michigan –Collin enfatizó la última parte con simulado horror–. Le dije que la boda es en un hotel precioso pero ya lo conoces –si no es el Four Seasons no cree que sea lo bastante bueno. La cuestión es que discutimos por eso y luego discutimos por un montón de cosas, y ahora... bueno, aquí estamos.

–¿Crees que hay alguna posibilidad de que todo se arregle en unos días? –preguntó Cameron con delicadeza.

Collin sacudió la cabeza.

–No, si no puede hacer esto por mí. Sabe lo que esta boda significa para mí y creo que ese es el problema. Todo forma parte de su estúpida competición contigo y con Amy. Así que, esta noche está sacando sus cosas del apartamento. Probablemente, justo en este instante.

–Lo siento, cariño –Cameron lo abrazó–. Y supongo que la verdadera pregunta es: ¿Quieres un poco de compañía esta noche?

–Sí –Collin le sostuvo la verja abierta–. Pero tienes que prometerme que me emborracharás.

Cameron subió los escalones.

–Siempre que tú me prometas que, aún así, seguirás preparando el desayuno mañana.

–Nena, yo siempre preparo el desayuno. Tú ni siquiera eres capaz de calentar un Eggo.

–Solo fue una vez –en su último año de carrera y Collin nunca le había dejado olvidarlo–. En la estúpida caja ponía de uno a dos ciclos –lo puse dos ciclos. Aún sigue siendo un gran misterio para mí cómo se incendió la tostadora.

Sentados, en un coche sin identificativos al otro lado de la calle, los oficiales Phelps y Kamin observaron a la pareja subir los escalones de la casa.

–Y es la última vez que se dejan ver esta noche –dijo Kamin satisfecho. Plegó su Sun–Times mientras Phelps arrancaba el coche–.

Por un momento, no he estado seguro de que el chico fuera a darnos la señal de luz verde.

–Ahora parece sentirse como en casa –Phelps entrecerró los ojos, tratando de ver mejor a la pareja mientras entraba en la casa–. ¿Estás seguro de que Slonsky dijo que le echáramos un vistazo a la chica?

–Sí.

–...porque el tipo me resulta realmente familiar. Aunque no logro ubicarlo.

Kamin se encogió de hombros.

–En eso no puedo ayudarte. Slonsky dijo que viniéramos a casa de la chica y nos asegurásemos de que parecía segura. Es todo lo que sé.

–Tal vez deberíamos quedarnos un rato, solo para asegurarnos de que está todo claro.

Sin excesiva prisa por buscar asignaciones más peligrosas, Kamin aprobó el razonamiento.

–Por mí, bien.

Pasaron los siguientes veinte minutos en silencio, a excepción del ocasional crujido de las páginas del periódico de Kamin. Estaba leyendo la sección de deportes cuando se detuvo.

–Vaya, mira esto –le tendió el periódico para que Phelps pudiera verlo–. Es el tipo que acabamos de ver, ¿no?

Phelps se inclinó hacia delante y luego se reclinó en el asiento del conductor, satisfecho.

–Te dije que me parecía familiar.

Al otro lado de la ciudad, Jack estaba en su despacho, escuchando una vez más los apagados gritos de Davis. Al menos, esta vez, estaba bastante seguro de que el lío no tenía nada que ver con él. No directamente, vamos.

Él y Wilkins eran los únicos otros dos agentes que quedaban en la oficina, dado que eran las once del sábado por la noche. Sentado en una de las sillas que había ante su mesa, Wilkins señaló hacia el despacho del jefe.

–¿Siempre es así?

–Te acostumbrarás –dijo Jack. En realidad, no le molestaban las explosiones de Davis; en la Marina, había servido a las órdenes de varios comandantes muy dados a eso. Como sus antiguos comandantes, Davis era un tipo muy directo –y leal hasta la muerte a los agentes de su oficina. Había luchado duro para transferir a Jack de regreso a Chicago en cuanto había tenido la oportunidad.

Unos minutos después, la conmoción se extinguió y se abrió la puerta del despacho de Davis. Asomó la cabeza y echó un vistazo fuera.

–Pallas, Wilkins –acercaos.

Ambos tomaron asiento en las sillas del despacho de Davis que, extrañamente, no era mucho mayor que el asignado al resto de agentes de Chicago. Jack pensó que el Bureau podía haberle conseguido al menos unas vistas más interesantes que las del parking, por toda la mierda con la que tenía que tratar como agente especial al mando. Aunque, conociendo a Davis, probablemente hubiese pedido específicamente ese despacho para poder estar al tanto de las idas y venidas de todo el mundo. Lo cierto es que no había gran cosa que se le escapase.

–Acabo de terminar una llamada con los abogados del Senador Hodges –comenzó Davis–. “Exige” que se le mantenga al tanto de cualquier avance relacionado con nuestra investigación.

–Y, ¿qué les has dicho? –preguntó Wilkins.

–Que soy un hombre mayor y tiendo a olvidarme de las cosas. Y que si algún otro empleado del Senador Hodges volvía a llamarme esta noche, podía acabar olvidando la promesa que hice de mantener la confidencialidad en esta investigación. Ha habido un cierto alboroto tras eso pero, de momento... –Davis señaló el teléfono enmudecido de su

despacho—. Ahora tenemos que decidir cómo vamos a manejar todo este lío —miró Jack—. ¿Qué pasa con la investigación del DPC?

—Nuestro contacto es el detective Ted Slonsky, veinte años en el cuerpo, al menos diez en homicidios. Según él, las únicas huellas que encontraron en la habitación del hotel pertenecen a la víctima y al Senador Hodges. Encontraron rastros de semen en la cama, sobre el escritorio y sobre la cómoda del baño, y había varios condones usados en la papelera del baño. Todos pertenecientes al mismo hombre.

—Al menos sabemos que el Senador Hodges practica sexo seguro cuando engaña a su mujer —dijo Davis—. ¿Algo más?

—Había hematomas en ambas muñecas de la víctima, presumiblemente infringidas por el asesino cuando le sostuvo las manos mientras la asfixiaba.

—¿Alguna muestra de sangre en la escena? ¿Cabellos? ¿Fibras de ropa?

—Ninguna muestra de sangre. Estamos esperando los resultados del laboratorio sobre todo lo demás —le dijo Jack—. Y no tuvimos mucha más suerte con el personal de seguridad del hotel. No hay cámaras en los pasillos de las plantas ni en las escaleras —y aunque sí las hay en el vestíbulo, el garaje y el resto de áreas públicas del hotel, no hay ni rastro de nuestro tipo en ninguna de las grabaciones. Lo que significa que, hasta el momento, el testimonio de la señorita Lynde es nuestra única prueba de que existe ese misterioso segundo hombre.

Jack vio a Davis alzar una ceja ante la mención del nombre de Cameron pero su jefe se abstuvo de hacer comentarios. Al menos, por el momento.

—De acuerdo, esta es nuestra situación —dijo Davis—. Oficialmente, el Bureau solo tiene jurisdicción sobre los aspectos sospechosos de tener relación con el chantaje en la investigación. Sin embargo, extraoficialmente, tenemos a un Senador de los EEUU practicando sexo con una prostituta, que minutos más tarde, fue asfixiada en esa misma habitación de hotel —no hay forma de que nos mantengamos al margen.

¿Crees que ese detective Slonsky va a ser un problema?

—No creo. Parecía aliviado de contar con nuestra ayuda, respecto a la implicación del Senador —repuso Jack.

Davis asintió.

—Bien. ¿Teorías?

Jack se detuvo, dejando que Wilkins tomara la iniciativa.

Wilkins se enderezó en su silla.

–En este momento, estamos barajando dos teorías, ambas basadas en la presunción de que la víctima, Mandy Robards, estaba implicada en un plan para chantajear al Senador.

–¿Tenemos alguna base para esa presunción? –preguntó Davis.

–La cinta con la grabación fue encontrada en su bolso. En la cinta, ella es quien apaga la cámara cuando el Senador se marcha. Así que, a menos que estuviese preparando una grabación para un regalo adelantado de Navidad, creo que es razonable decir que tenía motivos inicuos.

Davis se volvió hacia Jack con una sonrisa perpleja.

–Inicuos. Esto es lo que te encuentras cuando contratas a un chico de Yale.

–Te has perdido sacrosanto. Y taciturno y hosquedad.

–¿Qué es hosquedad?

–Por lo visto, yo.

Wilkins intervino.

–Tiene que ser una broma –se volvió hacia Davis–. Lo habías oído antes, ¿verdad?

Davis no contestó. Hizo girar su silla y tecleó algo en el ordenador.

–Veamos que dice Google... Ah –aquí está. Hosquedad: cualidad de oscuro, que muestra un intratable mal humor.

Davis se volvió para dirigirle un asentimiento a Wilkins. ¿Sabes? Creo que Merriam–Webster (marca de diccionario) tiene razón, Jack –tienes un aire hosco –luego se giró hacia Wilkins–. Y sí, era una broma.

Normalmente, lleva alrededor de un año detectar con precisión las pequeñas incursiones del agente Pallas en el mundo del humor, pero lo conseguirás.

Para entonces, Jack trataba de recordar por qué demonios había estado tan deseoso de regresar a Chicago. Al menos, en Nebraska, uno podía vivir intratablemente en paz.

–Tal vez deberíamos volver a las teorías –gruñó.

–Cierto. Así que nuestra primera teoría es que esa chica organizó un chantaje –puede que en colaboración con alguien más o puede que no–y alguien relacionado con el Senador lo

descubrió y la asesinó para mantener el asunto alejado del conocimiento público –dijo Wilkins.

–Pero se dejaron la cinta –apuntó Davis.

–Puede que no supieran que estaba en la habitación. O tal vez les entrara el pánico después de matar a la chica o que algo los asustara, como escuchar a la señorita Lynde, en la habitación de al lado, llamando a seguridad.

Davis jugueteó con su bolígrafo, mientras lo consideraba.

–¿Y la segunda teoría?

–Nuestra segunda teoría es que todo ha sido un montaje y alguien mató a la chica para acusar al Senador de asesinato. Con lo que no contaban era con que la señorita Lynde viera al asesino saliendo de la habitación del hotel.

–Siguiendo con esas dos teorías, por el momento, ¿a quién tenemos en nuestra lista de sospechosos? –preguntó Davis.

–A casi todo el que quiera u odie al Senador Hodges –dijo Wilkins.

–Me alegra saber que hemos reducido la lista –Davis se reclinó en su silla, pensando en voz alta–. ¿Cómo enfocamos el hecho de que Hodges fue nombrado recientemente presidente del Comité Bancario?

–Todavía estamos trabajando en ello –dijo Jack–. Lo que me molestan son las contradicciones: la escena del crimen está limpia –no han dejado pruebas físicas. Eso sugeriría a un profesional, alguien que sabe lo que está haciendo o, al menos, ha pensado en ello de antemano.

Pero el asesino parece un principiante. Furioso. La asfixia es mucho más personal que una bala en la cabeza. Algo no cuadra. Creo que nuestro primer paso debería ser hablar con la gente de Hodges y descubrir quién sabía que estaba teniendo una aventura.

–No estoy seguro de que al Senador vaya a gustarle la idea. Ni a sus abogados –dijo Davis.

–Puede que cuando aclaremos que la cooperación de Senador es lo único que lo mantiene a salvo de ser arrestado por el asesinato de esa chica, lo reconsidere –dijo Jack.

–De acuerdo –avisadme si necesitáis ayuda con los abogados de Hodges.

Una cosa más –¿Qué pasa con nuestra testigo? Parece que el Senador tuvo suerte de que la señorita Lynde estuviera en la habitación de al lado.

–Para empezar, muy poca gente fuera de esta habitación sabe que hay una testigo –dijo Wilkins–. Guardaremos silencio por el momento. Por cortesía, el detective Slonsky ha enviado esta noche una brigada a su casa, aunque los oficiales no han sido específicamente informados sobre el caso. Llamaron hace unos minutos para informar que la señorita Lynde había regresado a su casa con un acompañante masculino y que todo parecía tranquilo.

–¿Tenemos motivos para creer que la señorita Lynde está en peligro? –pregunto Davis.

–No, mientras su identidad siga siendo confidencial –dijo Wilkins.

Davis vio dudar a Jack.

–¿Tienes otra opinión, Jack?

–No me gusta la idea de que la seguridad de nuestra testigo clave dependa de la creencia de que todo el mundo mantendrá su identidad en secreto. Parece un riesgo innecesario.

Davis asintió.

–Estoy de acuerdo. Y dada la posición de la señorita Lynde, prefiero pecar de cauteloso. Políticamente, sería una pesadilla que le ocurriera algo a una ayudante del fiscal, relacionada con una investigación del FBI.

–Le pondremos un equipo de vigilancia –dijo Jack–. Podemos coordinarlo con el DPC.

–Bien –señaló Davis–. También quiero dos informes diarios. Y hay programada una llamada el lunes por la mañana para informar al director de la investigación –espero que los dos estéis presentes.

Ahora, Wilkins, si no te importa, me gustaría hablar a solas con el agente Pallas.

Jack no se sorprendió. Había tenido el presentimiento de que asomaba un sermón en el horizonte desde el que el nombre de Cameron había salido a relucir.

Davis esperó hasta que Wilkins cerró la puerta a su espalda.

–¿Debería estar preocupado, Jack?

–No.

Davis lo estudió con sus penetrantes ojos grises.

–Tengo entendido que la señorita Lynde se ha mostrado muy cooperativa en la investigación.

–Así es.

–Espero reciprocidad por nuestra parte.

–Por supuesto.

Hubo un momento de silencio y Jack supo que Davis reparaba en la tirantez de su mandíbula y en la tensión que le recorría todo el cuerpo.

–No quiero ponerme pasado con esto –dijo Davis, sin mala intención–.

Pero si te va a suponer un problema trabajar con ella...

–Ningún problema –Jack miró a su jefe directamente a los ojos. Puede que Cameron Lynde hubiese sido un problema para él en un momento dado pero no pensaba repetir el error–. Solo es un caso más y lo trataré como a cualquier otro caso.

–La señorita Lynde debería ser consciente de la existencia del equipo de vigilancia. Me gustaría que se sintiera cómoda, puesto que va a ser algo así como una intrusión.

–De acuerdo. Se lo explicaré a primera hora de la mañana.

Tras estudiar a Jack un segundo, Davis pareció satisfecho.

–Muy bien, hazlo –luego hizo una seña en dirección al despacho de Wilkins–. Ahora, cuéntame qué tal lo está haciendo el chico.

Seis

Mientras guardaba la compra, Collin oyó a Cameron comenzar su ducha en el baño principal del piso superior. Basándose en su experiencia, supo que eso significaba que tenía, aproximadamente, unos veintidós minutos antes de que ella apareciera. Tiempo de sobra para preparar el desayuno.

No dejaba de divertirse, como había descubierto esa mañana al comprobar el contenido del frigorífico, lo poco que había mejorado la habilidad de Cameron en la cocina –o la falta de ella– desde la universidad. En realidad, lo que más le divertía era lo predecible que resultaba. Tras doce años de relación, había sabido exactamente con lo que iba a encontrarse al abrir las puertas del frigorífico: un cartón solitario de huevo batido, que había caducado hacía semanas; una bolsa de panecillos y tres envases de queso cremoso, de distintos sabores todos a medio vaciar; y dos docenas de platos precocinados en el congelador, bien organizados de acuerdo a las cuatro etnias principales de alimentos: Italiana, Asiática, Mexicana y macarrones con queso.

De ahí que la visita al Whole Foods hubiese sido el primer punto del orden del día, si pretendía mantener su promesa de preparar el desayuno. Por suerte, la tienda estaba solo a un par de manzanas.

Incluso mejor, se encontraba justo enfrente de un coffee shop, The Fixx, cuyo café con leche estrella, el "Smith and Wesson", era lo suficientemente fuerte como para combatir la resaca incluso del más penoso de los bebedores nocturnos. Para ser sinceros, Collin sabía que solo lograría beber unos cinco sorbos, antes de tener que deshacerse de aquella bazofia. Pero, ¿qué podía decir? –le flipaba pedir una bebida con nombre de arma.

Otra cosa de tíos, tal vez.

Encontró una sartén en el armario que había sobre la cocina –en realidad, no resultó muy difícil; estaba en el sitio exacto en que la había dejado la última vez que se había quedado a dormir. Vertió un poco de aceite en la sartén y añadió el calabacín y los champiñones, para saltearlos mientras encendía el horno. Decidió preparar una frittata, en vez de la tortilla que Cameron le había pedido al separarse la noche anterior en las escaleras. De ese modo, supuso, Cameron siempre podría recalentar las sobras y tomar dos comidas en condiciones el mismo día, que no procediesen de una caja.

Se estaba sintiendo más protector de lo habitual con ella. Trataba de no demostrarlo para no alarmarla pero aún le inquietaba que hubiese estado tan cerca de un asesino dos noches antes. Por descontado, ella había interpretado el papel de la fiscal con nervios de acero –la coraza tras la que se había parapetado tras la muerte de su padre– pero Collin sospechaba

que estaba más asustada de lo que reconocía.

Y, ciertamente, no ayudaba que el FBI le hubiese asignado la investigación a Jack Pallas. Dados los antecedentes, su implicación en el caso había elevado a la enésima potencia la tendencia de Cameron a no mostrar “debilidades”.

Sin duda alguna, la repentina reaparición de Jack Pallas en Chicago suponía una interesante novedad. Collin recordaba lo furiosa que había estado Cameron, con motivo, tras el infame comentario de “la cabeza en el culo”. Pero también recordaba –y solo un puñado de personas conocía este jugoso detalle–cuánto se había esforzado, pese a su enfado, por disuadir al DDJ de que transfiriese a Pallas de Chicago.

Siempre había encontrado muy curiosa esa contradicción en particular.

Collin estaba espolvoreando queso sobre la frittata cuando sonó el timbre de la puerta. Teniendo en cuenta que no era su casa y que Cameron no había mencionado que estuviese esperando a nadie, lo ignoró.

Justo cuando estaba poniendo la sartén en el horno, el timbre volvió a sonar.

Dos veces.

Collin cerró el horno.

–Muy bien, muy bien –gruñó. Cruzó el salón y el comedor y se dirigió hacia la puerta principal. Justo cuando estaba descorriendo los cerrojos, se dio cuenta de que aún llevaba puestas las manoplas del horno. Se quitó una y abrió la puerta. En el umbral, dos tipos lo estudiaron, sorprendidos.

Collin deslizó la mirada sobre el que iba vestido con traje hacia el más alto, que llevaba vaqueros y una americana.

Vaya, vaya, vaya... Pero si era el agente especial Jack Pallas en persona.

Collin se enderezó. Podían haber pasado tres años pero no eran necesarias las presentaciones. Sabía exactamente quién era aquel tío, por toda la cobertura mediática que había rodeado a la investigación Martino y las posteriores consecuencias para Cameron. Sin mencionar que Jack no era un hombre fácilmente olvidable. Definitivamente no era su tipo –indiscutiblemente hetero–pero eso no significaba que no reconociese a un individuo jodidamente atractivo cuando lo veía. Con una constitución delgada y musculosa, y un rostro que se salvaba de ser casi demasiado guapo por la sombra de barba que debía empezar a salirle a eso de las nueve de la mañana, Jack Pallas era uno de esos hombres que hacen desear al resto no estar ahí de pie, en el umbral, con unas manoplas a cuadros rojos.

Pero justo cuando empezaba a sentirse un poco territorial y a la defensiva, Collin advirtió que Pallas lo estaba estudiando a él de un modo parecido. Y puede que el escrutinio fuese una simple reacción instintiva en los agentes del FBI, pero era capaz de percibirlo cuando lo medían.

Collin sonrió, sintiendo que tenía la sartén por el mango.

–Caballeros. ¿Puedo ayudaros?

La mirada de Jack se posó sobre las manoplas. Era difícil explicar qué hacía con ellas.

Sacó una placa del bolsillo de la chaqueta.

–Soy el agente especial Jack Pallas del FBI y este es el agente Wilkins. Nos gustaría hablar con Cameron Lynde.

–Está en la ducha. Ya lleva un rato allí así que no creo que tarde –Collin hizo una seña hacia el interior de la casa–. Tengo que vigilar el horno. ¿Queréis pasar?

Dejando la puerta abierta, Collin se volvió y regresó a la cocina para echarle un vistazo a la frittata. Mientras sacaba la sartén del horno y la dejaba sobre la encimera, vio por el rabillo del ojo cómo los dos agentes entraban en el salón y cerraban la puerta tras ellos. Vio que Jack echaba un vistazo de reconocimiento por la casa y reparaba en la escasez de muebles en las dos habitaciones principales. Debido a las limitaciones presupuestarias, Cameron estaba amueblando la casa de forma gradual. El salón y el comedor se encontraban al final de la lista de prioridades dado que, como había dicho una vez, no tenía una gran vida social.

Al pasar por allí con frecuencia, Collin se había acostumbrado a la escasez de decoración, a la sencilla mecedora de cuero y la lámpara de lectura frente a la chimenea, que eran los únicos muebles del salón, y a la modesta mesa con sillas para cuatro personas que parecían casi liliputienses en el espacioso comedor de techo con molduras. Apostaba a que Jack, sin embargo, estaba especulando en ese preciso instante sobre las circunstancias que llevaban a alguien a tener una casa tan grande y a dejarla medio vacía.

Collin se quitó las manoplas.

–Me pone nervioso veros ahí plantados. ¿Por qué no pasáis? –Iré a ver cómo lo lleva Cam y le diré que estáis aquí.

Sintió la mirada de Jack sobre él cuando hizo su salida triunfal hacia las escaleras que conducían a las plantas superiores. Una vez en el segundo piso, entró en el dormitorio principal, la primera habitación a la derecha. El agua de la ducha todavía estaba corriendo así que llamó y abrió una rendija la puerta.

–Tienes visita, nena –dijo, tratando de controlar la voz–. El FBI quiere hablar contigo – cerró la puerta y volvió a bajar las escaleras, para encontrar a los dos agentes esperándolo en la cocina–. No debería tardar mucho. ¿Puedo ofrecerles algo para beber?

–No, gracias, señor... –Jack ladeó la cabeza–. Lo siento, no me he quedado con el nombre.

–Collin.

Vio que Jack lo registraba. Y la mirada de reconocimiento que cruzó el semblante de Wilkins.

–¡Claro! Eres Collin McCann –dijo Wilkins.

Collin sonrió. Ah... los fans. Nunca se cansaba que encontrárselos.

–Culpable de los cargos.

Wilkins se balanceó sobre los talones, entusiasmado.

–Sabía que me resultabas familiar desde que abriste la puerta pero me ha llevado un rato. Estás algo distinto a la fotografía del periódico.

–Es la barba. Una desafortunada elección de los veintitantos. He estado intentando que cambien la foto pero, por desgracia, tiene buena aceptación entre los lectores de entre dieciocho y treinta y cuatro años.

Jack los miró alternativamente.

–Me he perdido.

–Es Collin McCann –enfaticó Wilkins–. Ya sabes, el cronista deportivo.

Jack sacudió la cabeza. Ni idea. Collin trató de decidir lo ofendido que se sentía.

Wilkins se explicó.

–Tiene una columna semanal en el Sun–Times, desde dónde escribe directamente a los equipos –ya sabes, “Estimado Presidente”, “Querido Entrenador tal y cuál”– y hace recomendaciones sobre los traspasos, con qué jugadores empezar, la forma de mejorar el equipo, ese tipo de cosas –se volvió hacia Collin–. La carta que le dirigiste a Piniella la semana pasada fue buenísima.

Collin se rió entre dientes. Había molestado a un montón de fans de los Cubs con ella.

–Había que decirlo. Si la gente deja de gastar miles de dólares en entradas por temporada,

para ver a un equipo que no ha ganado las World Series desde 1908, puede que los propietarios y la directiva se sientan por fin motivados a formar un club digno de los aficionados.

Wilkins le lanzó una avergonzada mirada a su compañero.

–En serio, Jack, debes ser el único tío de la ciudad que no lee su columna. Collin McCann es como el Carrie Bradshaw de los hombres de Chicago.

–Te refieres a Terry Bradshaw –lo corrigió Jack.

–No, Carrie –repitió Wilkins–. Ya sabes, Sarah Jessica Parker. Sexo en Nueva York.

El silencio se hizo en la habitación mientras Jack y Collin miraban a Wilkins, temiendo seriamente por el futuro de los hombres.

Wilkins se removió, nervioso.

–Mi ex–novia me hacía ver la serie cuando salíamos.

–Ya y luego la seguiste para ver cómo acababa la historia –Jack se volvió hacia Collin–. Siento no reconocer el nombre. He estado fuera de la circulación durante un tiempo.

–Oh. ¿No se recibe el Sun–Times en Nebraska? –soltó Collin sin pensar.

Oops.

Vio parpadear a Jack y pudo leer sus pensamientos como si tuviera uno de esos bocadillos de los comics sobre la cabeza. Así que... sabe donde he estado los últimos tres años. Entonces, ella le ha hablado sobre mí a este gracioso. ¿Quién es y cuánto sabe? Dejando a un lado el tema de los deportes, que está claro que controla.

–En realidad, me refería a que trabajaba encubierto cuando vivía en la ciudad y no tenía mucho tiempo para leer –Jack se apoyó contra la encimera y observó la cocina, que ocupaba un lugar bastante más alto en la lista de espacios a remodelar de Cameron. Dejó vagar la mirada hasta el suelo de madera bajo sus pies–. Los suelos han quedado bien.

Tenéis una casa estupenda.

–Me aseguraré de hacerle llegar el cumplido a Cameron –dijo Collin.

–Oh, había dado por sentado que tú también vivías aquí.

–No. Solo estoy de paso.

Una ronca voz femenina los interrumpió.

–Y dejando entrar inesperadas visitas en mi casa, por lo visto.

Los tres hombres se volvieron para encontrar a Cameron, de pie en el umbral.

Vestía vaqueros y una camiseta gris que le ceñía el pecho, y llevaba el largo cabello recogido en una especie de improvisada cola de caballo. Tenía un aspecto adorable sin maquillaje, en su estilo relajada–para–pasar–el–fin–de–semana.

Collin se alejó de la puerta para mejorar su perspectiva de Jack.

Y, aunque fue algo sutil, tuvo casi la certeza de ver al agente recorriendo a Cameron con la mirada, antes de recuperar su reservada expresión.

Interesante.

Cameron se cruzó de brazos.

–Agente Pallas... qué sorpresa. No soy consciente de que tuviésemos ninguna cita esta mañana –apartó la mirada de él y su expresión se volvió más cálida–. Hola, agente Wilkins. Me alegro de volver a verte.

Siento haberos hecho esperar.

–Tranquila –estábamos charlando con tu amigo –dijo Wilkins.

Cameron desvió su atención hacia Collin.

–¿Puedo hablar contigo un momento?

–Claro, cariño –Collin siguió a Cameron hasta el salón. Cuando estuvieron a salvo de oídos indiscretos, ella le dio un golpecito en el pecho.

–¿Qué está haciendo en mi casa? –susurró.

–Llevaba una placa. Y tiene una mirada ligeramente intimidante. Me pareció mejor cooperar.

Cameron le dio otro golpe.

–No lo quiero en mi casa.

–Lo siento, no sabía que Jack Pallas te ponía tan nerviosa.

Cameron soltó un bufido.

–No estoy nerviosa. Solo prefiero manejarlo en otros términos. Quiero decir, en mi despacho, cuando estoy preparada para las reuniones de trabajo.

La mirada de Collin descendió hasta sus pies desnudos. Recordó su juramento de estar más vestida la siguiente vez que se encontrara con Jack Pallas.

–Vas perdiendo ropa cada vez que lo ves. A este paso, estarás desnuda antes de que te puedas dar cuenta.

Entonces, algo totalmente inesperado sucedió.

Cameron se ruborizó.

–Soy perfectamente capaz de mantenerme vestida cerca de él, gracias –dijo, con las mejillas sonrosadas.

Collin estaba intrigado. No recordaba la última vez que Cameron se había ruborizado por culpa de un tío.

El asunto se complicaba.

–Es incluso más atractivo en persona –dijo Collin, aprovechando la oportunidad para profundizar–. No me extraña que lo llamas “Agente Macizo”.

Cameron le lanzó una mirada de advertencia.

–Está en la habitación de al lado. Así que no vamos a tener esa conversación en este momento.

Collin la estudió.

–Pareces tensa. ¿Te has acostado con alguien últimamente?

–Dios mío, Collin... No es momento ni lugar.

Él sonrió.

–Bien. Continuaremos la conversación más tarde. De todas formas, debería irme –te dejo para que hables con los chicos, sobre lo que sea que quieran decirte.

Cameron frunció el ceño.

–Pero has preparado el desayuno –deberías quedarte a comer algo. Huele fantástico.

Collin se inclinó y la besó afectuosamente en la frente.

–Así habrá más para ti. Necesitas la comida casera mucho más que yo.

Cameron le tiró de la barbilla.

–Has vuelto a echarle un vistazo a mi congelador, ¿verdad?

–Es patético, nena. Realmente patético.

Cuando Cameron volvió a la cocina con Collin, lo primero que notó fue que Jack parecía incómodo. Probablemente, no se sentía lo que se dice encantado de pasar el domingo por la mañana con ella.

–Siento si hemos interrumpido algo –dijo.

–En realidad, no –yo estaba a punto de irme –dijo Collin–. Tengo trabajo que poner al día.

El rostro de Wilkins se iluminó.

–¿La columna de la semana que viene? ¿Puedes darme una pista? Soy un auténtico seguidor –le explicó a Cameron.

Ella contuvo la necesidad de poner los ojos en blanco, dado que Wilkins era un tipo agradable. Los tíos se comportaban como idiotas alrededor de Collin a todas horas y, sinceramente, su saludable ego era muestra de ello.

–Es un escritor magnífico –convino con diplomacia.

Collin resopló.

–Como si lo supieras. ¿Cuándo fue la última vez que leíste una de mis columnas?

Ella lo desestimó con un gesto.

–Leo tu columna siempre.

–Oh. ¿Y de qué iba la de la semana pasada? –preguntó Collin.

–Cosas de deportes.

Collin se volvió hacia Wilkins y Jack.

–Por eso me van los hombres.

Cameron los observó, mientras Wilkins y Jack procesaban el sentido de la observación de Collin. Wilkins parpadeó.

–Mierda. No me había dado cuenta de que eras... –se interrumpió con incomodidad.

–¿Aficionado a los Sox? (Red Sox: Medias rojas) Tengo un montón –dijo Collin burlón. Luego le dio un pellizquito a Cameron en la mejilla–.

Gracias por la hospitalidad, Cam. Si puedes soportar que vuelva a ahogarte con mis penas, te llamaré luego para contarte cómo ha ido con Richard. Afortunadamente, cuando saque las cosas del apartamento, se llevará sus CD's. Quiero decir... Puede que seamos gay pero... ¿Enya? ¿En serio?

Con un gesto de despedida, se dirigió a los dos hombres.

–Wilkins –ha sido un placer. Siempre es estupendo conocer a un fan.

Espero que los demás agentes no se burlen demasiado cuando tu compañero les cuente lo del comentario de Carrie Bradshaw. Y, en cuanto a ti, agente Pallas –de hombre a hombre– si vuelves a insultar a mi chica en la televisión nacional... –se detuvo.

Todos en la habitación se quedaron a la espera, pendientes. Jack alzó una ceja.

–¿Sí?

Collin se volvió hacia Cameron con expresión de pasmo.

–No se me ocurre nada. Pensaba dar un discurso de despedida que acabara con una amenaza en plan gran macho pero –joder–ahora no se me ocurre nada. Vaya fastidio –pareció disgustado consigo mismo hasta que finalmente lo descartó–. Oh, bueno. Nos vemos, tíos.

Luego, se fue sin dirigirles una segunda mirada.

Siete

Cameron se encogió de hombros, cuando Collin hubo cerrado la puerta tras él.

–Se pone un poco protector a veces –dijo, ofreciendo más una explicación que una disculpa. Aunque, en realidad, explicar lo estupendo que era Collin llevaría bastante más tiempo del que ninguno de ellos disponía esa mañana.

–¿Cuánto hace que sois amigos? –preguntó Wilkins.

–Desde que estábamos en la universidad. Vivimos juntos el último año, con nuestra amiga Amy –Cameron le echó un vistazo a la frittata y se dio cuenta de que estaba hambrienta. Luego, estudió a Jack, que estaba apoyado contra la encimera, con aspecto de no tener intención de irse pronto. Suspiró. Por lo visto, iba a tener que combinar los huevos con un ceñudo agente del FBI.

–¿Deduzco que esto tiene algo que ver con la investigación Hodges?

Se acercó al armario que había sobre el lado izquierdo del fregadero y sacó tres platos. Le tendió uno a Wilkins y señaló la frittata.

–Sírvete. Si es la mitad de buena que las tortillas de Collin, no puedes perdértela.

Al ofrecerle un plato a Jack, captó su mirada de sorpresa. De acuerdo, podía tener sus defectos, pero ser maleducada con sus invitados no era uno de ellos.

Corrección: ser odiosamente maleducada con sus invitados no era uno de ellos. Cuando uno de esos invitados había declarado ante la televisión nacional que no tenía pelotas, consideraba que los insultos velados y los desprecios semitransparentes estaban dentro de los límites.

–No, gracias –dijo él con torpeza–. Ya... he desayunado.

Cameron cogió un par de tenedores y cuchillos para ella y para Wilkins, sintiendo el peso de la mirada de Jack. Lo ignoró y se detuvo un instante frente al cajón de los cubiertos, preguntándose qué se usaba para cortar una frittata. ¿Un cortador de pizza? ¿Un cortador de pastel?

–¿Qué te parece una espátula?

Cameron vio que Jack la observaba divertido.

–Esa esa cosa plana de metal con mango –dijo.

–Sé lo que es una espátula –le aseguró. Y hasta sabía como usarla –de servir los sándwiches de queso fundido, una de las pocas cosas que era capaz de preparar sin que se quemaran. El cincuenta por ciento de las veces. Puede que el cuarenta.

Se sirvió una generosa porción de frittata y se apoyó sobre la encimera, en el extremo opuesto al que ocupaba Jack. Resultaba extraño estar cerca de él en los confines de su cocina. Demasiado íntimo.

–¿Habéis progresado en la investigación? –preguntó entre bocado y bocado.

–Aún no –dijo Jack–. Estamos esperando los resultados del laboratorio y vamos a interrogar al personal del Senador Hodges durante los próximos días. El motivo de esta visita es discutir ciertos temas de seguridad relacionados contigo.

Cameron dejó de comer y depositó su plato sobre la encimera. No le gustaba cómo había sonado eso.

–¿Qué clase de temas de seguridad?

–Nos gustaría ponerte bajo vigilancia.

Cameron sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

–¿Crees que es necesario?

–Lo considero una medida de precaución.

–¿Por qué? ¿Tienes motivos para pensar que estoy en peligro?

–Pondría bajo vigilancia a cualquiera que fuera testigo de esa clase de asesinato –dijo Jack vagamente.

–Eso no es una respuesta –Cameron se volvió hacia su compañero–.

Vamos, Wilkins –tú eres el poli bueno. Sé sincero conmigo.

Wilkins sonrió.

–Aunque parezca sorprendente, no creo que Jack esté tratando de hacer de poli malo esta vez. Fue él quien sugirió que había que protegerte.

–En ese caso, debo de estar jodida.

Asombrada, Cameron creyó ver alzarse las comisuras de los labios de Jack.

–No estás jodida –dijo–. Si te hace sentir mejor, hay implicaciones políticas de por medio. Davis no va a permitir que le ocurra nada a una fiscal federal que colabora en una investigación del FBI.

–Sigues dando rodeos. ¿Por qué iba a ser teóricamente posible siquiera que estuviera en peligro? El asesino no me vio.

–Tenemos un par de teorías sobre lo que pasó en esa habitación de hotel –repuso Jack–. Mi instinto me dice que alguien estaba tratando de acusar de asesinato al Senador Hodges. Si es el caso, cuando ese alguien se dé cuenta de que el FBI no ha arrestado a Hodges, va a empezar a preguntarse por qué. Y aunque tu relación con el caso es confidencial, sería una locura ignorar la posibilidad de que haya alguna filtración. Me gustaría estar preparado si se da esa situación.

–Pero apenas le eché un vistazo a ese tipo –dijo Cameron–. Podría encontrármelo por la calle y no lo reconocería.

–Ese es exactamente el motivo por el que estás bajo custodia.

Cameron guardó silencio. Vale, siempre había sabido que la situación era grave –después de todo, una mujer había sido asfixiada–pero durante las horas transcurridas desde el viernes por la noche, había esperado, tal vez ingenuamente, que su relación con el misterio que rodeaba a la muerte de Mandy Robards y al asunto del chantaje al Senador Hodges fuera escasa.

Alzó la mano para pellizcarse el puente de la nariz, sintiendo que empezaba a dolerle la cabeza.

–Podría haber pasado la noche en cualquier hotel pero no –tenía que ser el Península.

–Te mantendremos a salvo, Cameron.

Alzó la vista ante las inesperadas palabras de consuelo. Jack pareció a punto de añadir algo más pero, entonces, su expresión volvió a resultar impasible–. Al fin y al cabo, eres nuestra testigo principal.

–¿Y me vigilaréis vosotros dos o habrá más agentes federales involucrados? –preguntó Cameron.

–En realidad, puesto que el Bureau tiene la responsabilidad primaria de la investigación, será el DPC quien se encargue de la protección –dijo Wilkins.

Entonces no tendría a Jack custodiándola.

–Oh, estupendo –la idea de estar en continuo contacto con él la ponía nerviosa. No por no fuera capaz de manejarlo, sino porque lo último que necesitaba era tenerlo observándola todo el día. Esos ojos oscuros y vigilantes bastaban para llevar a cualquiera al límite–. ¿Y cómo funcionará lo del equipo de vigilancia? –como fiscal, había tenido casos en los que había colocado a un testigo bajo custodia –normalmente, como había dicho Jack, como mera medida de precaución–pero nunca había vivido personalmente la situación.

–Habrà un coche apostado frente a tu casa cuando estés aquí y los oficiales te seguirán a la ida y a la vuelta del trabajo. Cuando llegues a la oficina, estarás protegida por la seguridad del edificio –dijo Jack.

Cameron asintió. La oficina del fiscal se encontraba en el edificio federal Dirksen, junto con el tribunal de la corte del distrito norte de Illinois y el séptimo tribunal de apelaciones. Todo el que entraba en el edificio tenía que pasar por un detector de metales y cualquiera que quisiese acceder a su planta requería identificación.

–¿Qué hay de los demás sitios que no son mi casa y el trabajo?

–¿Por ejemplo?

–No lo sé. Los sitios a los que suele ir la gente. El supermercado. El gimnasio. Una comida con los amigos –deliberadamente, evitó mencionar que tenía una cita el miércoles por la noche, creyendo que esa información concreta era estrictamente cosa suya. Bueno, Amy y Collin lo sabían pero ellos no contaban. Ellos lo sabían todo.

–Supongo que tendrás que acostumbrarte a que haya un coche de policía en la puerta del supermercado, del gimnasio y donde sea que vayas a comer con tus amigos –la sermoneó Jack–. Y esto no debería ni hacer falta decirlo: tienes que ir con cuidado. Límitate a los entornos familiares y estate alerta todo el tiempo.

–Lo pillo. Nada de caminar por callejones oscuros hablando por el móvil, nada de correr por las noches escuchando el iPod y nada de comprobar ruidos sospechosos en el sótano.

–Espero muy en serio que no hagas ninguna de esas cosas habitualmente.

–Claro que no.

Jack la atravesó con la mirada.

Ella se removió contra la encimera.

–Vale, puede que a veces haya escuchado una canción o dos de los Black Eyed Peas

mientras corría por la noche. Me ayuda a seguir en movimiento tras un largo día de trabajo.

Jack no pareció en absoluto impresionado por la excusa.

–Bien, entonces será mejor que tú y los Peas os acostumbréis a correr en una cinta, dentro de casa.

Consciente de la presencia de Wilkins y de que parecía observarlos a Jack y a ella con aparente diversión, Cameron se calló la réplica.

Treinta mil habitaciones de hotel en Chicago y había tenido que escoger la que la iba a llevar de regreso a él.

Ocho

–¿No sientes un poco de curiosidad por saber qué demonios está haciendo el FBI?

Pese al hecho de que la luz era tenue –habían escogido deliberadamente una mesa en el rincón más oscuro del bar– Grant Lombard advirtió que Alex Driscoll, el jefe de personal del Senador Hodges, era un hombre nervioso. Tanto por el tono de su voz como por las miradas que lanzaba hacia el bar, Grant supo que se encontraba ante un hombre que estaba luchando por mantener su mierda controlada.

–Claro que siento curiosidad –le dijo Grant–. Pero presionar al FBI no va a proporcionarnos ninguna respuesta. Y haría que Hodges aterrizara en la cárcel.

Driscoll se inclinó bajando la voz hasta convertirla en un siseo.

–No me gusta –ocultan algo. Me gustaría saber por qué no lo han arrestado.

–¿Qué dicen los abogados? Teniendo en cuenta lo que les pagáis, deberían tener algo de decir.

–Los picapleitos nos han dicho que colaboremos.

–Entonces, quizá sea lo que debáis hacer –Grant tomó un sorbo de su cerveza – normalmente no era su bebida favorita pero algo más fuerte podría afectar a su percepción y a su habilidad para interpretar a Driscoll.

–Pensaba que, como guardia de seguridad personal del Senador, mostrarías un poco de interés por esto –le espetó Driscoll. Cogió una de las servilletas de cocktail que la camarera había traído con las bebidas y se secó la frente con ella.

El gesto no le pasó desapercibido a Grant. Sinceramente, le sorprendía que Driscoll no hubiera sufrido algún tipo de ataque o desmoronamiento cuando los había interrogado el FBI.

–Lo único que digo es que tenemos que ser muy cautelosos respecto a la forma de manejar esto. ¿Te ha pedido Hodges que vinieses a hablar conmigo? –preguntó Grant pese a que ya conocía la respuesta. Hodges no hacía nada que él no supiera.

–Claro que no. Está tan agradecido de que no lo hayan arrestado que hora mismo no va a mear sin aclararlo antes con Jack Pallas –Driscoll tomó un largo trago de su whisky con hielo y pareció calmarse un poco.

O eso, o estaba demostrando ser mejor actor de lo que Grant pensaba.

–Mira, Grant, llevamos bastante tiempo trabajando juntos. Así que llevas aquí lo suficiente como para saber que un escándalo como este no puede ser contenido eternamente. Antes o después, alguien le filtrará algo a la prensa. Como principal asesor del Senador, tengo que eliminar las filtraciones. Tratar de anticiparme a ellas.

Grant simuló vacilar. Y como había esperado, Driscoll tomó otro trago.

–Por el amor de Dios, Grant. No eres un jodido boy scout. Has estado tapando la aventura de Hodges con esa puta alrededor de un año.

Grant miró a Driscoll a los ojos.

–¿Qué es lo que quieres que haga?

–Descubre qué sabe el FBI.

–Si tus veinticinco abogados no son capaces de hacerlo, ¿qué te hace pensar que yo sí?

–Tú tienes otros métodos –dijo Driscoll–. Siempre te las has arreglado en el pasado.

–Mis métodos requieren incentivos.

–Cuenta con los incentivos que necesites –siempre y cuando consiga mis respuestas. Quiero saber qué está ocultando el FBI y quiero saberlo deprisa –Driscoll se puso en pie y sacó la cartera. Arrojó unos cuantos billetes sobre la mesa–. Y recuerda, infórmame directamente.

Hodges no sabe y nunca sabrá nada sobre esto.

–El Senador tiene suerte de que estés ahí para limpiar su mierda –dijo Grant.

Driscoll alzó su vaso y contempló el líquido ambarino.

–Si estuviera al tanto solo de la mitad... –acabó la bebida de un trago, bajó el vaso y se marchó.

Grant tomó otro sorbo de cerveza, pensando en lo conveniente que era que Driscoll fuese un gilipollas paranoico.

Teniendo que seguir órdenes del jefe de personal, ahora era libre de usar sus métodos para descubrir lo que sabía el FBI y, lo más importante, hasta qué punto debía preocuparse por la investigación.

Estaban ocultando algo, hasta un idiota como Driscoll se había dado cuenta. Y dado lo que

sabía Grant sobre la escena del crimen –lo que, por supuesto era todo–la única explicación posible para que el FBI no hubiese arrestado aún a Hodges por el asesinato de Mandy es que habían encontrado algo que Grant había pasado por alto. Y por muy calmado que pareciera exteriormente, esa posibilidad estaba empezando a ponerlo jodidamente nervioso.

Puede que porque la posibilidad de que hubiese pasado algo por alto no era totalmente inverosímil.

Después de todo, había tenido que darse prisa después de matar a la puta.

Mandy Robards.

Si no fuera su culo el que estaba en juego, Grant se habría reído de la ironía de la situación. Incluso muerta seguía jodiendo a la gente.

Había que ser una prostituta cojonudamente buena para conseguirlo.

Y había sido buena, si la mitad de las historias que Hodges le había contado sobre ella eran ciertas.

Llevaba trabajando para Hodges cerca de tres años. Siendo Senador de los EEUU y un hombre extremadamente rico (la lista más reciente de la CNN había estimado su fortuna en cerca de 80 millones de dólares), Hodges había contratado seguridad privada hacía años. Cuando su primer guardaespaldas lo había dejado hacía tres, para trabajar para el servicio secreto, el amigo de un amigo había recomendado a Grant como sucesor.

Por lo general, a Grant le gustaba trabajar para Hodges. Ciertamente, era un trabajo interesante. En pocas palabras, se encargaba de las amenazas reales y potenciales, tanto directas como implícitas, contra el Senador y su carrera política. Eso significaba actuar como guardaespaldas de Hodges, viajar con el Senador a donde quiera que fuese y ser el enlace entre Hodges y las empresas de seguridad externa e investigación con las que trabajaban –desde agentes estatales y federales encargados de las amenazas de muerte que recibía ocasionalmente el Senador a los cuerpos de seguridad, tanto del Capitolio como del edificio de la oficina del Senado.

Durante los últimos tres años, Grant se había convertido en uno de los hombres de confianza del Senador. De hecho, sabía cosas de las que ni siquiera Driscoll estaba al tanto.

Como que todo había empezado con esa jodida Viagra.

Según Hodges, había empezado a frecuentar el camino de la pequeña pastillita azul “para mejorar las cosas con su mujer”, y Grant pensaba que era cierto. El Senador era esencialmente un buen hombre, mejor que muchos de los políticos que Grant había

conocido (y dado su trabajo había conocido a unos cuantos) pero, al igual que ellos, era susceptible a la adulación y tenía un erróneo sentido de la invencibilidad. Así que, cuando las pequeñas pastillas azules habían entrado en acción y Hodges había visto incrementarse su entusiasmo, había empezado a frecuentar, por así decirlo, compañía femenina –de la variedad de pago.

Al cabo de varios meses había desarrollado un patrón: cuando el trabajo requería que el Senador se quedara en la ciudad hasta tarde, pasaba la noche en un hotel, en lugar de hacer el camino de vuelta de cincuenta minutos hasta su casa en North Shore. Esas noches, Grant lo arreglaba para que una de las chicas también se quedara en el mismo hotel. O Hodges era más inteligente que la mayoría de hombres infieles, o más paranoico, o ambas cosas –pero nunca permitía que las chicas acudieran a su habitación. Tampoco compraba los suministros para sus escapadas extramaritales en los comercios de la ciudad, por temor a que los periodistas descubrieran el lugar e hicieran un seguimiento de las idas y venidas de los compradores.

Mandy Robards no fue la primera chica que envió el servicio de acompañantes pero, tras una sola noche, se convirtió en la favorita de Hodges. Sin saberlo el Senador, Grant se encomendó a si mismo la labor de esperar en el coche, a las puertas del hotel, para asegurarse de que las mujeres “salían a salvo del edificio” (véase, salían del hotel, en la oscuridad de la noche, sin que nadie las descubriese).

Al principio, sus motivos para vigilar a las chicas habían sido algo así como altruistas –después de todo, su trabajo era proteger al Senador–pero, rápidamente, había empezado a apreciar el valor de tener toda la información posible sobre el sucio secreto de Hodges.

Desde el coche, había observado el ramillete de mujeres que el Senador frecuentaba, entrando y saliendo de hotel. Mandy no era la más guapa –de hecho, exceptuando su llamativo pelo rojo, tenía un aspecto muy corriente–pero Grant sospechaba que eso formaba parte de su atractivo.

Tal vez el hecho de que no fuese espectacularmente hermosa ayudaba a que el Senador entrara en esa fantasía de cuatro horas, pensando que ella estaba allí porque le gustaba de verdad, no por los dos mil dólares en efectivo que le entregaba camino de la puerta.

Por su parte, lo que Grant veía en Mandy era a una oportunista.

Fue tras su tercera visita al Senador, probablemente cuando tuvo claro que se había convertido en una de las habituales, cuando empezó a poner las cosas en marcha. Aunque a Grant le llevó meses darse cuenta.

Había salido del hotel –el Four Seasons esa vez–unas cuatro horas después de su llegada y lo sorprendió ignorando los taxis libres que pasaban. Normalmente, las chicas salían a toda

prisa del hotel, probablemente camino de la ducha. En vez de eso, ella se detuvo un momento, y luego se volvió y se dirigió hacia su coche, taconeando sobre sus botas altas de piel. Llamó a la ventanilla y ladeó la cabeza cuando él la bajó.

—¿Te apetece tomar una copa conmigo en el bar? —preguntó con su voz de un paquete de cigarrillos diarios.

Aunque generalmente, una invitación así habría tenido ciertas connotaciones, Grant sintió que era algo más que una invitación casual. Sí, él era un tipo atractivo y se esforzaba cada día para mantener la constitución musculosa que había adquirido en sus días en el cuerpo de los Marines, pero sabiendo que acababa de acostarse con otro hombre —con su jefe, nada menos— la idea de que se lo montara con él era sencillamente asquerosa.

Así que, dando por sentado que había algo más, Grant accedió. Lo cierto es que se sentía intrigado. Y aún se sentía más intrigado, una hora después, cuando dejó el bar del hotel, sin haber obtenido nada de Mandy excepto la clara impresión de que había estado ligando con él entre copas. Había parecido deseosa de saber cosas sobre él y sobre sus antecedentes, y todo lo que había revelado a cambio eran detalles nimios (y no precisamente muy impactantes).

—¿Sabes? No es que quiera ser acompañante para siempre —dijo con un suspiro.

¿En serio? No me jodas. Y Grant había pensado que las prostitutas debían tener un buen plan de pensiones.

Pero mantuvo la boca cerrada. Y, tras su siguiente visita al Senador, Mandy le pidió que la acompañara a tomar otra copa. Y de nuevo tras su siguiente visita. Pronto se convirtió en una costumbre y no transcurrió mucho tiempo antes de que la conversación fuera menos casual. Sin embargo, debido a un exceso de precaución por ambas partes, les llevó cerca de cinco meses de conversaciones regulares, durante los que el cerco fue estrechándose más y más, ir al grano.

Chantaje.

Básicamente, fue decisivo descubrir que ambos eran jugadores.

Grant era aficionado al poker, y ciertas pérdidas lamentables en las mesas de apuestas altas lo habían puesto en serios apuros económicos.

Mandy se dedicaba al juego sexual y había estado esperando a que el servicio de acompañantes de brindara la oportunidad perfecta. Cuando le viejo Senador casado de Illinois había entrado por la puerta de su habitación del hotel, supo que le había encontrado.

El plan que trazaron tenía tres partes: grabarían en vídeo a Hodges, realizando actos poco habituales en un miembro tradicional del Senado.

Mandy le presentaría a Hodges una copia del vídeo y su petición.

Cuando Hodges se opusiera al chantaje y se volviera hacia su hombre de confianza en busca de consejo, Grant montaría un enorme paripé estudiando todas las opciones. Haría uso de su influencia para mantener al Senador alejado de las autoridades y, finalmente, lo informaría, más que reacio, de que no tenía otra alternativa que pagar.

Fueron cuidados con la planificación, reuniéndose siempre en persona.

Sin intercambiar llamadas telefónicas ni correos. Sin dejar grabaciones que pudieran vincularlos.

Decidieron dar un solo golpe, tras el cuál tomarían caminos separados.

Mandy dejaría el servicio de acompañantes y se iría de la ciudad, y Grant continuaría como siempre, para que el Senador no sospechara su intervención en el plan.

Acordaron pedir quinientos mil dólares.

Luego, pensaron que no era suficiente y subieron hasta un millón.

No se trataba de una cifra exorbitante para Hodges, cuya familia había fundado una de las mayores cadenas de supermercados del país y era propietaria de un equipo de la NFL. Y, ciertamente, era una cantidad que podría pagar sin grandes problemas. Pero era suficiente para subvencionar a Grant, tras sus pérdidas en el juego, y más que suficiente para que Mandy se cubriera las espaldas. Habían acordado repartir las ganancias al cincuenta por ciento.

O eso había creído Grant.

El momento de actuar llegó cuando el Senador fue invitado a una cena de caridad de mil dólares el cubierto, por la fundación de un hospital para niños, que lo retendría hasta tarde en la ciudad. Hodges le pidió que hiciera los “arreglos necesarios” y Grant se ocupó de ello.

Pasarían la noche en el Península, donde Hodges era huésped habitual, y Grant conocía bien la distribución de hotel. El departamento de seguridad le había hecho un tour el año anterior, cuando el hijo del Senador, su nuera y sus dos nietos se habían instalado allí, y le había contado todo lo que necesitaba saber, incluyendo lo que era más importante: donde se encontraban las cámaras del hotel.

Mandy pidió la habitación 1308, una en la que había estado antes. Dada su ubicación, se

ajustaba a sus necesidades a la perfección. Se encontraba en la esquina y justo frente a las escaleras, facilitando que Grant no se expusiera apenas al entrar y salir de la habitación.

Y, personalmente, le importaban un bledo las siniestras connotaciones relacionadas con el número trece. En su posición, otro hombre podría haberse sentido culpable, planeando extorsionar a su jefe con un millón, sobre todo cuando ese jefe había sido justo y respetuoso con él. Pero Grant no era esa clase de hombre.

El Senador Hodges era débil. Sí, Grant tenía defectos, como todo el mundo, pero el Senador se había puesto en una posición delicada y eso lo convertía en un idiota. Además, el tipo tenía más dinero que pesaba y Grant no veía nada malo en redistribuir parte de esa riqueza en su dirección.

Dado lo que sabía sobre las aventuras del Senador, se había ganado ese dinero manteniendo la boca cerrada.

Cuando la noche llegó por fin, todo comenzó sin problemas.

Hodges se dirigió al hotel, después de lo de la fundación, para –qué considerado–llamar a su mujer y desearle las buenas noches, Grant detuvo en coche en un callejón oscuro a unas manzanas de distancia y, rápidamente, se quitó el traje y la corbata que siempre llevaba cuando trabajaba con el Senador. Se puso una chaqueta negra poco llamativa, una camiseta con capucha y nos vaqueros, una indumentaria más difícilmente identificable por si acaso alguien lo veía cerca de la habitación 1308. Unos minutos después, detuvo el coche junto a la entrada trasera del hotel, entró, localizó las escaleras que lo llevarían hasta la habitación de Mandy y subió los trece tramos a toda prisa. Habiendo cronometrado las cosas al minuto, Mandy acababa de llegar y estaba esperándolo. Tenía una pequeña cámara de vídeo que había comprado, siguiendo sus instrucciones, en una tienda de vigilancia de la Wells.

Grant colocó la cámara, le hizo a Mandy una demostración de treinta segundos y la ocultó detrás de la televisión, que estaba convenientemente ubicada frente a la enorme cama.

–¿Por qué llevas guantes? –preguntó Mandy al reparar en sus manos enfundadas en piel negra, mientras trabajaba.

En retrospectiva, Grant probablemente debería haberle concedido más importancia a la respuesta a esta pregunta, ya que fue la primera señal de problemas.

–Solo estoy siendo cuidadoso –dijo despreocupado, abriendo las puertas del armario otro milímetro y comprobando que la cámara no resultaba visible.

–Cuidadoso, ¿por qué? –preguntó Mandy.

Cuando se giró, Grant vio se que había cruzado de brazos.

Entrecerró los ojos con suspicacia.

–¿Quieres decir que, para que si Hodges no traga y me entrega a la policía, no haya ninguna prueba que te involucre? ¿Esa es la clase de precaución que estás tomando?

Podía no ser la acompañante más guapa que había visto pero tampoco era la más tonta. Por desgracia, no disponía de mucho tiempo para aclarar la situación.

–Vamos a chantajear a un Senador de los EEUU, Mandy. Sí, estoy siendo cuidadoso. Y tú también deberías. Pero no va a ser precisamente un secreto para Hodges que tú estás involucrada. Tú eres quien lo extorsiona, ¿recuerdas? Sin mencionar que eres la que se acuesta con él por dinero.

–Qué curioso, que cuando lo dices así, suene como si fuera yo la que estuviese haciendo todo el trabajo –dijo–. Sin mencionar –lo imitó–, que también soy la que corre todos los riesgos.

Jodida mujer. Tendría que haber sabido que empezaría a fastidiarla en el último segundo.

Grant la cogió por los hombros, tentado de darle una buena sacudida.

–Este era tu plan, Mandy. Y es bueno. Mantén la calma y hagámoslo.

Transcurrieron unos segundos antes de que asintiera.

–Tienes razón –exhaló–. Lo siento, Grant. Creo que me he puesto un poco nerviosa.

–Tranquila –le dijo–. Lo único que tienes que hacer es encender la cámara cuando Hodges llame a la puerta –asegúrate de volver a dejar las puertas del armario tal como están ahora y luego apaga la cámara cuando se vaya. El resto no es diferente de cualquier otro trabajo. Yo estaré esperando abajo en el coche. Enciende y apaga la luz que hay junto a la ventana tres veces para que sepa que está cuando has acabado. Subiré, comprobaré la cinta para asegurarme de que todo está bien y luego te marcharás como cualquier otra noche.

–Gracias, jefe. ¿Algo más? –preguntó sarcástica.

–Sí. Enseña tu perfil bueno.

Y eso hizo.

Según lo acordado, Grant volvió a entrar en el hotel en cuanto vio la señal en la ventana y regresó a toda prisa a la habitación. Cuando Mandy le dejó entrar, sacó la cámara de detrás

de la televisión y comprobó la cinta. La rebobinó hasta el principio y luego pasó hacia delante y hacia atrás, deteniéndose intermitentemente a observar y asegurándose de mantener bajo el volumen. Era muy probable que el Senador lamentase pronto haber conocido a la señorita Mandy Robards pero, por lo que respectaba a esa noche, había sido muy elocuente expresando sus manifestaciones de placer.

–¿Ves algo que te guste? –repuso Mandy, arrastrando las palabras, mientras se reclinaba en la cama envuelta en uno de los albornoces del hotel.

–Solo me estoy asegurando de que la perspectiva es correcta durante toda la grabación –le dijo Grant.

La belleza de un chantaje filmado estaba en los detalles. Solo esos azotes en la postura del perrito debían valer quinientos de los grandes.

Grant siguió visualizando a cámara rápida al Senador embistiendo, a Mandy rebotando y la cama sacudiéndose cómicamente a toda velocidad, hasta que llegó al final. Luego, observó con aprobación como Mandy se situaba, muy inteligentemente, junto al Senador frente a la cámara, mientras él le pagaba en efectivo antes de marcharse. La última imagen de la cinta era de Mandy apagando la cámara.

Cuando hubo acabado, Grant sacó la cinta y se la tendió a Mandy. Según habían acordado, sacaría una copia antes de mostrársela a Hodges.

–Buen trabajo –dijo.

Mandy sonrió, deslizándose de la cama.

–Gracias –cogió el bolso que había dejado sobre la mesa y metió la cinta dentro. Luego se apoyó sobre la mesa, para observarlo.

–Siento haber sido una bruja antes –le señaló las manos–. Los guantes me desequilibraron por un instante. Pero tenías razón. Esto es algo serio y debemos tener cuidado. Entiendo por qué necesitas tomar tus precauciones y sé que tú vas a entender por qué yo necesito tomar las mías.

Hubo un repentino destello en sus ojos que hizo desconfiar a Grant.

–¿Entender qué, exactamente?

A modo de respuesta, Mandy rebuscó en uno de los amplios bolsillos del albornoz y Grant se llevó instintivamente una mano a la pistolera que siempre llevaba al hombro.

Pero ella se le adelantó, cuando sacó la mano del albornoz y Grant vio el destello

plateado...

De una pequeña grabadora.

Dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

–Joder, Mandy. ¿Qué demonios es eso?

–Ya te lo he dicho –mis medidas de precaución –pulsó el botón de reproducción, manteniendo bajo el volumen, aunque no lo suficiente como para que Grant no pudiera oír alto y claro.

–Tienes razón –exhaló–. Lo siento, Grant. Creo que me he puesto un poco nerviosa.

–Tranquila –le dijo–. Lo único que tienes que hacer es encender la cámara cuando Hodges llame a la puerta –asegúrate de volver a dejar las puertas del armario tal como están ahora y luego apaga la cámara cuando se vaya. El resto no es diferente de cualquier otro trabajo. Yo estaré esperando abajo en el coche. Enciende y apaga la luz que hay junto a la ventana tres veces para que sepa que está cuando has acabado. Subiré, comprobaré la cinta para asegurarme de que todo está bien y luego te marcharás como cualquier otra noche.

–Gracias, jefe. ¿Algo más? –preguntó sarcástica.

–Sí. Enseña tu perfil bueno.

Mandy apagó la grabadora con una orgullosa sonrisa.

–Esa tienda de vigilancia a la que me enviaste fue todo un descubrimiento –alzó la grabadora–. Es sorprendente lo pequeñas que las hacen hoy en día. No te diste ni cuenta de que la llevaba en el bolsillo cuando estuviste aquí antes.

–Tendré que acordarme de registrarte la próxima vez –dijo Grant con sarcasmo–. ¿Qué pasa con la cinta, Mandy?

–Quiero renegociar los términos de nuestro acuerdo.

–¿Crees que deberías quedarte más de la mitad?

–Creo que debería quedármelo todo.

–¿Y por qué demonios iba a estar de acuerdo con eso?

–Porque si no lo haces, iré a ver a Hodges con esta cinta y le diré que todo ha sido idea tuya –dijo.

–Como si fuera a creérselo.

–Los hombres se creen muchas cosas que no deberían cuando piensan con la polla –Mandy sacudió ligeramente la grabadora en su honor–. Además, no tiene que creerme. Lo tengo todo aquí. Me encanta que ese pequeño clip hace que suene como si hubiera sido todo idea tuya –como si hubieras tenido que explicarme todo el plan. Y, por supuesto, eso es lo que le contaré a Hodges. Y a la policía.

Grant supo que debería sentir inquietud. Pánico incluso. Pero en su lugar, sintió que una fría llama de ira empezaba a arder en su interior. Y se sintió extrañamente tranquilo.

–No voy a darte mi mitad –dijo.

Mandy se rió desdeñosamente.

–Tu mitad. Como si te merecieses la décima parte de ese dinero. Te lo aclararé. Yo he hecho todo el trabajo. Para lo único que te necesitaba era para evitar que Hodges fuese a la policía. Y seguirás haciéndolo, a menos que quieras pasar veinte años entre rejas por chantajear a un oficial federal. Porque si yo caigo, créeme –tú también lo harás –lo obsequió con una sonrisa–. Lo siento, Grant. Pero como dijimos, este es un trabajo de un solo golpe. Tengo que sacar lo máximo posible de él.

Estaba tan orgullosa. Tan pagada de si misma y confiada.

Demasiado confiada.

Mientras Grant permanecía allí, apuntándola con su pistola, algo le pasó por la mente.

No caería –jodido por una puta de mierda.

Mandy deslizó la grabadora de regreso al bolsillo de su albornoz y le miró las manos despreocupadamente.

–Puedes apartar esa pistola, Grant. Ambos sabemos que no vas a dispararme –le dio la espalda y empezó a dirigirse hacia el baño.

Grant palpó bajo la americana y devolvió la pistola a su funda.

–Tienes razón. No voy a dispararte –sin avisar, se abalanzó sobre ella –encantado de que no lo viera venir–la agarró por la garganta y la lanzó sobre la cama. La golpeó con la suficiente fuerza como para que la cama chocara sonoramente contra la pared. Antes de que pudiera gritar, Grant estaba sobre ella y la cama se estrelló por segunda vez contra la pared mientras la inmovilizaba.

Le colocó una mano sobre la boca.

–No sabes con quién estás jugando. Tienes que entender quién controla las cosas aquí, puta –siseó.

Mandy abrió desmesuradamente los ojos –su repentina explosión de furia dibujó cierto temor y respeto en su semblante. Grant agarró una de las almohadas que había junto a su cabeza y se la colocó sobre la cara.

Ella agitó los brazos, tratando de alcanzarle la cara con las garras, y pataleó con fuerza, intentando quitárselo de encima. Probablemente no estaba acostumbrada a que la trataran así en la cama, pensó Grant, empleando los codos y el pecho para mantener aplastada la almohada, mientras le agarraba las muñecas y la inmovilizaba con las rodillas.

Llegados a ese punto, ella luchó con todas sus fuerzas.

Grant se dejó llevar por un largo y delicioso instante, encontrando su pánico y el poder que ejercía sobre ella extrañamente emocionantes.

Intoxicantes. Estaba a punto de retirar la almohada, listo para ver la sumisión en sus ojos, cuando cayó en la cuenta de que esa idiota puta calculadora nunca se sometería y supo que jamás tendría que haberse fiado de ella. En ese instante se odió a sí mismo por ser tan ingenuo.

Supo que, sin importar lo que ella pudiera decir, ni lo que pudiera prometerle, nunca sería capaz de creer nada que saliera de esa boca mentirosa. Pese a todo lo planeado, no iba a obtener ni diez jodidos centavos por su culpa y, lo que era aún peor, lo tenía atrapado. Sí, podía quitarle la cinta pero nunca jamás podría confiar en que mantuviese la boca cerrada. Siempre podría volver en su contra que había planeado el chantaje de un Senador.

E incluso aunque pudiera convencerla para que se largara, siempre estaría preguntándose cuándo llegaría el día en que volvería, exigiendo algo.

Supo una cosa con certeza: no iba a pasarse el resto de su vida mirando por encima del hombro. No podía permitir que ostentase esa clase de poder sobre él. Se suponía que debían ser cómplices pero ahora no eran más que un hombre cualquiera y una mujer. Y no veía alternativa.

Así que mantuvo la almohada donde estaba.

Fue más largo de lo que esperaba. Su lucha se hizo más débil pero persistió y llevó sus buenos dos minutos que dejara de moverse por completo y Grant se atreviese a levantar la almohada con las manos enguantadas.

Tenía los ojos abiertos y vacíos. Viendo ese cuerpo sin vida, Grant se sorprendió pensando que no sentía nada. Ningún remordimiento, solo...

nada. Pese a su paso por los Marines, nunca había matado a nadie y siempre había dado por supuesto que sería algo terrible.

Hmm. Por lo visto, no.

Grant se enderezó y apartó un mechón de pelo que le había caído sobre los ojos. Se apartó de cuerpo de Mandy, diciéndose que sería preferible salir de esa habitación de hotel cuanto antes. Su mente se aceleró, la adrenalina se disparó y le llevó un par de segundos aclararse las ideas. Necesitaba un plan y le sorprendió la rapidez con la que ideó uno.

El Senador.

Las huellas de Hodges estaban por todas partes. El servicio de acompañantes tenía constancia de que Mandy había pasado la noche con él. Y si dejaba allí la grabación de Mandy y el Senador practicando sexo, les daría a las autoridades un posible móvil. Un crimen pasional, darían por sentado. Ella había tratado de chantajearlo y, al descubrirlo, a él le había entrado el pánico y la había matado.

Funcionaría, se dijo Grant. Tenía que funcionar. Tampoco era que tuviese muchas opciones. No había demasiadas alternativas cuando uno se encontraba inesperadamente en una habitación de hotel con una puta muerta. Plan A: largarse a toda hostia. Plan de reserva B: cargarle el muerto a alguien.

Grant rebuscó en el bolsillo del albornoz de Mandy y se hizo con la grabadora. Se la metió en el bolsillo trasero de los vaqueros, asegurándose de que quedaba oculta por la chaqueta. Volvió a poner la cámara de vídeo detrás de la televisión y corrió hacia la puerta. Una vez allí se levantó la capucha de la camiseta.

Después de todo, nunca se sabía quién podía estar mirando.

Y ahora tenía que acabar lo que había empezado.

Grant dejó a un lado la botella de cerveza vacía y sacó la cartera para añadir unos cuantos pavos al efectivo que Driscoll había dejado antes de marcharse. Mientras salía por la puerta del bar, se levantó el cuello del abrigo para protegerse contra el frío viendo otoñal proveniente del lago. Un tren de larga distancia rugió invisible en algún lugar en las proximidades.

Grant repasó las órdenes de Driscoll.

Descubrir lo que sabe el FBI.

Tenía toda la intención de hacer justo eso.

No iba a ser fácil conseguir la información, lo sabía, pero su mente ya estaba en marcha. Jack Pallas podía convertirse en un problema –si las historias que circulaban sobre él eran solo parcialmente ciertas–pero Pallas se había enemistado con gente con la que nadie debería enemistarse y Grant tuvo el presentimiento de que podría usarlo a su favor.

Obviamente, el FBI tenía algo. Aunque no fuera lo suficiente como para señalarlo a él, no le gustaba la idea dejar cabos sueltos a su alrededor. Durante casi quince años se había encargado de encubrir las mentiras y los secretos de otros. Se ocuparía de esto con la misma objetiva precisión. No más locuras. No más errores. De ahora en adelante, tenía que controlarse.

Y haría lo que fuera necesario para que así fuese.

Nueve

Para cuando Cameron se dirigió el miércoles por la tarde al tribunal para una vista premilitar, casi se había convencido a si misma de que su vida había vuelto a la normalidad. Casi.

Por suerte, el equipo de vigilancia había resultado ser menos molesto de lo que había temido. Apenas veía a los oficiales asignados al turno de día –empezaban su tarea en el exterior de su casa a las 6 de la mañana, mientras ella se despertaba, la saludaban cuando sacaba el coche del callejón camino del trabajo, la seguían hasta la oficina en el centro y luego no tenían nada más que hacer hasta que cedían la responsabilidad con el cambio de turno a las 6 de la tarde. Había tenido varias apariciones en la corte esa semana pero como, tanto el tribunal del distrito norte de Illinois como el séptimo tribunal de apelaciones, se encontraban en el mismo edificio que las oficinas del fiscal, no había sido necesario que los oficiales la acompañasen.

Cameron suponía que no era una mala cosa que te asignaran la protección de alguien que trabajaba en uno de los edificios más seguros y mejor protegidos de la ciudad. Puede que al día siguiente cometiera una locura y corriera hasta el Starbucks, solo para ofrecerles un poco de acción.

Los tipos del turno de noche eran otra historia. Se habían tomado la molestia de presentarse la primera noche de vigilancia y Cameron no había tardado en sentir aprecio por los oficiales Kamin y Phelps, pese a la rareza de la situación. Habían establecido algo parecido a una rutina durante el transcurso de las últimas tres noches: la seguían a casa desde el trabajo, comprobaban la casa para asegurarse de que todo estaba tranquilo, esperaban fuera en el coche sin identificativos mientras ella se quitaban la ropa del trabajo y luego la acompañaban a lo largo de las tres manzanas que había hasta el gimnasio. Sí, resultaba un poco extraño levantar la vista de la cinta andadora y ver dos oficiales de policía vigilándote desde el bar pero entonces recordaba que la alternativa era arriesgarse a ser asesinada y eso le hacía sobrellevar la incomodidad de la situación.

Había revivido incontables veces en su cabeza el momento en que vio por la mirilla al asesino abandonando la habitación 1308. Y cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba que no había ninguna posibilidad de que supiera que lo estaba viendo. No había mirado ni una sola vez hacia la puerta y nada en su comportamiento sugería que supiera que ella estaba allí.

Dicho lo cual, no se trataba de algo sobre lo que quisiera que le demostrasen que estaba equivocada. En líneas generales, habiendo una posible conexión entre ella y un asesino que

asfixiaba mujeres con la almohada, creía firmemente que la superabundancia de protección era lo mejor. Y hasta que atraparan al tipo, estaba más que contenta de tener al FBI y al DPC vigilándola.

Como era de esperar, la vista preliminar que tenía programada para esa tarde transcurrió sin problemas. Era su primera comparecencia ante el tribunal desde su victoria en el juicio de la semana anterior. Fue bueno regresar, aunque no necesario para este caso en concreto. El demandado era un policía de la oficina del Sheriff de Cook County, acusado de “vender” sus servicios de seguridad en doce supuestas transacciones de drogas organizadas por el FBI.

A Cameron no le producía absolutamente ningún placer tener que procesar a un oficial de policía. Sin embargo, había insistido en encargarse del caso –si había algo que le molestase más que un criminal recurrente, era un criminal recurrente con uniforme. El demandado era una deshonra para la profesión de su padre y, a causa de ello, Cameron no sentía ninguna simpatía hacia él. Era cierto que el caso no iba a hacerla muy popular en la oficina del Sheriff pero tendría que vivir con eso. No sería mucho mejor que Silas si solo escogiera los casos para ser popular.

–¿Algo que añadir, abogada?

Cameron se puso en pie para dirigirse al juez.

–Sí, Señoría –solo unas cuantas preguntas –se aproximó al estrado de los testigos donde esperaba el agente Trask.

Era su último testigo esa tarde y detectó que el juez estaba deseoso de acabar cuanto antes.

–Agente Trask, durante el contrainterrogatorio, el abogado del demandado le ha hecho varias preguntas relacionadas con el acuerdo al que llegó con el demandado mientras trabajaba encubierto. En sus conversaciones con el demandado, ¿acordaron específicamente que él le proporcionaría seguridad durante las transacciones de drogas?

El agente del FBI asintió.

–Nuestro acuerdo era claro como el agua. Le pagué cinco mil dólares al demandado. A cambio, él acordó hacer de observador y estar preparado para intervenir si los demás oficiales de la policía trataban de interferir en las transacciones.

–¿Hay alguna posibilidad de que el demandado no fuera consciente de que supuestamente usted estaba transfiriendo narcóticos? –preguntó Cameron.

El agente Trask sacudió la cabeza.

–Ninguna. Antes de cada transacción confirmé que el demandado llevaba encima su arma y luego lo informé específicamente de la cantidad de cocaína y heroína involucradas. Mi compañero llegaba entonces a la escena, fingiendo ser el comprador, y el demandado me ayudaba a transportar las bolsas de lona con los narcóticos hasta el coche. Una vez, incluso se burló de nosotros por ser lo bastante estúpidos para hacer los intercambios en los parking de los establecimientos de comida rápida, en mitad de la noche –dijo que sería el primer lugar donde él y el resto de policías buscarían problemas. Nos informó de que si queríamos traficar con drogas, el mejor lugar para llevar a cabo la operación era la estación de tren.

El abogado defensor se levantó de su silla.

–Protesto, no hay pruebas. Solicito que no conste en acta.

Cameron se volvió hacia el juez.

–Es una vista preliminar, Señoría.

–Denegada.

Cameron concluyó el interrogatorio y tomó asiento en la mesa del fiscal. Puesto que su oficina estaba inundada y falta de personal, y tratándose de la vista preliminar de lo que consideraba un caso prácticamente cerrado, estaba sola.

El juez se dirigió hacia el abogado defensor.

–¿Alguna pregunta?

–No, Señoría.

El agente Trask bajó del estrado de los testigos. Luego, cuando pasaba junto a la mesa de Cameron, sucedió algo inesperado.

Le hizo un amable asentimiento.

Cameron parpadeó dos veces, sin tener la seguridad de haberlo visto bien. Tal vez tenía alguna especie de tic que ella nunca había advertido. Porque durante los últimos tres años, los agentes del FBI de Chicago con los que había trabajado no le habían dado ni la hora, una vez fuera del estrado de los testigos, por no hablar de un asentimiento de cortesía. Por lo visto, ahora que Jack estaba de vuelta habían decidido “perdonar” sus supuestos crímenes.

–¿Fiscal? –le preguntó el juez.

Ella se puso en pie.

–No tengo más testigos, Señoría.

El juez emitió su fallo.

–A la luz de los testimonios que hemos escuchado hoy, junto con la detallada declaración jurada del FBI que el gobierno ha presentado, considero que hay causa probable para juzgar este asunto. Se fija el juicio para el quince de diciembre a las diez de la mañana.

Todos recogieron los escasos artículos empleados y luego se pusieron en pie cuando el juez abandonó la sala. El abogado defensor le susurró algo al oído al demandado antes de aproximarse a la mesa de Cameron.

–Me gustaría hablar sobre una sentencia acordada de conformidad –dijo el abogado.

Cameron no estaba sorprendida pero tampoco interesada.

–Lo siento, Dan. No hay posibilidades de acuerdo.

–Varios otros oficiales de la oficina del Sheriff de Cook County se dedicaban a lo mismo. Mi cliente está dispuesto a facilitarte sus nombres.

–Álvarez ya me ha facilitado los nombres –dijo, refiriéndose al otro hombre que había arrestado el FBI, un civil que había proporcionado “seguridad” adicional de apoyo en varias de las falsas transacciones de droga.

–Pero Álvarez no se encontraba en la reunión del cuatro de junio –arguyó Dan.

Cameron cogió su maletín.

–Si me hubiese importado la reunión del cuatro de junio te habría ofrecido un trato a ti, en vez de a los abogados de Álvarez.

Dan bajó la voz.

–Vamos, Cameron –dame algo que pueda decirle a mi cliente. Lo que sea.

–De acuerdo. Dile que no hago tratos con policías corruptos.

Dan la llamó zorra y se marchó, llevándose a su cliente con él.

Cameron se encogió de hombros y los observó alejarse.

Ah... era estupendo estar de vuelta en los tribunales.

Al volver a su despacho esa tarde, Cameron se pasó un par de horas devolviendo llamadas

y burlándose de si misma por perder tiempo para no tener que trabajar en un escrito de apelación que tenía que preparar para la semana siguiente. A la seis y media, dio la jornada por concluida y recogió. Nunca parecía haber suficientes horas en el día, especialmente ese día.

Después de aclararlo con los oficiales Phelps y Kamin, estaba lista para su cita de esa noche con Max, el ~~banquero de inversiones que conocí en las escaleras de~~ Bloomingdale's.

Parecían sentirse fascinados por la historia ~~hacia unas semanas, había ido a comprar zapatos durante la hora de la comida y, estaba a punto de volver a la oficina, en las escaleras de bajada, cuando había vibrado su teléfono, indicando que tenía mensajes nuevos. Vio que era la notificación del tribunal de una sentencia que había estado esperando así que se había detenido en un rellano para leer la decisión. Al terminar, había olvidado dónde estaba y dado un paso a la derecha, interponiéndose en el camino de un hombre que iba a bajar las escaleras. Chocaron y su bolso y la bolsa con las compras salieron volando.~~

~~¡Oh, por Dios! Lo siento~~ ~~dijo Cameron tambaleándose, antes de conseguir enderezarse~~. No estaba mirando.

Le echó un vistazo al alto ejemplar que tenía delante. No solo era alto, sino rubio, bronceado y guapísimo. Vale, ahora ya estaba mirando.

Esbozó una recatada sonrisa.

~~Oh, hola.~~

Él habló.

~~Creo que se te han caído algunas cosas.~~

Se inclinó para recogerle el bolso y las compras, y Cameron prácticamente sintió la brisa que provocaban sus pestañas mientras parpadeaba. Todo un caballero. Y le sentaba de maravilla el traje azul ~~uno caro, a juzgar por el corte.~~

La caja de los zapatos se había abierto y de ella asomaba uno de sus nuevos Miu Miu plateados, con tacones de diez centímetros.

~~Bonitos zapatos~~ ~~dijo el dios bronceado con gesto de aprobación, tendiéndole la bolsa~~.
¿Son para una ocasión especial?

~~Para la boda de mi mejor amiga~~ ~~dijo Cameron~~. Soy dama de honor.

Dijo que podía escoger los zapatos plateados que quisiera pero ahora no estoy tan segura.

Espero que los apruebe.

El dios bronceado sonrió.

–Bueno, no conozco a la novia pero estoy seguro de que tu acompañante los aprobará.

–Mi acompañante, cierto... aún estoy trabajando en eso –dijo Cameron.

El dios bronceado le tendió la mano.

–En ese caso, me llamo Max.

Cinco minutos después, se alejaba con su número de móvil.

–¿Y cómo se habría llamado si ya hubieses tenido acompañante para la boda? –se burló Collin cuando lo llamó esa noche.

Cameron colgó y llamó a Amy.

–¿Diez centímetros? ¿Estás segura de que vas a poder recorrer el pasillo con eso? –quiso saber.

–Creo que os estáis desviando de la historia –le dijo Cameron.

–¿Vas a traerlo a la boda?

–¿Sabes? No sé cómo se me olvidó preguntarle durante los seis minutos en total que hablamos.

–Ya, claro –hubo una pausa en el extremo de la línea de Amy–. Pero, hipotéticamente hablando, en el caso de que lo traigas a la boda, ¿crees que es más de carne o de salmón? Porque se supone que tengo que darle la lista a los del catering el viernes.

Por si Cameron no se sentía ya bastante presionada con lo de encontrar acompañante, ahora, su soltería amenazaba con convertir los últimos retoques de la Boda Más Perfecta De Todos Los Tiempos en un caos.

–¿Puedo volver a llamarte en cuanto lo descubra, Ame? –preguntó.

Pero cerca de tres semanas después, todavía no le había dado de Amy una respuesta. Y no solo respecto al tema carne contra salmón. Pese al hecho de que habían tenido unas cuantas citas, aún no había decidido si quería pedirle a Max que la acompañase a la boda. De haber sido en Chicago, no habría habido problemas. Pero tenía dudas respecto a si quería pasar el fin de semana en Michigan con él y compartir una habitación de hotel. Sí, estaría fantástico de su brazo en la boda –un factor a tener en cuenta–pero en cuanto a su carácter, había

resultado no ser exactamente lo que ella esperaba tras su primer encuentro.

Al principio, había creído que Max le había pedido el número de teléfono tan rápido porque era confiado. Ahora, era consciente de que se movía con rapidez porque tenía que hacerlo. El hombre era un adicto al trabajo –comía, dormía y respiraba por el trabajo.

Cameron entendía lo que era estar comprometido con tu carrera –se metía a sí misma en esa categoría–pero en las tres semanas que llevaban viéndose, Max había tenido que reprogramar dos de sus tres citas. Se había disculpado pero, aún así, era preocupante.

Así que decidiría esta noche. Era una mujer soltera en la treintena, no tenía tiempo de andarse con tonterías. O aceptaba a Max o lo rechazaba.

Dando por concluida la jornada, apagó el ordenador y cogió el maletín.

Acababa de hacerse con el abrigo y estaba a punto de salir, cuando sonó el teléfono. Vio que era Silas quien llamaba y, por un momento, pensó en no contestar. Pero, considerando que su despacho se encontraba al final del pasillo, sin duda alguna sabía que ella estaba allí.

Cameron levantó el auricular.

–Hola, Silas –me pillas por los pelos. Estaba a punto de marcharme.

–Estupendo. Pásate por aquí de camino –colgó.

Cameron observó el teléfono. Silas y ella siempre mantenían unas conversaciones maravillosas.

En parte podía ser culpa suya, supuso. Nunca había olvidado que Silas la había vendido en el caso Martino. Y por lo que sabía de los demás ayudantes, no era la primera vez que salía con un truco como ese ni sería la última. Durante los últimos tres años, había visto varias veces como Silas dejaba que sus ayudantes cargaran con cualquier crítica dirigida contra la oficina y les robaba protagonismo cada vez que había una victoria importante.

La mayoría de los ayudantes lo aceptaba como parte de la política de la oficina y, en cierto modo, Cameron entendía por qué. Como ella, varios de sus compañeros habían trabajado antes para grandes firmas legales y entendían que las cosas, sencillamente funcionaban de ese modo: los abogados en la cima de la cadena alimenticia se llevaban toda la gloria, mientras que los que se encontraban en los eslabones inferiores hacían todo el trabajo, esperando el día que pudiesen ascender a la cima y hacer exactamente lo mismo con los que se encontraran por debajo de ellos. El círculo legal de la vida.

Además, tampoco había mucho que pudiesen hacer respecto a Silas.

Lo que mejor se le daba era aliarse con gente poderosa (puesto que, ciertamente, no se ocupaba de ningún caso); así había conseguido elevar su posición y, salvo que ocurriera algún imprevisto, Cameron y el resto del personal del distrito norte de Illinois tendrían que cargar con Silas, como mínimo hasta las siguientes elecciones.

No había ni que decir que Cameron se limitaba a mantenerse alejada.

Muchas cosas habían cambiado entre ellos a lo largo de los últimos tres años. Ya no era una ayudante novata; de hecho, recibía el grueso de los casos de la oficina, ocupándose de cerca del setenta y cinco por ciento de ellos, tanto en el momento de presentar cargos, como durante la etapa de investigación. También ostentaba el record de resultados en juicio, entre los casi 130 ayudantes del fiscal de la división penal del distrito norte de Illinois –algo que la hacía casi indispensable y le otorgaba mucha influencia. Debido a eso, existía una especie de tácito acuerdo entre Silas y ella: mientras sus victorias en el tribunal siguiesen contribuyendo a la gloria de su oficina, él se mantendría alejado de su camino. De ese modo, habían desarrollado una relación laboral, al menos tolerable.

Pero, sin duda, era una relación difícil. Silas exigía lealtad –o por lo menos aparente lealtad– a sus ayudantes, y Cameron sentía constantemente que tenía que mantenerse alerta cerca de él. Aunque había asumido el fracaso del caso Martino, Silas sabía que no le había gustado y la vigilaba de cerca desde entonces.

Que era el motivo por el que no le había dejado enterarse de la ayuda que había tratado de prestarle a Jack tres años antes.

Silas había organizado un infierno con el Departamento de Justicia, exigiendo que Jack fuera despedido por conducta inapropiada, a causa de sus comentarios.

Cameron sospechaba que eso tenía menos que ver con que Silas se sintiese ofendido en su nombre que con mantener la atención de todo el mundo apartada de la verdadera cuestión: su decisión de no presentar cargos contra Roberto Martino.

Lo que Silas no había sabido era que Cameron tenía un contacto en el DDJ –un viejo amigo de la facultad de Derecho– y que, a sus espaldas, había tratado de convencerlo para que transfiriesen a Jack, en lugar de despedirlo. Para ayudar a fortalecer su causa, había acudido al despacho de Davis, una mañana temprano unos días después de los comentarios de Jack. Era arriesgado, lo sabía, pero también sabía que Davis había estado luchando por Jack y su instinto le decía que podía confiar en él. Le explicó la situación, que Silas estaba dirigiendo el despido de Jack y le pasó el nombre de su contacto en el DDJ. Dos personas trabajaban a la sombra mejor que una, le dijo a Davis, luego le pidió que nunca le revelara a nadie el propósito de su visita.

–¿Por qué estás haciendo esto? –le había preguntado Davis cuando ya se dirigía hacia la

puerta de su despacho—. Después de lo que Jack ha dicho sobre ti, habría supuesto que te alegraría que lo despidieran.

Cameron se había hecho esa misma pregunta. La respuesta, sencillamente, tenía que ver con sus principios. Sin importar lo enfadada que estuviese por los comentarios de Jack, cuando se trataba de trabajo, dejaba a un lado las diferencias personales.

Incluso en ese caso.

Había leído los expedientes. Silas no los había leído, ni tampoco los altos mandos del DDJ, pero dudaba que alguien pudiese saber lo que ella sabía sobre esos dos días que Jack había pasado en manos de los hombres de Martino y no sintiera un total y absoluto respeto por su trabajo. Podía dejar mucho que desear en el aspecto personal pero era un increíble agente del FBI.

—¿Quieres que Jack sea despedido? —había replicado en respuesta a la pregunta de Davis.

—Por supuesto que no. Probablemente es el mejor jodido agente del Bureau.

—Estoy de acuerdo —tras decir eso, Cameron había abierto la puerta y salido del despacho...

Y se había encontrado a Jack, mirándola desde el otro extremo del pasillo.

Había experimentado un momento de pánico —se suponía que nadie tenía que saber que ella estaba allí. Pero mantuvo inexpresivo su semblante, libre de emociones, y se marchó sin una palabra.

Sabía lo que había pensado Jack. Las deducciones que había hecho ese día. Pensaba que ella había sido quien había provocado que lo transfirieran —tras asumir, probablemente, que había acudido al despacho de Davis esa mañana a presentar una queja. Por desgracia, no había demasado que decir. Había pasado por encima de Silas para defender a Jack y, para su jefe, esa era la mayor de las deslealtades.

No le cabía la menor duda de que Silas la despediría en el acto si se enteraba. Así que se había mordido la lengua y permitido que Jack pensara lo peor de ella.

Al fin y al cabo, ya la había despreciado por lo del caso Martino.

Añadir un poco de leña al fuego no supondría una gran diferencia.

Cameron fue hasta el despacho de Silas y llamó con los nudillos. Él le indicó mediante señas que entrara.

—Cameron —siéntate.

Entró en el despacho –enorme para los estándares del gobierno, y ricamente decorado–y se sentó en una de las sillas que había frente a la mesa de Silas.

–Lo siento, voy a tener que pedirte que seas breve. Tengo que estar en otra parte dentro de una hora y necesito pasar antes por casa.

–No te entretendré demasiado –dijo Silas–. Solo quería asegurarme de que estás bien. Ya sabes, por lo que pasó el fin de semana pasado.

Aunque sus palabras fueron amables, detectó un rastro de malestar en sus ojos.

Incluso de enfado.

Cameron respondió con cautela, insegura respecto a lo que él sabía.

–Estoy bien. Gracias por preguntar.

–Puedes dejarte de vaguedades, Cameron –estoy al tanto de la investigación Robards. El director del FBI en D.C. me ha llamado esta tarde para decirme cuánto apreciaba la colaboración de nuestra oficina en este asunto. Por supuesto, yo no tenía ni idea de a qué estaba refiriéndose. Supongo que él había dado por supuesto que estaría al tanto cuando uno de mis ayudantes de testigo de un crimen, que involucra a un Senador de los EEUU, y es puesto bajo custodia policial. Supongo que yo también lo habría dado por supuesto.

Cameron trató de suavizar las cosas.

Se imaginaba lo poco que debía haberle gustado a Silas que el director del FBI lo pillara de esa forma.

–Siento si te has visto en una situación incómoda con Godfrey –dijo–.

los agentes del FBI al cargo de la investigación me pidieron que no hablara con nadie sobre lo ocurrido.

–Entiendo que se trata de un asunto confidencial pero tengo que estar al tanto cuando existen amenazas contra unos de mis ayudantes.

–Y si recibo alguna amenaza real, te lo haré saber. Pero, por el momento, se trata de una medida de precaución –Cameron no pudo decir si lo había apaciguado o no. Pensó que sería mejor distraerlo, desviarlo del tema–. No sé si el director te lo mencionó pero Jack Pallas se está encargando del caso.

Silas abrió los ojos, sorprendido.

–¿Pallas ha vuelto? ¿Cuándo?

Cameron se encogió de hombros.

–Creo que hace poco.

La cuestión, desde su punto de vista, era que había vuelto –al menos temporalmente–y que había vuelto a enredarse en su vida una vez más.

–¿En qué estás pensando?

Jack se pasó la mano por la cara y miró a Wilkins, que se encontraba al otro lado de su mesa.

–Pienso que sería estupendo no tener que ver otro abogado en toda mi vida.

Como habían esperado, la grabación de las cámaras de vídeo del hotel no había proporcionado ninguna pista y habían centrado la atención en el interrogatorio del Senador Hodges y su personal. Por descontado, su equipo de abogados estaba encargándose de ponerles las cosas difíciles. Pero, al menos, habían descubierto varias cosas: varios miembros del equipo de Hodges habían reconocido estar al tanto de sus aventuras con las chicas de la agencia y unos cuantos incluso habían admitido conocer a Mandy Robards específicamente.

Las dos primeras personas que habían entrevistado eran Alex Driscoll, el jefe de personal del Senador, y Grant Lombard, su guardia de seguridad personal.

Al preguntarles, tanto Driscoll como Lombard habían asegurado que se encontraban en casa, durmiendo, en el momento del asesinato de Mandy Robards. Ninguno de los dos tenía forma de confirmarlo o desmentirlo.

Ambos reconocían estar al tanto de la aventura de Hodges con Mandy Robards; de hecho, los dos habían admitido saber que Hodges planeaba verla la noche de su asesinato. Lombard había hecho los arreglos con el servicio de acompañantes (lo que Hodges había admitido que era algo que le pedía a Lombard que hiciese “de vez en cuando”) y Driscoll había asistido a la cena de caridad con el Senador y aseguraba haber descubierto entonces los planes de Hodges para ver a Robards, más tarde esa noche.

Ni Lombard ni Driscoll habían sido particularmente comunicativos respecto a las aventuras de Hodges pero, como guardaespaldas y jefe de personal del Senador, no se esperaba que lo fueran. Y aunque ninguno tenía coartada, tampoco era inusual que los dos hombres asegurasen estar en casa solos (Driscoll era divorciado y Lombard nunca había estado casado), durmiendo, en el momento del asesinato.

Sin embargo, ambos encajaban con la tosca descripción física que Cameron había hecho del hombre al que había visto saliendo de la habitación 1308.

No era mucho, Jack lo sabía, pero sí suficiente para investigar a ambos hombres.

–Vamos a obtener la lista de llamadas telefónicas de Driscoll y Lombard y buscaremos referencias de los números que tenemos asociados a Mandy Robards –le dijo Jack a Wilkins–. Y deberíamos revisar los movimientos de sus tarjetas de crédito durante los últimos dos años –ver si hay algo fuera de lo normal. Mientras, tendríamos que comenzar con esa lista, que Hodges nos ha dado, de gente que piensa que podría guardarle alguna clase de resentimiento.

Wilkins asintió mostrando su acuerdo, justo cuando sonaba el teléfono.

Jack vio que la llamada procedía del puesto de seguridad del vestíbulo.

–Pallas –respondió.

–Los oficiales Kamin y Phelps, del departamento de policía de Chicago, han venido a verte. Dicen que tienen algo del detective Slonsky para ti –dijo el guardia de seguridad nocturno.

–Gracias –envíamelos.

Jack colgó y se volvió hacia Wilkins.

–Kamin y Phelps vienen de camino –frunció el ceño–. ¿No son los tipos que Slonsky asignó para vigilar a Cameron?

Wilkins consultó el reloj.

–Creo que los del turno de noche.

–¿Y qué están haciendo aquí?

–Tendrás que preguntárselo –Wilkins pareció darse cuenta de la nube de descontento que se estaba formando rápidamente–. Vamos a intentar ser agradables, Jack –recuerda que trabajamos con esos tipos.

Cuando Kamin y Phelps llegaron a su despacho, Wilkins se levantó y los recibió con una cordial sonrisa.

–Hola, oficiales. ¿Qué os trae por aquí esta noche?

El policía más mayor hizo las presentaciones.

–Yo soy Bob Kamin y este es mi compañero, Danny Phelps –les tendió un sobre grande sellado–. El detective Slonsky nos ha pedido que os trajésemos esto. Dijo que es el informe del laboratorio que estabais esperando.

Jack se levantó de su mesa y tomó el sobre.

–Gracias –al captar las miradas de soslayo de Wilkins le hizo brusco ademán para indicarle que todo iba bien–. Vaya... por alguna razón, creíamos que erais los encargados de la vigilancia de la señorita Lynde. Supongo que estábamos en un error.

–No, teníais razón –dijo Kamin–. Hacemos el turno de noche. Una chica simpática. Hablamos mucho con ella de camino al gimnasio.

–Oh, entonces supongo que el agente Wilkins y yo nos preguntamos qué hacéis aquí, en lugar de estar con ella.

Kamin lo desestimó con un gesto.

–Tranquilo. Hemos hecho un intercambio con otro policía.

–Un intercambio... ya. ¿Me puedes recordar en qué consiste? –preguntó Jack.

–Es por su gran cita de esta noche –explicó Kamin.

Jack ladeó la cabeza.

–¿Cita?

Phelps intervino.

–Sí, ya sabes –con Max, el–banquero–de–inversiones–que–conoció–en–las–escaleras–de–Bloomingdale’s.

–He debido perdérmelo.

–Oh, es una historia estupenda –le aseguró Kamin–. Chocó con él al ir a bajar la escalera mecánica y cuando la bolsa de la compra se abrió, él le dijo que se gustaban sus zapatos.

–Ah... el Primer Encuentro –dijo Wilkins con una sonrisa.

Jack le lanzó una severa mirada.

–¿Qué acabas de decir?

–Ya sabes, el Primer Encuentro –explicó Wilkins–. En las comedias románticas es el

momento en que el hombre y la mujer se ven por primera vez –se frotó la barbilla, considerándolo–. No sé, Jack... No pinta nada bien para ti que haya tenido su Primer Encuentro con otro hombre.

Jack lo miró de nuevo mientras trataba de entender qué diablos se suponía que significaba eso.

Phelps sacudió la cabeza.

–Nah. No es para tanto. Todavía tiene dudas sobre ese tipo. Él tiene problemas para mantener el trabajo separado de su vida personal.

Aunque ella está sintiéndose muy presionada por la boda de Amy –solo le quedan unos diez días para conseguir acompañante.

–Es dama de honor, ¿comprendes? –dijo Kamin.

Jack los miró fijamente a los tres. Movían los labios y el sonido parecía salirles de la boca pero era como si estuvieran hablando un idioma distinto.

Kamin se volvió hacia Phelps.

–Francamente, yo creo que debería ir con Collin, ya que él y Richard han roto.

–Sí pero ya oíste lo que dijo. Collin y ella tienen que dejar de utilizarse el uno al otro como muleta. Está empezando a interferir con el resto de sus relaciones.

Increíble. Jack se pasó una mano por el pelo, tentado de echarse a reír.

Pero entonces tendría que estar agradecido a Cameron Lynde, lo que aún le fastidiaba más.

–¿Podemos volver a la parte del intercambio?

–Claro, perdona. Fue sugerencia de Slonsky. Lo de ir al Spiaggia para su cena de esta noche. ¿Lo conoces? –preguntó Phelps.

Jack asintió. Nunca había estado allí pero lo conocía. Un restaurante de cinco estrellas –uno de los mejores de la ciudad–situado al norte de Magnificent Mile y famoso por sus románticas vistas del lago Michigan.

–Bien, pues Slonsky conoce a un poli que trabaja de seguridad allí por las noches –dice que pensó en pedirle que vigile a la señorita Lynde mientras se encuentre en el restaurante, ya que conoce el lugar y esas cosas –dijo Kamin.

Phelps le dio un codazo.

–Cuéntale lo otro.

Kamin cruzó los brazos malhumorado.

–Slonsky también dijo que ese tipo encajaría mejor en el restaurante, signifique lo que signifique.

Los ojos de Jack se vieron atraídos por los puños de la camisa vaquera azul desteñida de Kamin, ambos manchados con algún tipo de misteriosa salsa roja. Perritos calientes con chile, lo más probable.

–Así que la dejamos en el restaurante, nos aseguramos de que entrara sin novedad y volveremos cuando quiera marcharse. Ella nos llamará –dijo Phelps.

A Jack no le gustó como sonaba el plan –no le emocionó precisamente que Slonsky enviara a un tipo nuevo a vigilar a Cameron. Aunque, tras pasar tres minutos con Kamin y Phelps, tampoco estaba muy seguro de que le convenciera que ellos la vigilaran. Aún así, supuso que no tenía ninguna queja específica –Slonsky estaba al mando de esa parte de la investigación y parecían tener las cosas bajo control– pese a que la simple idea de esa cita lo ponía de un humor horrible.

No obstante, en lugar de decir algo al respecto, les dio las gracias a Phelps y Kamin por traerle los resultados del laboratorio y los despidió, antes de que empezaran a parlotear de nuevo sobre Cameron y Max, el–tipo–que–le–importaba–una–mierda, sobre su Primer Encuentro o sobre lo que fuera.

Así que le había dicho que le gustaban sus zapatos –¿y qué? A él sonaba más bien a Primera Excusa.

–Estoy orgulloso de ti, Jack –dijo Wilkins cuando Kamin y Phelps se hubieron marchado–. Ni una sola mirada de hosquedad.

–¿Aún estamos con eso?

Antes de que Wilkins pudiera contestar, el teléfono de Jack volvió a sonar. Levantó el auricular.

–Pallas.

Al otro lado de la línea, la operadora de la centralita le informó de que tenía en espera a Collin McCann.

Jack frunció el ceño.

–Pásamelo.

–Siento molestarte –comenzó Collin directamente en cuanto se estableció la conexión–, pero es sobre Cameron y no sabía a quién más llamar. Sé que esto en lo que está involucrada es confidencial.

–¿Qué pasa? –preguntó Jack. Al oírlo, Wilkins alzó la cabeza.

–Probablemente no sea nada –dijo Collins–. Tiene una cita esta noche.

Puede que solo esté... distraída.

Jack apretó los dientes. Si una sola persona más mencionaba la cita...

–¿Pero?

–No contesta al móvil. He llamado varias veces y sigue saltando el buzón de voz.

–Es posible que lo haya apagado – dijo Jack. Al fin y al cabo, no debía querer que nadie interrumpiera su cita con Max–quien–por–lo–visto–es–un–fetichista–de–los–zapatos–de–las–mujeres.

–Eso sería una novedad –replicó Collin–. Hasta donde yo sé, jamás lo apaga. Lo mantiene encendido por el trabajo.

Jack se detuvo ante esto.

–De acuerdo –echaremos un vistazo.

Cuando colgó se volvió hacia Wilkins.

–Era McCann. Dice que Cameron no contesta al móvil. Probablemente esté sin cobertura pero deberíamos comprobarlo –alzó el auricular y llamó a Slonsky. Cuando el detective no contestó, Jack le llamó al busca y dejó un mensaje para que le devolviera la llamada.

Frunció el ceño.

–¿Mencionaron Phelps y Kamin el nombre de ese tipo que está vigilando a Cameron?

Wilkins sacudió la cabeza.

–No.

Jack buscó rápidamente el número del Spiaggia y lo marcó.

Veinte segundos después, colgó, sintiendo que su nivel de frustración se había incrementado diez puntos.

–Salta una grabación que dice que vuelva a intentarlo en unos minutos, si llamo dentro del horario comercial. Muy útil –le dijo a Wilkins–.

¿Tenemos el número de Phelps y Kamin?

–No.

Estupendo. Obviamente, iban a tener que arreglar eso lo antes posible.

–Llamaré a la comisaría para que alguien les mande un mensaje al busca. Con suerte, encontraremos a alguien que sepa algo.

–El restaurante solo está a tres kilómetros –dijo Wilkins–. ¿Por qué no me quedo aquí intentado contactar con el DPC y con Cameron, mientras tú te acercas y compruebas que todo va bien? Con la moto, estarás aquí otra vez en quince minutos.

Jack asintió –había estado pensando algo parecido. Había montones de razones inocuas por las que Cameron podía no haber respondido a su teléfono. Pero pensar en la que no era tan inocua lo puso en movimiento. De inmediato. Cogió las llaves y se las metió en el bolsillo trasero de los vaqueros.

–Phelps y Kamin dijeron que la habían visto entrar en el restaurante así que, al menos tenemos eso claro. Si consigues hacerte con el Spiaggia, confirma que todo va bien con ese poli que Slonsky ha puesto a vigilarla, quien diablos quiera que sea, y luego llámame. Lo más probable es que todo se quede en nada.

–¿Y si no es así? –preguntó Wilkins.

Jack abrió el cajón superior de su mesa y sacó su arma de repuesto, una Glock 27 subcompacta. La aseguró en la pistolera de su tobillo.

–Entonces haré que se quede en nada en cuanto llegue allí.

Porque nadie se metía con sus testigos.

Ni siquiera con esta.

Seis minutos después, tras recorrer la ciudad a una velocidad ilegal, que solo un conductor experto con placa de agente del FBI podría permitirse, sin temor a morir o a ser arrestado, Jack se detuvo junto al edificio One Magnificent Mile. Dejó la Triumph aparcada en la puerta y le mostró la placa al guardia de seguridad del vestíbulo para evitar que lo

detuviese. Tras una rápida carrera por las escaleras, entró en el vestíbulo de mármol del restaurante Spiaggia.

El maitre traspuso la esquina, con aire agobiado.

–Lo siento –espero que no haya tenido que esperar mucho. Hemos estado mucho más ocupados de lo que habíamos previsto esta noche. ¿Puedo ayudarlo? –mientras recuperaba el aliento, reparó en los pantalones vaqueros de Jack y los miró con escepticismo.

Jack aún llevaba la placa en la mano.

–Jack Pallas, FBI. Estoy buscando a una de sus comensales, Cameron Lynde. Morena, treinta y pocos, alrededor de un metro sesenta y dos.

El maitre estudió la placa.

–Andy me dijo que no puedo revelar esa información. Me pidió específicamente que lo llamara si alguien preguntaba.

Al menos, el DPC había hecho eso bien.

–Te diré qué –llámalo y, mientras lo haces, yo echaré un vistazo –sin más demora, Jack accedió al enorme comedor e inspeccionó el entorno.

El restaurante constaba de dos plantas: la principal y otra a un nivel más bajo, donde las mesas estaban flanqueadas por impresionantes ventanales que iban del suelo hasta el techo.

Pese a los ornamentados candelabros superiores, la iluminación del restaurante era tenue –seguramente para destacar las vistas de la ciudad y del lago Michigan–y le llevó unos segundos examinar a la concurrencia del nivel superior. Al no localizar a Cameron, se dirigió hacia la baranda del balcón y la buscó en una de las mesas inferiores.

La descubrió en la segunda mesa a la izquierda, sentada junto a un ventanal.

Por un momento, tuvo que detenerse y solo... miró. Porque las vistas que tenía desde el balcón eran impresionantes.

Y no se refería al lago.

Las suaves velas de la mesa arrancaban destellos dorados de su pelo color avellana. Llevaba un vestido negro sin mangas, que dejaba ver cada curva de lo que Jack suponía que debía ser un cuerpo increíble.

Estaba sentada a la mesa, mirando hacia el exterior por el ventanal que había junto a ella.

La observó mientras tomaba un sorbo del vaso de vino que sostenía. Parecía apagada. Consultó su reloj y luego cruzó una pierna sobre la otra, revelando una abertura en el vestido a la altura del muslo.

Jack notó que solo había una carta de vinos en la mesa. No hacía falta ser agente especial para adivinar lo que había ocurrido. No es que a él le importara pero el infame Max debía ser un idiota para dejar a una chica así sola en un restaurante.

El móvil vibró en el bolsillo de su chaqueta. Jack lo sacó y vio que era Wilkins.

–Acabo de hablar con el poli del restaurante. Se llama Andy Zuckerman.

Dice que Cameron está bien –repuso Wilkins.

–Tengo una visual –confirmó Jack–. Parece estar bien. Averiguaré qué le pasa a su móvil y te volveré a llamar.

Colgó y comenzó a aproximarse a la mesa.

Diez

Cameron consultó el reloj, preguntándose cuál era el plazo límite para que una mujer – claramente vestida para una cita–sentada sola a la mesa de unos de los restaurantes más románticos de la ciudad, empezara a parecer totalmente patética.

Se acabaría el vaso de vino, se dijo. Se había obsequiado a si misma con un Leap petite syrah de 2006, incapaz de permitir que la noche fuese un completo fracaso.

Max la había plantado.

Técnicamente, supuso, no la había plantado de verdad porque le había mandado un mensaje –oh, sí, un mensaje de texto, como si no pudiera permitirse perder un minuto para hacer una llamada–para decirle que estaba atrapado en una reunión con un cliente y no podría acudir. Una gran ayuda, considerando que ella ya había llegado al restaurante y la habían instalado para cuando había recibido el mensaje. Había pedido la bebida, cuando el camarero se había aproximado a su mesa, con la esperanza de parecer despreocupada y elegante. “Oh, una noche más –después de un día duro de trabajo suelo pasar la noche sola en restaurantes de cinco estrellas, ricamente aromáticos”. Teniendo en cuenta el corte de su vestido y los asesinos zapatos de tacón (sí, lo reconocía ella misma) dudaba que nadie, incluyendo al camarero, se dejara engañar.

Al no responder de inmediato al mensaje de Max, prefiriendo calmarse antes, él le había enviado otro preguntándole cuándo le venía bien que reprogramaran las cita. Otra vez. En respuesta, le había enviado un mensaje diciendo que había consultado el calendario del mes y “probablemente nunca, colega”. Luego, pensando que Max podía tener un par de cosas que responder a eso, había puesto el móvil en modo silencio para no molestar a los demás comensales con el beep de nuevos mensajes de texto.

Sinceramente, llegados a ese punto, tampoco quería que Max la molestara a ella.

Mientras se acababa el vino, miró por el ventanal, contemplando el lago y reflexionando sobre lo que una mujer soltera, de treinta y pocos, tiende a pensar cuando se está sentada sola en un restaurante.

Su mejor amiga estaba a punto de casarse y ella no tenía a nadie a quien llevar a la boda. Nadie con quien compartir ese momento, aparte de Collin. No era una gran cosa, lo sabía – especialmente después de los problemas mucho más serios a los que había tenido que enfrentarse últimamente–pero de verdad no armaría un gran revuelto si el destino se dignara a prestarle un poco de ayuda en el terreno de los hombres.

–¿Qué ha pasado con Max?

Sorprendida al escuchar la voz, Cameron se volvió para encontrarse con Jack, de pie ante la mesa.

El destino le estaba tomando claramente el pelo.

Frunció el ceño.

–¿Qué estás haciendo aquí? –perfecto. Justo el hombre al que necesitaba en ese preciso instante.

–No has contestado las llamadas de tu móvil. ¿Has tenido algún problema con él? –Jack parecía disgustado. Qué enorme sorpresa.

–Parecía funcionar bien –Cameron buscó en interior de su bolso y lo sacó para comprobarlo–. Oh... lo he puesto en silencio. No he debido oír las llamadas con el ruido del restaurante –alzó la mirada hacia él–.

¿Has estado intentado llamarme? ¿Pasa algo?

–Collin te llamó. No pudo localizarte, se puso nervioso y me llamó a mí. Luego, nosotros tampoco pudimos localizarte ni hacernos con el restaurante, así que aquí estoy –dijo Jack.

Cameron se pasó las manos por el pelo, sintiéndose muy cansada. Había sido un día muy largo –había tenido un enfrentamiento con el abogado contrario en el tribunal, otro enfrentamiento con Silas y la había plantado su cita. Por la expresión de Jack, estaba preparado para otro asalto y no estaba muy segura de poder soportarlo.

–Lo siento –dijo–. No estaba pensando cuando le quité el sonido.

Lamento que hayas tenido que venir hasta aquí para nada. Mírame con hosquedad todo lo que quieras –esta vez me lo merezco.

Jack tomó asiento en la silla que se encontraba frente a ella.

–Dicho lo cual –continuó Cameron–, me gustaría señalar que el oficial Zuckerman ha estado toda la noche vigilándome desde el bar, por lo que no parece haber motivo para pensar que estuviese en peligro. Y también me gustaría que constara que nadie me advirtió de que debía contestar al teléfono en cualquier momento. Si era algo que esperabas como parte de la vigilancia, deberías haberlo especificado para evitar precisamente esta clase de situación.

Vale, puede que aún le quedaran fuerzas para una última batalla.

Jack apoyó los brazos sobre la mesa.

–Esa debe ser la peor disculpa que he oído nunca.

–Me lo he pensado mejor. Puesto que solo tengo el treinta por ciento de la culpa, has recibido el treinta por ciento de la disculpa.

–Ya veo.

Cameron esperó a que él añadiera algo más.

–¿Ya está? Esperaba bastante más. Ya sabes, gruñidos y hosquedad.

–Puedo añadir unos cuantos tacos, si quieres.

Cameron contuvo la sonrisa justo a tiempo.

–No hace falta pero gracias por la oferta.

Permanecieron en silencio un momento, estudiándose mutuamente con cautela.

–No has llegado a decirme qué ha pasado con tu cita –recordó Jack.

–Tuvo un problema de última hora en el trabajo. Por tercera vez en tres semanas –Cameron no tenía ni idea de por qué había añadido la segunda parte de su comentario.

Los oscuros ojos de Jack la estudiaron.

–Espero que tuvieras más suerte escogiendo zapatos ese día.

Nunca dejaba de sorprenderla.

–¿Cómo sabes cómo conocí a Max? –preguntó.

–Kamin y Phelps son una fuente inagotable de información. Parecen estar entusiasmados con su asignación.

–Sorprendentemente, hay gente que me encuentra encantadora.

–Yo también te encontré encantadora en cierto momento –dijo Jack con sobriedad.

Fue como si hubiera pasado el proverbial ángel, silenciando la sala.

Durante la semana anterior, Jack y ella habían rondando entorno a ese mismo tema, sin llegar a hablar nunca del pasado. Pero ahora que él había lanzado la primera salva, tenía la

posibilidad de retirarse o de enfrentarse cara a cara con él. Y ella no era de las que se retiraban.

–El sentimiento fue mutuo en cierto momento.

Jack reflexionó un instante.

–Puede que ya que estamos trabajando juntos debamos hablar de lo que pasó hace tres años.

Cameron tomó un sorbo de vino, tratando de parecer casual. Escogió cuidadosamente sus palabras.

–No creo que haya nada que podamos decir que nos vaya a beneficiar.

Jack la sorprendió con su respuesta.

–Me equivoqué al decirle aquello a esa reportera. Lo supe nada más decirlo. Era... un momento difícil para mí. Iba a pedirte disculpas.

Pero, por supuesto, nunca tuve ocasión.

Era como lo había imaginado. La había culpado por ser transferido, sin llegar a darse cuenta de lo cerca que había estado de que lo despidieran del FBI. Parte de ella se había sentido tentada de contarle la verdad y dejarlo todo claro. Pero él estaba demasiado enfadado por lo del caso Martino –por todo– que no sabía cómo habría reaccionado.

Lógicamente, seguía sin tener un buen motivo para confiar en Jack así que siguió esquivando el tema.

–Gracias por la disculpa –dijo con naturalidad, esperando que eso pusiera punto final a la conversación.

La expresión de Jack se endureció.

–¿Eso es todo?

–No hay gran cosa que pueda decir sobre lo que pasó –sin correr el riesgo de que la información le llegue a Silas.

–Puedes decirme por qué lo hiciste. Sé que estabas molesta por lo que dije. Pero, ¿tanto te ofendía verme que necesitaste expulsarme de la ciudad?

Cameron supo que había llegado el momento de acabar la conversación.

–No es buena idea que hablemos sobre eso.

Jack se inclinó hacia delante y sus ojos oscuros brillaron bajo la suave luz procedente de las velas situadas en el centro de la mesa.

–Te vi saliendo del despacho de Davis esa mañana, Cameron.

La ira se apoderó de ella. Inclinandose, se encontró con Jack a medio camino.

–Viste lo que quisiste ver –le espetó. Cameron vio registrarse la sorpresa en el semblante de Jack y supo que había dicho demasiado–.

Maldita sea, Jack. Déjalo estar –se levantó de la mesa y se alejó, sin atreverse a añadir una sola palabra.

Once

Mientras esperaba en el vestíbulo, Cameron se puso la chaqueta y se ató el cinturón entorno a la cintura. Era una cálida noche de octubre de Chicago pero, dado que seguía siendo octubre y Chicago, el concepto “cálida” era relativo llevando un vestido sin mangas.

–Yo me encargaré a partir de ahora, oficial, gracias.

Al oír la voz de Jack, tanto Cameron como el oficial de policía con que Slonsky había sustituido a Kamin y Phelps se volvieron. Cameron vio a Jack bajando a toda prisa la escalera.

–Gracias, agente Pallas, pero no es necesario –replicó con frialdad–.

Me quedaré con el oficial Zuckerman hasta que lleguen Kamin y Phelps.

Jack la ignoró y le mostró su placa a Zuckerman.

–Jack Pallas. Has hablado con mi compañero hace unos minutos así que estás al tanto de la jurisdicción del FBI en esta investigación en la que está involucrada la señorita Lynde. Me aseguraré de que llegue a casa a salvo.

Cameron vio asentir al oficial Zuckerman y desearle buenas noches.

Cuando se fue, se volvió hacia Jack.

–¿Por qué has hecho eso?

–Porque no hemos terminado nuestra conversación.

–Créeme, la hemos terminado.

Jack sacudió la cabeza.

–No –avanzó hacia ella, aproximándose tanto que Cameron tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo–. ¿A qué te referías cuando has dicho que vi lo que quise ver esa mañana? –Jack le estudió el semblante en busca de respuestas–. ¿Qué más debería haber visto?

Cameron se mantuvo firme.

–Si esto es algún tipo de técnica de interrogatorio, no va a funcionar.

–Sabes que soy terriblemente bueno es esto cuando tengo que serlo.

–Qué suerte para nosotros entonces que no yo no tenga gran cosa que decir.

–Tal vez lo reconsideres de camino a casa.

A Cameron le llevó un segundo comprender.

–No voy a ir a casa contigo.

Jack asintió.

–Ya he llamado a Kamin y Phelps para pedirles que se reúnan con nosotros en tu casa.

–¿Por qué?

–Te lo he dicho. No hemos acabado nuestra conversación –sonrió ligeramente–. ¿Qué pasa?
¿No confías en ti misma cuando estás cerca de mí?

Cameron alzó una ceja.

–De acuerdo. Acabemos con esto. ¿Dónde está tu coche?

–Aparcado delante de mi apartamento –él señaló algo a su espalda–.

Iremos en esa.

Cameron se giró y vio una moto estacionada frente al edificio.

No era una experta en motos –ni mucho menos–así que, más tarde, cuando Collin la interrumpió al llegar a ese punto mientras le relataba lo sucedido durante la noche, para hacerle cinco mil malditas preguntas sobre la clase de moto que llevaba Jack, lo mejor que pudo decirle fue que no, no era una Harley y no, tampoco era uno de esos misiles deportivos.

Era plateada y negra, y definitivamente la moto de un chico malo, pensó mientras la observaba. Pero chico malo en un estilo refinado.

Pegaba a la perfección con Jack. Aún así, seguía siendo una moto.

–No voy a subir en eso –le dijo.

–¿No has montado nunca en moto? –supuso él.

–Ah, no. No es lo mío.

–¿Cómo sabes que no es lo tuyo si nunca has montado en una?

–Para empezar, son peligrosas.

–No, en las manos correctas –Jack se acercó a la moto y montó.

Cameron tenía una réplica preparada pero murió en sus labios al verlo.

Joder, estaba ridículamente sexy en la moto.

Jack asintió.

–Venga –vamos.

Ella se aproximó.

–¿Cómo se supone que voy a subir en eso con vestido?

Jack no hizo mucho más que parpadear.

–La raja del muslo debería ayudar.

Vaya.

Había notado la abertura del vestido.

Cameron se arremangó el vestido y montó, enseñando buena parte de la pierna en el proceso. Oops. Se ajustó la chaqueta para cubrirse, preguntándose cuánto habría visto Jack. Por la expresión de su rostro cuando lo miró, dedujo que bastante.

–Oh, sí –el vestido se adapta bastante bien –dijo con un brillo en los ojos más cálido de lo que estaba acostumbraba a ver.

Cameron se pasó el bolso por la muñeca y lo depositó sobre su regazo.

Luego, echó un vistazo en busca de algo a lo que sujetarse.

–¿A qué me tengo que agarrar?

–A mí.

Qué conveniente.

–Tal vez debería esperar a Phelps y Kamin –dijo con nerviosismo.

–Demasiado tarde para echarse atrás –Jack alargó el brazo y cogió un casco que había en el

asiento, detrás de ella—. Nunca se sabe. Puede que te sorprendas y de verdad te guste —le tendió el casco—. Póntelo.

—¿Y qué hay de ti? —le preguntó.

—Me las apañaré.

Al menos, eso haría que condujese con más cuidado. O eso esperaba. Se deslizó el casco en la cabeza mientras Jack ponía en marcha el motor con un estruendoso rugido.

Sin pensarlo, se agarró de su cintura y se pegó a él para sujetarse mejor.

Antes de ponerse en marcha —puesto que muy probablemente fuesen a ser sus últimas palabras—levantó la visera del casco y se inclinó hacia delante para hacerse oír por encima del ruido del motor.

—No hagas ninguna tontería. Soy dama de honor en la boda de mi amiga Amy y me matará si tengo que recorrer el pasillo en silla de ruedas con el cuerpo escayolado. Además, he comprado unos tacones de diez centímetros para la ocasión y serían incomodísimos con las muletas.

Bajó la visera.

Jack se giró en el asiento y volvió a subirle la visera.

—No te preocupes —como es tu primera vez, seré extra suave —con un guiño, le bajó la visera.

Ella alzó la visera de nuevo.

—Bonita insinuación —¿Se supone que debería sentirme encantada por...?

Jack alargó la mano y la interrumpió bajando la visera una vez más.

—Lo siento. Nada de conversación, distrae al conductor.

En el interior del casco, Cameron frunció los labios con frustración.

Si los mataba a los dos con esa estúpida moto, iba a fastidiarle de verdad no haber tenido al menos la última palabra.

Pero cuando se alejaron del edificio, su temor por las motos pronto sobrepasó a su malestar hacia Jack. Se agarró con fuerza a su cintura.

Bajaron por la avenida Michigan al menos media manzana, antes de parar ante el semáforo

que los llevaría a Lake Shore Drive. A través de la visera vio ponerse la luz del cruce en ámbar, luego en rojo y cerró los ojos cuando su semáforo cambió a verde y despegaron a toda velocidad.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaban atravesando el túnel de Oak Street y, de pronto, ascendieron y salieron al aire libre, sin nada más que la amplia extensión de lago Michigan a su derecha. Las formidables olas del lago se estrellaban contra el rompiente y Cameron se sintió incapaz de evitar echarle un vistazo por encima del hombro a su panorámica favorita de la ciudad: el edificio Hancock y el resto de rascacielos elevándose majestuosamente al otro lado del lago junto a las luces de la noria del Navy Pier. Esa vista era la respuesta cuando cada febrero, amargamente frío, se preguntaba por qué vivía en Chicago.

Se volvió y se abrazó a Jack, mientras pasaban velozmente junto al zoo Lincoln Park y el puerto. El viento era fuerte pero llevaba la chaqueta y Jack le bloqueaba la mayor parte. Y, por mucho que odiara admitirlo, la carrera resultaba... estimulante. La adrenalina se le había disparado y, varios minutos después, cuando descendieron para alejarse de la orilla del lago en Belmont Harbor, se levantó la visera del casco.

–Ve por el camino largo –le dijo a Jack al oído, con el aliento entrecortado.

El motor de la moto hacía difícil saberlo pero estuvo casi segura de que lo oyó reírse. Cuando aminoraron la marcha, Cameron se relajó y aflojó el agarre entorno a su cintura. Inconscientemente, le deslizó la mano derecha sobre el estómago y, de pronto, sintió sus músculos abdominales tensarse a modo de respuesta, firmes y duros como una roca.

Y ese fue el momento en el que Cameron empezó a pensar en el sexo.

En su defensa, tenía que decir que era el hombre más atractivo al que le había puesto los ojos encima –y ahora también las manos– y que ayudaba poco tener que sentirlo entre las piernas. Mientras recorrían lenta y agradablemente las calles, Cameron trató de salir mentalmente de ahí. Pero entonces se detuvieron ante una intersección, vio las manos de Jack girando el puño y presionando suavemente el embrague en el manillar, para mantener acelerado el motor –casi como si fuera una caricia– y empezó a imaginarse otras cosas que podía acariciar, sus manos fuertes alzándola, sosteniéndola, sujetándola contra la pared... y se dio cuenta de que estaba tan inmersa en el asunto que necesitaría una escalera extensible para salir de ahí, por lo que, ya puestos, bien podía permitirse acabar de desarrollar la maldita fantasía.

En su mente, acaban de llegar a la parte buena –había revivido la escena del otro día cuando Jack y Wilkins habían ido a hablarle sobre la vigilancia, solo que esta vez estaban solos ella y Jack (ni idea de cómo se las había arreglado para entrar en su casa, detalles sin importancia), ella acababa de salir de la ducha (con el maquillaje y el peinado perfectos,

por supuesto), él la estaba esperando en la habitación (algo que consideraría acoso en la vida real pero resultaba necesario para avanzar en la historia), él decía algo ingenioso sobre que la testigo iba a cooperar y ella le respondía algo igualmente ingenioso (no había dado con el comentario exacto pero a esas alturas la conversación resultaba superflua). Y entonces ella dejaba caer la toalla al suelo, se acercaba y, sin decir palabra se abalanzaban sobre la cama y...

Se detuvieron frente a su casa.

Cuando la moto se paró, Cameron parpadeó, tratando de regresar a la realidad. Se quedó allí sentada, concediéndose un instante para ubicarse e intentando centrarse en el hecho de que el hombre con el que se encontraba era Jack Pallas, que no le había traído más que problemas durante su breve, aunque horrible, historia juntos.

Percibiendo que no se movía, él se giró y le alzó la visera del casco.

–¿Todo bien?

Cameron salió repentinamente de su ensimismamiento.

–Claro –bien –se quitó el casco, se lo tendió e incluso se las arregló para dirigirle una despreocupada mirada. O eso creyó.

Jack la miró más de cerca.

–¿Te has ruborizado?

Cameron se encogió de hombros.

–No creo. Puede que tenga un poco de color en las mejillas del viento.

–Llevabas casco.

Cierto.

Hora de irse.

Bajó de la moto tan rápidamente como se lo permitieron el vestido y los tacones.

Jack había aparcado junto al bordillo y eso le facilitó la labor. Con un eficiente asentimiento, se despidió.

–Gracias por el paseo. Buenas noches –se volvió y se encaminó hacia la verja de la entrada.

–Espera –tengo que revisar la casa.

Cameron se detuvo. Se había olvidado de eso.

–Vale. Entonces, date prisa –dijo por encima del hombro. Llegó hasta la verja, cogió la manivela y, de pronto, su mano se posó sobre la de ella.

–¿Deseosa de librarte de mí? –le preguntó.

Cameron se volvió.

–Sí.

Jack se detuvo, como si acabara de ver algo que no había esperado.

Avanzó un paso hacia ella.

–¿Por qué me estás mirando así?

Oh, oh. Problemas.

Ella intentó disimular.

–¿Cómo? –abrió la puerta y retrocedió hacia los escalones de la entrada.

Jack siguió avanzando hacia ella.

–Así.

Cameron apoyó la mano sobre la barandilla de piedra y poco a poco fue subiendo las escaleras.

–Imaginas cosas.

Él sacudió lentamente la cabeza.

–No.

–Debo haberme puesto nerviosa por mi primer paseo en moto –mintió. Y

posiblemente por pensar en montar algo más.

Qué vergüenza.

Jack apretó la mandíbula.

–Mierda, Cameron –mientras la arrinconaba contra la puerta, su expresión fue en parte enojada en parte... wow –algo totalmente diferente–. ¿Qué demonios se supone que tengo

que hacer si me miras así?

–Ignórame. Sigue centrado en la idea de que me odias.

–Lo intento. Lo estoy intentado de verdad.

La tenía atrapada contra la puerta. Cameron se preguntó si podría oír el acelerado martilleo de su corazón.

Jack le puso una mano sobre la cadera. Un sencillo roce que la dejó sin aliento. Con la espalda apoyada contra la puerta, el único movimiento de su cuerpo procedió de su pecho, cuando empezó a respirar entrecortada y rápidamente a causa de la anticipación.

La mirada de Jack descendió hasta sus labios entreabiertos. Le deslizó la otra mano sobre la nuca y ladeó la cabeza, clavando sobre ella su oscura mirada tan ardientemente que Cameron sintió cómo se le caldeaba el estómago.

Sabía que podía apartarlo si quería.

No lo hizo.

La mirada de él se suavizó.

–Cameron –murmuró con voz ronca, y ella sintió que estaba a punto de derretirse allí mismo. Sabiendo lo que estaba a punto de hacer, cerró los ojos y notó la suave caricia de sus labios sobre los de ella, junto antes de que...

Se detuviera.

Parpadeando confundida, Cameron observó a Jack retroceder.

–Tenemos compañía –dijo en tono grave.

Cameron miró por encima de su hombro y vio un coche familiar, sin identificativos, aparcado frente a su casa. Phelps y Kamin.

–¿Cuánto hace que están ahí? –preguntó.

–Acaban de llegar. He oído acercarse el coche –Jack señaló la puerta–.

¿Tienes las llaves?

Ella asintió, tratando de aclararse la mente.

–En el bolso –sacó las llaves y Jack pasó junto a ella, hacia el interior.

–Quédate en el umbral, donde Phelps y Kamin puedan verte –luego, se fue a revisar la casa.

Cameron permaneció allí, a la espera, tratando de procesar lo que había sucedido entre Jack y ella. Su mente pronto llegó a la conclusión de que había estado a punto de cometer un gigantesco error, aunque su cuerpo no parecía tan dispuesto a aceptarlo.

Contrólate, se dijo cuando Jack bajó del segundo piso.

–Todo despejado –dijo aproximándose.

Cameron se alejó del umbral, consciente de que la distancia física era su mejor defensa contra él en ese instante.

Jack percibió su retirada.

–No te olvides de cerrar –dijo lacónicamente.

Luego salió por la puerta.

Jack bajó a toda prisa los escalones, tratando de descubrir cuándo, exactamente, se había convertido en un auténtico idiota.

Había estado a punto de besarla. Lo habría hecho, si Phelps y Kamin no hubieran aparecido en ese preciso instante.

Claramente, una idea espantosa. En eso, parecían estar de acuerdo.

Lo había pillado con la guardia temporalmente baja con esa mirada que le había dirigido al bajar de la moto –fuera por lo que diablos fuese–pero ahora estaba centrado de nuevo. Ella era su testigo. Aún más importante, era Cameron Lynde, y eso significaba manos quietas. La última vez que se había acercado tanto a ella, había salido escaldado.

Más que suficiente. No era algo por lo que quisiese volver a pasar.

Le gustaba estar de vuelta en Chicago. Al ser una persona solitaria no tenía toneladas de amigos, pero su hermana pequeña y sus dos sobrinos vivían cerca de la ciudad. Tenía previsto quedarse en Chicago esta vez y eso significaba no cagarla, especialmente por lo que respectaba a Cameron Lynde.

Jack recorrió el perímetro de la casa y se aseguró de que todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Cuando acabó, salió por la verja y se acercó al coche sin identificativos que había junto al bordillo.

No tenía ni idea de lo que habían visto Kamin y Phelps pero no sonreían ni parecían

anonadados cuando se aproximó, así que se lo tomó como una buena señal.

La ventanilla del acompañante descendió mientras se acercaba. Jack supo que tenía problemas en cuanto vio la expresión del policía más veterano.

Kamin sonrió con gesto de aprobación.

—Así que, por eso querías traerla a casa desde el restaurante.

Phelps se inclinó sobre el asiento.

—¿Esto quiere decir que no va a ir a la boda con Max—el—banquero—de—inversiones?

Seguramente, era esperar demasiado que no hubieran visto nada.

Doce

En el lado oeste de la ciudad, Grant puso cara de poker al aproximarse al bar, que se anunciaba con luces rojas de neón como "Club Rio". Se sentía desnudo sin el arma y la pistolera pero solo un hombre con ganas de morir trataría de colarlas en un sitio como aquel.

Abrió la puerta y un fuerte ritmo de salsa lo recibió. Casi nada más poner un pie en el interior, un portero vestido de negro, con un pingajillo en la oreja, lo cacheó. Grant le preguntó dónde podía encontrar al señor Black –era todo lo que le había dicho su contacto, que preguntara por el señor Black.

El portero señaló con la cabeza unas cuantas cabinas vacías al fondo del local. Grant escogió la de la esquina y tomó asiento. Parecía dudoso que alguien fuera a poder oírlos a él y al “señor Black” por encima del elevado volumen de la música pero, dado lo que había motivado su visita no quiso arriesgarse a exponerse a ningún oído indiscreto. Una camarera se acercó a tomarle nota y pidió un whisky solo. No pensaba beber pero las apariencias lo eran todo en esa clase de situaciones y no quería parecer demasiado nervioso o sospechoso.

Una vez regresó la camarera con su bebida, se acomodó en el reservado y fingió interesarse por los bailarines que se encontraban en la pista del centro del club. En mitad de la segunda canción, un hombre alto y delgado, de unos cuarenta años, se acercó a su mesa. Llevaba una camisa blanca de algodón de cuello abierto que colgaba sobre unos vaqueros oscuros y el pelo rubio teñido muy corto. Sus brazos, expuestos al ir arremangado, estaban cubiertos de tatuajes. No cuadraba exactamente con la imagen que había tenido en mente.

–¿El señor Black? –preguntó Grant.

–Exacto –dijo el hombre con una voz ligeramente ronca. Tomó asiento al otro lado de la mesa–. He oído que está buscando información sobre una investigación del FBI, señor Lombard.

Grant decidió no preguntarle cómo sabía su nombre.

–Yo he oído que Roberto Martino podría ayudarme.

El señor Black encendió un cigarrillo y exhaló el humo por encima de la mesa.

–El señor Martino no ayuda a la gente, señor Lombard. La gente le ayuda a él. Dígame una cosa –¿sabe el Senador Hodges que está aquí?

Grant decidió no preguntar tampoco cómo sabía para quién trabajaba.

–No necesita saberlo. Me envía su jefe de personal –dijo, representando la charada de que solo seguía órdenes de Driscoll.

Tampoco es que fuera muy probable que alguien fuese a enterarse de que había tenido lugar aquella reunión. El club Rio no era un bar que revelase sus secretos.

–¿Por qué debería importarme el jefe de personal del Senador Hodges? –preguntó el señor Black.

–Es la mano derecha de un hombre muy influyente. Tener una conexión con el Senador Hodges podría serle útil a su jefe algún día.

El señor Black lo consideró mientras le daba otra calada a su cigarrillo.

–Tal vez sí. Tal vez no.

–Quizá le interesaría saber que el Senador Hodges y el señor Martino tienen un enemigo común.

–Martino tiene muchos enemigos. Tendrá que ser más específico.

–Jack Pallas –Grant captó el destello de reconocimiento en los ojos del señor Black–. Así que, lo conoce.

El señor Black asintió.

–Sí... Conozco a Jack Pallas. Aunque tenía otro nombre cuando lo conocí –ahora parecía mucho más interesado–. ¿Qué sabe sobre Pallas?

–Sé que se infiltró en su organización –dijo Grant–. Que traicionó a Martino y se cargó a varios hombres en el proceso.

El señor Black se detuvo un instante.

–¿Qué es lo que quiere, Lombard?

–Pallas es el agente encargado de una investigación por asesinato que implica a Hodges. El FBI nos está ocultando algo. El jefe de personal del Senador me pidió que descubriera qué es. Por supuesto, les estaría muy agradecido por la ayuda. Como principal asesor del Senador, desearía poderles devolver el favor algún día –vale, había embellecido las órdenes de Driscoll pero Grant supuso que si Roberto Martino pretendía cobrarse alguna vez el favor, no sería su problema sino el de Driscoll.

Como si el silencio constituyese alguna clase de seña, una camarera apareció salida de la

nada y depositó un cenicero ante el señor Black.

Él sacudió la ceniza y luego hizo rodar el extremo del cigarrillo por el cenicero. Dio otra calada y Grant percibió que estaba considerando su oferta.

–Mírelo de esta forma –ayudándonos, estaría jodiendo la investigación de Jack Pallas –añadió Grant–. Lo que sea que está ocultando es lo bastante importante como para que no quiera que nadie lo descubra.

El señor Black se reclinó en el reservado con una sonrisa irónica.

–Parece muy seguro de que le proporcionaremos esa información solo por el placer de hacerlo. Creo que ha sobrestimado el desagrado de Martino por Pallas.

–¿En serio?

El señor Black no dijo nada inmediatamente. Tras otra calada de su cigarro, se puso en pie.

–Espere aquí.

Grant soltó el aire lentamente. Siempre que no regresara con un par de matones y un coche con el maletero plastificado, quizá lograra obtener unas cuantas respuestas.

El señor Black volvió unos minutos después. Depositó un papel plegado sobre la mesa.

–Este hombre le ayudará. Reúnase con él en esta dirección, el sábado por la noche a las diez en punto. Nos lo debe, Lombard. Ni un jefe de personal ni ninguna otra persona –usted. Así que, espero que le compense la información que este hombre le pueda proporcionar.

Grant sintió que lo invadía la ira, pese a que no mostró ninguna reacción. Él también esperaba que la información mereciera la pena.

Contaba con ella.

Desplegó el papel y vio un nombre y una dirección. Alzó la cabeza, seguro de que le estaban tomando el pelo.

–Esto no puede ser correcto.

–Es correcto –el señor Black se alejó de la cabina y desapareció entre el gentío.

Grant volvió a posar la mirada en el papel que sostenía en la mano.

Era un sorprendente giro de los acontecimientos. No conocía personalmente al hombre

pero, por descontado, reconoció el nombre.

Cualquiera relacionado con la política y las fuerzas de la ley de EEUU, especialmente en Chicago, lo reconocería.

Silas Briggs.

Trece

Jack consultó su reloj mientras Wilkins y él salían del avión.

La demora del vuelo había representado un retraso de tres horas en su agenda. Las consecuencias de viajar en avión.

Por supuesto, ya estaba de mal humor antes del retraso del vuelo.

Davis había llamado mientras Wilkins y él esperaban para embarcar, pidiendo una actualización de la investigación. Jack sabía que Davis lo presionaba porque, a su vez estaba siendo presionado por el director. Y, por desgracia, no había tenido mucho que informar.

Se habían pasado tres días interrogando testigos sin descubrir gran cosa en el proceso. Primero, habían localizado antiguos clientes y ex–novios de Mandy Robards, en busca de alguien que pudiera haberse sentido celoso de su relación con el Senador Hodges. No habían conseguido ni una sola pista por ahí. Aunque Mandy parecía haber sido la favorita entre sus clientes a causa de sus habilidades profesionales, ninguno de ellos –ni tampoco de sus ex–novios– parecían especialmente molestos por el hecho de que se acostara con otros hombres. Pocos, si es que había alguno, parecían tener lazos emocionales con ella. Mandy hacía lo que tenía que hacer como parte de su trabajo –por lo visto, bastante bien–pero había hecho muy pocas relaciones personales en el camino.

De un modo extraño, Jack se identificaba con la imagen obtenida de Mandy Robards. Algunos trabajos requieren cierto nivel de distanciamiento; una desvinculación de las emociones para poder hacer lo que hay que hacer. Ese era uno de los motivos por los que su arranque ante la periodista, en relación con Cameron, le había sorprendido más que a nadie –él rara vez perdía el control, incluso en situaciones de presión extrema. Sin embargo, ella tenía la irritante capacidad de colársele bajo la piel.

E “irritante” parecía ser el lema de la semana. Últimamente, Jack no lograba dar dos pasos sin tropezarse con alguien que no tuviera nada mejor que hacer que fastidiarlo. Su viaje con Wilkins había consistido en una frustración tras otra.

Habían volado a Nueva York el día anterior para hacer un seguimiento de la lista de personas que podrían guardarle resentimiento a Hodges, una lista basada principalmente en su reciente nombramiento de presidente de la Comisión del Senado sobre Banca, Vivienda y Asuntos Urbanos. Hodges era un defensor acérrimo de una mayor regulación y supervisión de las instituciones financieras –sobretudo de los bancos de inversión de Wall Street y los fondos de cobertura. Su primera iniciativa como presidente había sido iniciar

una serie de auditorías en el Senado, sobre las prácticas comerciales indebidas y el colapso del mercado de valores, un acto que lo había hecho muy impopular entre los directores ejecutivos de Wall Street.

Jack no había creído posible encontrar un grupo más difícil de manejar que el de los abogados que representaba a Hodges. Pero ese viaje a Nueva York le había demostrado que se equivocaba. Aunque, finalmente, Wilkins y él habían conseguido reunirse con la mayoría de los consejeros delegados de los fondos de cobertura y los bancos de inversión de la lista, no había resultado nada fácil conseguirlo. La mayoría había terminado cediendo ante la persistencia a Jack, otros a causa del encanto de Wilkins. Sin embargo, unos cuantos se habían negado de pleno a hablar con nadie del FBI. Considerándolo todo, habían resultado ser un par de larguísimos días.

Mientras Wilkins y él se encontraban en Nueva York, había hecho que uno de los especialistas de la oficina montase un dossier de fotografías de toda la gente a la que habían interrogado la semana anterior. El plan original, antes de que su vuelo se retrasara, había consistido en acercarse a la oficina a recogerlo y luego dejarse caer por casa de Cameron para enseñarle las fotografías. Jack esperaba que pudiera reconocer a alguien a quien hubiera visto aquella noche, antes de que ocurriese el asesinato –tal vez a alguien que había visto en el vestíbulo, o incluso mejor, en la tercera planta.

–¿Qué dices tú? –preguntó Wilkins mientras recorrían la terminal del United, camino del parking de larga duración donde habían dejado el coche la mañana anterior. Consultó su reloj–. Son las siete y cuarto.

¿Crees que es demasiado tarde para pasarnos por casa de Cameron? Le dije que nos acercaríamos hace horas y me comentó que esta noche tenía planes –puede que ni siquiera esté en casa.

Jack se volvió.

–¿Qué clase de planes?

Wilkins se encogió de hombros.

–No me lo dijo. ¿Por qué?

–Por nada. Solo preguntaba –Jack sacó su móvil y llamó a Kamin. Tras el desastre del miércoles, se había hecho tanto con su número como con el de Phelps para poder localizarlos en cualquier momento.

Cuando Kamin contestó, le confirmó que Cameron todavía se encontraba en casa.

–Y debería seguir aquí un buen rato –han aparecido unas cuantas amigas con pinta de ir a quedarse –dijo.

Jack le dio las gracias y colgó antes de que el policía tuviera ocasión de comentar lo que había estado a punto de ver el miércoles por la noche. Las palabras “a punto” eran claves para Jack –si hubiese besado a Cameron de verdad, habría tenido que asumirlo, aunque solo fuera para si mismo. Pero como había sido solo un casi beso, podía seguir fingiendo que no había ocurrido nada.

Que era justo lo que pensaba hacer.

–¿Por qué no llamas a Cameron y le preguntas si le importa que nos pasemos por allí? –inquirió Wilkins.

–Porque dirá que no le va bien y no puedo dejarlo para mañana –repuso Jack. Iba a ser su primer día libre desde su regreso a Chicago y había hecho planes para llevar a sus sobrinos al acuario Shedd–. Y el lunes volverá a la oficina y preferiría no hablar con ella allí.

Supuestamente, nadie debería saber que trabaja con nosotros en este caso.

–Puedes limitarte a admitirlo, si quieres verla, Jack.

–Claro que quiero verla –para que les eche un vistazo a esas fotografías.

Wilkins le palmeó el hombro.

–Sigue manteniendo esa historia, colega.

A veces, ser un terco hijo de puta podía volverse contra uno.

Aquella fue una de esas veces.

Jack permaneció en el exterior de la casa de Cameron observando la escena. Por lo que podía ver a través de las ventanas, había al menos quince o veinte mujeres en el interior.

–Creía que habías dicho unas cuantas amigas –le dijo a Kamin.

Kamin, Phelps, Wilkins y Jack estaban de pie, en fila, junto al coche sin indentificativos, observando desde la calle, cuando otra mujer de veintitantos/treinta y pocos, vestida con vaqueros y tacones, y portando una bolsa de regalo rosa, subió los escalones de entrada a casa de Cameron y llamó al timbre. Una rubia delgada, vestida a la moda, abrió la puerta. Hubo una oleada de fuertes chillidos y abrazos, luego la puerta se cerró y todo volvió a quedar en calma.

Kamin se encogió de hombros.

–En ese momento, solo eran unas cuantas amigas.

–¿No te pareció importante mencionarme por teléfono que iba a celebrar una despedida de soltera esta noche?

–No me di cuenta de que pensabais pasaros por aquí, agente Pallas.

Jack se calló, comprendiendo que se había metido él solo en aquel lío.

–¿Para qué creéis que son las bolsas rosas? –preguntó Wilkins, en tono de enorme curiosidad.

Junto a él, Phelps tenía la misma expresión de anhelo, con los ojos abiertos como platos.

–Es un juego. Cada chica compra un juego de ropa interior, algo que normalmente se pondría. La novia tiene que adivinar quién ha comprado cada uno. Si falla, tiene que beber un trago. Si lo acierta, beben las demás.

–Cameron tenía miedo de que Amy pensara que el juego era vulgar pero las primas insistieron, ¿sabes? –dijo Kamin.

Jack se volvió.

–Estáis muy bien informados.

Phelps sonrió.

–Cuando una chica como Cameron habla de ropa interior, la escuchas.

–¿Y qué hay de ti, Jack? ¿Podrías hacerlo? –preguntó Wilkins.

–¿Hacer, qué?

–Veinte juegos de ropa interior. ¿Crees que serías capaz de adivinar cuál pertenece a Cameron?

Jack había sido interrogado a punta de cuchillo, a punta de pistola y a bastante más puntas de las que podría imaginarse pero que lo mataran si una pregunta lo había hecho sentir antes tan incómodo como esa.

Porque ahora estaba pensando en su ropa interior.

–No veo por qué tendría que tener la menor idea al respecto –respondió con aspereza–.

¿Crees que podrías adivinarlo tú?

–No pero yo no intenté besarla hace tres noches –dijo Wilkins.

Jack desvió la mirada hacia Kamin y Phelps.

–Sois un par de cotillas, ¿no? –luego le hizo una seña a Wilkins–.

Deberíamos marcharnos.

Wilkins sacudió la cabeza.

–De eso nada. Vinimos a enseñarle esas fotografías a Cameron y eso es lo que vamos a hacer.

Jack señaló la casa.

–No puedes estar pensando en serio en acercarte ahí.

Los ojos de Wilkins brillaron de excitación.

–Oh, claro que voy a hacerlo. Y tú también, compañero.

–¿Y tú pensabas que registrar un bolso era sacrosanto? Infiltrarse en una despedida de soltera es bastante peor.

Wilkins se frotó las manos con entusiasmo.

–Lo sé. Y nunca volveré a tener una excusa como esta.

–Eres agente del FBI, Sam –le recordó Jack.

–También soy un hombre soltero, Jack. Y dentro de esa casa hay veinte mujeres preciosas, bebiendo y enseñando ropa interior. Es pan comido –se apartó del coche y se encaminó hacia la casa.

–Es muy fácil para ti decirlo, poli bueno. Soy yo el que va a pagar por esto –protestó Jack mientras lo seguía.

Wilkins sonrió.

–Lo sé. Eso es lo que lo hace perfecto.

Cameron se detuvo frente al frigorífico, tratando de encontrar un hueco donde poner las bandejas con los restos de queso, fruta y trufas. Jolene, la prima de Amy, apareció en la

puerta.

–¿Y cuándo va a llegar el stripper?

Cameron sacudió la cabeza.

–Ya te lo he dicho –nada de stripper –dijo en voz baja. Si Amy llegaba a oír la palabra “stripper” esa noche se liaría una buena. Como dama de honor, le había sido proporcionada una lista de actividades y eventos aceptables para la despedida de soltera, y los hombres desnudos no entraban claramente en ella.

Como era de esperar, la otra prima de Amy, Melanie, asomó la cabeza por la puerta de la nevera. Venían en pareja –como los sujetos libros–cuando veías a una, la otra no podía tardar en aparecer.

–Pensábamos que lo habías dicho, solo para que Amy no sospechara nada –dijo Melanie.

Cameron había notado que las primas tenían una extraña, pasivo–agresiva costumbre de usar el plural cuando expresaban desagrado por algo.

–Sí, dimos por sentado que todo era una enorme charada para sorprender a todo el mundo –añadió Jolene.

–Si era cuestión de dinero, habríamos estado encantadas de pagarlo –le soltó Melanie.

Cameron tuvo que morderse la lengua. Oh, para los hombres desnudos sí estaban dispuestas a perder su tiempo y su dinero, algo que no habían hecho hasta el momento. Pero forzó una sonrisa, en aras de la camaradería entre damas de honor.

–No es una cuestión de dinero. Le prometí a Amy que no habría strippers, lo siento –a cambio, le había impuesto a Amy una cláusula de no–desnudez similar, si algún día se comprometía. Algo que no parecía demasiado probable en los últimos tiempos, teniendo en cuenta que (a) no tenía novio, y (b) tampoco tenía perspectivas. Sin lugar a dudas, estaba pasando por alguna especie de mala racha, primero con Max, y luego con ese extraño casi–beso con Jack en la puerta de su casa.

Estrés post–traumático, había decidido. Definitivamente. Después de todo, había sido testigo de un asesinato –en esas circunstancias, prácticamente era de esperar un comportamiento extravagante y errático.

Amy entró en la cocina.

–Hay alguien en la puerta, Cameron. Un hombre.

Los ojos de las primas se iluminaron mientras intercambiaban una ávida mirada: el hombre desnudo acababa de llegar.

Amy señaló a Cameron con gesto acusador.

–Lo prometiste. Si es lo que creo que es, date por avisada: lo pagarás diez veces cuando llegue tu turno.

Cameron sonrió mientras pasaba junto a Amy, camino de la puerta.

–Relájate. Probablemente sea el conductor de la limusina para avisarnos de que ya está aquí –Amy la siguió fuera de la cocina. Luego hizo un brusco giro y se lanzó hacia las escaleras–. En serio, Ame –No es un stripper –se rió Cameron.

–Solo voy a retocarme el maquillaje –gritó Amy, taconeando hasta perderse de vista.

Cameron echó un vistazo por la mirilla. Sorprendentemente, no era el conductor de la limusina.

Abrió la puerta.

–Agente Wilkins –salió al exterior y cerró parcialmente la puerta, concediéndose un poco de privacidad–. ¿Va todo bien?

Wilkins sonrió.

–Parece que has montado alguna especie de fiesta. ¿Se trata de una ocasión especial?

–La despedida de soltera de mi amiga Amy.

–¿Despedida de soltera, dices? Wow, ojalá lo hubiésemos sabido.

–¿Hubiésemos? –preguntó Cameron.

–Jack está merodeando por ahí. Dijo algo sobre comprobar la seguridad del perímetro exterior. Son las palabras clave del FBI para desaparecer. En cualquier caso, hemos venido a enseñarte esas fotografías que te comentamos –se desplazó a un lado, tratando de echar un vistazo hacia el interior.

–Creía que habíamos quedado esta tarde.

–Los malditos retrasos en los vuelos. No pasa nada, ya veo que estás ocupada. Podemos volver en algún otro momento –Wilkins la obsequió con lo que indudablemente era una de las mejores sonrisas de poli bueno que había visto.

Cameron asintió mostrando su aprobación.

–No está mal. Y esta vez ni siquiera tienes que traerme café. ¿Podemos arreglarlo en veinte minutos?

–En quince –le prometió Wilkins.

Cameron le hizo una seña para que entrase.

–Diré que estás aquí para hablar sobre uno de mis casos. Obviamente, no les he contado a las chicas nada sobre esto.

Aparte de a Amy que, al igual de Collin, sabía que se encontraba bajo vigilancia como medida de precaución.

A su espalda, la puerta se abrió repentinamente. Jolene y Melanie aparecieron en el umbral.

–¿Qué no nos has contado? –exigió saber Jolene. Luego señaló a Wilkins y sonrió–. ¡Lo sabía! Cameron, eres la mejor. Sabíamos que no nos decepcionarías –con ojo crítico, examinó a Wilkins de la cabeza a los pies–. Hmm. Eres un poco delgado. Será mejor que hagas un completo–frontal.

–¿Perdona?

–Creen que eres un stripper –le explicó Cameron.

Wilkins pareció halagado.

–Oh –lo siento, señora. Solo soy un agente del FBI.

Melanie le hizo un guiño.

–Claro que sí.

–¿No deberías llevar algún tipo de uniforme? –preguntó Jolene–. Hace que resulte más auténtico.

–Pero soy agente especial. Solo los cadetes llevan uniforme.

Jolene cruzó una mirada con Melanie.

–Este es nuevo.

Cameron estaba a punto de sugerirle a Wilkins que les enseñara la placa a las primas, cuando Jack apareció en las escaleras y se aproximó a la puerta.

–Lo siento, llegamos tarde –dijo con un brusco asentimiento.

Las primas se quedaron boquiabiertas al echarle el primer vistazo a Jack. Llevaba vaqueros, una americana negra y camisa sin corbata.

Objetivamente, Cameron supo lo que estaban viendo: alto, moreno y demás; su apuesto rostro, bla, bla, bla; su cuerpo delgado y sexy, hecho a medida para todo tipo de pecado –¿a quién le importaba? Desde luego, ella no estaba prestándoles la menor atención a esas cosas.

Jolene alargó una mano y agarró a Cameron por la manga. Luego tiró de ella para aproximarla.

–Mierda puta –¿cuánto te ha costado ese? –susurró.

Cameron se detuvo.

–¿Sabes? La agencia no me lo dijo. Probablemente, alguien debería preguntarle cuánto cobra por un frontal–completo.

Jolene y Melanie se miraron la una a la otra.

–Nos encargaremos de ello.

Cameron sonrió para sí misma mientras las primas se acercaban a Jack.

Catorce

–La tarifa es negociable.

Cameron se dio la vuelta, ante el armario en el que había estado buscando, y vio a Jack de pie en el umbral.

Le llevó un segundo, luego sonrió.

–Lo siento.

Se arregló el suéter, una prenda negra atada a la cintura, con un delgado y profundo escote en V. El cuello se le había deslizado sobre un hombro, mientras buscaba los vasos, revelando la camisola que llevaba debajo.

Jack no dijo nada mientras se recolocaba el suéter. Señaló el estante en el que había estado buscando.

–¿Necesitas ayuda? –se acercó y dejó el dossier que llevaba sobre la encimera, junto al armario.

–Um... Claro. Necesitamos más vasos. Y, por lo visto, tengo que empezar a ponerme tacones de doce centímetros –señaló–. Los de la derecha. No me había dado cuenta de que había tanta gente bebiendo vino blanco.

–¿Cuántos necesitas?

–Por ahora dos.

Jack apenas tuvo que alzar el brazo para alcanzar los vasos del estante y tendérselos.

Cameron los cogió, sorprendida de que hubiesen conseguido mantener una conversación momentáneamente normal. Esperando que él no fuese a hacer ningún comentario sobre la otra noche, se volvió y dejó los vasos en la isla central.

–Entonces, ¿Wilkins y tú frecuentáis a menudo despedidas de soltera? –preguntó mientras servía vino en los dos vasos. Puede que si actuaba con naturalidad, él también lo hiciera y entonces podrían olvidarse de aquel extraño encuentro ante la puerta.

Jack se apoyó contra la encimera.

–Para que conste, ha sido idea de Wilkins entrar.

–¿Dónde está, por cierto? –preguntó Cameron.

–En el salón, dejándose acosar por dieciocho mujeres que creen que es un stripper. Pensé que sería preferible refugiarme aquí.

–¿Qué pasa con eso de no dejar solo a un compañero?

–Si empieza a gritar, iniciaré un fuego de cobertura y lo sacaré de ahí –Jack le tendió el dossier–. ¿Preparada? No quiero alejarte mucho tiempo de tu fiesta.

Cameron asintió y se sentó en la encimera. Jack comenzó a extender fotografías sobre el granito, frente a ella. Colocó las dos primeras fotos y luego se detuvo para echarle un vistazo.

–¿Qué? –preguntó Cameron.

–¿Cuánto has bebido esta noche? –inquirió con suspicacia.

–No lo suficiente para que te preocupe.

Qué agradable. Había vuelto la hosquedad. Casi había llegado a echarla de menos.

–¿Cuánto? –repitió Jack.

–Solo un vaso de vino –dijo–. No tenía previsto hacer un reconocimiento fotográfico en la cocina, esta noche.

–¿Qué hay de los tragos? –preguntó Jack.

–¿Qué tragos?

–Ya sabes, los del juego de la ropa interior –Jack se removió inquieto, como si hubiese hablado demasiado.

Cameron alzó una ceja.

–¿Qué sabes tú sobre el juego de la ropa interior, agente Pallas? –le preguntó, en un simulacro de interrogatorio.

Jack resopló.

–Más de lo que me gustaría. Y ahora –las fotografías –Colocó tres más ante ella, deteniéndose de nuevo–. ¿Qué pasa con la ropa interior después del juego?

–La novia se la queda para la luna de miel.

–Oh –Jack continuó con las fotografías, unas quince en total–. Tómame tu tiempo y míralas cuidadosamente. Tal vez reconozcas a alguien que viste en un ascensor. O con quien te cruzaste en el vestíbulo o en el pasillo. Si pudiésemos ubicar a algunos de estos tipos en el hotel, la noche del asesinato, sería un gran avance en el caso.

–¿Entiendo que toda esta gente niega haber estado en el Península la noche en cuestión?

–A la hora del crimen, sí –Jack señaló dos de las fotografías–. Estos dos hombres son miembros del personal de Hodges: Alex Driscoll es su jefe de personal, y Grant Lombard su guardaespaldas. Ambos dicen que acudieron al hotel temprano, a la mañana siguiente. Según sus declaraciones, Hodges los llamó cuando acabé de interrogarlo.

Cameron se fijó primero en las fotografías de Driscoll y Lombard, y luego observó las demás, una por una. Cuando acabó, depositó la pila sobre la encimera.

–Lo siento. Nadie me resulta familiar.

–Durante esta semana, ¿has recordado algo más sobre el hombre que viste aquella noche?

Cameron meditó un momento –había algo justo ahí, en el borde de la memoria... Pero, fuera lo que fuese, no estaba a su alcance.

–No logro recordar nada más. Todo pasó muy deprisa.

Jack se pasó una mano por el pelo y cerró brevemente los ojos. El gesto, lo hizo parecer repentinamente... tan normal...

–Pareces cansado –le dijo.

Él abrió los ojos con una expresión más suave de lo habitual.

–He tenido un par de días muy largos.

–Aquí estás –Amy irrumpió en la cocina–. Cameron –¿qué es eso de un juego de ropa interior? No recuerdo que estuviera en la lista de actividades permitidas.

–Habla con tus primas –fue idea suya.

–Como dama de honor, es tu deber jurado hacerte cargo de este tipo de cosas.

Cameron se rió.

–¿Mi deber jurado? Te das cuenta de lo excéntrica que resultas con todo esto, ¿verdad?

–Oh, estoy totalmente ida en estos momentos –Jack captó la atención de Amy–. Agente

Pallas... que agradable conocerte en persona. Te he reconocido de las noticias, por supuesto. Eh... ¿cómo era? Ah, sí –le dijiste a medio mundo que mi amiga tenía la cabeza en el culo.

Jack se volvió hacia Cameron.

–¿Los tienes alineados, a la espera de gritarme, si me cruzo en su camino?

–No pero es una idea estupenda para la próxima vez –Cameron se lo explicó a Amy–. Conoció a Collin el domingo pasado.

–Oh –¿y quién hace mejor de amigo furioso, Collin o yo?

–El principio es bueno pero los dos os desinfláis al final.

–Mierda.

Cameron estuvo bastante segura de ver a Jack tratando de no sonreír, por el rabillo del ojo.

–Probablemente debería ir a por Wilkins –dijo–. Nunca lo sacaré de aquí, si se entera de que el juego de la ropa interior está a punto de empezar. Cameron –gracias por tu tiempo. Conozco la salida.

Amy esperó hasta que él salió de la cocina.

–Casi no podía apartar los ojos de tu camisola.

Cameron bajó la mirada y vio que el suéter se le había deslizado por el hombro de nuevo. La estúpida cosa había perdido la forma, después de que tratara de lavarla a mano en lugar de llevarla a la tintorería.

Le dio un tirón.

–Yo no lo he visto mirarme ni una sola vez.

–Miraba cuando estabas hablando conmigo –dijo Amy–. Por cierto, el agente Wilkins ha sugerido que Jack y él nos acompañasen al bar en vez de esos tipos de ahí afuera.

Cameron señaló con firmeza.

–No.

–Demasiado tarde. Ya le he dicho que sí.

–¿Y por qué diablos has hecho eso?

–Porque siento curiosidad por ver en qué acaba la noche. Estaba en la escalera cuando Jack apareció y vi cómo lo mirabas, Cam.

Cameron alzó las manos con frustración.

–¿Cómo es esa famosa “mirada”? –fuera como fuera, iba a tener que empezar a tomar precauciones extremas para protegerse de ella.

Amy sonrió.

–¿Te acuerda de los dibujos de Tom y Jerry, cuando Tom llevaba días sin comer e imaginaba a Jerry con aspecto de jamón? Algo así.

–Rotundamente no.

Jack se encontraba frente a la puerta principal de Cameron, discutiendo con Wilkins. Compañeros o no, iba a tener que trazar una línea en alguna parte. No más despedidas de soltera, no más juegos relacionados con ropa interior, no más Cameron con aquel suéter negro, la camisola de seda gris y esa falda de tubo que mostraba demasiados centímetros de sus estupendas piernas. O se libraba de todo eso, o iba a empezar a perder de vista los motivos por los que ella no le gustaba.

–Demasiado tarde. Ya les he dicho a Kamin y Phelps que cubriremos a Cameron durante el próximo par de horas –dijo Wilkins.

Jack echó un vistazo. El coche aún estaba aparcado en la calle.

–Todavía no se han ido. Les diré que volvemos al plan original.

–¿Has estado alguna vez en el Manor House, Jack?

Él se burló de la pregunta.

–Nuestro trabajo aquí no es pasarnos por bares calientes.

–Lo tomaré como un no –dijo Wilkins–. Yo he estado. Abrieron hace solo un par de meses. Es grande –tres plantas. Originariamente, una mansión construida a principios de siglo. Ya sabes cómo son esas casas.

Montones de habitaciones y pasillos. Y de rincones oscuros, sobretodo porque el club mantiene las luces bajas para crear ambiente. Toneladas de sitios donde alguien podría esconderse. El club estará a tope y la música alta. Sería muy fácil que alguien se viera en problemas, sobretodo si lo están buscando –la expresión de Wilkins era seria–.

Cameron también es mi testigo. Kamin y Phelps son buenos tipos pero esta es la clase de trabajo que prefiero hacer personalmente. Si no te importa.

Jack permaneció en silencio, concediéndose unos segundos para asimilar la dosis de humildad que acababan de servirle.

–Me has pillado con la guardia baja, ¿verdad? –Wilkins sonrió, volviendo a ser Wilkins–. No le des demasiada importancia.

Sorprendentemente, incluso yo puedo equivocarme, una vez por década o así.

Esa noche, a la diez en punto, Grant esperaba en el coche, en la localización que le había proporcionado el señor Black. La dirección había resultado corresponder a un almacén abandonado en el lado oeste de la ciudad. Le llevó cinco minutos darse cuenta de que el almacén era el mismo que había salido tres años antes en la noticias –se trataba del legendario lugar donde había tenido lugar el tiroteo entre Jack Pallas y los hombres de Martino. Si el rumor era cierto, también se trataba del lugar donde Pallas había sido torturado durante dos días antes de que lograra escapar.

El nerviosismo de Grant aumentó. Podía ser que se tratara de una trampa. Finalmente, descartó la idea, diciéndose que era más probable que el señor Black hubiese escogido esa localización como recordatorio de lo que les ocurría a los que traicionaban a Martino. Y no es que el tuviese intención de hacerlo.

Había asesinado a una mujer.

Grant no se sentía especialmente preocupado por eso, en todo caso molesto por el inconveniente que significaba tener que limpiar el desastre que había dejado tras él. Había cruzado una línea –en su trabajo trataba con muchos personajes desagradables pero hacer negocios con hombres como Martino era algo totalmente distinto. Por desgracia, era un mal necesario, dado que el FBI estaba involucrado en la investigación del asesinato. Se había sentido seguro de poder manejar la situación cuando solo estaba involucrado el departamento de policía de Chicago. Pero le preocupaban Jack Pallas y quien quiera que fuese ese agente nuevo del FBI.

Y no le gustaba tener que preocuparse por esas cosas.

Grant oyó el crujido de grava y vio un Mercedes negro detenerse frente al almacén. Salió de su coche y se acercó.

La puerta del Mercedes se abrió y el conductor salió. Grant sonrió.

Martino tenía amigos realmente importantes.

–Señor fiscal de los EEUU. Qué irónico encontrarnos en estas circunstancias.

Silas Briggs miró a su alrededor, con gesto molesto y nervioso.

Martino debía mantener la correa tensa.

–No es mi manera habitual de hacer las cosas, Lombard –dijo.

Grant se apoyó casualmente en el Mercedes.

–También es mi primera vez. Pero el Senador necesita ayuda y el señor Black me dijo que usted podría ser útil.

–¿Qué necesita el Senador?

–Información. El FBI está ocultando algo y necesitamos saber qué es.

Silas se rió desdeñosamente.

–Así que, Hodges mató de verdad a esa chica, ¿eh? Vaya, no pensaba que hubiese sido él. Y a usted le han encargado las labores de limpieza, ¿no?

–Algo así.

Silas observó cautelosamente a Grant.

–Hmm... O tal vez no fue el Senador, después de todo. Puede que sea una cagada suya y necesite limpiarla.

Grant se aproximó un paso hacia él.

–Puede que no deba hacer tantas preguntas. Puede que deba limitarse a hablarme sobre la investigación del asesinato de Robards.

Silas dio un buen espectáculo intentado no parecer nervioso pero Grant pudo verlo en sus ojos. No tenía pelotas. Era una vergüenza para su oficina.

Dudaba que a Martino le hubiese costado mucho sobornarlo.

–Esa investigación se mantiene en la confidencialidad –dijo Silas.

–Me alegro de saberlo. Y ahora corte el rollo y dígame qué sabe Jack Pallas.

Grant vio las gotas de sudor que se habían formado en la frente de Silas.

–Se lo he dicho. Es confidencial. Ni siquiera yo estoy al tanto.

–¿Por qué no puedo creérmelo? –preguntó Grant–. Odiaría tener que filtrarle a la prensa de Chicago que un fiscal de los EEUU ha estado aceptando sobornos de uno de los señores del crimen más importantes del país.

Más sudor. Se estaba empezando a formar un reguero en la línea de crecimiento del pelo de Silas.

Grant ladeó la cabeza. Aquello se estaba poniendo interesante.

–¿Por qué tienen dudas?

Silas se aclaró la garganta.

–Hay un testigo.

El instinto de supervivencia de Grant entró automáticamente en acción y sintió regresar la fría llama azul de la ira.

Un testigo.

Agarró a Silas por el cuello de la camisa y se sintió satisfecho al observar la expresión de sorpresa y temor de su semblante.

–¿Qué sabe ese testigo? –estuvo a punto de escupirle en la cara.

–No lo sé. De verdad –Pallas la está protegiendo. Es todo lo que sé, lo juro.

Ella. Era una mujer. Otra jodida mujer.

Grant apretó los dedos entorno al cuello de la camisa de Silas.

–Su nombre.

Cuando Silas se quedó paralizado, Grant le dio una buena sacudida.

–Contéstame.

Silas tragó.

–Cameron Lynde.

Quince

En cuanto llegaron al Manor House, gracias a la reserva que Cameron había hecho con varias semanas de antelación (y posiblemente, gracias también a la aparición de la infalible placa del FBI de Jack), el grupo entero fue arrastrado al interior y escoltado rápidamente hasta la sala VIP.

Jack caminó junto a Cameron a lo largo del pasillo iluminado por candelabros, reconociendo el entorno.

–Un sitio interesante –dijo.

Sin duda lo era. Manor House (casa solariega, mansión) se adaptaba fielmente a su nombre. El club tenía varias habitaciones en cada una de sus tres plantas y todas ellas guardaban el estilo principios-de-siglo de la mansión. Había una biblioteca, un estudio e incluso una sala de billar. Era algo así como el Cluedo, le había dicho a Collin de broma, tras dejarse caer por allí mientras preparaba la despedida de soltera.

Como sabía por la visita que había efectuado al hacer la reserva, la sala VIP –la “suite principal”– estaba arriba. El grupo subió las amplias escaleras de roble, con Wilkins a la cabeza y Jack y Cameron en la retaguardia.

Cuando por fin llegaron y entraron en la sala VIP vio un destello de diversión en los ojos de Jack.

–Muy interesante –fijó la mirada sobre la cama de madera gigante con dosel –sí, una cama– que había en un rincón de la sala.

Cameron observó a Amy y las otras chicas acercarse e instalarse en la cama y comenzar la seria labor de encargar bebidas.

Las primas gritaron pidiendo una Batería de Pezones para todas.

–Le doy un año al local antes de que deje de ser novedad –le dijo a Jack.

Amy se acercó y extendió la mano.

–Mira lo que acaba de darme Jolene –mostró un collar de cuentas con pequeños penes de plástico y paquetes de condones grabados.

–Oh, mira –es lo que siempre has deseado. Un collar de penes. Tal vez podría ser el “algo nuevo” que necesitas para la boda –sugirió Cameron.

–Deshazte de él –dijo Amy–. Y asegúrate de que no hay más.

–Ahora mismo –Jack y Cameron la observaron mientras regresaba a toda prisa a la cama y exigía que las demás chicas abrieran sus bolsos para inspeccionarlos.

–Parece un poco... inestable con todo esto –dijo Jack.

Cameron metió en collar de penes en el bolso.

–Es una fase. Que afortunadamente, pasará en cosa de una semana, después de la boda. En realidad, es una chica muy dulce –no es que tuviese intención de comentarlo en ese instante pero, tras la muerte de su padre, Amy había sido un ángel. Al ser hija única, puesto que sus padres se habían divorciado hacía años, toda la responsabilidad de los preparativos del funeral de su padre había recaído sobre Cameron.

Es su estado emocional, se había visto abrumada por la tarea, por decirlo suavemente. Sin decir palabra, Amy había aparecido ante su puerta con una maleta, se había trasladado dos semanas y se había encargado de todo lo que Cameron no se sentía capaz de manejar. A cambio, Cameron estaba más que dispuesta a hacerle frente a ese episodio de noviazilla.

Wilkins se les acercó, con lo que Cameron supuso que era una soda en la mano.

–No entré en la sala VIP la última vez que estuve aquí –miró a la camarera que pasaba junto a ellos con una botella de vodka iluminada por bengalas–. Nadie me dijo que tenían camareras vestidas de época –con esas cosas brillantes.

Cameron ladeó la cabeza, haciéndole una concesión a Jack.

–Puede que sean dos años, antes de que deje de ser novedad.

–Esto es lo que yo llamo una asignación.

Jack le pidió al camarero otra soda por señas.

–Disfruta mientras puedas –le dijo a Wilkins–. Porque no todas son así.

–¿En serio? ¿Entonces esto es mejor que Nebraska? –bromeó Wilkins.

Jack le echó un vistazo a Cameron, que estaba sentada en la cama, al otro extremo de la sala. Se reía con Amy y otras dos chicas mientras contaba una historia. Al gesticular, el cuello del ceñido suéter se deslizó, exponiendo una vez más su hombro y el fino tirante de la camisola. La observó mientras se inclinaba hacia delante, para poner una mano sobre el brazo de Amy, y la camisola se abría, ofreciendo un atisbo de lo que parecía un sujetador negro de encaje.

–Supongo que no está mal –se encontró murmurando. Al volverse, captó la expresión de su compañero–. No lo digas.

–¿Decir, qué? –preguntó inocentemente Wilkins–. Oh... ¿quieres decir que no debería comentar que no le has quitado los ojos de encima desde que hemos llegado? ¿Era eso lo que se suponía que no debía decir?

–Es mi trabajo –nuestro trabajo– vigilarla.

Wilkins asintió.

–Por supuesto.

Jack refunfuñó en voz baja. Por lo menos, en Nebraska uno podía echarle un vistazo o dos a una mujer –por motivos profesionales– en paz.

Echó otro furtivo vistazo, por motivos de seguridad, y vio deslizarse el suéter otra vez por la clavícula de Cameron, avanzando poco a poco, burlándose de él, provocándolo, descendiendo más y más hasta revelar una piel cremosa de color marfil y un delicado tirante de seda gris, claramente diseñado para apartar con los dientes.

Un hombro. Estaba volviéndose loco por culpa de un jodido hombro.

Maldijo y se volvió de nuevo hacia Wilkins.

–¿Qué pasa con ese suéter, por cierto? ¿Hay algún motivo por el que no pueda permanecer vestida? ¿Compró una talla equivocada? En serio, alguien tendría que echarle un abrigo por encima a esa mujer –se apartó de la barra–. Voy a dar una vuelta por la sala. Para asegurarme de que todo sigue seguro.

Amy se acercó para susurrarle a Cameron al oído.

–Vale, ahora está paseándose arriba y abajo.

–No es necesario que me pases el informe –susurró Cameron a su vez–.

Si quisiera saber lo qué está haciendo, miraría yo misma.

Por supuesto, fue exactamente lo que hizo. Echó un rápido vistazo por la sala y vio que Jack caminaba entorno a la barra. Entonces, se dio la vuelta. Cuando la vio mirándolo, comenzó a cruzar la sala hacia ella como una pantera acechando a su presa. Dada la intensa expresión de sus ojos –fuera lo que fuera lo que iba a decirle– era un hombre con una misión.

Junto a ella, Amy abrió los ojos como platos, hipnotizada por la estampa de Jack acercándose con su más gloriosa expresión de fastidio.

–He cambiado de idea, Cam. Si todo ha sido una enorme pantomima y ha venido a desnudarse para mí, creo que podré soportarlo.

Definitivamente, podré soportarlo.

Al escuchar a Amy, el resto de chicas se callaron. Siguiendo su mirada, se giraron para ver a Jack aproximarse. Él se detuvo frente a la cama repleta de mujeres, como un harén sin sultán, y miró a Cameron.

–Tengo que hablar contigo.

–De acuerdo. Habla.

–A solas.

Cameron no estaba dispuesta a recibir órdenes de Jack pero no quiso arriesgarse a montar una escena, en el caso de que él quisiera tratar algún asunto relacionado con la seguridad. Con una despreocupada mirada, se deslizó de la cama. Oops, había vuelto a enseñar las piernas –curioso lo a menudo que parecía ocurrir cuando él andaba cerca. Luego, lo siguió al exterior de la sala VIP.

Jack la cogió del brazo y la guió por el pasillo hasta un corredor apenas iluminado.

–No vas a matarme, ¿verdad? –le preguntó. Viendo su expresión, solo era una broma a medias.

–Hoy no.

Jack la soltó y comenzó a pasearse por el corredor, ante ella. Cameron no tenía ni idea de qué podía ser lo que lo preocupaba tanto pero aprovechó para observarlo más de cerca y se sintió orgullosa de poder decir que no le recordaba a un jamón.

Más bien a un pastel de chocolate fundido. Un postre tan pecaminoso, delicioso y caliente, que una deseaba lamer hasta la última miga, directamente del plato. Sí, eso encajaba mejor con Jack Pallas.

Cameron se obligó a centrarse.

–¿Se supone que tengo que adivinarlo o vas a decirme de qué va todo esto?

–Creo que lo sabes.

Oh, mierda. Iba a sacar a relucir Eso Que Nunca Había Pasado ante su puerta.

–¿La investigación? –preguntó tentativamente.

Él le lanzó una oscura mirada que le recordó que Jack Pallas no era un hombre con el que se podía jugar.

Cameron se apoyó en la pared, decidiendo que iba a necesitar ponerse cómoda. Jack detuvo su paseo y la recorrió con la mirada.

–Vamos a acabar esa conversación que empezamos la otra noche –cruzó el pasillo y apoyó una mano sobre la pared, junto a ella–. Dijiste que vi lo que quise ver esa mañana en el despacho de Davis. Explícamelo.

Cameron alzó la cabeza para mirarlo desafiante. Ja –como si pudiera intimidarla para que hablase. Bueno, probablemente podía; probablemente pudiese hacer hablar a cualquiera. Pero era decididamente inmune a su atractivo sexual –wow, olía de maravilla.

¿Su champú, tal vez? No podía ser el aftershave, con ese aspecto suyo acabo–de–salir–de–la–cama.

Decididamente inmune.

–¿Ya estamos ahí otra vez? –preguntó Cameron, fingiendo desinterés.

Jack apoyó una segunda mano en la pared, a su otro lado, atrapándola.

Cameron estudió su situación. Ingenio, no me falles ahora.

–Creo que esto podría considerarse una detención ilegal, agente Pallas.

–Probablemente. Y estoy a punto de incurrir en un interrogatorio ilegal –bajó la mirada hacia sus ojos–. Empieza por el principio. Hace tres años. Martino. Me dijiste que la decisión de no presentar cargos fue tuya.

–¿Crees que vamos a tener esa conversación ahora? ¿Aquí?

Cameron señaló lo que los rodeaba.

Lentamente, Jack sonrió. Su voz fue mucho más cálida, como el whisky.

–En realidad, es el lugar perfecto –pero su mirada permaneció impasible–. Empieza a hablar, Cameron. Te vi salir del despacho de Davis esa mañana. ¿Por qué estabas...?

Quedaron sumidos en la oscuridad cuando las luces del club se apagaron de repente.

Cameron sintió que Jack la aferraba por el brazo. Su otra mano le rozó ligeramente el pecho cuando la retiró para buscar la pistola bajo la americana.

Mientras trataba de adaptar la vista a la oscuridad, captó una mezcla de risas y voces procedente de la sala VIP. Pese a ello, el club parecía demasiado silencio. Le llevó un momento darse cuenta de que la música se había detenido.

–¿Se ha ido la luz? –le preguntó a Jack.

–Eso parece –se oyó un ruido de pasos acercándose y el crujido del entarimado. Jack la apartó de la pared–. Quédate detrás de mí –le ordenó. Luego se giró, con el arma preparada.

Una sombra apareció al otro extremo del pasillo.

Jack se movió, empleando su cuerpo para cubrirla.

–Jack –soy yo –dijo Wilkins en la oscuridad–. ¿Estáis bien los dos?

Jack bajó la pistola. Sacó a Cameron del corredor y la condujo hasta donde la luz de la luna se filtraba por las ventanas, permitiendo ver mejor.

–¿Se ha ido la luz en todo el local? –preguntó.

–Hasta donde yo sé –dijo Wilkins. Luego posó la mirada sobre Cameron.

Nunca había visto a Wilkins tan serio. Eso, la alarmó más que ninguna otra cosa.

–¿Creéis que tiene algo que ver conmigo? –preguntó.

Ninguno de los dos hombres le contestó.

–Ve a comprobarlo –le dijo Jack a Wilkins–. Yo me quedaré aquí con ella. Llámame al móvil cuando sepas algo.

Wilkins asintió y se marchó.

Jack deslizó su mano en la de Cameron.

–Mantente junto a mí.

La cabeza le daba vueltas a causa de la rapidez con la que había cambiado todo. Cameron se obligó a mantener la calma.

–Voy a llevarte a un lugar más seguro hasta que logremos controlar el problema –dijo Jack.

Cuando él empezó a guiarla, a punto estuvieron de chocar con Amy, que apareció en el umbral de la sala VIP. Su mirada se posó sobre la pistola de Jack.

–¿Qué está pasando? ¿A dónde la llevas?

–Tenemos que movernos –le dijo Jack en voz baja a Cameron.

–No pasa nada –trató de tranquilizar ella a Amy–. Quédate con las chicas.

Antes de que pudiera añadir nada más, Jack la cogió del brazo y se la llevó.

Orientándose en la oscuridad, Jack condujo a Cameron a través del laberinto de gente que se amontonaba en el pasillo. Gente que, a diferencia de él, disfrutaba de la emoción provocada por el corte de luz.

Necesitaba un espacio cerrado, preferiblemente con una cerradura en la puerta.

Cuando no hubo suerte en el segundo piso, localizó la escalera trasera y condujo a Cameron arriba. La primera puerta a la derecha estaba cerrada. La abrió e irrumpió en ella.

La habitación era pequeña. Un despacho. Un hombre y una mujer ligera de ropa surgieron de detrás del escritorio.

–¿Qué demonios pasa? –preguntó el hombre, medio enojado, medio asustado.

–¿Quién eres? –exigió Jack.

–El gerente. ¿Y quién coño eres tú?

Jack señaló la puerta.

–Fuera.

–Y una mierda. Es mi despacho.

Jack volvió a señalar la puerta, esta vez con la pistola.

–Fuera.

El gerente se quedó boquiabierto y asintió.

–Ya nos vamos –agarró a la chica y salió a toda prisa.

Jack echó el cerrojo de la puerta tras ellos. Después le soltó la mano a Cameron para revisar la habitación. Un sofá de dos plazas en la pared sur, un archivador de acero y un escritorio

con una silla con ruedas. No había armarios ni otras puertas pero sí una enorme ventana que conducía a la escalera de incendios. Comprobó la ventana y vio que se abría con bastante facilidad. Serviría, en caso de emergencia.

Al advertir la inmovilidad de Cameron, se acercó.

–¿Estás bien?

–Sí –ella empezó a pasear con inquietud por el despacho.

–Mantente alejada de la puerta –le dijo Jack–. Y de la ventana.

Quédate en el centro de la habitación.

–Claro, perdona –Cameron se situó rápidamente junto al escritorio, interponiéndolo entre ella y la puerta. Luego le echó un vistazo a su bolso y lo dejó sobre el escritorio como si quisiese tener las manos libres–. Es probable que solo sea una coincidencia, ¿verdad?

–Te lo diré cuando lo sepa.

A la luz de la luna, Jack la vio morderse el labio con nerviosismo.

Luego adoptó una valerosa expresión y asintió.

–Muy bien.

Jack sintió que algo lo empujaba.

–Pero si te hace sentir mejor, me importa una mierda quién pueda acercarse a esa puerta. No va a llegar hasta ti.

Ella lo miró en la oscuridad, sorprendida. Jack se giró y fue hasta la puerta a escuchar.

Advirtiendo su intención, Cameron guardó silencio. Nada se oyó en la habitación hasta que finalmente su móvil empezó a vibrar, rompiendo la tensión.

Jack se sacó el teléfono del bolsillo, comprobó que era Wilkins y contestó.

–Todo despejado.

–¿Qué has averiguado? –le preguntó sin abandonar su posición junto a la puerta.

–Se ha ido la luz en toda la manzana –dijo Wilkins–. Pedí que me pusieran en contacto con ComEd desde la oficina y me han dicho que se trata de un fallo eléctrico. Están trabajando en ello mientras hablamos.

Jack se acercó a la ventana, miró hacia el exterior y vio que los edificios de los alrededores también estaban a oscuras. Bajó la voz al volver a hablar.

–¿Alguna posibilidad de que sea una trampa?

–No creo, he hablado tanto con el director del distrito como con el capataz. Se trata de una línea subterránea –parece que un equipo nocturno de construcción se ha despistado tratando de arreglar las tuberías del agua de la iglesia que hay al otro lado de la calle y ha cavado demasiado. Solo es una coincidencia, Jack.

Por la ventana, Jack vio el equipo de construcción frente a la iglesia y varios camiones de ComEd. Se volvió hacia Cameron. Estaba mirándolo fijamente mientras escuchaba la conversación.

–Gracias. Te vemos en la sala VIP.

–¿Dónde estáis? –preguntó Wilkins.

–En un despacho del tercer piso. Estaremos de regreso en unos minutos –guardó el móvil y enfundó la pistola–. Todo despejado.

Cameron exhaló el aire.

–De acuerdo. Bien. Definitivamente, esto no estaba en la agenda de la noche –con cierto nerviosismo, se alisó la falda y cogió el bolso–.

¿Entonces vamos a reunirnos con los demás?

–Sí.

Cameron se encaminó hacia la puerta y Jack la siguió. Cogió el pomo, luego se detuvo y lo miró por encima del hombro. El suéter se le deslizó una vez más.

–Gracias por... –se interrumpió–. ¿Qué pasa?

Jack se encontraba tras ella, mirando el maldito tirante gris. De pronto, se encontró preguntándose qué sería más suave, si la seda o su piel. De ser medianamente inteligente, ni siquiera tendría que atreverse a pensar en responder a eso.

De todas formas, alzó la mano.

Cogió el extremo del suéter y, suavemente, se lo subió por el hombro.

Se detuvo al llegar al tirante de la camiseta.

–Esa cosa ha estado volviéndome loco toda la noche –murmuró.

La voz de Cameron sonó un poco temblorosa.

–Yo... creo que lo estropeé la última vez que hice la colada.

El aire comenzó a espesarse entre ellos.

–Deberíamos irnos –dijo Jack finalmente. Tenía que salir de ese despacho antes de acabar haciendo algo que fuera a lamentar. Que los dos fueran a lamentar.

Ella asintió, se giró y corrió el pestillo. Luego cogió el pomo de la puerta y... se detuvo.

Jack esperó a que abriera. Cuando no lo hizo, alargó el brazo, colocando la mano sobre la de ella.

–Cameron, tenemos que salir de aquí –le dijo en tono gutural.

–Lo sé.

Pese a ello, ninguno de los dos se movió. Jack apartó la mano de la de ella y la puso sobre el pestillo.

Sabía que no debía.

Pero lo cerró de todas formas.

Oyó a Cameron inhalar vacilante. Sin pararse a pensarlo por segunda vez, le apartó el largo cabello del hombro, inclinó la cabeza y le besó la clavícula.

Ahí tenía su respuesta. La suavidad de la seda no se aproximaba ni remotamente a la de su piel.

Con un suave gemido, Cameron se desplomó sobre el pecho de Jack. Por un breve instante se preguntó qué estaba haciendo y por qué. Luego sintió los labios de Jack trazando un cálido sendero sobre su cuello y decidió posponer las preguntas por el momento.

Jack le colocó las manos en las caderas y Cameron no supo si la giró, lo hizo ella misma, o fueron los dos pero, repentinamente, se encontró de cara a él. Vio el ardiente brillo de sus ojos y le salió al encuentro mientras la boca de Jack descendía sobre la suya.

Había esperado que su beso fuera duro, furioso casi, pero en lugar de eso resultó ser... malvado.

Jack se tomó su tiempo, saboreándola con la boca, los labios y la lengua. Cuando movió la

mano hacia la parte baja de su espalda y la acercó, Cameron dejó caer el bolso al suelo y enredó los dedos en su grueso cabello.

Se estrellaron contra la puerta.

Jack alzó la mano hasta su barbilla y la besó con más rudeza.

Percibiendo su necesidad de recuperar el control y poco dispuesta a concedérsela, Cameron le cubrió la cara con las manos y ralentizó el beso. Marcando el ritmo, lo provocó, mordiéndole suavemente el labio inferior y deslizando ligeramente la lengua junto a la de él. Luego volvió a repetirlo, jugando con él, tomando el mando.

Jack dejó escapar un gruñido y luego le cogió las manos y se las inmovilizó contra la puerta.

Cameron recordó demasiado tarde que Jack Pallas no era un hombre con el que se pudiera jugar.

Jack entrelazó la lengua con la suya en un beso rico y adictivo.

Se colocó entre sus muslos y Cameron sintió su dura y abultada erección contra ella. Puede que Jack hubiera erigido un muro tras el que ocultar todas sus emociones pero, en ese momento, su cuerpo lo traicionó, revelándole lo único que necesitaba saber.

La deseaba.

Embriagada por el descubrimiento, cerró los ojos mientras Jack se abría paso con la boca por su garganta. Una erótica sensación le encendió cada nervio del cuerpo, cuando él le rozó el cuello con su áspera mandíbula.

–Jack –susurró.

–Dime –le indicó él al oído.

Ese era un lado desconocido de Jack. Desprovisto de su exterior protegido y controlado. Por una vez, estaba viéndolo... a él.

Cameron se tensó, impotente con las manos bajo las de él.

–Déjame tocarte –necesitaba descubrir –sentirmás sobre Jack.

Él se apartó y la recorrió con la mirada, empapándose de cada centímetro.

Le liberó las manos y la observó mientras Cameron le quitaba la americana y le deslizaba las manos por los hombros, pasando sobre la pistolera hasta los músculos tensos del pecho.

Cameron sintió que resultaba intoxicante tener toda esa fuerza, literalmente bajo las yemas de los dedos.

–Esto funciona en ambas direcciones –dijo Jack con voz ronca.

Se apoderó de su boca en un beso tan exigente que la dejó sin aliento.

Sus manos se movieron con impaciencia mientras le desabrochaba el suéter y se lo bajaba por un hombro.

–Necesito verte –murmuró contra su boca.

Tiró hacia abajo del frontal de la camisola y la copa del sujetador, y Cameron jadeó cuando el aire frío entró en contacto con su pecho desnudo. Jack acarició el pezón con los dedos, jugando con él hasta que Cameron empezó a temblar. Cuando le cubrió el pecho con la palma para alzarlo, Cameron se arqueó contra su mano, anhelante.

Entonces, él bajó la cabeza y tomó el pezón con la boca.

Una espiral de calor líquido fluyó tan rápidamente entre sus piernas, que Cameron estuvo a punto de derretirse. Jack deslizó lentamente la lengua sobre la endurecida cumbre, lamiéndola primero con suavidad y llevándose luego la punta a la boca con avidez. Mientras tanto, le deslizó una mano bajo la camisola y sus dedos empezaron a acariciarle el otro pecho.

Cameron se sintió expuesta e increíblemente sensual. Y mientras una voz en su interior le decía que debía detenerse, otra, una diabólica, le dijo que se dejara llevar por una vez.

Jack le bajó la camisola y su boca fue en busca del otro pecho.

Cameron gimió descubriendo cuál de las dos voces acababa de salirse con la suya.

Entonces, un fuerte golpe al otro lado de la puerta los sorprendió.

Tanto Jack como ella saltaron.

Luego oyeron la voz de Amy.

–Cameron, ¿estás ahí?

Cameron y Jack se quedaron paralizados cuando el pomo de la puerta giró.

Amy llamó de nuevo a la puerta.

–¿Cameron? ¿Estás bien? –se dirigió a alguien que había con ella en el pasillo–. Dijiste que

iban a reunirse con nosotros en la sala VIP, ¿verdad?

La voz de Wilkins.

–Eso me dijo Jack.

–Intenta localizarlo en el móvil otra vez.

El móvil de Jack comenzó a vibrar en la chaqueta que Cameron había dejado caer al suelo. Ella lo miró. Algo fluyó entre ellos... luego se desvaneció.

Se soltaron y se separaron. Jack cogió la americana para contestar al móvil. Mientras él le decía a Wilkins que estaban bien y que saldrían en un momento, Cameron recogió su bolso del suelo y se apartó de la puerta, subiéndose el frontal de la camisola y ajustándose el sujetador. Se aproximó a la ventana, agradeciendo la oscuridad que ocultaba la incomodidad de la situación.

Estaba abrochándose el suéter cuando Jack habló desde el otro extremo de la habitación.

–Se te ha roto el tirante de la camisola –dijo con suavidad.

–Lo sé –se metió el tirante por dentro del suéter, esperando que el otro ofreciera la sujeción suficiente. Si no, Wilkins y Amy iban a tener bastante claro lo ocurrido. Aunque tenía los labios hinchados y magullados y no iba a poder hacer gran cosa por ocultarlo.

Se dirigió hacia la puerta.

–¿Preparada? –le preguntó Jack.

–Claro, estoy bien –en realidad, no era cierto. Pero no tenía tiempo de analizar sus emociones con Wilkins y Amy esperando al otro lado de la puerta. Sabía que el momento requería una pulla o una broma, algo que la hiciera volver a sentirse ella misma y los devolviese a un terreno familiar. Pero no fue capaz de dar con nada–. Deberíamos salir.

Jack pareció vacilar. Luego, cambió a modo profesional y abrió la puerta. Pasó junto a él al salir al pasillo y por un fugaz segundo sus ojos se encontraron –la única muestra de reconocimiento de lo que había pasado entre ellos.

Amy esperaba en el oscuro pasillo con Wilkins. Ambos parecieron confusos al principio, luego divertidos.

Cameron trató de adoptar un aire casual mientras se acercaba.

–Estábamos esperando a asegurarnos de que todo iba bien.

Amy la arrastró a su lado.

–Me preocupé cuando no bajasteis.

–Lo sé. Lo siento.

Amy la estudió.

–¿Una nueva forma de llevar ese suéter?

Cameron bajó la mirada y vio su hombro desnudo. Ni rastro del tirante gris de seda de la camisola.

Iba a quemar ese estúpido suéter en cuanto llegara a casa.

Dieciséis

Cameron oyó la llamada a la puerta y apartó la vista de la pantalla del ordenador. Rob Merrocko, el ayudante del fiscal que tenía el despacho junto al suyo, abrió la puerta y asomó la cabeza.

–¿Cómo ha ido la comparecencia de hoy?

–Se ha declarado no culpable, como se esperaba –dijo Cameron–. Ya cambiará. Un jurado condenaría a ese tipo en unos dos segundos –el acusado, un entrenador de fútbol juvenil de uno de los suburbios del norte, había sido acusado de recibir pornografía infantil en su ordenador. Si su abogado tenía un ápice de sentido común, nunca le permitiría ir a juicio.

Era un caso feo, y uno de los pocos en los que encontraba difícil mantener la cabeza fría. Solo estar en la misma sala del tribunal que el acusado la había hecho sentir asqueada y emocionalmente agotada.

–¿Por qué sigues llevando esa clase de casos? –le preguntó Rob–.

Pásaselo a uno de los nuevos.

No era su forma de hacer las cosas pero se las arregló para esbozar una sonrisa, apreciando el gesto de simpatía.

–Estaré bien –se pasó los dedos por el pelo con cansancio y se reclinó en la silla–. ¿Qué tal te ha ido a ti?

–Acabo de conseguir que condenen a un concejal por soborno.

–Estupendo –dijo Cameron con aprobación–. Hablemos de eso, mejor.

Durante los siguientes minutos intercambiaron historias de terror, chismorrearon sobre un juez de su distrito con un particular mal humor y discutieron a que asistente jurídico le asignarían la ignominiosa tarea de limpiar la sala de preparación para juicios. Los interrumpió una llamada de la secretaria de Cameron.

–Collin ha venido a verte –dijo cuando Cameron respondió. No era necesario el apellido; en los últimos cuatro años, su secretaria se había acostumbrado a las frecuentes visitas de Collin.

–Gracias, envíamelo –le hizo una seña a Rob, que se despidió mientras salía. Unos veinte segundos después, era reemplazado por Collin.

–Sonabas fatal por teléfono –dijo desde la puerta, refiriéndose a la rápida conversación que habían mantenido hacía una hora–. He venido a secuestrarte.

–He tenido un día duro en el tribunal –Cameron consultó su reloj–. Son las cuatro. No puedo irme del trabajo aún. Sería... indecente.

Collin se rió.

–Te estás descuidando a ti misma últimamente entre el trabajo, la despedida de Amy y ese otro tema del que no podemos hablar aquí.

Necesitas un descanso. Vamos, abogada –te invito a un trago en el 404

Wine Bar.

Sonaba tentador. Cameron lo miró con suspicacia.

–Acabas de terminar una columna, ¿verdad? –siempre era capaz de detectarlo.

–¿Tan malo es querer pasar un poco de tiempo con mi mejor amiga cuando ha tenido un día duro? –preguntó Collin con inocencia–. Y en cuanto a si he resultado estar particularmente ingenioso y perspicaz escribiendo, tendrás que comprobarlo por ti misma en el periódico de mañana. En la enorme columna de deportes que hay bajo mi foto.

Cameron le dirigió una sonrisa –muy gracioso. Sin embargo, pese a la pila de trabajo que tenía sobre el escritorio y a tener la sensación de que Collin estaba en uno de sus insufribles momentos me–siento–Dios–entre–los–hombres, pensó que un trago con su mejor amigo no sonaba mal en aquel momento.

Por primera vez en cuatro años como ayudante del fiscal, sorprendió a todo el mundo, incluyéndose a si misma, marchándose pronto.

El oficial Harper entró en la cocina, una vez comprobados el segundo y tercer pisos de la casa de Cameron.

–Todo despejado –miró a su compañero, el oficial Regan, que había comprobado la planta baja–. ¿Todo bien por aquí?

Regan asintió.

–Despejado.

Cameron los acompañó a la puerta y cerró tras ellos.

–¿Y qué hacen ahora? –preguntó Collin. Se había sentado junto a la encimera mientras los

policías hacían su ronda.

–Nos seguirán hasta el bar y esperarán fuera hasta que los releve el turno de noche.

–¿Por qué tengo la sensación de que las cosas son más interesantes cuando Jack Pallas está cerca? –se burló Collin.

–Las cosas con Jack se han vuelto un poco... complicadas, últimamente –dijo Cameron.

Ciertamente, “complicadas” era una forma de describirlo. El sábado por la noche, después de reunirse con Wilkins, Amy y el resto de las chicas de la despedida, Jack y ella apenas habían vuelto a intercambiar dos palabras –el “muchas gracias” que ella había pronunciado cuando él y Wilkins comprobaron la casa, tras dejar a Amy en la suya, y las dos que había pronunciado él a continuación “de nada”. No había vuelto a tener noticias de Jack desde entonces.

Lo que le parecía estupendo. De verdad. En los últimos cinco días había tenido tiempo de ordenar sus emociones. Vale, Jack y ella habían hecho Esas Cosas Que Nunca Admitiría, en un despacho cualquiera de un nightclub, pero había decidido que formaba parte del estrés post-traumático que la había estado afectando últimamente. Estaba alterada por el corte en el suministro eléctrico, había perdido el juicio y Jack había resultado estar justo ahí.

Con la boca sobre sus pechos.

Dime.

Déjame tocarte.

Cameron se sonrojaba un poco cada vez que recordaba esa noche. Por lo visto, existía un nivel en el que Jack y ella no tenían problemas para mantener una comunicación fluida.

Puso a Collin al día de lo ocurrido el sábado por la noche, reservándose las partes más picantes. Lo que era raro, porque normalmente se lo contaba todo a Collin. Pero ciertas cosas entre Jack y ella eran... privadas.

–Parece que me perdí una buena fiesta –dijo Collin cuando ella hubo acabado–. ¿Y qué vais a hacer Jack y tú ahora?

–Nada –dijo Cameron con énfasis. ¿No había prestado atención a la parte del estrés post-traumático? Lo había mencionado por lo menos seis veces–. Lo del sábado no fue nada. Una casualidad.

Collin le lanzó una escéptica mirada.

–Nena, espero que eso sirva para engañarte a ti misma.

En realidad, no.

–Vale. Me siento físicamente atraída por Jack –concedió. Era un gran paso admitirlo en voz alta–. ¿Y quién no? Lo has visto.

–Atractivamente duro, el sexo personificado con pistolera –sí, me suena.

–De acuerdo, pero voy a controlar esa atracción física. Quiero decir, les dije a treinta millones de personas que tenía la cabeza en el culo. ¿Qué clase de respeto hacia mí misma iba a demostrar si me cuelgo de un tipo como ese?

–Sería bastante irónico –admitió Collin.

–Además, no siquiera le gusto –añadió Cameron.

Collin ladeó la cabeza.

–¿Eso es lo que te preocupa?

–No estoy preocupada. Solo creo que, dada nuestra historia, sería una locura pensar que el sábado por la noche hubo algo más que atracción física por parte de Jack –Cameron hizo una pausa–. Así que es estupendo que los dos estamos en la misma onda.

Collin pareció divertido al escuchar su valoración.

–Creo que necesitas unos cuantos tragos para aclararte.

Cameron lo desestimó con un gesto.

–No necesito aclarar nada –señaló su indumentaria–. Pero tendría que cambiarme antes de que nos vayamos al bar.

–Subiré contigo –dijo Collin deslizándose del taburete y abandonando la cocina junto a ella–. Quiero echar un vistazo en el cuarto de invitados. He perdido la sudadera de los Sox y creo que es posible que me la haya dejado aquí alguna de las veces que me he quedado a dormir.

O eso, o Richard se la llevó al trasladarse.

Cameron siguió a Collin escaleras arriba.

–¿Has hablado con él desde entonces?

–Ni una vez. Pensaba que me llamaría o que, por lo menos, me mandaría un e–mail. Pero, por lo visto, piensa...

Ninguno de los dos vio llegar el ataque.

Una figura oscura se abalanzó sobre ellos cuando llegaron al segundo piso, una imagen borrosa que se movió rápidamente. Con Collin delante, Cameron no vio de dónde salió el hombre. Golpeó a Collin en la cabeza con algo que llevaba en la mano y este gimió y se desmoronó. Cameron gritó su nombre.

El hombre, vestido íntegramente de negro, se dio la vuelta. Llevaba un pasamontañas que le cubría toda la cara, con unas pequeñas aberturas para la boca y los ojos, y Cameron advirtió que llevaba guantes negros.

El objeto que sostenía en la mano era una pistola.

Que apuntó directamente hacia ella.

Cameron se sintió como si se estuviera hundiendo en arenas movedizas.

Miró a Collin, tendido en el suelo. No se movía.

El hombre de la pistola se dirigió hacia ella.

Cameron dio un paso atrás, retrocediendo lentamente hacia las escaleras. El hombre la siguió.

–¿Qué quiere? –preguntó en un tono poco más alto que un susurro.

Mientras avanzaba un paso más, él alzó una mano enguantada y la señaló.

A ti.

Diecisiete

Jack dejó la Triumph en un hueco libre al final de la calle y se acercó al coche sin identificativos que se encontraba frente a la casa de Cameron. Se había tomado su tiempo para llegar, disfrutando del recorrido de quince minutos junto al lago. En unas tres semanas tendría que guardar la moto y reemplazarla por su medio de transporte para estaciones frías, un Ford LTD Crown Victoria, que pese a ser práctico no tenía la misma emoción.

Mientras Jack se aproximaba, Harper, el policía veterano del turno de día, bajó la ventanilla del lado del conductor.

–Ha llegado hace unos minutos. Está con McCann.

Jack tomó nota mental de la información, no demasiado feliz de enterarse de que Cameron no estaba sola. Había llamado a su despacho y su secretaria lo había sorprendido al informarlo de que se había marchado pronto. En cualquier caso, era una suerte, puesto que prefería hablar con ella en persona y su casa era un lugar mucho más privado.

Dio las gracias a los policías y se encaminó hacia la verja.

Durante los últimos días, había estado evitando mantener aquella conversación. Principalmente, por lo sorprendido que se sentía por lo ocurrido el sábado por la noche. Él no era un hombre impulsivo. En su profesión, los hombres impulsivos acababan pronto muertos. O peor.

Había sobrevivido a manos de Martino y sabía que vivía para contarle porque había conservado la calma, a pesar del dolor, y esperado esos dos días terriblemente largos hasta que había llegado el momento de entrar en acción.

Lo ocurrido con Cameron en el Manor House lo había dejado trastornado.

Fuera de juego. No bajaba a menudo la guardia con la gente. Eso hacía que un hombre fuese... vulnerable.

Pero, de alguna manera, ella se había colado tras sus defensas. Y, ahora, su instinto le decía que se mantuviese tan alejado como fuera posible, que se protegiera de ella incluso más de lo que había hecho en el pasado. Aguantaría el resto de la investigación Robards y luego se marcharía sin dedicarle una segunda mirada.

Solo que había un problema.

Viste lo que quisiste ver.

Ese desliz de Cameron había estado en un rincón de su mente, molestándolo, desde que se le había escapado. ¿Quién sabía lo que había querido decir con eso? Pero si había otra explicación para que estuviera en el despacho de Davis esa mañana –el día que había sido transferido por el DDJ–quería saberla.

Necesitaba saberla.

Así que, esta vez no iba a marcharse hasta que hablara. Conseguiría las respuestas que necesitaba. Hoy.

Jack subió los escalones que conducían a la puerta principal. Llamó al timbre y esperó.

Ninguna respuesta.

Volvió a intentarlo.

Todavía nada.

Se volvió hacia el coche sin identificativos que estaba aparcado en calle tras él.

En el asiento del acompañante, el oficial Regan bajó la ventanilla y se encogió de hombros.

–Puede que estén en la parte de atrás. McCann dijo algo sobre tomar un trago mientras comprobábamos la casa. Es posible que se hayan sentado en el patio o algo así.

El oficial Harper salió del coche.

–¿Quieres que te acompañemos a comprobarlo?

Probablemente estaba sentada en el patio tomando un trago.

Pero una simple suposición no era suficiente.

Jack bajó los escalones de dos en dos.

–Que uno de vosotros se quede en la puerta principal y siga llamando al timbre. El otro, que vaya hacia el lado este de la casa –una verja bloqueaba el acceso a la parte trasera por ese lado pero merecía la pena comprobarlo.

Sacando la pistola, Jack se dirigió en sentido contrario, atajando por el lateral de la casa. Al mirar por las ventanas, todo pareció tranquilo y no vio ni escuchó nada.

Avanzó cautelosamente alrededor de la casa hasta el patio. Al ver que Cameron y Collin no se encontraban allí, se arrastró hasta la escalera que llevaba al porche y apoyó la espalda contra la casa. Tenía la puerta a un lado y una ventana al otro. La puerta era toda de cristal,

exceptuando el marco de roble. La ventana tenía cortinas que ofrecerían cierta protección.

Procurando mantenerse tan oculto como le resultó posible, se asomó por la ventana.

Nada.

La cocina y el salón estaban vacíos.

Ella no se marcharía sin escolta policial.

Jack sostuvo la pistola con firmeza. Estudió en interior de la casa, tratando de no exponerse.

Entonces lo vio –algo que hizo que el pulso se le desbocara.

En el extremo opuesto de la cocina un enorme espejo decorativo colgaba de la pared que había frente a las escaleras. Vio a Cameron reflejada en el espejo –estaba de pie en las escaleras.

Un hombre con una máscara negra se erguía tras ella, apuntándole en la cabeza con una pistola.

El timbre sonó y el enmascarado miró en esa dirección, empleando claramente la pistola para obligar a Cameron a permanecer en silencio.

Repentinamente, un sonido metálico llegó del lado este de la casa y Jack se agachó. El sonido procedía de la verja y maldijo mentalmente a quien quiera que fuera el policía que estaba siendo tan descuidado como para hacer tanto ruido. Volvió a echar un vistazo por la ventana.

Cameron y el hombre enmascarado habían desaparecido.

Comprendiendo que habían ido a la planta de arriba, Jack subió por la escalera de incendios hasta el balcón, procurando moverse lo bastante despacio como para no hacer ningún ruido. Alcanzó el segundo piso y se dirigió hacia las puertas francesas que conducían al dormitorio principal. Alargó una mano y tanteó el tirador. Cerrado. Manteniéndose tan fuera de la vista como pudo, miró a través del cristal.

Vio a Cameron entrar en la habitación, con el hombre del arma justo tras ella. Él la agarraba por el cuello con una mano, empujándola, y mantenía la pistola junto a su cabeza con la otra.

–Nunca te vi la cara –estaba diciendo Cameron–. No tienes que hacer esto.

Al oír el miedo que había en su voz, la furia se apoderó de Jack.

Levantó su arma para disparar por la ventana. Pero el hombre debió captar el movimiento. Se volvió, vio a Jack a través del cristal y empujó a Cameron para colocarla ante él, impidiendo el disparo.

Incapaz de dejar sola a Cameron con el tipo un segundo más, Jack retrocedió y disparó dos veces contra el cristal de las puertas francesas.

Luego se lanzó a través de ellas.

Jack irrumpió en la habitación, apenas consciente de los cristales que estallaban a su alrededor. Cayó sobre una rodilla, rodó por el suelo y apuntó su arma hacia el hombre enmascarado –que rodeaba el cuello de Cameron con su brazo mientras le apuntaba a la cabeza con la pistola.

–Suéltala –gruñó Jack.

El hombre enmascarado tensó su agarre sobre el cuello de Cameron.

Usándola como escudo, retrocedió para salir de la habitación hacia el pasillo.

Jack lo siguió, sin dejar de apuntar al hombre y listo para disparar en cuanto se le presentara la ocasión de efectuar un impacto limpio.

–Hay policías por toda la casa. Estás atrapado. Baja el arma y suéltala.

Sin apartar la mirada hizo una evaluación rápida del tipo. Metro ochenta y unos setenta y nueve kilos. La descripción física de Cameron había sido bastante aproximada. Y a través de las aberturas de la máscara, Jack obtuvo cierta información adicional: el hombre tenía los ojos marrones.

El enmascarado se detuvo al escuchar la advertencia de Jack. Luego presionó el cañón de su pistola con más fuerza sobre la sien de Cameron, hundiéndolo en la piel.

Jack captó el mensaje, alto y claro.

Retrocede.

Mantuvo la mirada y la pistola sobre su objetivo.

–Si le disparas perderás tu escudo –le echó un rápido vistazo a Cameron. Estaba pálida. Parpadeaba y las lágrimas le corrían por la cara.

Jack se obligó a si mismo a no mostrar ninguna emoción. Pero, por primera vez en su vida, sintió auténtico miedo.

El hombre enmascarado retrocedió hasta las escaleras y, por el rabillo del ojo, Jack vio a Collin inconsciente en mitad del pasillo. El hombre arrastró a Cameron escaleras arriba, casi asfixiándola al obligarla a permanecer con él. Jack los siguió, repasando el mapa mental de la casa que se había hecho durante las dos comprobaciones que había efectuado.

–Si quieres salir de la casa, tendrás que soltarla –le advirtió Jack–.

No podrás huir con una rehén.

El hombre no mostró ninguna reacción. En el tercer piso, las escaleras terminaban en una buhardilla con el techo inclinado y un tragaluz. A la izquierda de Jack había un despacho. A su derecha, una gran habitación sin amueblar. Aunque no podía verla desde donde se encontraba, sabía que había una puerta en la pared norte que conducía a la terraza de la azotea.

Sin vacilar, el hombre enmascarado empujó a Cameron hacia la habitación que se encontraba a la derecha de Jack. Jack los siguió, advirtiéndole que el hombre había tenido tiempo de familiarizarse con la distribución de la casa, durante el tiempo que fuese que había permanecido dentro esperando.

El hombre se encaminó hacia la puerta que conducía al exterior. Se detuvo un momento para cambiar de postura y, luego, tirando de Cameron por el cuello, la aplastó contra su cuerpo con el codo y el antebrazo.

Apuntó el arma hacia arriba, apoyándole el cañón justo bajo la barbilla. Después tanteó tras él con su mano libre para abrir la puerta.

La posición de Cameron era tan precaria en ese instante que Jack ni siquiera contempló la posibilidad de disparar –un resbalón en el brazo de intruso y todo habría acabado.

Tenía que decir algo, llegar hasta ella de algún modo.

–Cameron –mírame.

–Jack –susurró, fijando los ojos en él, suplicante.

Se oyó un estruendo en la planta baja, como el sonido de madera astillada –una puerta rota– justo cuando el hombre enmascarado abría la puerta y empujaba a Cameron hacia el exterior. Sujetando la pistola con las dos manos, Jack salió al tejado tras ellos. A su espalda, las paredes inclinadas de la casa y la habitación de la que acababan de salir bloqueaban la vista de la calle, lo que imposibilitaba que Jack supiese lo que había ocurrido con los policías de abajo.

El hombre avanzó rápidamente hacia la pared más alejada del tejado.

Mantuvo a Cameron frente a sí en todo momento, sin ofrecerle a Jack la menor oportunidad.

Sin pronunciar palabra, se apoyó contra la pared y se asomó al patio.

Miró en todas direcciones, buscando, según supuso Jack, la escalera de incendios que se encontraba en la planta de abajo.

Entonces se volvió y miró a Jack.

Todo ocurrió en un instante –repentinamente, el hombre apartó la pistola de Cameron, apuntó con ella a Jack y apretó el gatillo.

–¡No! –gritó Cameron. Luego agarró la pistola, desviando la bala, que acabó astillando la cubierta a escasos centímetros de los pies de Jack.

Cameron se volvió hacia el hombre mientras forcejeaban. Jack no podía hacer blanco con ella en medio así que, se abalanzó sobre ellos.

La pistola volvió a dispararse y Cameron se tambaleó hacia atrás.

–¡Cameron! –gritó Jack.

La cogió mientras se desplomaba en la cubierta y vio la sangre extendiéndose por su chaqueta. El hombre se inclinó y se dejó caer por el tejado hacia la escalera de incendios.

–Se está escapando –murmuró Cameron pálida y aturdida–. Déjame.

Y una mierda.

Harper y Regan irrumpieron a través de la puerta con sus armas desenfundadas.

–Ha huido hacia la escalera de incendios de abajo –les gritó Jack, mientras recostaba a Cameron para echarle un vistazo a la herida.

Los policías se dirigieron inmediatamente hacia el punto señalado y luego se agacharon para cubrirse cuando sonaron disparos procedentes de abajo. Hubo una pausa, presumiblemente mientras el asesino corría y los policías reemprendieron la persecución.

Jack se centró en Cameron. Buscó el móvil en el interior de la chaqueta y llamó pidiendo asistencia médica y refuerzos.

–¿Collin está bien? –le preguntó ella cuando cortó la comunicación.

–La ambulancia está de camino. Todo irá bien –Jack le apartó la chaqueta–. Dios, Cameron

–¿en qué estabas pensando?

–No podía dejar que te disparara.

–No hubiese sido la primera vez –descubrió que la sangre procedía de su hombro. Sin perder un instante, le abrió los dos botones superiores de la camisa y la apartó para echar un vistazo.

Cameron cerró los ojos.

–Dime la verdad –¿cómo de grave es?

Jack vaciló.

Ella experimentó un ataque de pánico.

–Oh, Dios –¿tanto?

Jack decidió que sería preferible ponerla al corriente.

–En una escala del uno al diez, considerando todas las heridas de bala que he visto, esta es...

Ella abrió los ojos.

–...más o menos un dos.

Cameron se incorporó.

–¿Un dos? Estoy sangrando a través de la chaqueta. No me digas que es un miserable dos.

–He visto un montón de heridas de bala así que mi criterio es bastante fiable –dijo Jack limpiándole el hombro con la chaqueta–. Pero la buena noticia es que te pondrás bien –la garganta se le cerró –había visto muchas cosas trabajando para el FBI y durante su paso por las Fuerzas Especiales pero dudaba que fuera a ser capaz de olvidarse nunca de su imagen tambaleándose al recibir ese disparo.

–Bueno, dos o no, duele. Mucho.

–Bien, puede que así te lo pienses dos veces la próxima vez que decidas casi hacerte matar por atacar a un hombre con una pistola.

–Nah, creo que con esa forma de dar las gracias es la última vez que recibo una bala por ti.

–Puedes estar jodidamente segura de que sí –gruñó Jack.

Cameron se las arregló para esbozar una ligera sonrisa maliciosa.

–Estabas preocupado por mí, agente Pallas.

–Por tu tono, deduzco que no necesito seguir estándolo.

De pronto, oyeron el sonido de la sirena de una ambulancia aproximándose a la casa.

–Probablemente deberías irte ya –y tratar de capturar a ese tipo –dijo Cameron.

Jack bajó la mirada hacia ella, que seguía cobijada en sus brazos.

–Probablemente –dijo con voz ronca.

Y permaneció exactamente donde estaba.

Dieciocho

El exterior de su casa era un auténtico caos. Había coches patrulla, coches sin identificativos del FBI, una ambulancia y policías y agentes por todas partes. Wilkins había llegado poco después que los paramédicos con varios equipos del FBI. Inmediatamente después, había aparecido el detective Slonsky con sus propios hombres.

El paramédico que le había vendado el hombro a Cameron, la condujo a la ambulancia que se encontraba aparcada junto a la acera. Las puertas estaban abiertas y Collin se encontraba en el interior, sentado de cara a la calle. Un segundo paramédico le revisaba los ojos en busca de señales de conmoción cerebral.

En el instante en que vio a Cameron, Collin apartó al paramédico y saltó de la ambulancia.

–Oh, gracias a Dios... –la rodeó con sus brazos y la estrechó con fuerza–. No me han dejado ir a verte –han dicho que iban a mantenerte aislada hasta estar seguros de que ese tipo no se encontraba en los alrededores.

–Slonsky dice que los agentes lo perdieron en el callejón.

Collin se apartó. Bajó la mirada hacia las manchas de sangre de su camisa.

–Cuando he oído que te habían disparado, casi me da algo.

–Estoy bien –le aseguró Cameron–. El paramédico ha dicho que podría necesitar un par de puntos pero que he tenido suerte. La bala solo me rozó la parte superior del hombro –alargó una mano y le apartó el pelo a Collin, procurando evitar la fea contusión que tenía en la cabeza–.

¿Qué tal tú? ¿Cómo está tu cabeza?

Collin se tocó el chichón.

–Horrible. Pero me duele bastante más el orgullo. Lo siento tanto, Cam. Cuando pienso en lo que podía haber pasado... Debería haberte protegido mejor.

Ella le cogió las manos y se las estrechó.

–Todo ha acabado bien.

–Por suerte, la caballería apareció en ese momento –dijo Collin.

Cameron dudaba de que fuera a ser capaz de olvidar algún día la imagen de Jack

lanzándose contra las puertas francesas para rescatarla.

Mientras estaban en el tejado, antes de que llegaran los paramédicos, había advertido el corte que tenía sobre el pómulo. Y cuando él se había apartado para dejar que se aproximaran los paramédicos, había visto que tenía varios cortes más en las manos. Recordatorios visibles del peligro en que se había puesto a si mismo. Por ella.

El detective Slonsky se encontraba junto a uno de los coches patrulla hablando con los oficiales Harper y Regan. Al ver a Cameron al lado de la ambulancia se aproximó.

–Ya hemos terminado de revisar la casa –le dijo–. Mis hombres te seguirán hasta el hospital para que te hagan ese chequeo.

–Y una mierda.

Al oír la voz de Jack, Cameron se giró y lo vio saliendo por la verja, seguido de Wilkins. Jack avanzó a grandes zancadas hacia Harper y Regan.

–¿Cuál de los dos revisó su habitación?

Harper se enderezó, preparándose para lo peor.

–Yo.

–¿Comprobaste el vestidor?

–Eché un vistazo, sí.

Jack esperó, con la furia reflejándose visiblemente en su rostro.

–Pero... en realidad no llegué a entrar en él –admitió Harper.

Slonsky se aproximó.

–¿Qué habéis encontrado? –les preguntó a Wilkins y a Jack.

–Han apartado algunos de los vestidos que había colgados detrás de la puerta –respondió Wilkins.

–Y hay dos huellas de pisadas en la moqueta. Diría que de un cuarenta y cinco –dijo Jack–. Tus hombres están fuera de este caso, Slonsky. Y

no pienses siquiera en hablarme sobre mierdas jurisdiccionales.

Su mirada desafió a los presentes a atreverse a contradecirlo.

Cameron se apoyó contra la ambulancia, concediéndose un momento.

Collin le cogió una mano.

—¿Estás bien?

Asintió.

—Solo estoy pensando —y tratando de no vomitar.

El asesino había estado escondido en el vestidor de su habitación.

Curiosamente, eso le hacía sentirse más violada que todo lo demás que había ocurrido esa tarde. Y lo que le venía una y otra vez a la cabeza era esto: había salido inesperadamente pronto del trabajo. Se suponía que no debía encontrarse en casa a esa hora.

La policía y el FBI habían examinado las puertas y las ventanas de la casa y no habían encontrado signos visibles de su entrada, lo que significaba que el asesino sabía cómo forzar una cerradura sin dejar rastro. Durante todo el ataque se había mostrado terriblemente frío y controlado, y no había hablado ni una sola vez. En pocas palabras: no era un aficionado. Sabía lo que estaba haciendo.

Pero Cameron habría pensado que un profesional irrumpiría en su casa de noche. Las cuatro de la tarde era una hora demasiado arriesgada —gente paseando perros, recogiendo a los niños del colegio y empezando a llegar a casa del trabajo.

Lo que significaba que el asesino sabía que estaba bajo vigilancia.

Era consciente de que su única oportunidad de entrar en la casa se presentaría mientras ella estaba en el trabajo. Una vez volviera a casa, se encontraría bajo constante vigilancia policial.

Cameron regresó al instante en el que había visto al hombre bajando las escaleras a por ella. El espeluznante pasamontañas negro y los guantes, la pistola que había presionado contra su sien y bajo su barbilla. El sonido del arma al dispararse. No le cabía duda de que tendría pesadillas durante semanas. Y el pensamiento de que había estado observándola, de que conocía su rutina...

Le gustaba pensar que era una mujer fuerte pero esto era casi demasiado.

Casi, se recalcó a si misma. Puede que fuera a tener pesadillas durante semanas pero no iba a permitir que ese gilipollas, quien quiera que fuese, la convirtiese en una debilucha indefensa. Y si lo hacía, bueno, tendría que encontrar la forma de no demostrarlo.

Una vez concluida, lo que pareció una discusión bastante acalorada con Slonsky, Jack se aproximó a ella.

–Voy a ir contigo en la ambulancia. Wilkins nos seguirá en su coche.

Os tomaremos declaración a los dos en el hospital.

–La mía será corta, considerando que estuve durmiendo en el suelo durante todo el incidente. Qué inteligente y qué valiente –dijo Collin con la voz teñida de indignación. Subió a la ambulancia.

–He hablado con Davis –le dijo Jack a Cameron–. Quiere vernos a Wilkins, a ti y a mí en su despacho cuando acabemos en el hospital –bajó la mirada hasta su hombro–. He oído que podrías necesitar puntos.

Parecía realmente serio.

–Oh, no –otra vez no –dijo Cameron–. Si sigues siendo tan agradable, corro un serio riesgo de acabar desmoronándome aquí mismo y esperaba poder contenerme hasta estar sola en casa, más tarde, para perder los papeles por lo del ataque.

Jack la estudió un instante.

–Tú no eres así, Cameron Lynde –le tendió la mano para ayudarla a subir a la ambulancia.

Diecinueve

Cameron y Wilkins estaban en las sillas que había en el exterior del despacho de Davis.

Eran cerca de las nueve de la noche y los agentes del FBI la miraban con curiosidad, conforme dejaban la oficina, tras su larga jornada.

Davis había pedido hablar primero con Jack. A solas. Wilkins se levantó y empezó a pasearte, y Cameron tuvo la sensación de que no le gustaba que lo dejaran al margen.

Sinceramente, a ella tampoco. Con un fingido bostezo, reclinó la cabeza contra el cristal de la ventana del despacho de Davis. La cortina estaba cerrada, así que no podía ver nada, pero si por casualidad conseguía captar una palabra o dos...

–Ya lo he intentado –dijo Wilkins–. Pero están hablando demasiado bajo.

–¿De qué crees que están hablando?

–De ti.

–Vale, ya sé que de mí, ¿pero qué específicamente?

Wilkins miró hacia la puerta.

–No lo sé.

Cameron apartó la cabeza del cristal.

–¿Crees que Jack puede tener problemas?

Wilkins respondió tras una pausa.

–Yo debería estar ahí.

La puerta se abrió repentinamente y Davis salió. Le hizo un gesto a Wilkins y luego señaló a Cameron.

–Señorita Lynde, si puede reunirse con nosotros en mi despacho, por favor.

Ella siguió a Wilkins al interior. Jack estaba apoyado en la mesa, al otro extremo de la habitación. Su expresión era ilegible.

Cameron tomó asiento frente al escritorio de Davis, en la silla más próxima a Jack. Wilkins

se instaló junto a ella. Davis cruzó las manos y se sentó.

Como la vez anterior que había estado en su despacho, hacía tres años, su expresión era seria.

–Señorita Lynde, como agente especial al mando de esta oficina, me gustaría expresarle mis más sinceras disculpas. Por lo que pueda servir, me he puesto en contacto con el superintendente del DPC. Tengo intención de conseguir que los oficiales que estaban a cargo de su protección esta tarde sean apropiadamente disciplinados. Estoy furioso por lo que ha pasado. Le prometo que no volverá a suceder.

–Gracias. Por suerte, el agente Pallas estaba allí. Merece ser encomiado por su actuación. No puedo imaginar lo que habría ocurrido si no llegar a aparecer cuando lo hizo –dijo Cameron.

–Jack y yo hemos estado hablando. Estoy de acuerdo con él en que es necesario que el FBI se haga cargo de su protección. A la vista del ataque de hoy, vamos a asignar a un agente para que esté con usted las veinticuatro horas. Le he pedido a Jack que acepte la asignación, como investigador principal del caso, y está de acuerdo.

Cameron tuvo mucho cuidado de no manifestar ninguna reacción ante eso.

Podía ver a Jack por el rabillo del ojo. Su expresión también permaneció neutral. Era raro, estar sentada a su lado en el despacho de Davis, fingiendo que aquello no era más que el procedimiento habitual, después de lo ocurrido entre ellos el sábado.

–Me temo que esta clase de protección va a resultar mucho más intrusiva –prosiguió Davis–, pero, por desgracia, no tenemos elección.

–Créame –nadie desea asegurarse de que no se repita el incidente de hoy más que yo –dijo Cameron–. Dadas las circunstancias, estaré más que feliz de aguantar las molestias.

–Con Jack encargándose de la vigilancia, necesitamos a alguien que se ocupe de asumir la responsabilidad del día a día en la investigación –Davis se volvió hacia Wilkins–. Sam – Jack te ha recomendado para que lo reemplaces. Me ha asegurado que estás preparado para aceptar la responsabilidad.

Inusualmente falto de palabras, Wilkins se tomó un momento antes de dirigirse a su jefe.

–Agradezco la confianza que Jack –y usted–han depositado en mí, señor. Pero Jack y yo somos compañeros y me gustaría seguir con él en esta asignación.

Davis se echó a reír.

–Oh, no te preocupes –no vas a deshacerte de él con tanta facilidad.

Seguiréis siendo compañeros pero con diferentes responsabilidades.

Jack permanecerá con la señorita Lynde y tú te encargarás de dirigir al equipo, aquí en la oficina.

Wilkins sonrió.

–En ese caso, acepto encantado.

–Pensé que lo harías –dijo Davis–. Ahora –tenemos que empezar a pensar en lo que ha ocurrido hoy. ¿Cómo diablos descubrió el asesino de Mandy Robards la existencia de Cameron? Por parte del FBI, solo nosotros tres y el director estamos al tanto de su relación con la investigación. Wilkins –creo que lo primero que tienes que hacer es conseguir una lista de todos los que están al corriente en el Departamento de Policía de Chicago. El ataque de hoy nos ha revelado algo: tenemos un topo. Aunque deberíamos poder usar eso en nuestro beneficio. Una vez encontremos al topo, podremos usarlo para atrapar al asesino.

–Ve con cuidado a la hora de manejar este asunto con el DPC –le advirtió Jack a Wilkins–. A la policía no le va a gustar la implicación de que uno de ellos puede haber filtrado información confidencial premeditadamente o no. Así que mucho cuidado.

–No te preocupes –lo mío es la sutileza –dijo Wilkins–. Y tendríamos que pensar en otras posibilidades aparte del DPC. Las veinte mujeres de la despedida de soltera del sábado vieron que Jack y yo vigilábamos a Cameron. Cualquiera de ellas podría haberle proporcionado la información a la persona errónea.

–Puedo proporcionarte sus nombres pero dudo que alguna de las chicas sea el topo –dijo Cameron–. Ninguna de ellas tenía la menor idea de por qué me vigilabais Jack y tú.

Jack se dirigió a Cameron.

–¿Qué me dices de tus amigos y tu familia? ¿Les has contado algo a ellos?

–Collin y Amy saben un poco, pero nada específico. Y ellos saben guardar silencio. No he hablado con nadie más.

Davis se reclinó en su silla.

–Así que tenemos que centrarnos en el DPC y como posibilidad secundaria en las mujeres que estuvieron con Cameron la noche del sábado. Por cierto, Jack, no recuerdo que en tu último informe mencionaras nada sobre que el agente Wilkins y tú tuvieseis previsto acudir a una despedida de soltera el fin de semana. Curiosa omisión.

–Fue una decisión de última hora, basada en los parámetros de seguridad del nightclub al que pretendía acudir la señorita Lynde.

–Buena respuesta –repuso Davis.

–Sin duda –mostró su acuerdo Wilkins, impresionado.

–Ya que estamos nombrando a todos los que están al corriente de mi relación con la investigación Robards, debería mencionar que Silas lo sabe. Se enteró a través de Godfrey –dijo Cameron, refiriéndose al director del FBI–. Por lo visto, llamó a Silas la semana pasada para agradecerle mi cooperación en la investigación.

Davis se detuvo al oír mencionar el nombre de Silas.

–¿Crees que es posible que Silas haya hablado con alguien sobre tu relación con el caso?

–Como fiscal de los EEUU, debería conocer el procedimiento –repuso Cameron.

–Eso espero –concordó Davis.

La conversación derivó hacia el tema del reciente viaje de Jack y Wilkins a Nueva York. Mientras escuchaba a Jack informar a Davis, Cameron no pudo evitar que sus ojos se posaran sobre el corte que tenía sobre la mejilla. En la sala de urgencias, después de que ella le dieran cinco puntos por su herida de bala, nivel dos, el médico le había ofrecido a Jack enviarle una enfermera para que le revisase las manos. Él lo había desestimado, optando por permanecer junto a Cameron.

Habían pasado demasiadas cosas entre ellos a lo largo de los últimos días –primero Aquello Que Nunca Había Ocurrido ante su puerta, y luego Eso Que Nunca Admitiría el sábado por la noche. Cameron no tenía ni idea de lo que estaba pasando con ella y con Jack últimamente, pero mientras observaba el corte de su cara, supo una cosa.

Confiaba en él.

Y puesto que iba a ser el encargado de protegerla veinticuatro horas al día, siete días a la semana, comprendió que la confianza debía fluir en ambos sentidos. Lo que significaba que iba a tener que contarle todo lo que había ocurrido hacía tres años.

Esa noche.

Cuando Grant se dejó caer por su apartamento esa noche, se detuvo en el umbral, preparado para que lo empotraran contra la pared y lo esposaran.

No sucedió.

Dejó escapar el aire, encontrando cierto consuelo en el hecho de que Jack Pallas no lo había identificado como el hombre enmascarado. Sin embargo, ignoraba cuánto duraría esa circunstancia.

Decir que la tarde no había ido según lo planeado era quedarse corto.

Grant se deslizó por el apartamento, con las luces apagadas, echando un vistazo por las ventanas. Desde el tercer piso, no detectó nada sospechoso en la calle –coches extraños aparcados, nadie que “casualmente” estuviese paseando al perro a esas horas de la noche, ningún vagabundo convenientemente refugiado en el callejón que se encontraba detrás del edificio.

No vio nada.

Por segunda vez en dos semanas, desde que Mandy Robards había intentado chantajearlo, estaba furioso. Y ahora, también paranoico.

Una mala combinación.

Cameron Lynde no debería haber llegado a casa tan temprano. Tampoco había previsto que llevara a un amigo con ella –aunque no podía decirse que hubiese tenido ningún problema para quitarlo de en medio.

Podría habérselas arreglado con los policías del coche que se encontraba frente a la casa. Sin embargo, no había demostrado estar preparado para un enfrentamiento con Jack Pallas. La furia que había visto en los ojos del agente federal, mientras se lanzaba a través de las puertas de cristal, era algo que no había previsto. Como tampoco había esperado que la mujer –que se había comportado relativamente bien hasta ese instante–tratara de arrancarle la pistola de la mano.

Sabía que había tenido suerte de haber escapado, cuando todo se había torcido de esa forma. Y se encargaría de no tener que volver a depender de la suerte en el futuro.

Satisfecho, al comprobar que su apartamento no estaba vigilado, Grant regresó a su habitación y se desvistió. Como había hecho ya un centenar de veces esa noche, repasó todo lo ocurrido durante el ataque y la huída, buscando los puntos dónde era más vulnerable.

Nadie le había visto la cara. Nadie había escuchado su voz, ya que no había dejado escapar ni una tos durante el ataque. No había dejado huellas dactilares, gracias a los guantes. Su huída había sido bastante limpia –había dejado atrás a esos dos policías inútiles, uno de los cuales había tenido tiempos de mejor forma física, mientras que el otro apenas parecía tener la edad suficiente para conducir un coche patrulla. Lo mejorcito de Chicago. Los había

perdido en un callejón a tres manzanas de la casa de la mujer y luego había corrido alrededor de un kilómetro en dirección opuesta a la plaza donde había estacionado el coche. Había sacado su mochila de un contenedor a medio camino. Para cuando había llegado al parking, se había deshecho del pasamontañas, los guantes y la chaqueta, y era un hombre corriente que vestía pantalones de nailon y camisa de manga larga, y llevaba una bolsa del gimnasio, tras haber salido tarde del trabajo. Una vez se había alejado unos cuantos kilómetros con el coche, se había detenido en otro callejón y se había vuelto a cambiar, poniéndose el traje que tenía en el coche. La mochila con la incriminatoria ropa negra y un par de ladrillos adicionales estaba ahora en el fondo del río Chicago.

Grant entró desnudo al cuerpo de baño y abrió el grifo de la ducha. Se estudió a si mismo en el espejo mientras el vapor empañaba el ambiente.

Existía un problema.

No tenía coartada. No había previsto que fuese a necesitarla.

Sí, en cuanto se había deshecho de la mochila en el río, había acudido directamente a su cita de esa noche –se había reunido con un viejo amigo que trabajaba para el Tribune, en un bar de River West. Había corrido el rumor de que una prostituta de lujo había sido asesinada en uno de los más prestigiosos hoteles de la ciudad y se había confirmado que el nombre del Senador Hodges figuraba en su lista de clientes. Su amigo, que le debía varios favores por todas esas veces que le había adelantado información sobre los acuerdos políticos del Senador, lo había llamado para darle la noticia y le había propuesto que se encontrasen para tomar unas copas. Grant había sentido curiosidad por descubrir si el nombre del Senador estaba siendo rechazado como posible sospechoso y se había preguntado cuánto sabría su amigo respecto a la investigación del FBI. Al final, había resultado que su amigo sabía muy poco y Grant tenía la sensación de que había acudido a él en busca de información.

Tras las copas, había regresado a la oficina del Senador y asistido a una serie de reuniones de alto nivel con algunos miembros del personal y dos de los abogados de Hodges. Originalmente, el Senador tenía previsto regresar a D.C. a la semana siguiente pero, como el FBI le había advertido que no abandonase el Estado, había que discutir planes alternativos. Lo primero y principal para todo el mundo era explicar los cambios en la agenda del Senador sin alertar a la prensa de su conexión con el asesinato de Mandy Robards.

Secretamente, a Grant le importaban una mierda esas conversaciones.

Los susurros, la tensión que llenaba la sala, las miradas de preocupación por lo que la prensa y –jadeo–incluso el asesino, podían saber sobre la relación del Senador con Mandy.

No tenían la menor idea de que el hombre sobre el que estaban hablando estaba sentado en esa mesa.

Y que lo sabía todo.

Cuando las reuniones habían terminado, Jack se había dirigido en su coche a casa, tomando unos cuantos desvíos por el camino para asegurarse de que nadie lo seguía. Con todo, su día parecería igual que cualquier otro, si alguien preguntaba –exceptuando esa hora perdida. Tendría que idear la forma de justificarla, solo para estar preparado.

Grant revivió el momento, en casa de Cameron Lynde, en el que ella lo había visto en las escaleras –el modo en que había dado un paso atrás y susurrado, ¿Qué quiere?

Quería dejar de mirar por encima del jodido hombro cuando entrase en su apartamento, eso es lo que quería.

Ella le había dicho que no sabía quién era. Aunque quería pensar que la gente tiende a decir la verdad cuando siente el frío cañón de una pistola presionándole la cabeza, no estaba seguro de confiar en ella.

Por suerte, no necesitaba hacerlo.

Por su bien, esperaba que estuviese diciendo la verdad. El asesinato de Mandy había sido casi perfecto, poco menos que artístico. Le habían asignado el caso al mejor agente del FBI de la ciudad y, aún así, no tenían nada. Y seguirían sin tener nada, siempre que Cameron Lynde no cruzara la línea.

Por supuesto, había tomado precauciones para enterarse si lo hacía.

Eran tan estúpidos. Pallas, la policía, todos ellos. Estaba justo bajo sus narices y ni siquiera se habían dado cuenta.

Si hubiera sabido que sería tan divertido librarse de un asesinato, lo habría cometido hacía años.

Veinte

Jack y ella iban a vivir juntos.

La realidad de la situación golpeó a Cameron durante el trayecto en coche hasta el apartamento de Jack en South Loop. Le había pedido a Wilkins que los llevara para poder recoger su coche y “unas cuantas cosas”. Mientras se alejaban del edificio del FBI, se había inclinado en el asiento y le había preguntado si tenía dudas sobre cómo iba a funcionar el asunto de la protección. Ella respondió con indiferencia, sin girarse, que no se le ocurría nada.

No era cierto.

Tenía montones de preguntas. Para empezar, ¿dónde pensaba dormir exactamente Jack? ¿Iba a poder seguir yendo a trabajar durante el día?

¿Esperaba él que preparase la comida mientras estuviese en su casa?

(El modo más seguro de matarlos a ambos) ¿Harían cosas normales juntos como ver la televisión por las noches? (Lo que le recordaba que tenía que borrar cuanto antes esos episodios de El Soltero de la lista de TiVo). ¿Y dónde, exactamente, pensaba dormir? (Esta pregunta en concreto ocupaba un alto porcentaje de sus reflexiones, de ahí la repetición). ¿Estaba autorizado a dejarla sola en algún momento, como por ejemplo para ducharse? ¿O desde una perspectiva, estrictamente relacionada con la seguridad, sería preferible que ella lo acompañara en esos casos...?

–Solo me llevará unos minutos –dijo Jack mientras subían en el ascensor hasta su loft en la cuarta planta. La estudió–. ¿Estás bien?

Pareces distraída.

–Todavía estoy procesando todo lo que ha sucedido hoy –dijo Cameron, esperando no sufrir una combustión espontánea en aquel ascensor, al pensar en él desnudo en la ducha.

Cuando llegaron a la cuarta planta, Jack la precedió hasta el apartamento, al final del pasillo. Abrió la puerta y la invitó a entrar.

No sabía que había esperado de la casa de Jack Pallas, puede que algo austero y espartano, escasamente amueblado y con montones de gris, pero no fue lo que se encontró cuando cruzó el umbral. Las paredes eran de ladrillo y el techo abovedado. Siguiendo el estilo loft, la planta principal era abierta, con el salón comunicándose con una moderna cocina y lo que parecían ser un baño y un despacho pequeño, al final del pasillo, a su derecha. Había un segundo piso; la escalera flotante llevaba a un pequeño balcón. Tras él, se abrían unas

puertas dobles de cristal esmerilado, a través de las cuales podía verse el dormitorio principal.

El lugar era más cálido y mucho más acogedor de lo que había esperado.

Pero eso no fue lo que más la sorprendió. Lo que realmente le llamó la atención fueron los libros.

Una pared completa del salón de Jack estaba llena de libros –cientos de ellos–organizados cuidadosamente en estantes de madera de caoba.

En la balda inferior de la mesita de café, había unos cuantos libros más.

–Wow –dijo Cameron acercándose a las estanterías–. Tienes una auténtica colección –parecía una mezcla variada, ficción y no ficción, tapas duras y bolsillo–. Debes ser un gran lector.

Jack se encogió de hombros.

–Me llena el tiempo libre.

A Cameron le habría encantado tener semejante colección de libros –uno de sus planes para la casa consistía en convertir parte del tercer piso en una biblioteca. No es que tuviera ocasión de leer tanto como le gustaría; pasaba gran parte de su tiempo libre con Collin y con Amy. Lo que le hizo preguntarse si Jack tenía un Collin o una Amy en su vida. O a quien fuera. Parecía terriblemente... solitario.

Él señaló la planta superior.

–Voy a coger mis cosas. ¿Quieres beber algo?

–No, estoy bien así. Gracias.

En cuanto él se fue arriba, Cameron revisó el salón más minuciosamente, en busca de algo que le permitiera asomarse al misterio que era Jack Pallas. Había una impresionante televisión de pantalla plana, en la pared que se encontraba frente al sofá negro –por supuesto que tenía una tele grande; podía ser un misterio pero seguían siendo un hombre–y por lo que parecía por los libros que había en la mesita de café, le interesaba la fotografía en blanco y negro.

Un par de marcos en la mesa del rincón, junto al sofá, le llamaron la atención. Cameron se acercó. Una de las fotos había sido tomada hacía varios años –Jack y otros tres tipos en su graduación en West Point, vestidos formalmente con el uniforme de casaca gris, pantalón blanco y gorra.

Cameron cogió el marco. En la foto, Jack tenía una amplia sonrisa arrogante y los brazos colgados sobre los tipos que se encontraban junto a él. Fue su sonrisa lo que la impresionó –tan espontánea y abierta. Haciéndolo parecer totalmente diferente al hombre que ella conocía.

Se giró hacia el siguiente marco. Contenía una fotografía en blanco y negro de una mujer de veintitantos años, que se reía mientras empujaba a un niño pequeño en un columpio. La mujer tenía los ojos oscuros, mandíbula recta y llevaba el largo pelo recogido con una diadema.

Guardaba un asombroso parecido con Jack.

–Mi hermana y mi sobrino –explicó su voz, detrás de Cameron.

Ella se enderezó y se volvió, para encontrar a Jack con una bolsa de lona en el suelo, a sus pies. Ni idea del tiempo que llevaba allí.

Cameron trató de no exteriorizar su curiosidad mientras dejaba la foto.

–¿Ves mucho a tu hermana y a tu sobrino?

–No demasiado mientras estuve en Nebraska. Con suerte, bastante más a partir de ahora –se colgó la enorme bolsa de lona del hombro con una mano–. ¿Lista?

Cameron no pudo evitar que sus ojos se deslizaran sobre él, recordando la noche en el Manor House. Los fuertes hombros y los brazos que la habían ceñido contra la puerta, las delgadas caderas y los musculosos muslos que se habían presionado contra los suyos, el pecho firme y el estómago que apenas había empezado a explorar con las manos. Y su intensa mirada de deseo.

Y ahora iba a dormir en la habitación de al lado.

Puede que debiera arriesgarse con el asesino.

Al llegar a casa de Cameron, la prioridad de Jack fue asegurarse de que habían reparado las puertas, siguiendo sus órdenes –primero la principal y luego las francesas que daban al balcón del dormitorio principal. Siguiendo instrucciones, la agencia había enviado un equipo de mantenimiento para reparar la puerta y limpiar los cristales.

Cameron observó la labor con escepticismo.

–Definitivamente, aporta ese aire “vandálico” que estaba buscando para la restauración.

–Es seguro. Nos preocuparemos del diseño más adelante –dijo Jack.

Lo segundo que hizo fue llevar a cabo una revisión minuciosa de las instalaciones con Cameron a su lado, para asegurarse de que todo estaba despejado. No fue una tarea rápida, dadas las dimensiones de la casa.

–¿Has estado casada? –le preguntó al abrir las puertas del armario de una de las habitaciones de invitados.

–No –dijo ella, sorprendida por la pregunta.

Adiós a la teoría del ex-marido rico, pensó Jack.

Otro misterio a cuyo fondo tendría que llegar pronto.

El tercer punto de su lista fue instalarse. Escogió la habitación más próxima a la de Cameron –que, por suerte, esta amueblada, a diferencia de otras habitaciones de invitados– y sacó las cosas de su bolsa. Se quitó la americana y la colgó en el armario. Dejó la pistola de repuesto sobre la mesita de noche y luego abrió uno de los cajones del armario.

Encontró una sudadera de hombre dentro.

Jack volvió a cerrar el cajón y eligió otro.

Luego, pasó al cuarto punto de la agenda de la noche: ocuparse de Cameron.

Estaba interpretando muy bien el papel de fiscal dura, fingiendo no sentirse afectada por lo que había ocurrido esa tarde. Pero él había percibido el agotamiento en sus ojos, durante el trayecto de vuelta a su casa, el nerviosismo que ocultaba su sarcasmo al efectuar el comentario sobre la reparación de las puertas francesas, y detectado el modo en que había vacilado momentáneamente, al seguirlo hacia las escaleras que conducían al segundo piso, recordando, sin duda el ataque del intruso enmascarado.

Supuso que no debía haber comido en horas. Y ese parecía un principio tan bueno como cualquier otro. Deteniéndose ante la puerta de su habitación para asegurarse de que todo parecía ir bien, Jack se encaminó hacia la cocina, en la planta baja. Encontró el cajón de los trastos y el menú muy gastado de un restaurante chino a un par de manzanas, y pensó que era una apuesta segura. No tenía ni idea de lo que le apetecería comer, así que encargó un montón de cosas –a la mierda, se lo cargaría al Bureau.

Además, así les quedarían sobras. Por el aspecto de su frigorífico y de su congelador, Cameron aún era peor cocinera que él. Gracias a Dios que existía la comida para llevar porque un hombre de metro ochenta y nueve no aguantaba más allá de una hora con esas escasas raciones precocinadas. Había pasado cinco noches en la jungla en Colombia, con otros cuatro tipos de su equipo de las Fuerzas Especiales, y encontrado raciones más

generosas allí que en esos dichosos envases.

Luego, comprobó el mueble bar del salón. Por lo que parecía, a Cameron le gustaba el vino y le gustaba tinto, así que se decantó por una apuesta segura y eligió un Cabernet. Quisiera ella admitirlo o no, sabía que necesitaría cierta ayuda para dormirse esa noche. Al escuchar correr el agua arriba, se dirigió hacia la cocina y le sirvió una copa de vino. El timbre sonó unos cuantos minutos después y, tras un instante de confusión, cuando Jack cacheó al repartidor, le pidió el DNI y llamó al restaurante para comprobar su identidad, aceptó la entrega.

Jack depositó las bolsas sobre la mesa de la cocina, cogió la copa de vino y subió las escaleras. Cameron había dejado la puerta del dormitorio parcialmente abierta como le había pedido que hiciese.

Llamó.

–Pasa –dijo ella con voz apagada.

Jack abrió la puerta por completo. La encontró delante del vestidor y se acercó.

–Pensé que te apetecería una copa de vino para ayudarte... –se interrumpió cuando ella se volvió, sorprendido al verla.

Tenía lágrimas en los ojos.

Claro, comprendió. El armario donde había estado escondido el asesino, esperándola.

Depositó la copa de vino en el suelo y se aproximó.

–Cameron... todo va ir bien ahora. Lo sabes, ¿verdad?

Ella parpadeó y se le deslizó una lágrima por la mejilla.

Eso lo mató.

Jack la rodeó con los brazos, estrechándola. Luego le susurró al oído.

–No va a volver a acercarse a ti, nena. Te lo prometo. Nadie va a volver a ponerte un dedo encima nunca más.

Ella giró la cabeza sobre su pecho para mirar hacia el vestidor.

Habría podido jurar que la oyó sollozar.

–Es un vestido tan bonito –dijo por fin.

Jack echó un vistazo. Un vestido largo de seda, rosa intenso, colgaba en el frontal del vestidor. No tenía ni idea de qué la hacía llorar pero supuso que lo mejor sería asentir y mostrarse solidario, dadas las circunstancias. Puede que el asesino lo hubiera arrugado o algo así.

–Es un vestido muy bonito –convino.

Cameron señaló los zapatos de tacón plateados que había en el suelo.

Los había colocado directamente bajo el vestido, como si una mujer invisible los llevase puestos.

–Y los zapatos... –lo miró con ojos llorosos–. Habrían combinado a la perfección, ¿no crees?

Sí... tal vez debiera saltarse la cena y meterla directamente en la cama. Alguien estaba claramente fuera de sí.

Se aclaró la garganta. La verdad es que esa clase de cosas se le daban mejor a Wilkins.

–Y ahora, no quieres volver a ponerte los zapatos porque... ¿puede que el asesino los tocara? –joder, era un tío, ¿él que sabía?

Quizá los zapatos eran sacrosantos como los bolsos y las despedidas de soltera.

Cameron se apartó y le dirigió una extrañada mirada.

–¿Qué? Oh, venga. Concédeme un poco de sentido común, Jack. Es un vestido de dama de honor. Me siento desilusionada porque se suponía que iba a llevarlo en la boda de mi amiga Amy. Es este fin de semana, en Michigan. Con todo el caos de hoy, lo había olvidado por completo –suspiró–. Vas a decirme que no puedo ir, ¿verdad?

Jack lo consideró.

–¿En qué parte de Michigan?

–En un hotel en Traverse City. Amy solía ir allí de vacaciones con su familia de pequeña. Lleva años planeando esta boda –significa mucho para ella –Cameron forzó una sonrisa–. Parece que, al final, Collin va a tener que hacer de dama de honor. Va a fastidiarlo de verdad.

Jack miró más allá de su sonrisa. Era imposible no darse cuenta de lo unida que estaba a sus amigos.

Traverse City estaba a más de trescientos kilómetros de su oficina de Detroit pero probablemente pudiera conseguir que Davis pidiera unos cuantos favores. Todo el mundo le debía favores a Davis.

–Puedo llevarte a la boda –le dijo.

–¿En serio? ¿Crees que sería seguro?

–Suponiendo que podamos enviar a unos cuantos agentes de la oficina de Detroit como apoyo, sí. En realidad, nos vendrá bien. Esta es una casa enorme –con mucho espacio que cubrir para vigilarte. Tenía previsto instalar un sistema de seguridad –alarma silenciosa, detectores de movimiento, lo habitual. Ahora, uno de nuestros equipos puede hacerlo durante el fin de semana, y cuando tú y yo volvamos de la boda ya estará en funcionamiento.

Ella dejó escapar el aire, medio sorprendida, medio aliviada.

–Estupendo, de acuerdo. Ha sido... eh... más fácil de lo que pensaba.

Jack ladeó la cabeza. Espera un segundo... No logró decidir si se sentía molesto o realmente impresionado. Metió un dedo en la goma de los pantalones que Cameron se había puesto y la acercó.

–¿Me has tomado el pelo con esas lágrimas, Cameron?

Ella alzó la mirada, desafiante, manifiestamente indignada por la sugerencia.

–¿Estás de broma? Después de todo lo que he pasado, ¿no tengo merecidas unas cuantas lágrimas? Jesús.

Jack esperó.

–La boda es muy importante para mí –no puedo creer que lo dudes siquiera. Sinceramente, Jack. Las lágrimas eran auténticas.

Esperó un poco más. Acabaría hablando. Siempre lo hacían.

Cameron se removió bajo el peso de su mirada.

–Vale, de acuerdo. Algunas de las lágrimas eran auténticas –lo miró con cara de fastidio–. Esto se te da realmente bien.

Él sonrió.

–Lo sé –recogió la copa de vino del suelo y se la tendió. Ella lo siguió escaleras abajo y vio

las bolsas de comida sobre la mesa.

–¿Por qué no te sientas mientras lo preparo todo? –dijo Jack–. No me gustaría agotarte en tu actual estado de fragilidad emocional.

Cameron lo observó mientras sacaba los cartones blancos de las bolsas y los depositaba en la mesa, ante ella. Cuando acabó, levantó la mirada.

–Eh... he terminado con la preparación –dijo Jack.

Cameron se echó a reír.

–Wow –tú sí que sabes ganarte a una chica –cogió unos palillos del envase que tenía más cerca, sin parecer particularmente molesta por la falta de presentación.

Al principio, hablaron de la investigación Robards mientras comían.

Luego, cuando empezaron a recoger, Cameron condujo la conversación hacia los tres años que él había pasado en Nebraska –un tema tabú anteriormente para ellos. Consciente de los posibles obstáculos en la conversación, Jack decidió contarle una de sus últimas asignaciones allí –la captura de un ladrón de bancos que la prensa local había bautizado como “el bandido del trasero”, porque el perverso disfrutaba dejando huellas de vaselina de sus partes bajas en los cajeros que robaba por las noches.

Cameron trató de no reírse mientras tiraba los envases vacíos. Falló miserablemente.

–Lo siento. Estoy segura de que fue un caso importante. ¿Cómo atrapasteis al tipo? –empezó a reírse de nuevo–. ¿Hicisteis que los sospechosos se bajaran los pantalones y los pusisteis en la rueda de reconocimiento?

–Ja, ja –dijo Jack, rodeándola para tirar el resto a la basura–.

Pillamos al tipo porque llevaba vaselina en las manos, después de habérsela extendido en el culo durante uno de sus trabajos. Dejó huellas digitales y obtuvimos resultados –había estado en la cárcel por robar una tienda de ultramarinos.

–Ojalá hubiera podido verte hacer el arresto –dijo Cameron, apoyándose contra la encimera y tomando un sorbo de vino.

–Fue el punto álgido de mi carrera –repuso Jack secamente, metiendo las sobras que ella había colocado en un Tupperware en el frigorífico.

Cerró la puerta y la vio observarlo con una expresión repentinamente seria.

–¿Qué pasa? –le preguntó.

–Tengo que contarte una cosa –dijo ella–. Sobre lo que pasó hace tres años... Yo no fui la que te transfirió a Nebraska.

Jack se pasó una mano por la boca mientras lo asimilaba.

–Habla.

Veintiuno

Jack se paseó por la habitación mientras ella hablaba.

Cameron comenzó por el caso Martino, diciéndose que bien podía empezar por el principio. Le habló sobre la decisión de Silas de no procesarlo y sobre su orden de no contarle al FBI, ni a nadie, lo que había decidido.

–Era nueva en la oficina por aquel entonces –no quise correr riesgos –repuso–. Las cosas serían muy distintas si él y youviésemos esa conversación ahora.

Luego le contó todo lo demás: los intentos de Silas de despedirlo, lo de su contacto en el DDJ, su reunión con Davis para informarlo de la situación, incluso su respuesta cuando Davis le había preguntado por qué quería ayudar a Jack.

–Tu traslado a Nebraska no fue un gran resultado, lo sé, pero era mejor que, que te cesaran del servicio por completo –dijo–. Fue lo mejor que pude conseguir, dadas las circunstancias.

Cuando hubo concluido, Jack no dijo nada. Transcurrieron unos segundos y...

Siguió sin decir nada.

Luego, clavó su mirada en ella y atravesó la habitación a grandes zancadas.

Cameron se preparó. Con esa expresión en el semblante, o bien iba a matarla o...

La besó. Enlazando intensa y exigentemente su lengua contra la de ella.

Cuando apartó la boca, ambos estaban sin respiración.

–¿Por qué no me lo contaste hace tres años, antes de que me marchara?

–preguntó.

–Le dijiste a treinta millones de personas que tenía la cabeza en el culo. Es curioso lo mucho que eso la disuade a una de mantener una conversación significativa.

Él sonrió.

–Cierto. ¿Y dónde nos deja eso ahora?

Como si ella tuviera la menor idea.

–Creo que podríamos hablar sobre las normas de nuestra situación actual. Tú viviendo en esta casa. Conmigo.

Jack retrocedió.

–De acuerdo. Reglas. Buena idea –se pasó una mano por el pelo y se apoyó en la encimera junto a ella. Suspiró entrecortadamente y la miró–. Creo que deberíamos hablar sobre tu costumbre de pasearte por ahí con camisetas ajustadas y pantalones de yoga.

–Está bien. Dejaré de hacerlo, siempre que tú te afeites.

Jack se pasó una mano por la mandíbula y sonrió.

–Te pone la barba de dos días, ¿eh?

Vaya que sí.

Su mandíbula se tensó.

–Te advertí acerca de mirarme así.

Cameron advirtió tanto el deseo en sus ojos como su debate interno.

A la mierda.

Recorrió el espacio que los separaba y lo besó. Prescindiendo de los preliminares –lo que a ella le pareció bien–la cogió por el trasero y la levantó. Sin interrumpir el beso, ella le rodeó la cintura con las piernas mientras Jack salía de la cocina y se dirigía hacia las escaleras.

–Es probable que esto sea una mala idea –dijo Cameron, recorriéndole los musculosos brazos y los hombros con las manos, maravillada por la facilidad con que la transportaba.

Jack le mordió provocativamente el labio inferior.

–Entonces, detenme. Dime que no debería liarme contigo porque eres mi testigo.

Cameron enredó los dedos en su espeso pelo oscuro.

–Suená complicado.

Al final de las escaleras, la apoyó contra la pared y le besó el cuello.

–Dime que debería parar –murmuró contra la base de su garganta.

Cameron cerró los ojos y casi soltó un gemido.

–Probablemente deberías.

Se retorció para aproximarse, colocando el duro abultamiento que tenía bajo los vaqueros directamente entre sus muslos.

Jack contuvo el aliento y la llevó al dormitorio.

–Dime que esto es solo alguna especie de síndrome del héroe para ti, porque hoy te he salvado la vida.

–Supongo que es totalmente posible.

La depositó sobre la cama y se arrastró junto a ella. Su voz sonó ronca.

–Dime que no quieres hacerlo, Cameron.

Ella deslizó un dedo sobre el corte de su mejilla.

–Lo siento. No puedo.

Jack la besó y algo pareció desbordarse entre ellos. Cameron alargó la mano hacia la pistolera de su hombro, sin tener la menor idea de cómo se quitaba el maldito chisme. Las manos de Jack la recorrieron por todas partes. Alcanzó el borde de su camiseta, decidido a sacársela por la cabeza.

–Cuidado con los puntos –masculló ella contra su boca.

–Joder –siseó Jack y, repentinamente, rodó para apartarse.

–No –¿A dónde vas? –si la respuesta no era “a por un condón” iban a tener palabras serias. Y muchas iban a ser tacos.

–Te han disparado –dijo él entre jadeos.

–Estoy bien –repuso Cameron, yendo a su encuentro–. Solo es un dos, ¿recuerdas? –Jack le cogió las manos y se las aprisionó contra la cama. Ella lo miró con aprobación–. Así está mejor.

–Dios, Cameron. Acabo de enterarme de que he sido un gilipollas durante los últimos tres años. No hagas que sea un gilipollas esta noche también. Deja que, al menos, haga esto bien. Estás herida, estás hecha polvo –no quiero aprovecharme de eso.

Cameron lo miró.

–Bonito momento para empezar a ser agradable otra vez. Creía que habíamos hablado sobre eso.

–Créeme –no es más fácil para mí –Jack saltó de la cama–. De todas formas, necesitas descansar esta noche. Y si no me voy ahora, descansar es lo último que harás –le tendió las manos y la ayudó a levantarse.

Cameron salió de la cama y lo siguió hasta la puerta. Él se detuvo un momento en el umbral, observándola. Estaba despeinado y sus ojos eran de un cálido tono chocolate. De haber estado en la cama, solo que Cameron se había perdido esa maldita parte.

Se apoyó contra el marco, junto a él.

–¿Sabes? Probablemente mañana te agradezca que hayas sido un caballero.

–¿Pero ahora?

–Ahora mismo, mis sentimientos hacia ti son muchos menos agradables.

Jack sonrió.

–Ya estoy acostumbrado a eso –se giró y avanzó por el pasillo hacia la habitación de invitados. Se detuvo antes de entrar–. Por cierto, hay una sudadera de hombre en mi armario.

–¿Blanca, de los Sox? –preguntó Cameron.

–Sí.

–Es de Collin. Debió dejársela una de las noches que se quedó a dormir.

–¿Estás segura de que solo sois amigos? –preguntó Jack con suspicacia.

Cameron se echó a reír.

–Sí.

–¿Y estás segura de que es gay?

–Absolutamente.

Jack asintió, por lo visto satisfecho.

–Buenas noches, Cameron.

Fue la última vez que lo vio esa noche.

Jack se puso unos pantalones de correr y una camiseta, y se dejó la pistola amarrada a la pantorrilla. Se detuvo en el umbral, escuchando los sonidos procedentes de la puerta de al lado, donde Cameron se preparaba para acostarse. Sin prisas, emprendió su propia rutina y luego comprobó la BlackBerry por si había e-mails de la oficina. Al terminar con eso, colocó un par de almohadas en el cabecero de la cama y se tumbó, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Pensó en abrir el libro que había traído pero no tenía la cabeza, precisamente despejada.

Una vez dejaron de oírse ruidos, esperó media hora, solo para asegurarse.

Se levantó y salió al pasillo. Entró silenciosamente en la habitación de Cameron, deteniéndose en el umbral para escuchar el suave y regular ritmo de su respiración. Satisfecho de que estuviese dormida, se dirigió a la esquina de la habitación y se sentó en el suelo, junto a las puertas reparadas que conducían al balcón y a la escalera de incendios. Apoyó la cabeza contra la pared.

Sentado en la oscuridad, observó.

Sabía que el sueño acabaría vencéndolo –ciertamente, había dormido en sitios más incómodos–pero sería un sueño ligero y poco profundo.

Estaría listo al instante, de ser necesario.

Que Dios ayudase al hombre que intentara pasar por allí.

Veintidós

Cameron se despertó desorientada esa mañana. Le llevó un momento sacudirse las pesadillas y convencerse de que eran simplemente eso.

Se incorporó, tratando de captar ruidos extraños en la casa. No oyó nada pero, en realidad, nunca había oído a Jack a menos que el quisiese que lo oyera. Por una milésima de segundo se preguntó si debería preocuparse por él, hasta que se dio cuenta de que (a) era Jack, y (b) si a él le había pasado algo, no debería estar sentada en la cama preguntándose nada, esperando a que la mataran y esas cosas.

Sintiéndose rara al permanecer en la cama, mientras él estaba despierto en alguna parte de la casa, Cameron se levantó y se dirigió al cuarto de baño. Se lavó los dientes y abrió el grifo de la ducha, dejando que se calentara el agua mientras se desvestía. El hombro herido emitió pequeños gritos de protesta cuando elevó el brazo por encima de la cabeza para desprenderse de la camiseta. Se quitó el vendaje y comprobó en el espejo que todo parecía ir bien.

Fue una tarea complicada tratar de ducharse y lavarse el pelo intentando mantener los puntos lo más secos posibles. Por prescripción médica, se suponía que debía evitar mojarlos las primeras veinticuatro horas. Ciertamente le habría venido bien un poco de ayuda en la ducha –algo que habría sido posible si cierto individuo no hubiese decidido que era el momento de comportarse como un caballero.

A esto, siguieron unas cuantas quejas más acerca de Jack.

Tras la ducha, se maquilló rápidamente antes de bajar las escaleras.

Dejó que el pelo se le secara libremente, sin tomarse muchas molestias con él, ya que tendría que volver a arreglárselo para la cena de ensayo de Amy. Entró en la cocina y encontró a Jack sentado a la mesa, trabajando.

Él apartó la mirada de su ordenador.

–Buenos días.

Volvió a mirarla. Más detenidamente ahora. Se había “olvidado” de ponerse sujetador esa mañana. Vaya por Dios.

–¿Me estás tomando el pelo? –preguntó.

–Aguántate. Ya ha sido bastante duro tener que quitarme todo el acondicionador del pelo,

colega.

Jack lo rumió por un momento.

–No. Ni idea de lo que significa.

Lo suponía. Advirtió que había una jarra de café recién hecho esperándola. Suspiró. Aquel hombre era imposible –hacía que fuese más y más difícil seguir irritable con él. Y solía dársele tan bien...

Cogió una taza de Michigan de un armario y se sirvió un café. Tomó un sorbo del delicioso brebaje caliente y, lentamente, volvió a sentirse humana.

–Pareces ocupado.

–Se nos presenta un día intenso –dijo Jack.

Llevaba una camiseta gris de manga corta, vaqueros y el pelo húmedo, y estaba guapísimo y demasiado alerta. Cameron supuso que debía haber dormido lo bastante bien en la habitación de invitados.

Jack frunció el ceño, frente al ordenador.

–La conexión a Internet es muy mala.

Cameron se acercó a la mesa y se sentó a su lado.

–Nunca antes había tenido problemas –mientras le echaba un vistazo al ordenador, captó la cicatriz de su brazo –en manga corta era difícil pasarla por alto; dentada, fea y de varios centímetros de largo. Tras leer los archivos de la captura de Jack, sabía que tenía otra cicatriz al otro lado del brazo, por donde había salido el cuchillo que se lo había atravesado.

No dijo nada al respecto, procurando no hacerlo sentir incómodo.

–No es bonita, ¿verdad?

Cameron se reprendió mentalmente a si misma por ser tan poco sutil.

Como siempre, Jack lo captaba todo.

–No consigo imaginarme lo que debió doler –alzó la vista y se encontró con Jack observándola.

–Un poco más que un dos –él esquivó el tema–. Tenemos unas cinco horas de viaje, lo que significa que tendremos que ponernos en marcha como muy tarde a las once para que

llegues a tiempo al ensayo.

–Tengo que llamar a Collin –dijo Cameron, recordándolo de pronto–.

Cuando Richard lo dejó, decidimos ir juntos.

–Ya he hablado con Collin –llamó hace un rato para ver cómo te encontrabas. Va a ir hasta allí en su coche.

–¿Has contestado mi teléfono?

Jack pareció encontrar la pregunta divertida.

–¿Algún problema?

–Pareces estar a tus anchas, encargándote de todo esta mañana.

–Tal vez deberíamos dejar las cosas claras. No importa lo que pasara anoche...

–Oh, pero anoche no pasó nada, ¿recuerdas?

–...cuando tiene que ver con tu seguridad, esto es como cualquier otra asignación de vigilancia. Lo que significa que estoy al mando el fin de semana entero y todo el tiempo que nos lleve atrapar a ese tipo –dando el tema por zanjado, cogió un taco de Post-It rosas de la mesa–.

Vale –también he hablado con tu amiga Amy sobre la boda.

Cameron le echó un vistazo al reloj del horno.

–¿También? Solo son las ocho y media.

–Busqué el número en la agenda de tu móvil. Tenía que pedirle que me mandara la lista de invitados por e-mail. El equipo del FBI que se va a reunir en el hotel con nosotros se asegurará de restringir el acceso a cualquiera que no esté en la lista.

–Apuesto a que Amy se sintió emocionada por eso.

–En realidad, sí –dijo que haría que la boda pareciese “ultra-exclusiva” –Jack revisó sus notas en los Post-It–. Tenía unos cuantos mensajes para ti, que me pidió que te transmitiese palabra por palabra. Primero, dijo que no te olvides de las joyas de dama de honor principal que te dio, porque ya sabes el tiempo que le costó encontrarlas y lo importante que es que destaque entre las demás damas de honor. Segundo, pidió que borraras todas las referencias al consumo de alcohol en la universidad que había en el borrador de tu discurso que le enviaste la semana pasada. Tercero, dijo que no debías

pensar que los mensajes sobre las joyas y el discurso significan que no está muy, muy preocupada por lo que te pasó anoche y que no está emocionadísima porque, aún así, vayas a seguir yendo a la boda. Por último, preguntó si te importaría fingir que soy tu acompañante para la boda, porque no quiere que el resto de invitados piense que el FBI te protege porque eres una especie de miembro–de–la–mafia–convertida–en–soplona –Jack dejó el taco sobre la mesa–. Le dije que estábamos de acuerdo con la última petición.

La petición de que fingiesen ser pareja.

–Entonces, ¿ahora somos “nosotros”?

Él sonrió.

–Por lo menos, este fin de semana sí, cariño. No debería ser difícil dar el pego, teniendo en cuenta que nos instalaremos en la misma habitación del hotel.

Ay, Dios.

El trayecto de cinco horas en coche transcurrió rápidamente.

Todo había cambiado, desde que Jack había descubierto la verdad sobre lo ocurrido hacía tres años. Le había hecho un montón de preguntas, deseando descubrir más cosas sobre Cameron. También, porque necesitaba mantener la mente alejada de lo increíble que estaba con los vaqueros ajustados, metidos, a la altura de las rodillas, en unas botas de motar de ante marrones, y un suéter color marfil con cuello en V.

Definitivamente, su indumentaria era un peligro para la conducción –en la primera pausa de la conversación había empezado a pensar en ella desnuda, a excepción de esas botas, montándolo, y había estado a punto de estrellarse contra la mediana de la autopista.

Hacia mitad del trayecto, por fin habían tratado un tema por el que Jack sentía mucha curiosidad. Había estado tratando de dar con una forma sutil de introducirlo en la conversación, cuando ella lo planteó de golpe.

–¿Por qué me preguntaste si había estado casada?

Jack escogió cuidadosamente sus palabras.

–Tu casa parece demasiado grande para una persona. Pensé que quizá había vivido alguien más allí contigo.

Ella estiró las piernas, acomodándose.

Jack mantuvo la mirada en la carretera, evitando esas peligrosas botas. Más o menos.

–Te mueres por saber cómo he podido permitírmela, ¿verdad? –preguntó Cameron, divertida.

–Dado que te acusé de aceptar sobornos la última vez que tratamos tus finanzas, estás en todo tu derecho de decirme que no es asunto mío.

Pero me encantaría oírlo, si sintieses la inclinación de compartir esa información en concreto.

Cameron se rió.

–Serías un buen abogado, con respuestas como esa. No es nada escandaloso. La heredé. Mi abuela vivió en esa casa durante años –de hecho, es la casa donde creció mi padre. Mi padre era hijo único, así que la casa debería haber pasado a él cuando falleciera mi abuela.

Pero murió antes que ella, y como mis padres llevaban años divorciados, pasó a mí, como única heredera de mi padre. Al principio, pensé en venderla pero no me pareció correcto. La muerte de mi abuela fue algo inesperado... sencillamente se rindió, después de que mi padre fuera asesinado. Después de perderlos a ambos en tan poco tiempo, no pude soportar la idea de deshacerme de la casa. Pensé que a ellos les habría gustado que la conservase.

Jack la miró, tratando de decidir si habían llegado a ese punto de la relación que le permitía formular la siguiente pregunta. Considerando todo lo que había sucedido durante las últimas tres horas, pensó que sí.

–¿Cómo murió tu padre?

Cameron hizo una pausa y, por un momento, creyó que no iba a responder.

–Era policía, aquí en Chicago. Lo mataron hace cuatro años estando de servicio. Él y su compañero respondieron al aviso de un altercado doméstico en un edificio de apartamentos –un vecino llamó para quejarse. Nadie les abrió la puerta pero oyeron a una mujer gritando en el interior, así que mi padre y su compañero fueron en busca del casero para que les abriera. Una vez dentro, encontraron droga por todas partes y se dieron cuenta de que aquello no era un altercado doméstico y, de pronto, una mujer drogada empezó a gritar que los distribuidores estaban tratando de engañarla. En cuanto los distribuidores –había dos sentados a la mesa de la cocina–vieron a mi padre y a su compañero, empezaron a disparar. El compañero de mi padre fue herido en una pierna y el casero recibió un disparo en el hombro.

Mi padre siguió a uno de los delincuentes hasta una habitación donde un tercer tipo estaba intentado escapar por la ventana. Le entró el pánico y le disparó a mi padre en el pecho y en el estómago.

Jack solo podía imaginar el dolor que debía haberle producido.

–Joder, Cameron... lo siento –hizo cálculos mentales y pronto llegó a una conclusión–. Hace cuatro años. Es cuando te uniste a la oficina del fiscal.

–Ojalá pudiera decirte que lo primero que hice como fiscal fue encerrar al cabrón que mató a mi padre. Aunque nunca me habrían permitido llevar ese caso.

–¿Pillaron al tipo?

Asintió.

–Se declaró culpable de homicidio en un tribunal estatal. Fue rápido, sin repercusiones. Muy... insatisfactorio.

–Pero ahora encierras a otros cabrones de por vida.

–Eso es más satisfactorio.

Permanecieron en silencio unos segundos.

–Me asombras, Cameron.

Eso le arrancó una ligera sonrisa.

–Un gran halago, procedente de alguien que sabe matar a la gente con un clip y esas cosas.

Jack la miró sorprendido.

–¿Te has enterado de lo de los clips? –se restregó la barbilla–. Hmm...

Es algo exagerado. Incluso tratándose de mí.

Cameron lo miró, estupefacta.

–Es broma –más o menos. Tal vez sí con grapas pero no con clips–.

Hablando de tu trabajo –y del mío–hay algo más que me gustaría preguntarte. Algo que salió durante la reunión en el despacho de Davis. Mencionaste que Silas está al corriente de tu conexión con el caso Robards.

–Davis también pareció interesado en eso.

–Sigo pensando en la forma en que Silas te ordenó que abandonaras el caso Martino hace tres años. Las cosas eran de una forma mientras pensé que tú, la encargada de revisar todos

los archivos de la investigación, habías tomado la decisión de que no había suficientes pruebas para llevar el caso adelante. Pero ahora que sé que Silas te presionó para que no presentases cargos, el asunto me deja un mal sabor de boca. No me fío de él.

Cameron lo consideró. Jack observó que estaba contemplando mentalmente las posibilidades.

–Tenemos que tener mucho cuidado con eso –dijo–. Silas es un fiscal de los EEUU. No podemos empezar a lanzar acusaciones contra él solo porque tenemos un mal presentimiento. Sabes mejor que nadie lo vengativo que puede llegar a ser.

–Solo quiero que pienses en ello. Tienes que tener cuidado con Silas.

Y el hecho de que vaya a ir contigo al trabajo el lunes es perfecto –me dará la oportunidad de vigilar a ese hijo de puta. Si se le ocurre hacer algo más que mirarte mal, podría pedirte prestada esa idea del clip.

Cameron volvió la cabeza hacia él.

–Eso suena amenazador.

–Ahora que sé que fue él, el que me jodió hace tres años, mis sentimientos por Silas, empleando tus propias palabras, son mucho menos agradables.

–Por el bien de los dos, espero que seas capaz de controlarte.

Jack apartó la vista de la carretera y la miró.

–En todos los años que he pasado en la Marina y en el FBI solo ha habido una persona junto a la que he tenido problemas para controlarme.

Ella sonrió al escucharlo pero no dijo nada. Se reclinó en el asiento, cruzando una de las piernas enfundadas en aquellas peligrosas botas sobre la otra. Jack luchó contra las imágenes que lo asaltaron de Cameron a horcajadas sobre él.

–Eres consciente de que estás conduciendo de lado, ¿verdad?

–Gracias por señalarlo, Cameron.

Veintitrés

Siguiendo órdenes de Jack, accedieron al complejo Grand Traverse por una entrada trasera y fueron escoltados inmediatamente al despacho del gerente. Cameron nunca había estado en el complejo pero no tardó en darse cuenta de por qué estaba tan impresionada Amy con él: con una decoración de lujo, más de seiscientas habitaciones, una playa preciosa, vistas espectaculares y servicio completo de spa, la propiedad era realmente grandiosa en todos los sentidos de la palabra.

Incluso Jack, que había dicho que la trasladaría a otro hotel si no estaba satisfecho al cien por ciento con la seguridad del complejo, pareció encontrarlo aceptable.

–Servirá –dijo en respuesta a su pregunta silenciosa, mientras recorrían el pasillo de mármol blanco y madera de cerezo.

Jack había hablado por teléfono con el gerente y le había explicado la situación en términos generales, sin entrar en detalles. Una vez en el despacho, pidió un plano de los terrenos del hotel, que se guardó, y enfatizó un punto básico: nadie, aparte de ellos tres, debía conocer la ubicación de la habitación de Cameron. Pidió una sala de conferencias privada donde pudiese reunirse con el jefe de seguridad del hotel, que él y los dos agentes procedentes de Detroit emplearían además como espacio de trabajo durante el fin de semana.

Luego le preguntó al gerente si los invitados a la boda habían sido instalados en un determinado bloque de habitaciones.

–Sí, la propia novia lo reservó –dijo el gerente–. Todos los invitados de la boda se hospedarán ahí.

–Perfecto. Borre la reserva de Cameron y regístrenos en una habitación nueva a nombre de David Warner. Pónganos en la Torre –dijo Jack, refiriéndose al edificio de diecisiete plantas situado junto al hotel.

–¿David Warner? –preguntó Cameron cuando el gerente los dejó para ir en busca de la llave de su habitación.

–Un viejo alias –dijo Jack.

–Oh... un alias. ¿Y en qué me convierte eso a mí?

–Durante el fin de semana, te convierte en la señora de David Warner.

–Hmm. No estoy segura de ser de las que adoptan el apellido de su marido. Tengo dudas al

respecto.

–Durante los próximos dos días, tendrás que serlo.

–Vaya. El señor David Warner parece un poco mandón.

El gerente asomó la cabeza en el interior del despacho.

–Disculpen –olvidé mencionarlo: las instalaciones de la Torre son habitaciones estándar, no suites. ¿Deduzco que prefieren dos camas medianas en lugar de una de matrimonio?

Cameron y Jack se miraron. Ninguno de los dos habló.

El gerente se removió inquieto en el umbral.

–Siempre puedo devolverlos al hotel, si necesitan más comodidades.

Jack sacudió la cabeza.

–No. Quiero que permanezcamos alejados del resto de los invitados a la boda y el edificio es más seguro. Sin balcones ni ventanas accesibles desde el exterior. Con una única entrada a la habitación.

–Nos quedaremos con las camas medianas –le dijo Cameron al gerente, pensando que era la opción más segura.

Él asintió.

–Excelente –y se volvió a marchar.

Veinte minutos después, cuando empezaron a instalarse, Cameron se dio cuenta de que la decisión una–frente–a–dos–camas carecía de importancia. Conclusión: Jack y ella compartían habitación de hotel. Y

ella había pensado que vivir en una casa de cuatrocientos cincuenta metros cuadrados resultaría demasiado íntimo.

Lo observó desde el umbral mientras Jack comprobaba el armario y el cuarto de baño. Cuando acabó, se volvió.

–¿Y bien? ¿En qué cama será?

–¿Perdona?

Él se rió al ver su expresión.

–¿Cuál quieres? Pondré tu maleta en ella para que puedas deshacerla.

–Oh, me quedaré la que está más apartada de la puerta.

–Buena respuesta.

Cameron lo estudió mientras depositaba la maleta sobre la cama y luego arrojaba su bolsa de lona sobre la que estaba más cerca de la puerta.

De pronto se sintió... inquieta. Hasta el momento, cada vez que Jack y ella habían tenido contacto físico había sido bajo extrañas e impulsivas circunstancias. Pero al mirar esas dos camas fue consciente de todas esas cosas que una mujer soltera en la treintena tiende a pesar cuando comparte habitación de hotel con el hombre por el que se siente atraída y que parece sentirse muy atraído por ella, pero con quien aún no se ha acostado.

Pese a todo su descaro y su bravuconería, se estaba enamorando de Jack. Ayer mismo – Dios, ¿en serio era simplemente ayer?– le había dicho a Collin que todo lo que había entre Jack y ella era una conexión física. Ciertamente, se había estado engañando a sí misma. Y

habían pasado un montón de cosas desde entonces. Pero nunca había querido estar equivocándose con algo como en ese momento.

Confiaba en Jack con su vida. La cuestión, supuso, es si podría confiar en él con el corazón.

Observó a Jack mientras metía varios calcetines plegados en el cajón de su mesita de noche. Se había quitado la americana, exponiendo la pistolera, y en ese instante tenía aspecto de Agente Especial Extra Peligroso. Pero el simple hecho de meter los calcetines en el cajón, lo hacía parecer otro hombre.

–¿Estás bien? –le preguntó, viendo que seguía inmóvil en el umbral.

Ella sonrió.

–Sí, claro –se acercó y se situó entre las dos camas, inspeccionando la escena–. Esto me recuerda a los Muros de Jericó.

–¿La... historia de la Biblia?

Cameron se rió.

–No, de Sucedió una noche.

–Sigo sin pillarlo. ¿Qué sucedió una noche?

–Ya sabes, la película. Sucedió una noche –lo vio sacudir la cabeza–.

¿En serio? Deberías verla –es un clásico. Clark Gable and Claudette Colbert están de viaje y se detienen para pasar la noche en un hotel.

No están casados pero tienen que fingirlo así que, para actuar con propiedad, Clark Gable coloca una cuerda en mitad de la habitación y cuelga una manta de ella. La llama los Muros de Jericó.

Jack se tumbó sobre la cama, colocándose las manos bajo la cabeza. Por supuesto, siendo un hombre, ya había acabado de deshacer el equipaje mientras que ella apenas había comenzado.

–¿Y qué pasa en la película, después de que él construye los Muros de Jericó? –preguntó.

–La cosa se pone interesante a partir de ahí. Clark Gable le pregunta a Claudette Colbert si le interesa aprender cómo se desnuda un hombre.

Y luego se quita la ropa ante ella.

–Suenan a comedia romántica. Me juego lo que quieras a que Wilkins la ha visto diez veces.

–Pues bien por él. Creo que la mayoría de los hombres aprenderían un par de cosas de las comedias románticas.

–Como, ¿qué?

–Como qué piensas las mujeres. Qué les pone.

–Si quisiera saber qué está pensando una mujer le preguntaría –las comisuras de la boca de Jack se alzaron en una pícaro sonrisa–. Y si quisiera saber qué le pone... bueno, también se lo preguntaría.

–Hmm –rezongó Cameron camino del baño. Aquel hombre era imposible –tan razonable y demás. Sacó la pasta de dientes, el cepillo, el champú y el acondicionador y los colocó en un lado del tocador de mármol, como sugiriendo que eran los cuatro únicos productos que iba a necesitar en todo el fin de semana. Eh –él era un hombre. No tenía por qué enterarse de todo el ritual que se desarrollaba tras la puerta. Ni de la existencia de los otros catorce frascos que llevaba en la maleta.

Cuando salió del baño, vio a Jack junto a la ventana que ocupaba toda una pared de la habitación. Le hizo una seña.

–Ven un segundo.

Ella se acercó. La sorprendió rodeándola con los brazos, con la espalda apoyada contra su

pecho, para que mirara por la ventana con él. Su habitación daba a unas colinas vibrantemente coloreadas por el otoño, repletas de árboles frutales, y a la bahía del East Grand Traverse.

–Me gustan las vistas –le dijo al oído con voz ronca.

Cameron apoyó la cabeza en su pecho –se hacía raro disfrutar de un momento de tranquilidad con Jack, en contraste con el caos que había dominado sus vidas durante las últimas dos semanas. Lo hizo tensar los brazos entorno a ella.

–A mí también.

Amy había reservado la sala Aerie, situada en la planta dieciséis de la Torre, para la cena posterior al ensayo. Un breve y conveniente trayecto en ascensor para Cameron y Jack. Para Cameron, sin embargo, no fue tan conveniente que las primas la acorralaran junto a los grandes ventanales con vistas a la bahía, deseosas de jugar a las Veinte Preguntas sobre Jack. Reconociéndolo de la despedida, habían estado detrás de ella desde que apareciera en el ensayo con él.

Cameron se sintió aliviada al sentir una mano en el codo y escuchar una voz familiar a su izquierda.

–Siento interrumpir, señoras. Pero necesito robaros a Cameron unos minutos.

–Por favor, tómate te tu tiempo –le susurró a Collin mientras se dirigían al otro lado de la sala.

Lo saludó oficialmente con un beso en la mejilla. Collin había asistido al ensayo, puesto que Amy le había pedido que hiciera una lectura en la boda. Pero había estado ocupada con otras tareas de las damas de honor y no había tenido ocasión de hablar con él.

–Quería habértelo dicho en el ensayo: estás guapísimo esta noche. Me encantan la chaqueta azul marino y la corbata –le dijo, tirando suavemente de él.

–Richard me las regaló por Navidad –repuso Collin.

Cameron vio el dolor en sus ojos y advirtió lo raro que era que lo mostrara.

–¿Estás bien?

Él asintió.

–Solo... planteándome algunas cosas. Un hombre gay en la treintena. Sin acompañante. El sujeta velas en la boda de su amiga. Esa clase de mierda –enlazó su mirada–. Y aparte de

eso, lo echo de menos.

–Richard es un idita –dijo Cameron–. Y tú no eres un sujeta velas.

Técnicamente, yo solo tengo un falso acompañante en esta boda.

Collin hizo una mueca.

–Con tu aspecto, no será así por mucho tiempo.

Examinó el vestido de cocktail color caramelo y los zapatos de tacón alto. El hombro había empezado a molestarle a mitad de peinarse, así que se había hecho un moño y había resaltado el maquillaje ahumado de sus ojos.

–Me sorprende que Pallas te dejara salir de la habitación –dijo–. Por lo menos, sin llegar una hora tarde al ensayo.

–¿Y exponerme a la ira de Amy? Ni loco –esa mujer me asusta incluso a mí –replicó Jack a su espalda.

Al reunirse con ellos, Jack posó momentáneamente la mano en la parte de baja de su espalda. Cameron se volvió hacia la fiesta, para que nadie lo notara, pero su cuerpo se calentó con ese sencillo contacto.

–Pensé que te apetecería una copa –le tendió un vaso de vino tinto.

Cameron sonrió –en parte porque había tenido intención de acercarse a la barra veinte minutos antes de ser acorralada por las primas y en parte porque no pudo pasar por alto lo sexy que estaba con la americana gris y la camisa sin corbata.

–Gracias –repuso.

Jack se inclinó y, por un segundo, Cameron pensó que iba a besarla.

–No me dijiste que la boda era en el exterior –le dijo en voz baja.

–No lo pensé. Por lo que Amy me contó sobre los preparativos, ni se me ocurrió considerar una boda en el exterior. ¿Será un problema? –lo último que quería era hacer que su trabajo resultara aún más difícil.

–Te prometí que te traería a la boda. Me las arreglaré –de espaldas al resto de invitados, Jack enlazó los dedos con los de ella, atrayéndola un poco más para que nadie pudiera oírlo–. ¿Sabes? Collin tiene razón.

Corres un gran peligro con el aspecto que tienes esta noche, Cameron Lynde –le acarició

los dedos con el pulgar antes de irse.

Cameron observó a Jack mientras se dirigía hacia la mesa junto a la puerta, donde estaban sentados los dos agentes de Detroit. Bebió un sorbo de vino y se tomó su tiempo para disfrutar mirándolo.

Le había traído una copa y alabado su aspecto. Ese falso acompañante suyo estaba empezando a parecer más real a cada minuto.

Se volvió hacia Collin.

–Esto significa que soy la persona más estúpida del mundo, ¿verdad?

Que me sienta excitada y feliz mientras hay un psicópata asesino persiguiéndome.

Collin bajó la mirada hacia ella.

–Creo que sabes lo que significa.

Entrechocó su copa con la de ella.

Esa noche, más tarde, Jack se sentó en la cama con la almohada bajo la espalda mientras hablaba por teléfono. Había llamado a Wilkins para ver si había novedades en la investigación, con la esperanza de que hubiera obtenido algo de alguno de los policías con los que su compañero había estado hablado. Por desgracia, ninguno parecía haber filtrado información sobre la relación de Cameron con el caso.

–¿Qué tal va tu fin de semana? –preguntó Wilkins–. ¿Te estás divirtiendo?

Por supuesto, Cameron escogió ese momento para asomar la cabeza desde el baño.

–Eh –¿Hay algún truco para obtener agua caliente en este sitio?

–Tienes que dejarla correr unos cinco minutos.

Jack regresó a su conversación.

–Estás compartiendo habitación con ella, ¿eh? –preguntó Wilkins.

Jack pensó en el aspecto de Cameron con ese vestido color caramelo.

Nunca la había visto con el pelo así antes, ni con esa cosa sofocante que había hecho con el delineador de ojos. Estaba sofisticada e increíblemente follable y, como resultado, él se había pasado toda la noche a media asta. Luego, había pasado a modo izar bandera cuando la había visto comerse esa cereza de marrasquino de la bebida de Collin.

Gracias a Dios que se encontraba detrás de una mesa en ese instante.

Terminó la conversación antes de que Wilkins empezara a preguntarle esas cosas que le gustaba preguntar, cosas que Jack no tenía intención de responder. Para empezar, era una persona reservada y, cuando se trataba de Cameron, todavía lo era más. Dejó el móvil y apoyó la cabeza contra el cabecero.

Sabía lo que tenía que hacer. Lo mataba pero lo sabía.

Cogió el ordenador y trató de distraerse con el trabajo. No tenía mucha esperanza de que funcionara, lo que suponía un problema.

Cameron terminó en el baño y salió. Lo primero que Jack advirtió fue su indumentaria.

Frunció el ceño.

—¿No tienes algo un poco menos escaso?

Cameron bajó la mirada hacia su atuendo para dormir, uno de esos chándales de terciopelo.

—Llevo pantalones, una camiseta y una sudadera con cremallera.

Jack gruñó su descontento.

Cameron se acercó al lado de la cama que estaba más próximo a él.

—Alguien está un poco irritable.

Sí, alguien lo estaba. Porque ese alguien estaba tratando de hacer las cosas bien pese a que, por lo visto, otro alguien trataba de torturarlo —joder, se estaba inclinando en la cama frente a él para ahuecar las almohadas y esos pantalones de terciopelo se estaban tensando sobre su asombroso trasero, que encajaría perfectamente en sus manos mientras le lamía...

—De acuerdo. Fuera luces. Tenemos un día muy duro por delante —Jack apagó la lamparilla de noche y lo último que vio fue la desconcertada expresión de Cameron antes de que la habitación se oscureciera. No le importó. Si tenía que seguir mirándola en ese momento, estaría acabado.

—Supongo que eso significa que vamos a dormir ya —en la oscuridad, ella sonó divertida.

Jack se debatió respecto a su siguiente movimiento. Se levantó de la cama y se acercó a la de ella. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, la vio bajo las mantas, iluminada por la luna. Se sentó en la cama a su lado.

—Estoy tratando de mantenerme centrado, Cameron. Mi prioridad este fin de semana es

mantenerme a salvo.

–Claro –solo bromeaba, Jack.

–Necesito mantenerme alerta mañana, especialmente ahora que sé que la boda se va a celebrar en el exterior. Eso cambia el juego –ahora más que nunca, no puede permitirme una distracción.

–Lo entiendo. De verdad, no hace falta que digas nada más.

Bajo la luz de la luna, sus ojos brillaron como las piedras de un arroyo. Incapaz de resistirlo, alargó una mano y tocó su largo pelo oscuro extendido sobre la almohada.

–Creo que me alegraré cuando acabe la boda.

La vio sonreír.

–Tú y casi todas las personas que han estado en contacto con Amy durante los últimos ocho meses.

–Bien –me alegro de que pensemos igual –Jack le subió la manta por los hombros–. Ahora –pase lo que pase–mantente bajo las sábanas. Piensa en esto como en una versión de los Muros de Jericó del siglo veintiuno.

Ella lo miró confundida.

–De acuerdo...

–Prométemelo, Cameron. Pase lo que pase.

–Lo prometo. Pero, ¿por qué?

–Porque voy a darte un beso de buenas noches –con eso, se inclinó y le capturó la boca con la suya. Cameron enroscó los dedos en su pelo y le devolvió el beso, enlazando hambrientamente su lengua con la de ella.

Lo siguiente que supo Jack fue que estaba en la cama, con ella debajo.

Bajo las mantas, Cameron abrió las piernas y él se hundió entre ellas con avidez. Estaba duro como una piedra y palpitante al encontrarse tan cerca de ella, y cuando Cameron arqueó las caderas contra él, casi perdió el control.

–Vas a echarme a perder como agente –murmuró con voz ronca–. Una vez esté dentro de ti, no seré capaz de pensar en nada más que en hacerlo una y otra vez –puso las manos sobre el borde de las mantas. Las balas no lo habrían detenido y aquello era una manta–. Voy a

hacértelo pasar jodidamente bien... –le besó el cuello, la garganta, deseando descender, deseando probarla por todas partes.

Cameron soltó el aire entrecortadamente.

–No estás jugando limpio –pero no apartó las sábanas.

Jack enterró la cara en la almohada, luchando por recuperar el control. Se levantó de la cama y cogió su pistola de la mesita de noche.

Se la tendió.

–Toma.

Ella abrió los ojos con una mezcla de sorpresa y diversión.

–Vale, si necesitas que te dispare para permanecer lejos de mí, creo que deberíamos tirar la toalla y mandar la boda a la mierda.

–No es para mí. Quiero que estés pendiente de la puerta durante los próximos cinco minutos. Voy a darme una ducha fría.

Veinticuatro

–¿Ya te has acostado con él?

Cameron echó un vistazo por el salón.

–Quizá deberías decirlo un poco más alto, Ame. No estoy segura de que te haya podido oír todo el mundo con el ruido de los secadores.

Por suerte, Jack estaba esperando fuera, evitándole al menos la vergüenza de escuchar el comentario de su amiga. Al llegar, había revisado el área completa del spa y del salón de belleza y, luego, se había situado junto a la puerta, que constituía la única vía de entrada y salida.

Amy y Cameron estaban sentadas juntas, mientras les daban los últimos retoques en el maquillaje.

–Hay unas cuantas cosas que se interponen entre nosotros –señaló Cameron–. Como la cuestión sin importancia de que me asaltara un hombre armado en mi casa.

Amy pareció inmediatamente arrepentida.

–Tienes razón –ha sido una tontería por mi parte. Tienes cosas mucho más importantes de las que preocuparte que mi boda.

Cameron y Amy intercambiaron una mirada a través del espejo.

–Wow. Me he asustado incluso a mí misma –sonrió Amy–. Bueno, por suerte, solo tendrás que seguir aguantándome unas horas. Apuesto a que no puedes esperar a que todo acabe.

–No seas tonta –no querría estar en ninguna otra parte este fin de semana. Incluso aunque hayas sido un auténtico grano en el culo.

Amy se echó a reír y se enjugó los ojos.

–Para. Vas a hacerme llorar con toda esa sensiblería.

La maquilladora que estaba aplicando el colorete de Amy replicó con severidad.

–No te toques los ojos. Este es uno de mis mejores trabajos.

La estilista de cabello púrpura, multi-tatuada y llena de piercings que estaba maquillando a Cameron intervino, impartiendo sus propias órdenes.

–Mira hacia abajo.

Cameron obedeció, tratando de no parpadear, mientras la mujer le administraba una segunda capa de máscara en las pestañas.

–Es resistente al agua, ¿verdad? –oyó que le preguntaba Amy a la maquilladora.

–Por supuesto –le aseguró ella.

–Ya puede mirar hacia arriba –dijo pelo púrpura cuando hubo acabado.

Cameron volvió a mirar a Amy a través del espejo.

–Además, suelo cumplir la norma de no acostarme con un tipo hasta que hemos tenido alguna cita.

–Creo que puedes saltarte esa parte cuando él te ha salvado la vida.

–Pidió comida para llevar la otra noche aunque creo que fue el FBI el que pagó la cuenta. ¿Crees que cuenta?

Pelo púrpura dejó de administrar colorete sobre las mejillas de Cameron.

–Un momento. ¿Estás hablando del tío moreno con el que has venido? ¿El que me registró antes de que empezara a maquillarte?

Cameron hizo una mueca.

–Lo siento.

–En absoluto –ha sido el momento más destacado del mes –pelo púrpura le lanzó una mirada de incredulidad–. ¿Ese es el tío al que le estás dando largas? Cariño, tienes que coger a ese semental y montarlo como una vaquera.

–Yo... no te conozco mucho pero... gracias por el consejo.

Pelo púrpura le hizo un guiño.

–Va incluido en el maquillaje. ¿Qué te parece?

Cameron se contempló en el espejo. Le habían dejado el pelo suelto, ondulado y con mucho más volumen del que ella habría podido lograr.

Y el maquillaje, que le había parecido algo excesivo, era perfecto.

Hacía que los labios pareciesen más llenos, los pómulos más definidos y le aportaba brillo a sus ojos.

–Está bien.

Amy resopló.

–¿Bien? Venga ya –situó su silla detrás de Cameron y la miró, con su estrafalario aunque elegante aspecto, con el elaborado recogido bajo el velo, los vaqueros y una camisa blanca. Luego la rodeó con los brazos–. Tienes suerte de que te quiera lo suficiente como para dejarte estar tan guapa el día de mi boda.

–Tú estás preciosa, Ame –sin exageración –quitando los vaqueros y la camisa, Amy era la imagen de una bella hada rubia de cuento–. Aaron se va a caer de culo cuando te vea avanzar por el pasillo.

–Más le vale que no. Quedaría horrible en el vídeo.

Las dos mujeres se rieron y Amy inhaló con nerviosismo.

–¿Y bien? ¿Quieres ayudarme a ponerme el vestido?

Cameron asintió.

–Por supuesto.

–¿Qué hacen aquí los agentes O'Donnell y Rawlings? ¿Por qué no puede venir Jack con nosotras? –preguntó Cameron mientras seguía a Amy hacia el exterior.

Los dos agentes del FBI las seguían a unos pasos de distancia.

–Porque considero a Jack un invitado a la boda y tú eres la única con derecho a tener la primicia. Además, Jack necesitaba unos minutos para prepararse.

Cameron dio un paso con sus tacones plateados para salir del camino y adentrarse en la alfombra blanca. Siguió a Amy, a través de un tramo de césped, hacia la enorme carpa blanca con cúpula que había sido instalada en la colina con vistas a la bahía.

Con su vestido de dama de honor, avanzó dando cortos y cautelosos pasos, aunque probablemente no habría sido necesario. El vestido era ajustado pero tenía una abertura en el lateral que hacía más fácil caminar. Durante los últimos ocho meses había prestado poca atención a la meticulosa elección efectuada por Amy para dar con su vestido de dama de honor principal –del mismo color y tejido que el de las otras dos damas de honor: Jolene y Melanie, pero de un estilo diferente.

Escogido expresamente para ella, había dicho Amy. Y cuando luego había añadido que el vestido era fucsia, Cameron a punto había estado de abandonar su cometido como dama de honor principal.

Luego, había visto el vestido que Amy había elegido para ella. Anudado al cuello y realmente espectacular por delante, aunque sin punto de comparación con la espalda.

Ya que, de hecho, carecía por completo de espalda.

Tras eso, Cameron había cerrado la boca y jurado no volver a cuestionar jamás el criterio de Amy respecto a ningún aspecto relacionado con las bodas.

–¿Estás segura de que deberías estar aquí fuera con el vestido? –preguntó con nerviosismo Cameron, la obediente dama de honor–. ¿Qué pasa si te tropiezas y lo manchas de césped o algo así? –al ir a comprarlo, cerca había estado de ahogarse al descubrir el precio del vestido elegido por Amy, un palabra de honor de tafetán marfil de Carolina Herrera, con intrincados detalles y frunces, dignos de un vestido de baile del siglo XIX.

Amy se encogió de hombros.

–Supongo que tendría que apañármelas.

Cameron parpadeó.

–De acuerdo. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

Amy se rió mientras llegaban al final del pasillo. Luego, esperó a que el agente Rawlings entrara en la carpa a realizar una comprobación.

Cuando él asintió, le cogió la mano a Cameron.

–Cuando los invitados accedan a la carpa por este mismo camino –empujó a Cameron hacia el interior–, esto es lo que verán.

Por un momento, Cameron se quedó sin palabras.

Era impresionante, no había otra forma de describirlo. Se detuvieron a la entrada de la carpa, de cara al altar. La alfombra continuaba formando un pasillo central sobre el césped, que separaba las sillas blancas y plateadas, estilo Versalles, donde se sentarían los invitados. Esparcidos sobre la alfombra, había pétalos de rosas fucsias y rojas, y hojas de múltiples colores sobre los que avanzarían Amy y las damas de honor. A lo largo del todo el pasillo, hasta el altar, había altos soportes con velas que proporcionaban una suave luz. El propio altar era digno de verse, iluminado elegantemente con más velas blancas y plateadas, y adornado con más rosas rojas y fucsias de las que Cameron había visto nunca.

Sin embargo, lo más llamativo de todo eran los millares de pequeñas luces plateadas, colgadas en hileras del techo de la carpa. Esa noche, imaginó, parecería un cielo estrellado.

Cameron se adentró en la carpa, contemplándolo todo.

–Y habrá un arpista a la entrada, tocando mientras los invitados se sientan –estaba diciendo Amy–. La ceremonia es a la seis y media, coincidiendo con la puesta de sol. Después, mientras nosotros nos hacemos fotos y los invitados toman cocktails y aperitivos en ese mirador por el que hemos pasado, instalarán las mesas para la recepción. Habrá un cuarteto de cuerda durante la ceremonia y una banda para la recepción. Montarán una pista de baile aquí... Oh, ¿te he contado lo de las lámparas de calor? ¿Ves? –¿ocultas a lo largo de todo el perímetro? Fue un auténtico infierno ocultar todos esos cables... –Amy se detuvo y observó a Cameron con ansiedad–. No has dicho ni una palabra. ¿Crees que es demasiado?

Cameron sacudió la cabeza.

–No. Lo has conseguido, Amy. De verdad es la boda más perfecta de la historia.

Amy sonrió.

–Solíamos venir aquí el fin de semana del día del Trabajador cuando era pequeña. Creo que tenía nueve años la primera vez. Supe, ya entonces, que este era el lugar donde quería casarme.

El sonido de una voz enojada a sus espaldas, las hizo girarse.

–Le dije a Amy que podía pasar veinte minutos con vosotros –estaba diciéndoles Jack a los agentes O'Donnell y Rawlings, que vigilaban desde la entrada de la carpa–. Han pasado cerca de veinticinco minutos y...

Cameron echó un vistazo por encima del hombro, justo cuando Jack irrumpió en la carpa.

Acababa de captar la parte trasera de su vestido. O la falta de ella.

Se detuvo, atónito.

–Wow.

Su mirada se demoró sobre ella un momento, antes de que se volviera hacia Amy, haciendo una seña.

–Esto es precioso, Amy. Has hecho un trabajo cojonudo.

Amy sonrió.

–Buenos reflejos, Jack.

Incapaz de resistirse, Cameron se aproximó para tocarle la cara.

–Te has afeitado –observó los cincelados rasgos clásicos que había estado ocultando bajo la barba y el increíble aspecto que tenía con su traje gris oscuro. Debería ser ilegal que un hombre se paseara por ahí, así, sin alguna clase de licencia.

Jack sonrió mientras le observaba la suave mandíbula.

–No te preocupes –habrá vuelto en unas dos horas –Jack se tomó su tiempo para contemplarla–. Estás impresionante.

A su espalda, Amy se aclaró la garganta.

–No querría interrumpir pero tenemos que celebrar la boda... Cameron –

¿tienes el itinerario de esta noche?

–Sí. En el bolso.

–¿Jack?

Él se palmeó la americana.

–Las seis páginas, justo aquí.

–Como indica la página dos, os veré en el mirador para las fotos nupciales en cinco minutos –Amy señaló a Cameron–. No llegues tarde y hagas que lamente haberte elegido como dama de honor principal, en lugar de a Collin.

–¿En serio lo consideraste? –preguntó Cameron, ligeramente ofendida.

–Brevemente. Supuse que su brindis nupcial estaría lleno de toda clase de absurdas referencias deportivas –la expresión de Amy era seria–. Y

espero bastante más de ti –luego se marchó, con un torbellino de volantes y tafetán marfil.

Jack les hizo una seña a los agentes O'Donnell y Rawlings, que salieron de la carpa, dejándolos solos.

Con una cálida sonrisa, se volvió hacia Cameron y le tendió la mano.

–¿Y bien? ¿Estás lista?

Ella le cogió la mano, entrelazando sus dedos con los de Jack.

–Decididamente.

Jack escoltó a Cameron de vuelta a su mesa, entre aplausos y vítores.

Se inclinó para felicitarla por su éxito, mientras Collin alzaba su copa.

–Un discurso fantástico –dijo entusiasmado–. Risas, lágrimas... En serio, has conmovido a todo el mundo.

Cameron lo hizo callar, mientras ocupaba su asiento entre él y Jack, echando un vistazo al otro par de parejas de la mesa.

Amigos del novio, le había susurrado antes a Jack –parte del plan de Amy para fomentar la mezcla y la conversación entre los diversos grupos. Él ya sabía quienes eran y de quién eran amigos, y conocía su historial completo así como la ausencia de antecedentes, tras enviarle un mensaje a Wilkins con sus nombres para que los comprobara, tan pronto como se habían presentado.

Mientras se mantenía detrás de Cameron, ayudándola con la silla, trató de centrarse en cualquier otra cosa que no fuera la satinada piel desnuda que tenía bajo los dedos. Era realmente artístico el modo en que el vestido la cubría justo hasta la curva que se formaba en la parte baja de su espalda. Un centímetro más abajo y sería capaz de apreciar...

Iba a acabar volviéndose condenadamente loco.

–¿No se supone que los vestidos de las damas de honor tienen que ser feos? –gruñó tomando asiento junto a ella.

–Como si Amy fuese a permitir que algo en su boda fuese feo –dijo Cameron.

Por debajo de la mesa, le apoyó una mano sobre el muslo y se lo apretó ligeramente.

Jack contuvo la respiración apretando los dientes. Al otro lado de Cameron, Collin parecía inmune por completo a su apariencia.

Jack posó su entrenada atención sobre él diciéndose que sería preferible que las cosas se mantuviesen así. Gay o no, mejor amigo o no, nadie con polla iba a acercarse a medio metro de Cameron mientras llevase ese vestido.

–Mi única crítica al discurso es que no he tenido el protagonismo que merecía –se quejó Collin.

Cameron lo desestimó con un ademán.

–Has tenido un montón de protagonismo. He hablado sobre la época que vivimos los tres juntos mientras estábamos en la universidad, ¿no?

Incluso he mencionado que nos preparabas tortitas a Amy y a mí cuando volvíamos a casa después de salir de copas.

–Solíamos hablar de los tíos que habíamos conocido esa noche –le explicó Collin a Jack.

Él sintió curiosidad. Además, necesitaba algo que distrajera su atención del vestido de Cameron.

–¿Cómo os conocisteis?

Cameron iba a contestar cuando Collin alzó una mano y la detuvo.

–Ejem. Como nadie me ha pedido que dé un discurso en esta boda, me encargaré de esa pregunta. Además, yo cuento esa historia mejor que tú –Collin se inclinó hacia delante en su silla, bajando dramáticamente la voz–. Era una noche oscura y tormentosa.

Cameron puso los ojos en blanco.

–Oh, Dios.

Collin alzó las manos.

–¿Qué? Era una noche oscura y tormentosa. Lo sé muy bien –te acompañé a casa esa noche, ¿recuerdas? –se volvió de nuevo hacia Jack–.

Estábamos en nuestro segundo año. Yo vivía en la casa de mi fraternidad y estaba pasando un momento difícil, luchando por aclarar si era gay o no. Estaba en Michigan con una beca de béisbol y la homosexualidad no era algo que se discutía informalmente en los círculos atléticos. El caso es que esa noche mi fraternidad celebraba una fiesta alter-hours y estaba lloviendo. Yo me encontraba junto a la puerta principal, bebiendo lo habitual –que en esa época era Jim Beam con Coca-cola– cuando apareció Cameron, acurrucada bajo un paraguas rojo con Amy y otra chica. Las tres se estaban riendo y, al cerrar el paraguas, Cameron entró en la habitación y sacudió el pelo. Fue como algo sacado de una película –era la chica más guapa que había visto nunca.

Jack jugueteó con sus cubiertos. La historia se complicaba con rapidez... y pudo ser o no simple coincidencia que sus manos descansaran sobre el cuchillo de la carne.

–Así que fui a hablar con ella y nos llevamos bien en seguida –continuó Collin–. Luego

empezamos a vernos al salir de clase y los fines de semana, y lo supe: si las cosas iban a funcionar alguna vez con una mujer era con ella. Un par de semanas más tarde, estábamos pasando el rato en mi habitación y decidí poner en práctica lo planeado –esa noche iba a efectuar mi movimiento. Estábamos sentados en el sofá oyendo la radio –una emisión dedicada a los ochenta–y sonó 'Bette Davis Eyes'. Cameron suspiró, apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá y dijo: –Me gusta esta canción.

Cameron lo interrumpió.

–Entonces tú te aproximaste, giraste la cara hacia mí y dijiste: –A mí también me gusta esta canción.

–Y supe que era el momento –repuso Collin–. Así que me incliné y la besé.

Cameron apartó la mano del muslo de Jack y le arrebató el cuchillo de la carne que, misteriosamente, había ido a parar al interior de su puño. Él le dirigió una inocente mirada. Como si pudiera permitirse tocar uno solo de los preciosos cabellos de Collin... con testigos por todas partes.

Próximo al clímax de la historia –por su bien esperaba que solo en un sentido literario– Collin prosiguió.

–El beso se prolongó unos segundos y me dije: “De acuerdo, puede que haya funcionado”. Así que retrocedí para observarla y ella me miró con expresión divertida y dijo... –Collin señaló a Cameron.

–He lamido sellos que se han excitado más que tú con ese beso.

Jack soltó una carcajada.

Collin sacudió la cabeza, sonriente.

–Sí, ¿verdad? Te lo aseguro, Jack, fue aplastante. Pero solo por un momento, porque luego ella me sostuvo la cara entre las manos y dijo: “Collin, somos amigos, ¿verdad?”. Y aunque solo la conocía de unas semanas, sabía que iba a ser alguien muy importante en mi vida. Así que asentí y ella añadió: “Bien, entonces escúchame: tienes que recapacitar y admitir de una vez que eres gay” –Collin miró a Cameron–

. Oírlo como algo fuera de toda duda resultó liberador. Así que, al día siguiente decidí ir a un tipo de fiesta alter–hours distinto, al otro lado del campus. Y besé a un tío por primera vez.

–Patrick –dijo Cameron.

–Te acuerdas.

–Claro que me acuerdo.

Collin sonrió.

–Y al llegar a casa esa noche, ella fue la primera persona a quien llamé para contárselo.

Cameron le cubrió una mano con la suya.

–Tienes razón. Cuentas esa historia mejor que yo.

–Me gusta –dijo una voz detrás de ellos–. Nunca la había oído antes.

Jack depositó instintivamente la mano sobre la pistolera que llevaba bajo el traje mientras los tres se volvían para ver a un hombre rubio, atlético y ataviado con un traje de corte costoso aproximarse a la mesa.

Collin, que parecía sorprendido, fue el primero en hablar.

–Richard.

Jack se relajó al reconocer el nombre. El ex–novio que no había querido acompañarlo a la boda.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó Collin.

El rostro de Richard se llenó momentáneamente de emociones al ver a Collin. Luego las contuvo acusando el recibimiento.

–Así que esto es Michigan. No está tan mal.

Se produjo una pausa incómoda mientras Collin guardaba silencio.

Richard se removió con nerviosismo.

Jack se acercó para susurrarle a Cameron al oído.

–¿Por qué no vamos a bailar?

–Me parece una idea estupenda –dijo ella.

Saludaron rápidamente a Richard, antes de alejarse hacia la pista de baile para concederles espacio. Cameron echó un vistazo por encima de su hombro y Jack la imitó para comprobar que Richard había tomado asiento junto a Collin y parecía llevar la mayor parte del peso de

la conversación. Sin embargo, Collin lo estaba escuchando al menos y, en un momento dado, depositó la mano sobre el respaldo de la silla de Richard. Cameron sonrió al observarlo y se volvió hacia Jack.

Él la guió hacia el extremo más alejado de la pista de baile, donde podía estar a solas con ella y mantener la vigilancia. Cogiéndole una mano, estrechó a Cameron en sus brazos. La aproximó más, depositando la otra mano sobre la parte baja de su espalda desnuda y empezaron a bailar. Encajaban juntos a la perfección; con los tacones altos, la parte superior de la cabeza de Cameron descansaba bajo su barbilla.

–Gracias por esto. Por todo. No habría podido disfrutar de esta noche de no ser por ti – repuso ella.

–Siento que no haya podido ser en otras circunstancias.

–Si hubiese sido en otras circunstancias, tú no estarías aquí –Cameron se reclinó contra él–. Me alegro de que fueses tú el que entró en la habitación del hotel esa noche, Jack.

Él sonrió.

–Vaya cambio –hace dos semanas odiabas todo lo relacionado con mi entrada en esa habitación.

–La conversación sería muy distinta si lauviésemos que mantener ahora. Para empezar... dudo que hubiese demasiada conversación –repuso Cameron con voz ronca.

Los ojos de Jack se clavaron en los de ella.

–Estoy al límite, Cameron. Ve con cuidado.

Ella sacudió negativamente la cabeza.

–Creo que ha llegado la hora de que nos marchemos.

–Si nos vamos ahora, no habrá vuelta atrás. Serás mía toda la noche.

Sus ojos relampaguearon.

–¿Lo prometes?

Eso fue todo.

Jack la agarró de la mano y tiró de ella por la pista de baile hacia la entrada de la carpa. Se detuvo ante el agente Rawlings, que llevaba apostado allí toda la noche.

–Volvemos a la habitación –dijo Jack–. Vigild el vestíbulo de la Torre –los ascensores y la escalera de emergencias –condujo a Cameron fuera de la carpa. El sendero blanco iba en otra dirección pero él atajó por el césped, camino de la Torre. Y de su habitación.

Cameron le lanzó una mirada.

–Estupendo. Probablemente, Rawlings sabe exactamente lo que vamos a hacer.

–Cameron, con tu aspecto esta noche, todos los hombres de la boda saben exactamente lo que tengo pensado hacer contigo.

–Wow, eso debe ser lo más sexy que un hombre... –mierda–No puedo correr por el césped con estos tacones. Me estoy hundiendo.

Sin llegar a detenerse, Jack la levantó y empezó a llevarla en brazos.

–Podría haberme quitado los zapatos –le dijo Cameron con una sonrisa.

–No pienso perder tiempo mientras te desabrochas las malditas correas.

La condujo al vestíbulo de la Torre, la bajó y la guió hacia un ascensor. Luego, pulsó el botón correspondiente a su planta. Cameron trató de alcanzarlo en cuanto las puertas del ascensor se cerraron.

Jack le atrapó las manos, la giró y la apoyó de espaldas contra su pecho.

–Todavía no, nena –le dijo con voz ronca al oído–. Necesito tenerte a salvo en esa habitación –le sostuvo las manos con firmeza, dudando de poder resistirse si ella lo tocaba. Cameron se recostó y restregó su trasero apenas cubierto provocativamente contra él.

Mierda. Jack soltó un gruñido. Pensó en pulsar el botón de emergencias, levantarle el vestido y tomarla justo allí, en el ascensor. Pero por más que le tentara la desenfrenada imagen de ella sobre sus tacones, con las manos apoyadas contra la pared, gimiendo su nombre mientras la tomaba por detrás, no iba a permitir que las cosas acabaran así la primera vez que estaban juntos.

Inclinó la cabeza y le besó la base de la garganta, sin confiar en si mismo para aproximarse más a su boca. Sintió el pulso rápido de Cameron bajo los labios.

–¿Recuerdas que te dije que estaba al mando? Eso incluye esta noche, Cameron.

Con una disimulada sonrisa, ella cerró los ojos, ladeando el cuello para ofrecerle un mejor acceso.

–Eso ya lo veremos.

Desde luego, convino Jack. En cuanto entraran en esa habitación.

El ascensor emitió un sonido, indicando que habían llegado a su planta. Las puertas se deslizaron y él le dio un suave empujón a Cameron en el trasero para indicarle que se moviera.

Veinticinco

Mientras avanzaban a toda prisa por el pasillo, Cameron sintió que el cuerpo se le tensaba de anticipación. Jack apenas la había tocado y ya estaba completamente excitada.

Él abrió la puerta y los condujo al interior de la habitación, depositando la llave sobre la mesa de la esquina. Mientras efectuaba su habitual comprobación, Cameron observó que el servicio de habitaciones había dejado las camas listas para acostarse y las luces encendidas tenuemente. Depositó el bolso sobre la mesita de noche.

Cuando Jack acabó se volvió hacia él, pensando que si no la besaba pronto iba a asfixiarse con toda esa tensión sexual que había en el ambiente.

Esperó a que saltara sobre ella y la arrojara sobre la cama más próxima.

No lo hizo.

Jack cruzó los brazos sobre el pecho.

—He estado pensando en tus muros de Jericó. En realidad, más que en los muros, en la otra parte. En la que te enseñó cómo se desviste un hombre.

La temperatura de la habitación se elevó tan rápido que el cristal de la televisión se empañó.

Cameron exhaló.

—De acuerdo. Observo.

Primero, Jack se despojó de la chaqueta del traje, exponiendo la pistolera. Rápidamente, se la quitó y la dejó sobre la mesa. Sus manos ascendieron hacia la corbata. Deshizo el nudo y se la quitó, y Cameron tuvo que combatir contra la urgencia de lanzarse sobre él y arrancarle el resto de la ropa.

Los ojos de Jack brillaron y no hizo ningún movimiento más para seguir desvistiéndose.

—Lo siento pero esta es la versión del siglo veintiuno.

—¿Y qué pasa en la versión del siglo veintiuno?

—Tú pierdes el vestido.

De acuerdo.

–No hay demasiado debajo –dijo ella. No había podido hacer demasiado, teniendo en cuenta el corte del vestido.

–Contaba con eso.

Cameron alcanzó la cremallera lateral y la bajó. Sin apartar la mirada de Jack, deshizo el lazo que llevaba al cuello. El vestido formó un charco de tela a sus pies. Se enfrentó a él vestida únicamente con su tanga de seda negro.

Y, por supuesto, los zapatos de tacón.

Los pezones se le endurecieron en contacto con el aire frío de la habitación del hotel. O puede que bajo la mirada de Jack.

La lujuria le nubló los ojos mientras la contemplaba centímetro a centímetro y Cameron pensó que nunca se había sentido tan sexy –y atrevida– como se sintió en ese momento.

–Tu turno –dijo.

Él abrió los botones de la camisa y se la quitó, revelando una camiseta ajustada que se ceñía sobre los firmes músculos de su pecho.

Cameron estaba desesperada por poner las manos sobre él. Como si lo percibiera, Jack cruzó la habitación. El pulso se le disparó mientras se aproximaba, pese a que no la tocó.

–Ahora tú –repuso.

Cameron alzó las manos hasta los pendientes de plata antiguos que Amy había escogido para ella y los dejó caer al suelo, junto al vestido.

–Eso es trampa –dijo Jack.

–Tienes cuatro veces más ropa que yo.

Con un rápido tirón, él se sacó la camiseta por la cabeza.

–¿Mejor?

Dios... Sí.

Cameron se tomó su tiempo, disfrutando de las vistas. Los duros músculos. Los definidos abdominales... el suave vello oscuro que tenía en el pecho... Quiso saborearlo centímetro a centímetro.

Luego, al salir brevemente de su estupor, percibió algo más. Por supuesto.

Se había olvidado de las cicatrices.

Tres años atrás había leído los archivos que contenían un informe detallado del infierno que los hombres de Martino le habían hecho pasar a Jack durante los dos días que lo habían mantenido cautivo.

Pero no había pensado en las cicatrices físicas que ese infierno le había dejado.

Sus ojos se posaron sobre las quemaduras de cigarrillo y las marcas eléctricas de su hombro derecho, se deslizaron por las heridas de cuchillo del costado, bajo las costillas, y luego se detuvieron sobre la cicatriz circular, del tamaño de una moneda, que había en el lado izquierdo de su pecho –provocada por la bala que había recibido mientras escapaba.

Cameron alzó la mirada hacia los ojos de Jack. La observaba cuidadosamente, a la espera de su reacción.

Ella avanzó un paso y le apoyó las manos en el pecho. Le besó las cicatrices del hombro con suavidad. Hizo lo mismo con la del pecho y luego se inclinó y le recorrió con los labios las marcas que le recorrían el costado, bajo las costillas. Después, incapaz de contenerse, deslizó la lengua sobre el suave reguero de vello que comenzaba en su ombligo y desaparecía bajo la hebilla del cinturón.

Jack la incorporó y la miró a los ojos con una ferocidad que la habría aterrorizado en otras circunstancias. La hizo retroceder y cuando sintió el borde de la cama contra la parte trasera de las rodillas, Cameron no necesitó más estímulos para tenderse sobre ella.

–Sigues teniendo un montón de ropa más que yo –dijo incorporándose sobre los codos.

–Puedo arreglarlo.

Lo observó mientras Jack se desabrochaba el cinturón y luego el botón de los pantalones. Él disfrutó contemplándola tendida en la cama, mientras se bajaba la cremallera. Cameron llegó apenas a atisbar unos boxer grises, que desaparecieron junto a los pantalones, los calcetines y los zapatos. Luego, se irguió frente a ella en toda su gloria.

Nunca jamás volvería a compararlo con un pastel de chocolate fundido.

Después de ver el cuerpo desnudo de Jack, cualquier clase de delicadeza quedaba definitivamente descartada.

Por su puesto, sus ojos estaban apreciando esa parte de él. Esa parte grande, dura y preparada. Para ella.

Jack subió sobre la cama y ella se tendió. Su oscura y fiera mirada le provocó escalofríos de

anticipación, pese a que siguió sin tocarla.

Jack asintió observando su cuerpo casi desnudo.

–Tú eliges qué viene ahora.

¿Quería hacerla suplicar? Porque estaba a punto de hacerlo.

–Dios, Jack... tócame...

Él sonrió.

Era el diablo.

–Elige –repitió.

–Me quedo con los zapatos –dijo Cameron desafiante.

–Esperaba que dijeras eso –llevó las manos hacia sus caderas y le deslizó las bragas por las piernas y por los zapatos. Entonces, le posó la boca sobre la rodilla y, lentamente, trazó un recorrido ascendente por su muslo, la cadera, el estómago, la V entre sus pechos y el cuello, hasta abatirse sobre su boca. Cameron gimió, libre por fin para besarlo. Él le deslizó un brazo por debajo de la espalda y la levantó para sentarla a horcajadas sobre sus caderas.

–Eres preciosa, Cameron –dijo, pasándole un dedo por el lateral de la cara–. Pese a todo lo que ocurrió, he pasado muchas noches, los últimos tres años, tumbado en la cama pensando en ti.

–¿En qué pensabas? –le preguntó deslizándole las manos por el pecho.

–En hacer esto –Jack le capturó un pecho con la boca. Su lengua se deslizó sobre la punta en una húmeda y sedosa caricia, y la lamió y la succionó hasta que pensó que se volvería loca. Luego se desplazó hasta su otro pezón, ya duro y tenso, anhelante de contacto. Suavemente, cubriéndole el pecho con la mano, se introdujo el rosado pico en la boca.

Ella empezó a retorcerse en su regazo, desesperada por más. Mientras continuaba asaltando sus pechos con la boca, Jack deslizó las manos hasta sus caderas. Le cubrió el trasero con una mientras la otra se deslizaba entre sus cuerpos. Con los dedos, se abrió paso hasta su núcleo, apartando los suaves y húmedos pliegues. Cuando hubo encontrado el centro la provocó con el pulgar, masajeándolo una y otra vez hasta hacerla temblar. Luego deslizó un dedo en su interior, y después otro, y ella jadeó mientras sus dedos se enterraban y salían lentamente de su interior, en un ritmo que casi la enloqueció. Cameron le cubrió la cara con las manos y tiró de él para besarlo, hambrienta.

Cuando su lengua se enredó con la de ella, le deslizó una mano por el pecho y por el estómago, y descendió hasta que sus dedos lo encontraron duro y palpitante. Entonces, le envolvió el rígido eje con la mano, deleitándose al verlo contener repentinamente el aliento.

Empezó a acariciarlo.

–¿Pensabas en esto cuando te quedabas despierto por las noches? –recorrió en suaves círculos la gruesa cabeza con el pulgar.

Él cerró los ojos y gimió.

–Joder, sí...

Cameron deslizó la mano hasta la base y lo cubrió mientras le susurraba al oído.

–¿También pensabas en mí usando la boca?

–Dios –murmuró Jack. Y antes de que pudiese darse cuenta, Cameron se encontraba sobre su espalda con él entre las piernas. Le arrancó los zapatos antes de que tuviera ocasión de protestar.

–Por sexys que sean esos tacones, ya tengo bastantes cicatrices –le dijo, respirando aceleradamente.

–Hay condones en mi mesita de noche –repuso Cameron, tan preparada que casi jadeaba.

–Yo también tengo. Muchos.

–Pues hazte con uno. Ahora.

Jack obedeció y abrió el cajón, prácticamente sacándolo de la guía.

Encontró rápidamente lo que estaba buscando y el sonido del envoltorio al rasgarse fue música para los oídos de Cameron.

–Déjame ponértelo –dijo con urgencia.

–Si lo haces, esto acabará antes de que haya empezado.

Verlo enfundarse el condón la excitó incluso más y empezó a arquear las caderas, desesperada.

–Jack...

Él la cubrió. Le agarró las manos y se las inmovilizó sobre la cabeza.

–Estoy aquí –le susurró, tranquilizadamente al oído. Cameron lo sintió entre las piernas, caliente, duro y preparado. La penetró lentamente, llenándola.

–Separa las piernas, nena –déjame entrar –la apremió. Cuando lo hizo, él se introdujo aún más profundamente, y luego todavía más, y comenzó un lento y tortuoso ritmo. Le sostuvo una cadera con la mano libre, deslizándose adentro y afuera, mientras la inmovilizaba contra la cama. Cameron recibió sus embestidas dolorosamente suaves, una y otra vez, y la condujo justo hasta el límite, haciéndola avanzar y retroceder, y manteniéndola suspendida ahí durante lo que pareció una eternidad. Gimió su nombre, desesperada por tocarlo, pero él le sostuvo las muñecas contra la cama. Aminoró el ritmo y se retiró de ella casi por completo, provocándola con acometidas superficiales.

–Por favor, Jack... –le suplicó finalmente.

Él le soltó las manos y cuando alzó la vista, descubrió que estaba tan cerca de perderse como ella.

–Rodéame la cintura con las piernas –le dijo con voz áspera.

Cameron lo hizo y él se sumergió profundamente en su interior.

–Oh, Dios, Cameron. Es tan estupendo... –gimió.

Ella le deslizó las manos por la espalda y tensó las piernas entorno a sus caderas, apremiándolo a llenarla como solo el podía. Sus senos se aplastaron contra el pecho de Jack mientras se sumergía en su interior más dura y rápidamente, y luego él movió las caderas, golpeando un punto que la enloqueció. Le deslizó las manos bajo el trasero, alzándola mientras la embestía.

Jack la acarició posesivamente.

–Me encanta estar dentro de ti, nena... Durante tres años he deseado hacerte mía. Ahora quiero sentir cómo te corres.

Fue todo lo que necesitó. Cameron se agarró a sus hombros y gritó, mientras llegaba a la cima y explotaba, sosteniéndose a él en tanto la sacudía oleada tras oleada de placer. Jack bombeó larga y duramente, mientras su orgasmo incrementaba el agarre entorno a él y luego la siguió. Abrió los ojos, justo a tiempo de verlo perder el control, susurrando su nombre entre dientes, y entonces se estremeció, gimió y se hundió profundamente por última vez en su interior, antes de desplomarse sobre ella.

Ambos quedaron allí tendidos, tratando de recobrar el aliento. Jack fue el primero en hablar, con la cabeza enterrada en la almohada junto a ella, en tono amortiguado.

–Wow.

Cameron giró la cabeza, presionando la mejilla contra la de él.

–Pienso exactamente igual.

Por una vez, Jack se sintió feliz de no ser capaz de dormir más que unas cuantas horas del tirón. Se incorporó, vio que todavía estaba oscuro y comprobó el reloj de la mesita. Apenas las 4:00.

Cameron estaba tendida de lado, acurrucada contra él. Ambos iban desnudos.

Tras el primer asalto, ella se había puesto las bragas y su camisa, logrando un aspecto extremadamente sexy, en especial al combinarse con el pelo despeinado. Tan sexy, de hecho, que –bueno, le había advertido lo que ocurriría si llevaba esa clase de cosas cerca de él...

Le preocupaba haber sido demasiado brusco esa segunda vez, aunque la culpa también era de ella. Por si ponerse las bragas de seda negras y su camisa no había sido demasiado malo, después de que se las hubiese quitado, lo había tendido de espaldas y usado la boca con él, en lo que debía haber sido la mayor tortura a la que nunca lo habían sometido. Lo había lamido, acariciado y provocado, enloqueciéndolo hasta el punto de que la había puesto de rodillas y la había tomado así, sin detenerse hasta que ella había gemido, gritado su nombre y colapsado sobre las almohadas.

No conseguía cansarse de ella.

Y eso lo asustaba un poco porque nunca antes había sentido algo así por nadie. A sus casi treinta y cinco años, no era exactamente un tipo inocente –se había acostado con su correspondiente ración de mujeres, con algunas incluso mientras trabajaba encubierto.

Pero todas esas relaciones habían sido casuales –y lo había dejado muy claro al meterse en ellas. En el pasado, siempre había usado el trabajo para evitar ir en serio con nadie. Ahora, era consciente de que con la persona correcta, no necesitaría excusas.

Jack se inclinó, susurrando su nombre con suavidad. Sabía que era un bastardo codicioso y egoísta por despertarla pero le encantaba la tranquilidad que había en su intimidad, la forma en que definía su relación sin que ninguno de los dos tuviera que decir nada. Sin mencionar que habían transcurrido un par de horas y ella estaba allí a su lado, desnuda. Podía quedarse sentado en la oscuridad con una erección o podía hacer algo al respecto.

Pronunció su nombre de nuevo y ella se removió. Jack le dio la vuelta y le besó en cuello, tendiéndose junto a ella de costado. Deslizó la boca hacia la elevación de sus pechos y se

abrió paso con la lengua hasta uno de sus pezones.

Cameron se despertó con una sonrisa.

–Hmmm... –lo recorrió con las manos, suspirando mientras le acariciaba el pecho y el estómago. Sus manos descendieron hasta dar con su dolorida erección.

Abrió maliciosamente los ojos.

–¿Ya está listo?

–Parece estar siempre así cuando estás cerca.

Ella deslizó una rodilla sobre su cadera.

–Eso me gusta.

Sin necesidad de más estímulo, Jack rebuscó a su espalda y cogió un condón de la mesita de noche. Después de colocárselo, la aferró por las caderas y, lentamente, se hundió en sus cálidas y húmedas profundidades. Le cubrió el trasero con una mano y movió las caderas adelante y atrás a un ritmo suave, pausado.

Cuando la oyó jadear, se detuvo.

–¿Es demasiado?

Ella cerró los ojos y movió las caderas contra él, apremiándolo a penetrarla.

–Es perfecto. Siéntete libre de despertarme así cada noche.

Jack inclinó la cabeza y la besó.

Había tenido mucha suerte.

Veintiséis

A la hora del almuerzo, a la mañana siguiente, Collin tomó asiento junto a Cameron. Jack había dejado la mesa un momento para contestar su teléfono móvil.

–¿Y bien? –dijo Collin, poniéndose cómodo.

Cameron bajó su tenedor cargado de tortitas de arándanos, preparándose para lo que se avecinaba.

–¿Y bien?

Collin comenzó con una insinuación no demasiado sutil.

–Pareces cansada esta mañana –dijo, dirigiéndole una significativa mirada a Jack, que se encontraba junto a los ventanales hablando por teléfono.

–Tú también pareces bastante hecho polvo –replicó Cameron, haciendo un gesto para señalar a Richard, que se dirigía hacia la mesa de Amy y Aaron para ofrecerles su felicitación.

–Hemos estado despiertos toda la noche, aclarando las cosas. Eso es todo –repuso Collin.

–Oh, bueno. Yo no puedo decir lo mismo.

–Estupendo. Ya era hora. Oigámoslo.

Cameron abrió la boca para contestar –claro que le hablaría a Collin sobre su noche con Jack. Se lo contaba todo a Collin–y entonces...

Nada. Vaciló por un momento, antes de cerrar la boca con una simple sonrisa.

–Así de bien, ¿eh? –dijo Collin, echándose a reír.

Cameron se ruborizó y lo desechó con un ademán.

–Cuéntame cómo fueron las cosas con Richard. ¿Habéis conseguido arreglarlo?

–Todavía quedan ciertos ajustes por hacer pero creo que vamos a intentar volver a vivir juntos.

Cameron se alegró por él. Si estar con Richard era lo que quería, a ella le parecía bien.

–¿Entonces lo hiciste arrastrarse?

–No tuve que hacerlo. Dijo lo suficiente por si mismo –todo lo que yo tuve que hacer fue escuchar.

Desde su mesa, ella y Collin lo observaron mientras Richard le estrechaba la mano a Aaron y abrazaba a Amy. Unos cuantos pasos más allá, junto a los ventanales, Jack terminó su llamada e hizo otra, echándole un protector vistazo a Cameron en todo momento.

Le hizo un guiño y ella sonrió.

–Estás totalmente pillada –dijo Collin.

En respuesta al comentario de Collin, sucedieron repentinamente dos cosas. En primer lugar, Cameron se dio cuenta de que tenía razón. En segundo lugar, sus pensamientos se volvieron extrañamente sombríos. O

considerando los acontecimientos, puede que no tan extrañamente.

Mientras continuara en peligro, a causa de la investigación, Jack también lo estaría.

Y cualquiera próximo a ella. Collin ya había sido herido –¿Y si les hubiera sucedido algo en la boda, nuevamente a él, o a Amy? Confiaba en Jack –y en el FBI en general– para mantenerlos a todos a salvo, pero aún así. Mientras el asesino de Mandy Robards continuase libre, la sensación de terror la perseguiría.

Se trataba de una investigación del FBI y haría lo que le dijeran.

Pero había estado desarrollando una idea en un rincón de su mente, que quizá pudiese acelerar las cosas. Por el bien de todos.

Jack finalizó su llamada y regresó a la mesa.

–¿Qué tal están las tortitas? –preguntó tomando asiento.

–Deliciosas. ¿Qué tal tu llamada?

–El sistema de seguridad de tu casa ya está instalado y listo. Lo que me hace sentir mucho más tranquilo –Jack cogió el tenedor y robó un trozo de tortita de su plato–. Tienes razón. Están estupendas.

Sus comentarios sobre el sistema de seguridad dieron que pensar a Cameron.

–¿Sabes? Después de haberte visto en acción este fin de semana, me sorprende que te resultara cómodo vigilarme desde el otro extremo del pasillo la primera noche. Mientras

hemos estado aquí, no me has perdido de vista más allá de media hora –estudió la expresión de Jack–

. ¿Qué?

–Si he de serte sincero... No te perdí de vista esa noche. Dormí en el suelo. En realidad, más bien contra la pared de tu habitación –Jack malinterpretó su silencio–. No te dije nada porque no quería asustarte.

Ella sacudió la cabeza.

–No, tranquilo. Es que... no sabía que habías hecho eso por mí.

Jack bajó la voz para que Collin no pudiera escucharlo.

–No estés tan seria. Confía en mí –me lo compensaste sobradamente anoche.

Cameron esbozó una sonrisa para no estropear el momento.

–Lo siento. Simplemente, me alegraré cuando termine esta investigación.

–Ya falta poco. Te lo prometo –dijo Jack.

Cameron asintió agradecida.

Especialmente, si ella tenía que decir algo al respecto.

Emprendieron el camino de regreso poco después de almorzar. Cameron no estaba dispuesta a tentar a la suerte –el fin de semana entero había sido maravilloso y quería que las cosas siguieran así.

Durante el trayecto a casa, tuvo mucho en lo que pensar. Tenía ciertas ideas relacionadas con un posible avance en la investigación Robards pero no quiso desvelarlas antes encontrarse de vuelta en casa. Después de que Jack confirmara que el sistema de seguridad estaba en funcionamiento y de que se hubieran instalado y deshecho el equipaje, esperaba que ambos pudieran sentarse a hablar sobre su idea. Tenía la impresión de que Jack no iba a mostrarse particularmente receptivo. Al menos, no al principio.

Con el acortamiento de la duración del día, acababa de empezar a oscurecer cuando Jack introdujo el coche en el garaje. Le pidió que esperara allí mientras comprobaba que el patio se encontraba en orden.

Luego regresó, cogió las maletas, las depositó junto a la puerta trasera y la escoltó al interior de la casa.

Al salir del garaje, Cameron reparó en las nuevas puertas francesas que habían sido instaladas en el piso superior.

–Hice que el equipo de seguridad las colocara durante el fin de semana. Las necesitábamos, para instalar el sistema de alarma.

Jack abrió la puerta trasera, la hizo esperar fuera unos instantes y luego le hizo señas para que entrase. A Cameron, todo le pareció en calma y seguro pero fue siguiéndolo, habitación por habitación, mientras comprobaba la casa, deseando que él se lo confirmara.

–Todo despejado –dijo finalmente, tras revisar el tercero y último piso.

Cameron respiró con mayor facilidad después de eso y aún más, cuando Jack la llevó hasta el teclado de seguridad que había junto a la puerta que conducía a la terraza de la azotea.

Pulsó unos cuantos botones en el teclado y luego le enseñó cómo funcionaba.

–Hemos instalado alarmas en todas las puertas y ventanas, y sensores contra la rotura de cristales en todas las plantas. Puedes activar el sistema completo pulsando este botón de aquí. Cuando veas que se enciende la luz roja, estará activado. Deberías tener siempre el sistema armado. He programado un retardo muy leve –solo dispondrás de diez segundos, cuando entres en casa, para desactivar el sistema antes de que salte la alarma. El equipo de seguridad ha instalado paneles junto a todas las puertas así que debería darte tiempo de sobra. Para desactivar la alarma solo tienes que introducir el código de seguridad.

–¿Cuál es el código? –preguntó ella.

–A tu elección –cualquier combinación de cuatro caracteres que te resulte fácil de recordar. Exceptuando tu fecha de nacimiento o cualquier cosa que resulte igualmente obvia.

La observó mientras introducía el código.

–¿Qué es cinco–dos–dos–cinco?

–Equivale a “Jack” en el teclado. Debería ser fácil de recordar.

Tomaron las escaleras de regreso a la primera planta. Jack había dejado su maleta en el pasillo y Cameron la introdujo en el dormitorio para deshacerla.

Él la rodeó con los brazos y la hizo volverse.

–¿Quieres hablar sobre lo que ha estado preocupándote toda la tarde? –sus ojos estudiaron cuidadosamente los de Cameron–. Has estado muy callada todo el camino.

Por supuesto, no lo había pasado por alto.

–Hay algo de lo que quiero hablarte –admitió–. Pero pensé que sería preferible que nos instaláramos antes –estudió el aire terco de su mandíbula–. Me pareció que no ibas a mostrarte demasiado entusiasmado con el plan.

Jack la cogió de la mano y la condujo hasta el salón, pasando a través de la cocina.

–Buena suposición –le hizo una seña para que se sentara en el sofá.

–¿Cómo te las arreglas para que cada vez que tenemos una de estas conversaciones me sienta como si me encontrara en una habitación frente un espejo de dos caras y una luz brillante sobre la cabeza?

–De acuerdo. Me ahorraré las tácticas de interrogatorio habituales e iré directo al grano –dijo Jack–. ¿Es sobre nosotros?

–¿Sobre nosotros?

–Lo que sea que te molesta –¿tiene que ver con nosotros?

Cameron lo miró con extrañeza.

–Claro que no –probablemente este ha sido el fin de semana más increíble de mi vida. ¿Por qué iba a pensar de pronto que hay algún problema entre nosotros?

Vio esfumarse la tensión del semblante de Jack. Luego, él tomó asiento a su lado en el sofá.

–Oh, bueno –sonrió y colocó un brazo en el respaldo del sofá, poniéndose cómodo–. Estamos de acuerdo. Respecto al fin de semana increíble.

–Aún así no va a gustarte lo que tengo que decir.

La hosquedad regresó.

–¿Volvemos a la luz brillante? –bromeó Cameron.

–Creo que voy a saltarme lo de la luz brillante y a pasar directamente a la técnica del clip que discutimos hace unos días, si no empiezas a hablar.

–Prométeme que pensarás en lo que voy a decirte antes de contestar.

Jack la estudió con sus oscuros ojos predadores.

–De acuerdo –convino finalmente.

Cameron dobló las rodillas para sentarse sobre las piernas.

–Obviamente estoy muy preocupada por la investigación Robards. Es una amenaza para mí, para ti y pone en peligro a todo aquel que conozco.

Sé que tu equipo está haciendo todo lo que puede pero nadie ha conseguido nada hasta el momento.

Por el modo en que se tensó la mandíbula de Jack tuvo claro que no le gustaba que se lo recordase.

–Odio que todo siga en el aire y no poder hacer mucho más que quedarme aquí sentada, preguntándome si va a volver a venir a por mí –Por la expresión de Jack, Cameron supo que todavía le gustaba menos que le recordara eso–. Pero puede que haya una forma de controlar la situación –dijo.

–¿Cómo propones que lo hagamos? –preguntó Jack.

–Eso es en lo que pensaba en el coche. Y puede que haya dado con algo.

Suponemos que hay una filtración –quizá podríamos utilizarlo a nuestro favor. Sabemos que el asesino sabía cómo esquivar las cámaras del hotel. Pero, ¿y si hacéis correr la voz de que habéis encontrado un huésped que tenía una cámara de vídeo esa noche en el Península? –alguien que estaba de vacaciones, o en una despedida de soltero o algo así. Podríais hacer saber que ese huésped grabó a un hombre vestido con una camiseta gris con capucha, una chaqueta y vaqueros, saliendo del hotel poco después del asesinato de Mandy. Podríais decir que el laboratorio del FBI está tratando de mejorar la imagen para obtener un plano de la cara de ese tipo y que pronto estaréis en disposición de identificarlo. Con un poco de suerte, la información llegará hasta la persona correcta.

Jack se levantó del sofá. Resultaba extraño que siempre hubiera tenido problemas para interpretarlo –porque en ese preciso instante no le costó nada en absoluto comprender lo mucho que le disgustaba la idea.

–Sabes tan bien como yo que un hombre saliendo del hotel, ataviado con una camiseta gris con capucha a la hora aproximada del asesinato, no implica nada por si solo –dijo Jack–. Tú eres la única que puede relacionarlo con el asesino. Y el asesino lo sabe. Así que, lo que realmente estás sugiriendo es que le ofrezcamos al asesino de Mandy Robards un incentivo extra para sacarte del juego.

–Estoy sugiriendo que motivemos al asesino a efectuar un movimiento para el que estaremos preparados.

–Corta el rollo –quieres que te use como cebo. Quieres que provoque a ese tipo para que te ataque de nuevo.

–Creo que es una opción que debemos considerar, sí.

–No.

–Has dicho que lo considerarías todo antes de contestar.

–Está considerado –Jack la miró fijamente a los ojos–. Y prefiero pasarme los próximos veinte años durmiendo en el suelo de tu habitación, antes que ponerte voluntariamente en peligro.

Al escucharlo, Cameron se levantó del sofá y se aproximó.

–Después de este fin de semana es poco probable que te hiciera dormir en el suelo, ya lo sabes.

Jack no estaba de humor para bromas. Se apartó de ella y fue hacia la ventana.

–Esto es serio, Cameron.

–¿No crees que estaría a salvo, contigo cubriéndome y un equipo del FBI que estableceríamos de antemano? Si acudieras a mí como fiscal, esa es exactamente la clase de operación que aprobaría. En especial, tratándose de un crimen de alto perfil.

–Si acudiera a ti como fiscal, me preguntaría acerca de los riesgos.

Y yo te diría que nadie, incluyéndome a mí, puede garantizar la seguridad en una operación como esa. Puedo correr esa clase de riesgos con otras personas. Pero no contigo.

Sus palabras quedaron flotando en el aire. Cameron fue finalmente la primera en hablar.

–Estoy de acuerdo en que estás al mando. Así que si no crees que sea una buena idea la desestimaré. Por ahora –añadió. Sabía que él quería adoptar una pose malhumorada y protectora al respecto pero, por desgracia –no iba a permitirselo–. Sin embargo, no puedo prometerte que no la retomaré más adelante. Puedo ser muy cabezota cuando tengo que serlo.

Captó un destello de diversión en los ojos de Jack.

–¿Cuándo exactamente has reconocido que yo estoy al mando? –preguntó–.

He debido perdérmelo.

–Fue más bien un consentimiento implícito. No rechacé el concepto las dos veces que lo expusiste.

Él sacudió la cabeza.

–Eres tan... abogada –echó un vistazo por la ventana y suspiró–. Creo que la idea es buena, Cameron. Y quiero que esto termine tanto como tú –volvió a mirar por la ventana mientras pensaba. Luego se pasó una mano por la boca–. No lo sé. Tal vez si pudiéramos encontrar a alguien de aspecto similar... a una agente que se pareciera a ti, a quien pudiese colocar en la casa en tu lugar... –se giró–. –Tal vez si... –Jack se detuvo repentinamente, presumiblemente al observar su expresión–.

¿Qué? ¿Qué pasa?

Fue el gesto que acababa de hacer. Al pasarse la mano por la boca.

Un pensamiento la asaltó –la pieza que se le había estado escapando desde la noche del asesinato de Mandy Robards. Eso que había captado en el asesino al verlo por la mirilla, mientras abandonaba la habitación de Mandy. Eso que luego no había logrado precisar.

La forma en que la americana se le tensaba sobre los hombros mientras extendía la mano para abrir la puerta de la escalera de emergencias.

Había un ligero abultamiento bajo su chaqueta, idéntico al que había visto bajo la de Jack cuando había alzado la mano para pasársela por la boca.

Cameron miró a Jack sorprendida.

–No sé si significa algo... pero estoy bastante segura de que el tipo que mató a Mandy Robards llevaba un arma la noche que la estranguló.

Veintisiete

A Jack le llevó un momento procesar lo que Cameron acababa de decir.

–¿Un arma? ¿Qué te hace pensar eso?

Cameron le señaló los hombros.

–Había un bulto bajo su americana –creo que llevaba una pistolera. Al trabajar con agentes del FBI, posiblemente lo haya visto cientos de veces aunque nunca he sido consciente de ello. Pero cuando has movido los brazos y te has frotado la cara, he percibido bajo tus hombros la clase de bulto... –se interrumpió, sin saber cómo describirlo.

–Has visto la silueta de mi pistola.

Ella asintió.

–Sí.

–¿Y estás segura de que viste eso mismo en el tipo que abandonó la habitación de Mandy Robards?

–Sí. Siempre he tenido la sensación de que había algo que se me escapaba –dijo Cameron–. ¿Tiene algún significado que llevara un arma?

La mente de Jack procesó esta nueva información. Sabían muy poco acerca del asesino. Cualquier cosa tenía importancia. Y esta información concreta podía tener mucha.

–Resulta interesante que asfixiara a Mandy cuando llevaba un arma consigo.

–Las pistolas hacen ruido.

–Sí, cierto. Aunque un profesional podría haber llevado un silenciador para ocuparse de eso. Ahora más que nunca, pienso que ese asesinato no era algo que estuviese planeado.

–¿Un novio celoso, tal vez? Tal vez le echó en cara a Mandy el asunto del Senador Hodges y las cosas se le fueron de las manos –sugirió Cameron.

Jack sacudió la cabeza.

–Ya lo hemos considerado desde ese ángulo. La pistolera es una pista interesante. Tú podrías no haberla reconocido pero alguien bien entrenado la habría distinguido en el acto. Podría haber sido un descuido que supusiera un riesgo, con las restricciones en el uso de

armas que existen en la ciudad –dijo, refiriéndose al hecho de que no estaba permitido que los ciudadanos de Chicago poseyeran o transportaran armas–. Eso me hace pensar que ese tipo tiene licencia para llevar un arma oculta en esta ciudad.

–¿Algo así como si fuera un policía o un agente?

–Tal vez... –Jack lo meditó por un instante. Luego se le ocurrió algo.

Salió disparado hacia el vestíbulo y abrió la bolsa de lona que había dejado allí. Luego sacó los archivos del caso que había llevado consigo a la boda –había hecho copias de todo y le había dejado los originales a Wilkins.

Abrió la carpeta con las fotografías de las personas que habían interrogado en relación con el asesinato de Mandy.

Localizó la que estaba buscando y la examinó más de cerca.

Interesante.

Después le tendió la fotografía a Cameron.

–Esa una de las fotos que me mostraste la noche de la despedida –señaló.

–Se llama Grant Lombard –dijo Jack–. Es el guardaespaldas privado del Senador Hodges. Lleva un arma –lo noté la noche que lo interrogamos.

Tiene los permisos correspondientes y, puesto que a Mandy la asfixiaron, el arma no activó nuestras alarmas. Lo recuerdo del interrogatorio –un tipo frío, profesional. También recuerdo que estaba entorno al metro, ochenta y uno, y los setenta y siete kilos, lo que encajaría con la descripción física del tipo que estamos buscando.

También creía recordar que tenía los ojos marrones pero he querido confirmarlo con la fotografía.

–El tipo que me atacó tenía los ojos marrones –dijo Cameron.

–Sí, exactamente.

–Por casualidad, ¿tiene coartada Grant Lombard para la noche del asesinato de Mandy Robards?

–Dice que estaba en casa durmiendo. Solo –repuso Jack.

–Dada la hora del asesinato, probablemente no podamos objetar mucho sobre eso –musitó Cameron.

–Cierto. Pero posiblemente deba preguntarle si tiene coartada para la hora en que fuiste atacada.

Cameron le echó un segundo vistazo a la fotografía.

–No puede permitirse usar la coartada de “estar durmiendo en casa”

para las cuatro y media de la tarde. Seguramente merezca la pena comprobarlo.

Jack sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de Wilkins. Su compañero no respondió así que le dejó un mensaje en el buzón de voz.

–Wilkins –soy Jack. Podría tener algo sobre el caso Robards –algo que merece la pena comprobar, por lo menos. Llámame cuando escuches el mensaje. Te pondré al día.

Jack colgó, contento de tener finalmente una pista que seguir, después de dos semanas de tantear y tener que moverse en la oscuridad.

–No vamos a contarle esto a nadie, excepto a Wilkins y a Davis –le dijo a Cameron–. Aún no, por lo menos. No quiero arriesgarme a que la persona equivocada descubra que sabes más de lo que en un principio creíamos.

Pese a que no lo dijo en voz alta, Jack supo que, como fiscal, Cameron comprendió que el arma podría convertirse en una pista clave. Si Lombard resultaba ser el tipo que estaban buscando, habría dado inadvertidamente con el enlace que podría conducirlos a su arresto.

La idea hizo sentirse a Jack muy inquieto.

–Siento no haber recordado esto antes –dijo Cameron–. Esa noche en el hotel, me advertiste que no fuera descuidada –tendría que haber pensado en ello antes –dio la impresión de sentirse molesta consigo misma–. Después de todas las veces que he criticado a un testigo por asegurar haber recordado algo posteriormente, yo he hecho exactamente lo mismo.

Jack se aproximó a ella.

–Siento tener que decírtelo, Cameron, pero eres humana.

–Shh... He estado tratando de mantenerlo en secreto durante años.

Él sonrió y la besó en la frente.

–Tu secreto está a salvo conmigo.

Cameron se inclinó hacia él, apoyando la mejilla sobre su hombro.

–Entonces, ¿a dónde nos lleva todo eso esta noche?

Jack la rodeó con los brazos.

–Por desgracia, significa que tengo trabajo que hacer. Hay unas cuantas cosas que quiero comprobar.

Cameron se irguió, recorriéndole el pecho con las manos.

–¿Qué clase de cosas? Y lo más importante, ¿cuánto te va a costar? –preguntó con una provocativa sonrisa.

Dos días, pensó Jack. Había sido torturado por los interrogadores de Martino durante dos días y no había dicho ni una sola palabra. Y esa mujer conseguía tenerlo en la palma de la mano en un segundo, con una simple sonrisa.

Sabía que probablemente debiese correr tan rápido como pudiera en dirección contraria.

Pero en lugar de hacerlo, la besó.

Al principio, ella le devolvió el beso medio jugando, hasta que Jack la acorraló contra la encimera. Enlazó su lengua con la de ella y deslizó las manos hacia su cintura.

–Tengo que trabajar –dijo, besándole un punto del cuello que sabía que la volvía loca.

–Sí –convino ella, recorriéndole el estómago con las manos–. Y yo tengo que deshacer el equipaje.

–Te acompañaré arriba –dijo Jack.

Se besaron durante todo el trayecto desde la cocina hasta las escaleras. Cuando llegaron allí, Cameron preguntó: –¿Vendrás arriba cuando hayas acabado de trabajar?

–Sí. No debería tardar mucho.

Después de eso, hubo un montón de besos más y, de repente, estaban sobre la escalera y él se encontraba entre sus piernas. Le levantó la camiseta y se deslizó hacia abajo, recorriéndole el estómago con los labios.

Ella contuvo el aliento.

–Vale. Me voy.

–Sí. Vete –Jack se irguió y volvió a besarla –solo una vez más.

Entonces, sintió las manos de Cameron desabrochándole los vaqueros.

Metió una mano en sus boxers y él gimió mientras lo envolvía.

Cuando bajó la mirada vio una chispa en sus ojos.

El trabajo iba a tener que esperar unos malditos minutos.

–¿Te queda algún condón en la maleta? –le preguntó entrecortadamente, mostrando al menos la presencia de ánimo necesaria para pensar en eso mientras ella lo acariciaba. Esa mujer tenía unas manos increíbles.

–En el bolsillo exterior superior –dijo Cameron.

Jack dio un paso atrás, maldijo mientras rebuscaba, se dio cuenta por fin de que no era el bolsillo correcto, se hizo con un condón y regresó.

Mierda.

La pequeña descarada había decidido quitarse los vaqueros.

Pero se había dejado puestas las botas.

–Ya sabes que me siento desnuda sin los tacones –dijo Cameron.

Jack arrojó el condón sobre la escalera. Se arrancó la americana y luego se despojó de la pistolera y la dejó en la escalera junto al condón.

–Sube dos escalones –le ordenó.

Ella lo hizo. Jack le separó las piernas y se arrodilló entre ellas en un escalón inferior.

La vio abrir los ojos como platos cuando deslizó una de sus piernas sobre su hombro, y luego la otra. La sintió estremecerse cuando se inclinó para lamerle el borde de encaje de las bragas.

–Jack... –murmuró, enredándole los dedos en el pelo.

Él enganchó un dedo en el elástico de las bragas y las bajó unos centímetros. Luego bajó la cabeza.

Cameron gimió.

–Oh, Dios... eres el diablo.

Nada que añadir.

Veintiocho

Cameron se encontraba en su vestidor, guardando su vestido de dama de honor en una bolsa porta trajes, cuando advirtió la presencia de una figura en el umbral.

–¿Acabas de cantar 'Bette Davis Eyes'? –le preguntó Jack con una sonrisa perezosa.

Cameron se ruborizó al darse cuenta de que lo había hecho inconscientemente.

Estupendo –un par de orgasmos demoledores y Jack la hacía literalmente cantar.

–Puede que haya tarareado un poco –dijo con indiferencia.

Él ladeó la cabeza.

–Creía que era tu canción con Collin.

Cameron se echó a reír.

–No tengo ninguna canción con Collin. Solo es una canción que me gusta.

Jack pareció en cierto modo apaciguado.

–Tu conexión a Internet es demasiado lenta.

Gracias Dios –estaba de malhumor por eso. Este era el Jack al que podía manejar. En cambio, el Jack que le acunaba la cara entre las manos, mientras le susurraba las cosas más románticas y sexys que nadie le había dicho nunca y le hacía el amor en la escalera, era una fuerza de la naturaleza distinta.

–Ya lo mencionaste el otro día –repuso–. Nunca había tenido problemas antes con la conexión. ¿Estás tratando de ejecutar algún programa súper-rápido de agente secreto?

–Sí pero aún así es lenta.

Su mirada burlona hizo que le hormiguera el estómago. Así que eso era lo que se sentía cuando una se enamorab... –espera–no vayas por ahí aún, se dijo Cameron. Había salido con Jack en total –¿cuánto?– ¿Dos días?

–Espero que no pretendas obtener respuestas de mí sobre lo de la conexión a Internet –le dijo–. Cuando tengo algún problema, apago el ordenador y lo vuelvo a encender. Si eso no funciona, llamo a Collin.

Jack se cruzó de brazos.

–Creo que tenemos que hablar sobre esa dependencia de Collin. Porque hay un nuevo sheriff en la ciudad.

–Mmm... Un poco alfa para mi gusto –dijo Cameron con aire de desaprobación.

Luego trató de no parecer totalmente excitada.

–Voy a subir a echarle un vistazo a tu ordenador –repuso Jack–. Puede que uno de tus vecinos se esté aprovechando de la conexión wifi. En la ciudad es sencillo hacerlo, con las casas tan cerca unas de otras.

¿Cuál es la contraseña?

–No tengo. Me limito a dejar el ordenador encendido y entra en modo hibernación cuando no lo estoy usando.

Jack le lanzó una mirada que pretendió darle a entender que eso resultaba inadmisibile.

–Creo que ahora ya sé por qué estás teniendo problemas con Internet.

–De todas formas, ¿qué tratas de hacer con el portátil? –preguntó Cameron.

–Solo unas cuantas cosas que me gustaría tener listas cuando llame Wilkins. Tengo que conectarme en remoto a la red de Bureau –quiero volver a echarle un vistazo al registro de llamadas del móvil de Lombard que obtuvimos hace un par de semanas. Además, he estado pensando en rastrear su teléfono, aunque necesitaré que uno de los chicos del departamento técnico me eche una mano. Así podríamos realizar un seguimiento de los lugares donde Lombard ha estado –al menos llevando encima el móvil–durante los últimos días.

Cameron colocó el vestido de dama de honor en su lugar, en el perchero que había detrás de la puerta. Luego echó un vistazo por encima del hombro.

–Sin una orden, suena considerablemente ilegal.

–Legal, ilegal. Hay tantas áreas grises.

–No he oído nada, Jack.

–No hay nada que oír, fiscal. No he dicho una palabra.

Al llegar al tercer piso, Jack giró a la izquierda y se encaminó hacia el despacho. El escritorio de Cameron estaba orientado hacia la ventana, con vistas al patio y a la calle que se encontraba más allá.

Jack se aproximó a la mesa y tomó asiento. Al mover el ratón, el ordenador volvió a la vida.

Posiblemente solo tuviera que reiniciar el sistema ya que, por lo que sabía, llevaba encendido mucho tiempo. Aún así, quiso asegurarse.

Comprobó cuántos ordenadores había conectados al router –como le había dicho a Cameron, cabía la posibilidad de que alguien estuviese pirateando la red inalámbrica y de ahí la disminución de la velocidad.

La pantalla tardó un segundo en abrirse. Lo que vio lo hizo cortocircuitar.

No podía ser correcto.

Había quince usuarios usando la conexión a Internet de Cameron. Jack era consciente de dos –su portátil y el ordenador de sobremesa de Cameron.

Así que, ¿quién diablos eran los otros trece? Cabía la posibilidad de que un vecino estuviese aprovechando la señal, puede que incluso dos, pero era bastante improbable que trece vecinos usaran la conexión.

Entonces, quizá no se tratase de trece ordenadores, sino de otra cosa.

Eso fue lo siguiente que Jack comprobó. Observó el flujo de datos del primer dispositivo.

Qué raro.

Estaba transmitiendo una señal de audio.

Pero Jack no oía nada. Subió el volumen del ordenador de Cameron.

Nada. Pasó al siguiente dispositivo –también estaba transmitiendo una señal de audio.

Una vez más, nada.

¿Qué diablos?

Rápidamente, comprobó las demás señales –todas de audio–y finalmente dio con algo que estaba siendo transmitido a través de la octava.

Era la voz de una mujer cantando suavemente. Una voz ronca que él conocía muy bien.

Todos piensan que es una espía, tiene los ojos de Bette Davis.

Cameron. En su habitación.

Jack oyó el sonido de un cajón cerrándose y luego una cremallera, mientras ella seguía deshaciendo el equipaje.

Hijo de puta.

Deliberadamente, comenzó a tamborilear con los dedos sobre la mesa –haciendo el suficiente ruido para hacer una prueba, aunque no excesivo–mientras comprobaba a toda prisa el resto de dispositivos.

Sabía lo que iba a acabar encontrando. Cuando llegó a la última señal de audio, el sonido de sus dedos golpeando contra la madera, sonó a través del ordenador de Cameron, claro como el día.

Jack habría soltado una maldición de haber podido.

La maldita casa estaba pinchada.

Su mente se aceleró, mientras la inundaban docenas de pensamientos a la vez. El hombre enmascarado...

El jueves por la tarde... habían dado por sentado que había estado esperando a que Cameron llegara del trabajo para atacarla. Ahora, Jack comprendió que el asesino de Mandy Robards no se encontraba en la casa a las cuatro y media para evitar al equipo de vigilancia; estaba allí por un motivo totalmente distinto.

Quería escuchar.

Quería descubrir qué sabía Cameron.

En la actualidad, los micrófonos empleados para el espionaje eran más pequeños que nunca –ni siquiera llegaban el tamaño de un botón. Y todo lo que uno necesitaba era un ordenador, una red inalámbrica y las direcciones IP para monitorizar los dispositivos. No más complicado que instalar una cámara, especialmente para alguien que sabía lo que estaba haciendo.

Jack sacó su BlackBerry –por suerte, ahora que sabían lo que tipo había hecho, podrían darle la vuelta a las cosas. Dando por supuesto que el asesino de Mandy monitorizaba activamente los dispositivos, podían rastrear el enlace a la dirección IP del ordenador que estaba usando para escucharlos. Y una vez tuvieran esa información, podrían precisar la ubicación del ordenador –y del asesino.

Jack comenzó a escribirle un mensaje de texto a Wilkins –obviamente, no podía llamarle sin que lo escucharan en la casa. Entonces, se detuvo, comprendiendo que sería más rápido llevar a Cameron hasta su coche y realizar la llamada desde allí. Tendría que pasarle una

nota explicándole la situación, claro, porque no podían decir nada que alertara al asesino – podía estar escuchándolos en ese preciso instante.

El estómago de Jack se retorció.

El asesino podía estar escuchando.

Dando por hecho que había estado monitorizándolos, el asesino habría escuchado cada palabra que Cameron y él habían dicho esa noche.

Fragmentos de la conversación hicieron eco en su mente: Estoy bastante segura de que el tipo que mató a Mandy Robards llevaba un arma la noche que la estranguló...

Se llama Grant Lombard. Es el guardaespaldas privado del Senador Hodges... Encaja con la descripción física del tipo que estamos buscando...

Por casualidad, ¿tiene coartada Grant Lombard para la noche del asesinato de Mandy Robards?...

Posiblemente deba preguntarle si tiene coartada para la hora en que fuiste atacada...

Jack recordó una conversación diferente, una anterior, y todo su cuerpo se congeló.

Para desactivar la alarma solo tienes que marcar el código de seguridad.

¿Qué es cinco–dos–dos–cinco?

Equivale a “Jack” en el teclado. Debería ser fácil de recordar.

El asesino conocía el código de la alarma.

–Cameron –susurró Jack, con el corazón en la garganta. La había dejado sola... no podía oírla... el segundo piso estaba demasiado silencioso...

Jack soltó la BlackBerry y alzó una mano hacia la pistolera.

–No hagas ningún jodido movimiento –ordenó una voz grave a su espalda.

El característico sonido de una bala al deslizarse en la recámara hizo eco en la habitación.

Con la mano congelada sobre la pistolera, Jack miró por encima del hombro. Se encontró con un hombre, de pie junto a la puerta, con un arma en la mano derecha que le apuntaba a la cabeza.

–Lombard –gruñó Jack.

–Casi lo conseguiste, Pallas. Casi –dijo Lombard–. Ahora quítate la pistolera del hombro. Despacio.

Lo primero que Jack observó fue que la pistola de Lombard no llevaba silenciador. Lo que significaba que Cameron seguía viva en el piso de abajo. Lombard había ido primero a por él.

–He dicho que te quites la pistolera. Ahora –dijo Lombard con tranquilidad.

Jack leyó la expresión de Lombard y supo que no estaba marcándose un farol. Desenganchó la pistolera y la depositó en el suelo. No le serviría de mucho a Cameron si le volaban la cabeza contra la pared de su despacho en aquel preciso instante.

–Envíala hacia aquí –dijo Lombard.

Jack obedeció. Entrecerró los ojos, observando el gatillo de la pistola de Lombard. Un giro y estaría fuera de la silla. Se tiraría al suelo, volcaría la mesa y la usaría como escudo. No era el mejor plan pero era algo.

Pero entonces Lombard cambió el juego.

–Cameron Lynde –gritó, haciendo reverberar la voz por todo el piso superior–. Tengo un arma apuntando a la cabeza de tu novio. Si no estás en el rellano en tres segundos, lo mataré.

Jack se obligó a sí mismo a sonar calmado y controlado.

–Sal de la casa ahora mismo, Cameron. Déjame encargarme de esto.

Lombard no hizo mucho más que parpadear.

–Tres segundos, Cameron. Uno, dos...

–No.

La única y vacilante palabra les llegó desde el rellano que se encontraba medio piso más abajo.

–Buena chica, Cameron –dijo Lombard.

Los tres permanecieron a la espera. Lombard en el umbral, apuntando a Jack con su pistola, Cameron fuera de la vista a su otro lado, a medio camino en las escaleras.

–Si oigo algún disparo, huiré –gritó Cameron–. Y sé que es a mí a quien realmente quieres.

–Ninguno de los dos tenéis porque resultar heridos –hay un modo de resolver esto –dijo Lombard.

–No escuches una jodida palabra suya, Cameron. Sal ahora mismo de la casa –le ordenó Jack.

–Quiero hacer un trato –repuso Lombard, alzando la voz para imponerse a la de Jack–. Eso es todo. Como fiscal puedes hacerlo, Cameron. El arma que llevo en la mano solo es un incentivo para lograrlo. Sé cosas –como el nombre de la persona que me habló sobre ti. Es un topo –un pez gordo. Y puedo ayudarte a atraparlo. Pero tenemos que hablarlo cara a cara. ¿Cómo sé que no estás ahí, con un teléfono en la mano, llamando a la policía en este preciso instante? Sube las escaleras lentamente, con las manos al frente. Hazlo ya, Cameron. O Jack muere.

Casi sonó convincente. Jack rezó porque ella no se tragara el discurso de Lombard.

–Es una trampa, Cameron. En cuanto subas la escalera nos matará a los dos.

Se produjo una pausa. Cameron permaneció extrañamente silenciosa.

Considerando sus opciones, probablemente.

Jack supo que había llegado el momento de actuar. Tenía claro que solo existía una opción y era mantener a Cameron tan alejada de Lombard como le fuera posible. Sin importar lo que supusiera.

Ella había dicho que huiría si oía disparos. Tenía que contar con eso.

Obligaría a Lombard a disparar y le daría a Cameron una oportunidad para escapar.

No importaba lo que sucediera, no iba a detenerse hasta alcanzar a Lombard.

Ya habían tratado de matarlo antes otros hombres. Por el bien de Cameron, estaba dispuesto a comprobar si este jodido gilipollas tenía más suerte que los demás.

Jack se preparó para efectuar su movimiento.

Gotas de sudor se formaron en la frente de Lombard y, cuando volvió a gritar, su voz sonó tensa y ansiosa.

–Tienes dos jodidos segundos, Cameron. O traes tu culo aquí o le dices adiós a Jack.

–¡De acuerdo! Estoy subiendo –gritó Cameron con nerviosismo.

Pero ya no se encontraba en el rellano. Se oyó el tenue sonido de una puerta abriéndose –

procedente del pasillo de la planta inferior. Una bisagra chirrió. Algo metálico traqueteó.

–Está cogiendo una maldita pistola –siseó Lombard.

Por suerte, Jack conocía la distribución de la casa mucho mejor que Lombard. Nada de pistolas, pensó, comprendiendo lo que Cameron estaba haciendo.

Era jodidamente brillante.

La puerta que había abierto, la más cercana a la escalera, correspondía al armario de la ropa blanca. Y aunque allí no tenía ninguna pistola escondida –al menos no que Jack supiera– había otra cosa que podía ayudarlos.

El cuadro de fusibles.

Lombard se quebró, considerando que ya era suficiente.

–Que os jodan a los dos –entrecerró los ojos sobre Jack. Todo sucedió al mismo tiempo. Apretó el gatillo mientras Jack se arrojaba al suelo, sabiendo lo que iba a ocurrir. Se oyó un ¡CLICK! en el piso inferior y...

Todas las luces de la casa se apagaron.

La pistola se disparó en la oscuridad y la bala pasó silbando sobre la cabeza de Jack. Sin perder un segundo, se levantó de un salto y corrió a por Lombard. Lombard reaccionó más rápido ante la sorpresa del apagón de lo que Jack había esperado; se lanzó hacia el pasillo.

Lombard disparó salvajemente a sus espaldas y las balas se incrustaron en la pared que se encontraba detrás de Jack. Siguió avanzando.

Alcanzando a Lombard justo antes de llegar a la escalera, vio su oportunidad –se lanzó y placó a Lombard con todas sus fuerzas. Tras aferrar la pistola lo empujó al mismo tiempo hacia atrás, empleando todas sus fuerzas para precipitarse contra el pasamanos de madera.

Jack se protegió –aquello iba a doler–mientras golpeaban contra la barandilla que se partió con un fuerte crujido.

Entrelazados, los dos hombres iniciaron la caída de diez metros hasta el suelo.

Aterrizaron con dureza sobre el vestíbulo del primer piso. Jack oyó el escalofriante sonido de la rotura de huesos al chocar contra Lombard, que aulló de dolor.

Instintivamente, Jack se lanzó a por la pistola, apretando los dientes al sentir una punzada en el pecho –debía haberse roto unas cuantas costillas. Luchando contra el aturdimiento que

le había provocado la caída, se apartó de Lombard, se puso en pie y lo apuntó con la pistola.

Jack contuvo la respiración y se limpió la sangre que le manaba de la frente con la manga. Una de las balas había impactado en la pared, tan cerca de su cabeza que debía haberse cortado con un trozo de yeso.

–Casi lo conseguiste, Lombard –jadeó–. Casi.

Jack escuchó pasos en el piso superior. Alzó la mirada y vio a Cameron bajando a toda prisa la escalera. Al verlo, se detuvo en el rellano entre el segundo y el primer piso y se hundió aliviada contra la pared. Jack se dio cuenta en ese momento de que Lombard y él debían haber pasado junto a ella mientras caían.

Con expresión de alarma, Cameron alzó la vista hacia el tercer piso, recorrió los diez metros completos con la mirada y luego regresó a él.

–Dios mío, Jack.

Distinguió a Lombard gracias al resplandor de la luna y tragó. Yacía en el suelo a los pies de Jack con la pierna derecha doblada en un ángulo grotesco bajo el cuerpo.

Respirando con dificultad, se llevó el brazo derecho al pecho y miró a Jack con cautela.

En mitad de la acción, Jack había perdido la cuenta de las veces que Lombard le había disparado. Extrajo el cargador de la pistola para comprobar si quedaba munición.

Tres balas –más que suficiente. Devolvió el cargador a su sitio.

Lombard y él tenían ciertos asuntos inconclusos que discutir.

–Sube a tu habitación, Cameron. Y no salgas hasta que te avise –dijo Jack.

Ella asintió.

–Está bien. Llamaré para que envíen una ambulancia.

–No llames a nadie. Simplemente sube.

Cameron abrió los ojos como platos.

–¿Qué vas a hacer?

–No necesitas saberlo. Eres una ayudante de la oficina de fiscal de los EEUU –no puedes formar parte de esto.

Lombard abrió los ojos con nerviosismo.

Cameron vaciló en el rellano y, por un momento, Jack pensó que no iba a hacerle caso.

–De acuerdo –dijo por fin. Se marchó y unos cuantos segundos después Jack oyó cerrarse la puerta de su dormitorio.

Devolvió su atención a Lombard que estaba sudando profusamente, tendido en el suelo, a sus pies.

–Cuando estábamos arriba, mencionaste a una persona que te habló sobre la relación de Cameron con el caso Robards. Quiero saber quién es.

Lombard tosió, retorciéndose de dolor.

–Jódete, Pallas.

–Tal vez quieras reservar eso para más tarde. Ni siquiera he empezado todavía contigo.

–Jódete de todas formas.

Jack se puso en cuclillas al lado de Lombard.

–Estuviste oyéndonos a Cameron y a mí todo el tiempo –repuso con calma.

Lombard trató de reírse pero le salió un sonido hueco.

–Casi cada palabra. Me encanto el detalle de que no te la follaras cuando le disparé. Eres tan débil como el resto, Pallas. Todo por culpa de una mujer.

Puede que Lombard considerara que era débil por culpa de Cameron, pensó Jack.

Pero esa noche, ella era su mayor fortaleza.

–Puesto que has estado escuchando, sabes lo que significa para mí.

Mataría a cualquiera que la amenazara –dijo con fría simplicidad–.

Dame un nombre y haré una excepción.

Lombard no dijo nada. Pero no pareció tan seguro de si mismo.

Jack acercó la pistola.

–Le disparaste. Te vi mientras cogías esta misma pistola y se la ponías debajo de la barbilla.

Así –agarró la mandíbula de Lombard y le encañonó la pistola justo bajo la barbilla. Lombard se estremeció, respirando con dificultad por la nariz.

Jack presionó el cañón con más fuerza, arañándole la piel a Lombard.

–Dame una excusa para apretar el gatillo. Tengo tantas ganas de hacerlo que casi no me puedo reprimir.

–Quiero un trato –exclamó Lombard apretando los dientes.

Jack asintió.

–Esta vez me parece que te creo –presionó al arma contra la frente de Lombard–. Este es el trato: Dime lo que quiero saber y no tendré que decirle al forense que te disparé entre los ojos en defensa propia.

Lombard tragó con dificultad. Inicialmente, no dijo nada pero Jack lo vio en sus ojos.

Derrota.

Lombard se hundió en el suelo y finalmente le ofreció la respuesta que había estado esperando.

–Silas Briggs.

Menos de diez minutos después de que Jack llamara para pedir refuerzos, la casa estaba repleta de agentes –algunos de uniforme y otros no. Les explicó a los paramédicos lo que le había pasado a Lombard y luego habló brevemente con Wilkins y con la policía.

Jack permaneció junto a Wilkins observando cómo los paramédicos le colocaban un collarín al esposado Lombard y deslizaban una camilla debajo de él. Luego alzó la mirada hacia Cameron. Había estado sentada en los escalones del rellano desde la llegada de la policía y el FBI.

Daba la sensación de no querer estar demasiado cerca de Lombard mientras este permanecía tendido en el suelo al pie de la escalera.

Jack esperó que no estuviera tratando de evitarlo al él también.

–Me gustaría estar un minuto a solas con Cameron –le dijo a Wilkins–.

¿Puedes echarme una mano?

Wilkins asintió.

–Claro. Me aseguraré de que todo el mundo permanezca aquí abajo.

Jack cogió una de las mantas que habían traído los paramédicos, pasó junto a Lombard y subió las escaleras. Se arrodilló y envolvió la manta entorno a los hombros de Cameron.

–¿Estás bien?

Ella sacudió la cabeza.

–No.

Jack notó que estaba temblando. La ayudó a ponerse en pie y luego la condujo, escaleras arriba, hasta su habitación. Cerró la puerta a su espalda, la cogió de la mano y la hizo sentarse en la cama.

–Di algo, Cameron. Lo que sea.

Ella sonó distante cuando respondió.

–Cuando me llamó desde el piso de arriba, estaba aquí mismo, junto a la cama –frunció el ceño–. Trataba de decidir qué ropa interior ponerme para acostarme, preguntándome si preferirías la negra o la roja –su voz se quebró–. Entonces, la voz de un extraño me gritó que tenía un arma apuntándote a la cabeza y que te quedaban tres segundos de vida.

Jack se arrodilló en el suelo frente a ella.

–Lo hiciste muy bien. Cortar la corriente fue lo más inteligente que nadie habría podido hacer en esa situación.

Ella se secó los ojos.

–Sí, soy una heroína. Tú caíste desde una altura de diez metros. Yo bajé un pequeño interruptor.

–Fue... el interruptor clave.

Cameron resopló. Tenía la nariz roja y el rimel se le había corrido bajo los ojos. Jack pensó que nunca la había visto tan hermosa. Cuando pensaba en lo que podría haber pasado... en lo cerca que había estado de perderla...

–Has vuelto a ponerte serio –Cameron le acarició la mejilla, observándolo con preocupación–. ¿Estás herido? Tienes que estarlo, después de esa caída.

–Podría haberme roto unas cuantas costillas –dijo Jack.

–¿Qué? –tenemos que ir en busca de uno de los paramédicos para que te examine. Podrías tener una hemorragia interna o algo así.

–Tranquila. Haré que alguien me eche un vistazo luego, cuando haya acabado con todo esto.

Ella sacudió la cabeza.

–Luego no, Jack. Ahora. No eres invencible, ¿sabes?

–Shh... He estado tratando de mantenerlo en secreto durante años.

Finalmente, eso sirvió para arrancarle una ligera sonrisa. Jack se levantó y se sentó junto a ella en la cama.

Cameron inclinó la cabeza sobre su hombro.

–¿Sabes? No me marché a mi habitación. Me quedé en el pasillo de arriba, escuchando.

–Lo suponía.

Cameron volvió la cabeza para mirarlo.

–Esas cosas que le dijiste a Lombard... ¿Eran un farol?

Jack consideró su respuesta. Le había dicho un montón de cosas a Lombard. Pero, equivocado o no, el hombre al que ella había escuchado era él.

–¿Importa? –le preguntó.

Ella se tomó un momento antes de sacudir la cabeza.

–No.

Veintinueve

–Aquí hay alguien que quiere verte, Cameron.

Cameron le echó un vistazo al reloj del ordenador. Eran pasadas las dos, para su sorpresa. Había estado tan absorta tomando notas de los archivos del caso que estaba leyendo, que se había saltado la comida mientras trabajaba.

–Gracias, Elaine. ¿Ese alguien tiene nombre? –consultó su agenda –no tenía ninguna cita programada para esa tarde.

A través del interfono, la recepcionista de la entrada bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

–Se supone que no debo decírtelo.

Después de todo lo que había ocurrido últimamente, Cameron no estuvo muy segura de que le gustara cómo sonaba eso. Descolgó el teléfono.

–¿Conozco a esa persona, por lo menos?

–Sí. Definitivamente –dijo Elaine.

–Entonces, ¿por qué no puedes decirme quién es?

–No lo sé. Solo me ha dicho que te pidiera que salieses. Oh, está mirando. Tengo que dejarte –Elaine colgó rápidamente.

Cameron depositó el teléfono en su receptor. Consideró las posibilidades.

¿Jack o Collin?

Fuera el que fuera de los dos, iba a llevarla a comer, decidió.

Estaba hambrienta.

Se levantó de su escritorio y salió al pasillo, preguntándose a qué venía tanto misterio. Su instinto le decía que era Jack. Se había dejado caer con frecuencia por la oficina el último par de semanas, tanto por motivos profesionales como personales.

Pensar en él siempre le arrancaba una sonrisa. Desde el arresto de Lombard, Jack había pasado casi cada noche en casa de Cameron –con excepción de las pocas noches que ella había pasado en su loft. Ambos estaban ocupados durante la semana, de vuelta al trabajo

tras la noche del ataque, pero se las arreglaban para estar juntos por la noche y los fines de semana.

Jack había decidido ocuparse de reparar la barandilla de la escalera y asumir unas cuantas renovaciones más de la casa, y Cameron había decidido ayudarlo –lo que significaba que se sentaba en una esquina, bebiendo vino y leyendo uno de los cientos de libros de la colección de Jack, que lentamente parecía estar trasladándose a su casa.

Levantaba la cabeza de vez en cuando para charlar y hacer sus aportaciones y entonces, en algún momento entorno al segundo vaso de vino, empezaba a notar el modo en que se flexionaban los músculos bajo la camiseta de Jack mientras trabajaba y en el delicioso aspecto que tenía sudado y despeinado y, oh, oh, de pronto estaban los dos en el suelo, sudados y despeinados, dedicándose a algo que no requería martillo ni clavos.

Sin embargo, lo mejor de todo, era que le encantaban sus conversaciones –tanto saliendo de un cine, en la sobremesa después de cenar en un restaurante, como tumbados en el sofá, con su cabeza apoyada sobre el pecho de Jack mientras él le hablaba sobre casos antiguos y ella compartía recuerdos de su padre.

Por suerte, la atención de los medios parecía estar desvaneciéndose –algo que los dos esperaban. La principal noticia en prensa durante las últimas dos semanas había sido la acusación y posterior dimisión del fiscal del distrito norte de Illinois. Considerando las circunstancias, Cameron suponía que el arresto de Silas había sido lo bastante discreto.

El lunes por la mañana, después del ataque de Lombard, ella se encontraba “casualmente” en la zona de recepción cuando Jack y Wilkins habían llegado con la orden de arresto. Había habido montones de gritos y juramentos por parte de Silas, especialmente cuando Jack lo había esposado. De pie, a un lado, junto a algunos otros ayudantes del fiscal, Cameron había observado a Jack proceder calmada y profesionalmente. Había dicho algo en voz baja, que solo había oído Silas, y acto seguido el fiscal había asentido en silencio, con labios temblorosos. Curiosamente, tras eso había mostrado plena colaboración.

Casi a la par del escándalo relacionado con Silas se encontraba el de Grant Lombard – después de todo, no todos los días se arrestaba al guardaespaldas privado de un Senador de los Estados Unidos por el asesinato de una chica de un servicio de acompañantes en uno de los hoteles más lujosos de Chicago. Por desgracia, ese arresto había puesto a Cameron y a Jack directamente en el punto de mira: tras los ataques, había resultado imposible mantener en secreto que ella había sido (una especie) de testigo del asesinato. Los medios la habían relacionado rápidamente con Jack, mediante el, por lo visto inolvidable, comentario sobre “la cabeza en el culo” efectuado tres años atrás.

Aunque el refrito de los comentarios de Jack solían provocar un episodio de hosquedad en

él, personalmente, Cameron encontraba divertido verlo. Una vez, incluso le había dejado caer –mientras él trataba de arrebatarle el mando a distancia para apagar las noticias de las diez–que algún día tendrían que compartir la grabación con sus hijos como prueba de que lo suyo había sido amor a primera vista. Al comprobar que Jack no se retorció inmediatamente en el sofá y huía hacia las montañas, y en su lugar se mostraba bastante afectuoso tras el comentario, lo había interpretado como una señal de que no lo había aterrorizado por completo.

Ahora, pensando en la inesperada visita de Jack, Cameron puso la directa y giró hacia el área de recepción principal de la oficina.

No estaba allí. De hecho, el área entera se encontraba vacía.

Junto al mostrador de recepción, Elaine alzó las manos.

–Dijo que no quería esperar aquí afuera –que quería hablar contigo en un lugar privado. Lo llevé al antiguo despacho de Silas, ya que nadie lo está usando actualmente.

Qué raro, pensó Cameron. Más intrigada que nunca, atravesó la zona de espera hacia el pasillo del otro lado. Al llegar al antiguo despacho de Silas, vio un hombre alto, de constitución sólida, de pie junto a la puerta. Asintió mientras ella se aproximaba.

–Puede pasar, señorita Lynde.

Cautelosamente, Cameron abrió la puerta y entró. Un hombre corpulento, de cabello plateado bien cortado y ataviado con un traje caro, se encontraba junto a la ventana, contemplando las vistas del lago Michigan. Al oírla entrar, se giró y le sonrió con aire gentil.

–Buenas tardes, señorita Lynde. Gracias por reunirse conmigo, habiéndola avisado con tan poca antelación.

Cameron cerró la puerta tras ella.

–Senador Hodges –dijo sorprendida–. Es un placer conocerlo. ¿Qué... lo trae a nuestra oficina hoy?

Pese a su extraña conexión y al hecho de que sabía sobre la vida privada del Senador más de lo que le gustaría, en realidad, nunca se habían visto ni hablado personalmente.

Hodges cruzó la habitación.

–Creo que ambos sabemos que esta es una visita atrasada, Cameron.

¿Puedo llamarte Cameron? –se sentó en una de las dos sillas de cuero frente al antiguo escritorio de Silas–. ¿Por qué no tomas asiento?

Cameron asintió.

–Claro.

Después de todo lo que había ocurrido esa noche en el Península, se hacía raro sentarse en el antiguo despacho de Silas con Hodges. En realidad, pensó, habría resultado raro sentarse con él en cualquier parte.

–Estoy en deuda contigo, Cameron, y quería darte las gracias en persona –repuso Hodges–. Por lo que me ha dicho el agente especial Davis, me libré de ser arrestado y salvé mi escaño en el Senado, únicamente gracias a ti. Inocente o no, nunca habría sobrevivido al escándalo de estar implicado en un asesinato. Y menos aún dada mi...

conexión con la señorita Robards.

–Aprecio el gesto, Senador. Pero, sinceramente, es el equipo del FBI asignado al caso el que tiene todo el mérito. Yo solo resulté estar en el lugar incorrecto, en el momento incorrecto.

–Casi fuiste asesinada por estar en ese lugar, en ese momento –musitó Hodges–. No sé cómo decirte cuánto lo siento. Cuánto siento muchas cosas, en realidad. Fui un estúpido y mis errores acabaron hiriendo a otras personas. En ciertos casos, muy gravemente –sus ojos se nublaron a causa de la tristeza.

Cameron asintió, sin saber qué responder. Hablar con Hodges era aleccionador. Pese a las poco honorables intenciones de Mandy Robards hacia el Senador –como había confirmado Jack ahora que Lombard le había confesado todo el asunto del chantaje–el incidente seguía siendo un triste testimonio de hasta dónde eran capaces de llegar algunas personas por dinero. O por desesperación.

–Te he disgustado –dijo Hodges.

–Estoy bien. Solo aliviada de que todo haya acabado.

–En realidad, no ha acabado totalmente –repuso Hodges–. La renuncia de Silas Briggs significa que tengo una importante tarea por delante.

Como Senador más antiguo de Illinois, es mi labor hacerle una recomendación al presidente respecto a la persona que debería ser nombrada fiscal de la oficina. Y creo que conozco a la candidata adecuada –se detuvo deliberadamente.

Cameron se echó hacia atrás sorprendida.

–¿Yo?

Hodges asintió.

–Tú.

Cameron trató de dar con la mejor forma de responder.

–Agradezco la consideración, Senador, de verdad. Pero, si puedo serle franca, no espero que me ofrezca el puesto como muestra de gratitud.

Ni quiero que lo haga.

Hodges sonrió ante esto, como si aprobara la respuesta.

–Tenía el presentimiento de que ibas a decir eso. Así que deja que te asegure que esto no tiene nada que ver con la gratitud. Tras las acusaciones hechas contra Silas, lo último que haría es arriesgarme con otro potencial futuro escándalo, nombrando a un candidato que no está completamente cualificado para el puesto. En todo caso, tu conexión conmigo ha sido un punto en contra.

Cameron se mantuvo escéptica.

Hodges rió.

–¿Tengo que seguir tratando de convencerte?

–Si está hablando en serio, entonces sí, hágalo.

–Buen Dios, no bromeaban cuando decían que eres un hueso duro de roer –murmuró Hodges–. Bien –te daré los titulares. Lo que me convenció cuando mi equipo de investigación presentó tu nombre. Tienes la mejor marca en cuanto a resultados en juicio entre todos los asistentes de la oficina del fiscal del distrito. Los jueces –sí, hemos hablado con los jueces– dicen que eres valiente y tenaz en la sala. Sinceramente, después de Briggs, eso es lo que esta oficina necesita. Tienes buena imagen: provienes de un entorno obrero, pasaste por la Facultad de Derecho, tu padre murió heroicamente como agente de la ley y los medios de comunicación ya piensan que los tienes bien puestos por haber sobrevivido a la prueba con Lombard. Pero, lo que de verdad me convenció, Cameron –y sé que estás siendo muy humilde y discreta al respecto– es que, por necesidades de la propia oficina del fiscal, has estado temporalmente al mando desde la partida de Silas. Teniendo en cuenta que no has incendiado esto aún, se me ocurrió que podrías darle una oportunidad real al puesto. Por supuesto... a menos que no lo quieras.

Cameron sintió arremolinarse mariposas en el estómago. Mierda puta, estaba ocurriendo de verdad. No era necesario que siguiera intentando convencerla.

–Senador, sería un honor ser su candidata para el puesto.

Hodges pareció aliviado.

–Bien. Uf. Si he de serte sincero, no teníamos un plan b. Ahora mismo, estoy sudando un poco bajo la chaqueta.

Cameron se rió.

–Intentaré ser un poco menos difícil en el futuro.

Hodges sonrió con calidez mientras sacudía la cabeza.

–Haz las cosas exactamente como las sientes, Cameron.

Se levantaron y se encaminaron juntos hacia la puerta.

–Me alegro de que lo mencione, Senador... porque espero que entienda que, a diferencia de Silas, no pienso ser una mera figura decorativa en el puesto. Pretendo seguir llevando casos.

–Con tu historial, puedes llevar los casos que quieras. Solo, asegúrate de ganarlos –tras un guiño, Hodges abrió la puerta y le hizo un gesto de asentimiento al escolta que esperaba en el exterior.

Cameron los vio alejarse. Permaneció a solas en el despacho de Silas, tratando de hacerse a la idea de que había muchas posibilidades de que aquel fuera a ser su despacho en un futuro no muy lejano.

Fiscal de los Estados Unidos, Cameron Lynde.

Sonaba de maravilla.

Con una sonrisa, se encaminó de regreso a su pronto–antiguo–despacho tan deprisa como se lo permitieron la dignidad y sus tacones de nueve centímetros. Una vez allí, cerró la puerta en busca de privacidad, se sentó a su mesa y descolgó el teléfono.

Él era el primero en la lista, por supuesto, y se lo contó todo.

Cuando hubo acabado de referirle las noticias, supo que estaba sonriendo al otro lado de la línea.

–Felicidades, abogada –dijo Jack–. Te lo mereces.

Por su tono, supo que estaba ocultándole algo.

–Ya lo sabías, ¿verdad?

Jack se echó a reír.

–De acuerdo. Lo sabía. Davis dejó caer que dos agentes de nuestra oficina habían sido asignados a tu protección. Hice reservas para todas las noches de la semana en el Spiaggia, a la espera de que Hodges te lo dijera. Supuse que te gustaría cenar finalmente allí y esta era la excusa perfecta.

Hombre imposible –tan dulce y todas esas cosas.

–Todavía estoy intentado decidir cómo me hace sentir el hecho de que tú supieras esto antes que yo.

–No te desanimes –dijo Jack–. El hecho de que haya estado ridículamente orgulloso de ti durante días no cambia lo contenta que deberías estar. Además, yo lo sé casi todo. Probablemente, deberías empezar a acostumbrarte.

–Y tras ese comentario, voy a colgar –dijo Cameron.

–¿Dándome largas para llamar a Collin? –bromeó Jack.

–No –dijo ella enfáticamente.

Mierda. Era cierto que lo sabía todo.

Y dos semanas después, tenían algo más que celebrar. Algo sobre lo que Jack era un poco menos entusiasta.

–Feliz cumpleaños, Jack –dijo Cameron mientras se sentaban en una de las mesas del bar a esperar. Esa noche, lo había llevado al Socca, un pequeño restaurante del barrio, a pocas manzanas de su casa–. Treinta y cinco. Creo que eso se merece un regalo o dos.

Jack frunció el ceño.

–Cameron, te dije que no quería nada.

–Bueno, supuse que era uno de esos, aparentemente interminables, montones de órdenes que tengo la intención de ignorar –sacó dos sobres del bolso y los depositó en la mesa frente a él. Uno era grande, de unos tres centímetros de grosor. El otro pequeño, con alguna clase de objeto en su interior–. Elige.

Jack cogió el sobre más grande.

–Buena elección –le dijo.

Jack abrió el sobre y se encontró con un documento formado por múltiples páginas. Lo sacó y pasó la primera página.

Los nombres del titular captaron su atención:

LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA CONTRA ROBERTO MARTINO, y otros era una acusación criminal, firmada por la propia fiscal, imputando a treinta y cuatro miembros de la organización de Martino, incluyendo a Roberto Martino, por más de un centenar de cargos por violaciones de las leyes federales y estatales. Incluía desde cargos por crimen organizado, tráfico de drogas y armas de fuego, hasta asalto con agravantes, intento de asesinato y asesinato.

Jack ojeó en silencio la acusación. Cuando iba aproximadamente por la mitad, se detuvo y leyó cuidadosamente los puntos relacionados con el asesinato del agente de la DEA al que había tratado de advertir y con su propia tortura, a manos de los hombres de Martino. Todo estaba expuesto, párrafo a párrafo, con detalles gráficos.

–No me importa si no puedo pillarlos por nada más. Los colgaré solo por eso –prometió Cameron calmadamente–. Voy a presentar los cargos la semana que viene. He pensado que bien podría inaugurar mi nuevo puesto con un pelotazo.

Jack deslizó la imputación nuevamente en el interior del sobre. Sería un pelotazo, sin duda. Estiró una mano y entrelazó los dedos con los de ella. Cameron sabía lo que la imputación significaba para él pero tenía que asegurarse de que no estaba haciendo aquello por motivos equivocados.

–¿Estás segura?

–Por supuesto. Llevo queriendo llevar este caso tres años.

–Las cosas podrían ponerse difíciles –la advirtió–. Tienes que manejar esto con cuidado. Lombard y Silas no son nada en comparación con Roberto Martino.

–He estado pensando mucho sobre cómo deberíamos proceder –dijo Cameron–. Me gustaría contar con todos los agentes de la oficina de Chicago y con algunos de otras divisiones, y efectuar los arrestos de forma simultánea. Atrapar a Martino y a sus hombres a la vez, a fin de no darles tiempo de hacer ningún movimiento. Voy a necesitar a alguien con quien pueda contar para liderar el grupo de asalto. Pensé que deberías ser tú. Y también que deberías ser tú el que arrestara al propio Martino.

Jack consideró las implicaciones de todo lo que ella acababa de decir.

Parte de ellas le producían un ligero pánico.

Cameron ladeó la cabeza, malinterpretando su expresión.

–Pensaba que querrías el honor de atrapar a Martino.

–Oh, mierda, sí.

–Entonces, ¿a qué viene esa mirada?

–Se me acaba de ocurrir que como fiscal de los Estados Unidos estás en una posición de autoridad sobre mí.

Cameron alzó una ceja.

–Tienes razón, agente Pallas. Hay un nuevo sheriff en la ciudad.

–Muy graciosa. ¿Cuánto has estado esperando para decir eso?

Ella se rió.

–Unas dos semanas –empujó el segundo sobre hacia él–. No te olvides del otro regalo.

Jack lo cogió.

–No se me ocurre nada que pueda superar la cabeza en una bandeja de mi enemigo declarado –abrió el sobre y se hizo con su contenido.

Se equivocaba.

Unas llaves y el mando de un garaje.

Pillado momentáneamente con la guardia baja –algo raro en él–Jack alzó la mirada hacia Cameron.

–¿Esto significa lo que creo que significa?

–Supongo que depende de lo que creas que significa. Si crees que significa que te estoy pidiendo que vivas conmigo, tienes razón –su expresión se volvió más seria–. Si crees que significa que me despierto cada mañana preguntándome qué he hecho para merecerme que hayas vuelto a mi vida, bueno, también tienes razón en eso.

Jack se quedó un momento... simplemente aturdido. Nadie le había dicho nunca algo así.

–Ven aquí –dijo con voz ronca. Agarró su silla y la aproximó. La besó, lentamente al principio, y luego le colocó una mano en la espalda, la atrajo y sus emociones se expresaron por él. Se apartó para enlazar su mirada.

–Te quiero, Cameron. Lo sabes, ¿verdad?

Ella le devolvió el beso y le susurró las palabras al oído.

–Yo también te quiero.

Jack necesitó toda su fortaleza para no sacarla del restaurante y arrastrarla a casa en ese preciso momento. La combinación de todo lo que acababa de decirle y el suéter negro, la falda ajustada y los tacones que llevaba, lo estaban volviendo loco. Le dirigió una furtiva sonrisa.

–Espero que no te importe saltarte el postre esta noche. Tengo que estar contigo a solas. Me estoy muriendo aquí.

–Por Dios, Jack –viendo esa expresión, tendríais que conseguiros una habitación. Intenta que no sea la de al lado del cadáver esta vez.

Al escuchar la familiar voz masculina, Jack juró entre dientes.

–En serio, Cameron –tus amigos tienen el don de la inoportunidad –se dio la vuelta para encontrarse con Collin de pie frente a él.

–Feliz cumpleaños, colega –sonrió Collin, palmeándole la espalda.

Tras él, Jack descubrió a Wilkins, Richard, Amy y su marido.

–He invitado a unas cuantas personas a celebrar tu cumpleaños –dijo Cameron con timidez. Alzó las manos–. Sorpresa.

–Somos una especie de pack –explicó Collin–. Piensa en ello como una especie de regalo colectivo de todos nosotros: cinco nuevos amigos, con muy buena fe y excesivamente intrusivos.

–Es un regalo que mejorará –dijo Wilkins.

Jack sonrió.

–Estoy emocionado. De verdad. Y ya que parece que voy a trasladarme, dejad que sea el primero en decir que sois todos siempre bienvenidos a nuestra casa. Previa notificación con un mínimo de cuarenta y ocho horas.

Cuando la camarera llegó para acompañarlos a su mesa, Cameron se rezagó del resto del grupo con Jack.

–¿Esto te parece bien? –le preguntó.

–Sí, fantástico –la besó en la frente–. Gracias.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

–Y, en respuesta a tu pregunta anterior, no me importa saltarme el postre. De hecho, ya tengo un postre preparado para cuando llegemos a casa.

A Jack le gustó cómo sonaba eso.

–¿Puedes darme una pista?

–Tiene que ver conmigo llevando tus esposas.

Dios. Bandera izada. La idea de ella desnuda a su merced hizo que su cuerpo cayera en barrena. Jack la empujó hasta una esquina, donde estaban fuera de la vista.

–Al diablo con la cena –nos vamos ya –gruñó.

Cameron sacudió la cabeza provocativa.

–No podemos irnos tan pronto de tu fiesta. Sería indecente.

En respuesta a su burla, Jack colocó las manos entorno a ella sobre la pared.

–Entonces, señorita Lynde... ¿Así es como va a ser?

Sus ojos centellearon diabólicamente.

–Siempre.